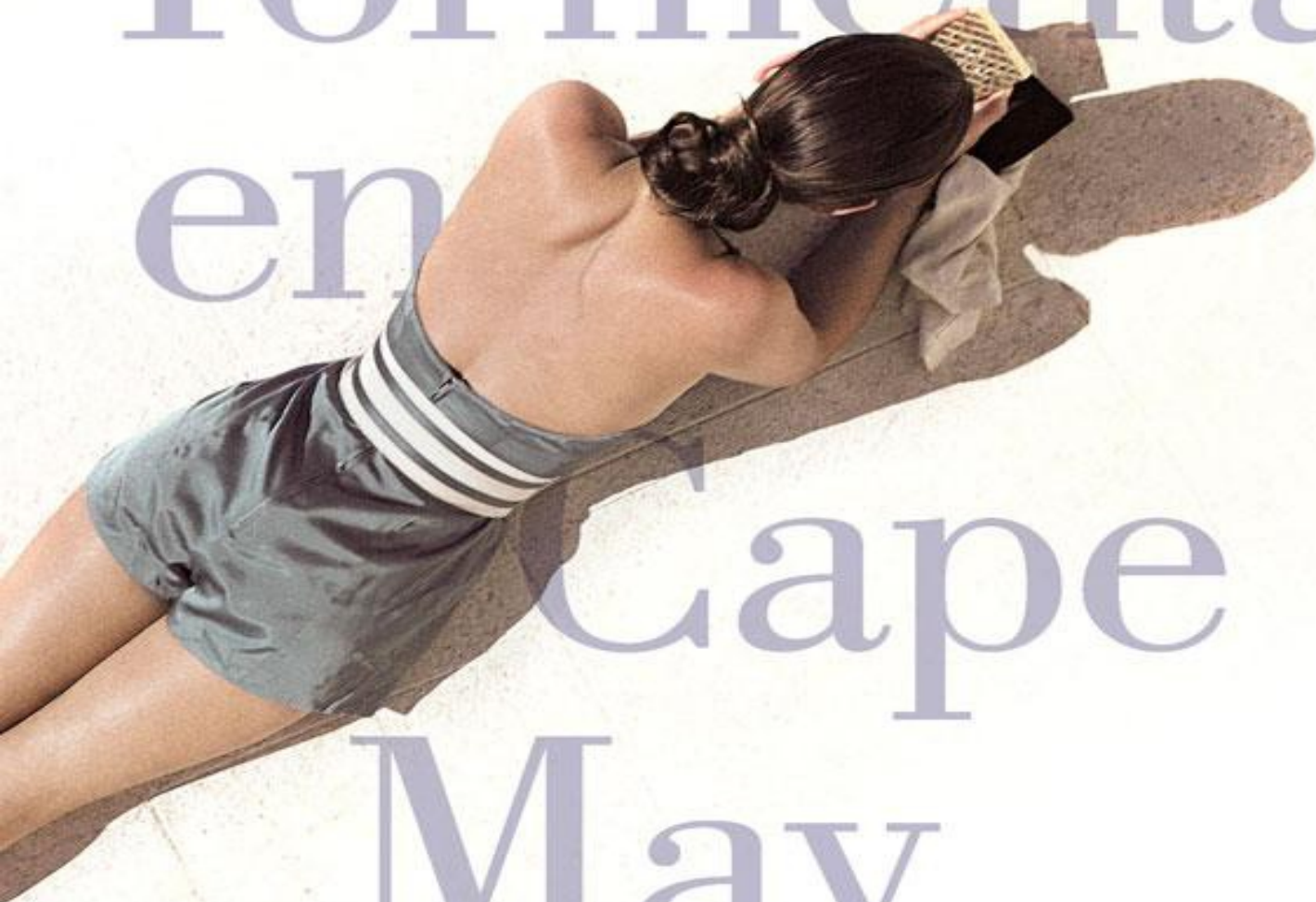


Chip Cheek

Tormenta
en
Cape
May



Lumen

Tormenta en Cape May

Chip Cheek

Traducido del inglés por
Mariano Peyrou

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Katie

Desde el momento en que se declaran su amor, ninguno de los dos ve al otro sino a través de una máscara, y el engaño suele realizarse por ambas partes con tal habilidad, y descubrirse después con tal brusquedad, que ambos tienen motivos para sospechar que alguna transformación ha tenido lugar en la noche de bodas, y que debido a una extraña impostura, como en el caso de Jacob, se comprometieron con una persona y se casaron con otra.

DR. SAMUEL JOHNSON,
The Rambler, n.º 45

Las playas estaban vacías, las tiendas estaban cerradas, y al anoecer no había luz en ninguna de las casas de New Hampshire Avenue. Effie llevaba meses hablándole de aquel lugar y de todas las cosas que harían allí, pero ella solo lo había conocido en verano, y ahora estaban a finales de septiembre. No había entendido lo que significaba «temporada baja». Habían ido desde Georgia en un tren nocturno. Se suponía que iban a pasar allí dos semanas, en su luna de miel.

—Me encanta —dijo Henry la primera noche—. Es como si tuviéramos todo este sitio para nosotros solos.

Effie se rio al oírlo. Y un minuto después se echó a llorar.

—No pasa nada —dijo—. No pasa nada, en serio. No me mires con esa carita. Estoy cansada, eso es todo. —Le sonrió—. Me alegro de que te guste. Nos lo vamos a pasar de maravilla.

Antes de ese viaje, Henry nunca había estado más al norte de Atlanta, y nunca había visto el mar. Effie y él se habían criado en la pequeña localidad de Signal Creek, a una media hora al este de Macon, y en primavera habían terminado sus estudios en el instituto Thomas E. Cobb, promoción de 1957. Él tenía veinte años —como mucha gente procedente del campo, había empezado a estudiar tarde—, y ella, dieciocho. Ambos, por lo que sabía Henry, eran vírgenes.

Con el taxi que habían tomado al llegar a la estación pasaron junto a un puerto donde se veían un montón de mástiles, y el mar, detrás, se agitaba, turbio, inmenso, manchado de la espuma blanca que producían las olas. Allí doblaron hacia una zona residencial llena de frondosos olmos, y allí estaban las majestuosas casas victorianas de las que le había hablado Effie: casas de vivos colores, con sus gabletes de pizarra y sus torres cónicas, sus miradores y sus barandillas de hierro forjado, sus porches adornados con sofisticadas molduras, sus pérgolas que se abrían hacia las aceras, sus crisantemos en flor. En New Hampshire Avenue, las viviendas eran más sencillas: casitas de una o dos plantas que no habrían llamado la atención en Signal Creek, salvo por sus colores. Una de ellas era la casa de la tía Lizzie: de color rosa claro, de dos plantas, con un gran porche delantero que daba a un jardín lleno de flores muertas. Resultaba bastante decepcionante. Pero cuando salió del taxi y oyó el mar a tres manzanas de allí, su rugido susurrante y profundo, a Henry le pareció que acababa de empezar su verdadera vida, y que todas las puertas estaban

abiertas para él. Cogió a Effie en brazos —ella chillaba y se reía— y cruzó con ella el umbral.

La casa parecía distinta, dijo Effie cuando él la dejó en el suelo. No había estado allí desde hacía tres años, desde el verano anterior al fallecimiento de su tía Lizzie. Los muebles de mimbre eran nuevos. La estufa de gas, la nevera y el congelador eran comodidades de las que allí nunca habían dispuesto. Aquellas cosas le perturbaban. En el segundo piso había cuatro dormitorios — que también tenían un aspecto diferente—, pero ella insistió en que durmieran en la buhardilla, donde dormía siempre cuando era niña. Al llegar a lo más alto de las escaleras, corrió una pesada puerta de cristal y entraron. Aquel espacio, por suerte, no había cambiado lo más mínimo. La pronunciada inclinación de las paredes, las vigas vistas de madera... En el centro de la habitación había una cama individual, una cómoda y un polvoriento tocador con su espejo. En un rincón había un arbolito de Navidad muerto, entre cuyas ramas todavía quedaban unos trozos de espumillón. Effie también se acordaba de ese arbolito. Se arrodilló para abrir las ventanas, que estaban al nivel del suelo. Desde allí se podía ver el océano por encima de las casas de enfrente. Henry se agachó para echar un vistazo.

—Sé que es un sitio un poco peculiar —dijo Effie—, pero no te importará complacerme, ¿verdad? Solo por una noche...

Podría complacerla el resto de su vida, quiso decirle él, pero Effie siempre se reía ante las manifestaciones de sentimientos profundos; de hecho, había estado toda la boda a punto de echarse a reír. Lo que hizo para evitarlo fue besarla y apoyarle la mano en el muslo, y su cuerpo empezó a bullir. Después de tantos meses de expectación, allí estaban. Se conocían desde niños, de la iglesia y del colegio, aunque durante la mayor parte del tiempo a ninguno le gustaba particularmente el otro. Él la veía de pie, delante de la pizarra, en la clase de cuarto de la señora Mobley, con sus merceditas y sus medias blancas, copiando una frase de los salmos. Era la hija menor del alcalde Tarleton, una mocosa muy presumida. Y él, uno de los chicos de «por ahí», de esos que vivían en las afueras de la localidad. Y ahora estaban allí, juntos y solos. En New Jersey, nada menos.

Ella posó la mano sobre la de él.

—Deja que me dé un baño primero —dijo.

No ocurrió en la buhardilla, que estaba llena de recuerdos, sino en uno de los dormitorios redecorados del segundo piso. Escogieron uno empapelado con un estampado de rosas. Él corrió las cortinas. Ella acababa de salir de la bañera y se quedó quieta, de pie, mientras él le desataba el cinturón y dejaba que la bata se deslizara desde sus hombros. Hasta entonces, lo poco que habían hecho había sucedido en algunos momentos breves y especiales: una tarde, en un meandro del arroyo, cuando él le había bajado los tirantes del bañador y le había visto los pechos por primera vez; una noche, poco después de comprometerse, en el asiento trasero del Buick de ella, cuando él le había metido la mano por debajo del vestido y Effie se había dejado. La suavidad de

la piel más arriba de las medias, el elástico de su ropa interior, el aroma que se le había quedado en los dedos...; todos los detalles estaban grabados a fuego en su memoria y al mismo tiempo toda la escena le parecía irreal, como si la hubiera soñado. Ahora, en aquella habitación en penumbra, un domingo a primera hora de la tarde, cuando lo habitual habría sido que estuvieran cenando con sus familias, vestidos con la ropa que reservaban para ir a la iglesia, Effie yacía desnuda sobre el edredón estampado de rosas. Miró hacia otro lado cuando él se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo. Luego, tras dudar un momento, Henry se quitó los calzoncillos y se metió en la cama junto a ella. Se besaron durante un minuto, piel contra piel, suave, tranquilamente, y después más excitados, hasta que él se tumbó encima de ella, lo que le impedía ver bien qué hacía. Vacilaba, buscando a tientas en la entrepierna de Effie, y de repente ella miró hacia abajo, le cogió el pene con mucha delicadeza, lo colocó en el lugar adecuado..., y entonces, en un instante, sintieron una intimidad mucho más profunda. Él contuvo la respiración. Ella se quedó quieta. En unos segundos, todo había terminado.

Después estuvieron un rato acostados el uno junto al otro, mirando al techo. Henry se preguntó si se sentía irreversiblemente cambiado.

—Bueno —dijo Effie—, pues parece que ya lo hemos hecho.

Más tarde, mientras paseaban por la playa cogidos de la mano al atardecer, apenas hablaron. No tenían mucho que decirse. ¿Qué se podía decir? Ahora ya se conocían, en el sentido bíblico. Él le sonrió; ella le devolvió la sonrisa. Effie llevaba un vestido que se había puesto muchas veces para ir al colegio, antes de que a Henry se le hubiera pasado siquiera por la cabeza la idea de salir con ella, y a él le resultó extraño que Effie tuviera un aspecto tan familiar: era al mismo tiempo la chica a la que había conocido en los pasillos del instituto Thomas E. Cobb y la chica a la que acababa de conocer, mucho más íntimamente, en Cape May, New Jersey. Su esposa. Con la que ya había vivido una situación bastante bochornosa: habían dejado manchado el edredón estampado de rosas. Pero Effie, gracias a Dios, había sido lo bastante razonable para reírse de ello, y le había pedido que le llevara corriendo una toalla. Él se sentía muy agradecido.

En el paseo marítimo se pararon un momento y se quedaron mirando el mar. Las olas se rizaban y rompían, una tras otra, en una sucesión infinita. Había tanta agua que era increíble que no los engullera. El día estaba nublado y soplaba un viento frío. Las gaviotas revoloteaban sobre ellos, chillando.

—Qué raro se hace... —dijo Effie—. En verano, esto está abarrotado de gente.

Señaló un espigón que se internaba en el mar desde el paseo marítimo, al final del cual había una galería comercial con salas de juegos y locales de música, dijo, donde sus amigos y ella solían pasar toda la tarde, hasta que se encendían las luces. En el paseo marítimo siempre había espectáculos de acróbatas y forzudos, puestos donde vendían algodón de azúcar y unos caramelos con sabor a agua marina, y chicos practicando surf en las olas.

—Entonces tendremos que volver en verano —dijo Henry.

Ella volvió a cogerle de la mano y continuaron bajando por el paseo marítimo en dirección al pueblo. En Beach Avenue, a su derecha, las tiendas tenían las persianas bajadas y las luces apagadas, y en los escaparates se veían unos carteles que rezaban: CERRADO POR FINAL DE TEMPORADA. ¡VOLVEMOS EN MAYO!

Al final encontraron una cafetería abierta y se acomodaron en una mesa junto a la ventana. El camarero era un chico con un acento que Henry solo había oído en la radio, y se preguntó si se daría cuenta de que acababan de hacer el amor.

—Si sois de tan al sur —preguntó el chico—, ¿por qué no habéis ido a Florida?

—Porque esto es muy bonito —contestó Effie.

Henry pidió pastel de carne, y ella, pescado y patatas fritas. Mientras se metía la libreta de notas en el bolsillo trasero del pantalón, el chico añadió:

—Bueno, si lo que queríais era escaparos del mundo, habéis elegido el sitio adecuado.

Cenaron en silencio.

—Estoy muy contento de estar aquí —dijo Henry.

Aquella noche decidieron acostarse pronto; regresaron a casa y subieron a la buhardilla. Todavía no eran ni las ocho.

Ella se puso a rezar como lo hacía su abuela: de rodillas, al lado de la cama, con las manos juntas, murmurando para sí. Henry miró hacia otro lado. El camisón que llevaba Effie dejaba intuir sus pechos al aire, pero cuando acabó de rezar, parecía estar envuelta en un aura piadosa, lo que mitigó el deseo de él. Ella lo besó y le dijo:

—¿Te parece bien que nos pongamos a dormir y ya está?

Su expresión devota lo irritó.

—Sí —dijo—. Yo también lo prefiero.

En la oscuridad, Henry unió las manos sobre el pecho y comenzó a rezar en silencio. Dio gracias a Dios por el día que habían pasado. Rezó por su felicidad y por su futuro. Rezó por ser un buen marido. Después se quedó muy quieto, en su lado de la cama, escuchando el sonido del viento y de las olas que entraba por las ventanas abiertas. Tenía gases, estaba preocupado por si se le escapaba alguno durante la noche, y deseó poder estar un rato a solas.

El día siguiente fue mejor. Llovía, pero estaban muertos de hambre y en la casa no había nada de comer, así que tuvieron que salir. Para cuando encontraron el colmado del pueblo, ya estaban empapados.

Resultó que sí había vida allí. Hombres de aspecto curtido con chaquetones de marinero, tal vez

pescadores. Un grupo de cadetes de la Guardia Costera que llegaba del centro de entrenamiento, situado al norte de la localidad. Unos cuantos hombres y mujeres que iban de un lado a otro con sus paraguas, haciendo recados. Effie y Henry pasaron junto a una escuela de primaria, y al menos una de las ventanas estaba iluminada, aunque no vieron niños por ninguna parte. En el centro del pueblo, a unas cuantas manzanas de la costa, había varios comercios abiertos: una tienda de golosinas, una de productos textiles, el colmado de Washington Street y, al lado, una ferretería y una licorería. El anciano dependiente del colmado parecía tan contento de verlos como lo estaban ellos de verlo a él, y Effie compró un montón de cosas, como si fuera a preparar un banquete: un lomo de cerdo, medio kilo de merlán, una hogaza de pan, medio kilo de mantequilla, jamón y queso en lonchas, patatas, huevos, melocotones en conserva, ciruelas, manzanas, fresas... Quería que en la cocina hubiera de todo, y en abundancia. Cuando volvían hacia la casa, la lluvia se convirtió en un chaparrón, y echaron a correr, cada uno con una bolsa de comida en los brazos, cuyo papel se iba volviendo cada vez más blando y oscuro. Al llegar estaban jadeantes y muertos de risa. Guardaron toda la comida y, luego, ya en la buhardilla, mandaron al cuerno los recuerdos allí encerrados, se quitaron la ropa mojada e hicieron el amor sobre una toalla de playa que extendieron en la cama.

Después, ella se quedó desnuda junto a él con toda naturalidad, como si ya fuera algo habitual.

—Siento haber estado tan triste ayer —le dijo.

—No estabas triste, Eff —contestó él. Su pene descansaba sobre el muslo de ella. Le gustaba verlo ahí—. Estabas cansada. Pero ya nos sentimos como en casa.

Ella asintió, moviendo la cabeza contra el hombro de él. Él no le veía la cara.

—Me parece rarísimo estar aquí de nuevo. No es como lo recordaba.

Él le dio un beso en la coronilla —todavía tenía el pelo húmedo— y le pellizcó el trasero.

—Bueno, ¿qué importa? Ahora estamos creando nuevos recuerdos.

Ella lo miró y le sonrió.

—Eres un encanto, Henry.

Lo besó dulcemente, muy despacio, y al cabo de un minuto él tenía otra erección, y aunque ella se resistió, juguetona.

—Ya te he dicho que me muero de hambre, Henry...

Le dio un empujoncito y se subió encima de él, y esta vez no les costó nada encontrarse.

Después de comer salieron al porche y se sentaron a contemplar la lluvia, fría y fragante, y Effie le señaló algunas de las casas que había en la calle y le habló de la gente que había vivido allí en distintos veranos. Estaban los Wood, en la casa de enfrente, cuya hija, Betsy, a veces le había hecho de canguro cuando era pequeña. Al lado de los Wood, en una casa grande con el tejado estilo granero, vivía su amiga Vivian Healy, cuyo hermano mayor, Charles, había muerto en Corea. Unas casas más abajo, en su misma acera, en una mansión victoriana morada, vivía un

matrimonio mayor que siempre había sido muy reservado. Effie no llegó a saber siquiera cómo se llamaban.

—De vez en cuando los veías andando por la acera cogidos de la mano, y te sonreían y te saludaban, pero nada más. Nunca iba nadie a verlos, ni hijos, ni nietos... Siempre estaban ellos dos y nadie más.

—Así seremos nosotros algún día —dijo Henry.

Effie soltó una carcajada.

—No digas eso. Es muy triste.

—¿Cómo que es triste? A mí me parece adorable.

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo—. Me temo que tú y yo no estaremos tranquilos jamás. Vamos a tener un montón de polluelos.

—Que Dios nos asista —dijo Henry.

Effie le había dejado claro que quería tener cinco hijos como mínimo —todos chicos, a ser posible— y una casa en perpetua ebullición; así Henry y ella, cuando fueran mayores, estarían en el centro de un torbellino de vida (también quería tener perros). Y aunque a él los niños y los perros ni le encantaban ni lo horrorizaban —de hecho, las semanas previas a la boda se había inquietado al pensar en los proyectos de Effie—, ahora esos mismos proyectos le hicieron sentirse ligero y durante unos momentos disfrutó de una radiante felicidad. Todo iba a salirles muy bien.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Effie.

—Por ti —contestó Henry.

—Para ya —dijo ella, y lo besó antes de que él pudiera decir nada más.

Tomaron un poco del brandy del tío George. En las instrucciones que les había dejado sobre la mesa del comedor, les decía que podían coger lo que quisieran del armario de las bebidas, pero que si se bebían más de la mitad de alguna botella, compraran otra, y les daba la dirección de la licorería de Washington Street.

—Tendríamos que dejar exactamente la mitad de cada botella —dijo Henry, y Effie se rio.

El tío George, el viudo de la tía Lizzie, vivía en Filadelfia y no era un pariente consanguíneo. Effie apenas se relacionaba con él, pero le había llamado para organizar el viaje y para saber cuándo estaría disponible la casa. Henry tenía la impresión de que a ella no le caía muy bien.

Effie cocinó el merlán para cenar —se le pegó a la sartén y quedó todo deshecho, pero estaba bueno—, y luego encendieron la radio. Encontraron una emisora que no tenía demasiadas interferencias, y bailaron «Chances Are» en el cuarto de estar. Después jugaron una partida de damas, que Effie ganó con bastante facilidad. Y rebasaron la marca que señalaba la mitad de la botella de brandy.

—¿Qué hará tu tío George? ¿Nos mandará una factura? —dijo Henry.

—Que se vayan al infierno el rey George y sus casacas rojas —dijo Effie—. ¡Salud!

El martes salió el sol, y las calles y las plazas del pueblo se llenaron de luz. Pasearon hasta el faro, que estaba cerca del cabo, al otro lado de un pantano. Ese lugar, según la imagen mental que tenía Henry del pueblo, marcaba el punto más meridional de New Jersey. Frente a ellos se extendía el océano, a su izquierda se extendía el océano, y un poco a su derecha, al otro lado de la península, estaba la bahía de Delaware. Ahora que lucía el sol, el mar había adquirido un tono azul eléctrico.

—Piensa —dijo él, señalando el horizonte— que si avanzaras diez mil kilómetros en esa dirección, llegarías a la Antártida, o a Sudáfrica, o a algún lugar así. Podríamos nadar y nadar y no a ver jamás el final del agua.

Ella no contestó, y entonces él la miró y vio que tenía el ceño fruncido. Llevaba toda la mañana de mal humor. Los dos habían bebido demasiado.

—Eso no es cierto —dijo Effie—. Ahí está el oeste.

Él sintió una punzada de irritación. Lo único que había pretendido era expresar lo maravilloso que era aquello.

—¿Cómo que el oeste? Hasta donde alcanza la vista solo se ve el mar.

—No, se ve Delaware —dijo ella—. Con prismáticos se ve Delaware. Cuando volvamos a casa te enseñaré un mapa. —Señaló hacia la izquierda—. Por ahí sí que está el sur. Si nadaras en esa dirección, llegarías a la Antártida o a Sudáfrica o a donde sea. Bueno, ahora que lo pienso, creo que primero llegarías a Venezuela.

No importaba. Él la abrazó y le dio un beso en la coronilla.

—Vale, miss Atlas, el sur está al oeste y el este está al norte.

Ella lo apartó de un empujón, sonriendo.

Hacían el amor todas las mañanas, antes de levantarse, y otra vez a última hora de la tarde. Se trataban con delicadeza y consideración. Él le acariciaba la entrepierna, pero le daba vergüenza mirársela de cerca. Le besaba los pechos, el vientre suave y redondeado, el impresionante nido de vello púbico, que olía a lino, pero nunca pasaba de ahí; le daba miedo ofenderla, le daba miedo que ella se apartara o se riera o le dijese que era un perverso. ¿Cómo podía preguntarle qué deseaba ella? ¿Cómo podía decirle qué deseaba él? A veces Effie le cogía el pene y él levantaba las caderas para animarla —quería que se lo cogiera con más fuerza (aunque no con demasiada fuerza), y soñaba con que ella se lo metiera en la boca—, pero ella lo rehuía; tal vez le daba miedo hacerle daño, o quizá fuera el pene lo que le daba miedo, o asco. Él no podía saberlo. Pero hacían el amor, sin necesidad de decirse nada, y cada vez parecía resultar un poco más natural. Él trataba de ir despacio, con calma, conteniéndose para que durara todo lo posible. El cabezal de la

cama daba golpes contra la pared. Effie jadeaba muy cerca de su oído, con los dedos entrelazados en su pelo.

Y luego, mientras desayunaban o exploraban en busca de un nuevo camino para atravesar el pueblo, ella adoptaba una expresión distante, y podían pasar media hora sin pronunciar ni una palabra. Henry se decía que esos silencios no tenían por qué ser incómodos, que en realidad el hecho de que no tuvieran que estar todo el tiempo hablando era una señal de intimidad. Pero no podía evitar pensar que si él fuera más alegre, menos callado e introvertido —más divertido y sociable, como su mejor amigo, Hoke, a quien Effie adoraba—, tal vez ella sería más feliz.

Los días se hacían largos. Había poco que hacer. Ella dormía la siesta todas las tardes, y Henry siempre deseaba que llegara el momento de estar solo. Iba estreñado desde antes de la boda, y hasta que Effie se dormía, no se sentía cómodo para intentar ir de vientre en el retrete de la cocina, lejos de donde estaba ella. El resultado era siempre insatisfactorio. Después, sintiéndose hinchado, se quedaba en el cuarto de estar con las ventanas abiertas, o salía al porche trasero, donde los abedules producían un sonido muy relajante.

Estaba leyendo *La vida de Samuel Johnson*, de Boswell, un libro que su tío Carswall le había regalado por su boda. Carswall lo había leído de joven, y aquella obra le había servido de guía, según le dijo.

«Siempre vas a tener que trabajarte, hijo, y siempre vas a tener que esforzarte. Pero ese esfuerzo es lo que te convertirá en un buen hombre.»

A Henry le gustaba esa idea. Tenía una imagen de la clase de hombre que quería ser —virtuoso, humilde, fuerte y audaz, alegre y animado, aunque con moderación— y estaba deseoso de aprender. Pero el libro, de momento, era aburridísimo, y no conseguía leer más que unas pocas frases antes de que su mente empezara a divagar.

El jueves por la mañana fueron andando hasta el puerto deportivo para ver los barcos. Al final del muelle había una construcción octogonal con ventanales en todos los lados. Effie creía recordar que había ido a algunas fiestas allí. La entrada estaba cerrada con candado, pero junto a la puerta había un póster que daba la impresión de llevar ahí poco tiempo en el que una calabaza de Halloween con una gorra de marinero anunciaba un baile para el viernes 11 de octubre.

—¿Eso es mañana? —preguntó Henry, pero Effie dijo que no, que era el viernes siguiente—. Fíjate —dijo él—. Coincide con nuestra última noche aquí. —Le cogió la mano—. En nuestra última noche aquí va a haber un baile. ¿No es fantástico?

Ella no parecía compartir su entusiasmo. Apoyó la yema de los dedos contra el póster.

—Dios mío... —dijo—. No me puedo creer que vayamos a estar tanto tiempo aquí.

Bajaron a la playa y caminaron por la orilla con los zapatos en la mano.

—Oye —dijo ella tras un largo silencio—, no tenemos que quedarnos las dos semanas. Podríamos coger el tren el domingo y estar en casa el lunes por la mañana.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Creo que sí —contestó Effie.

Desde allí, Cape May era realmente precioso. La línea de la costa se extendía a lo lejos, ante su vista; a su lado estaban la playa y el pasto crecido, y más allá, los grandes hoteles victorianos, las columnas y los toldos a rayas. Signal Creek, en comparación, parecía un sitio monótono y sombrío. Los bosques de pinos, los campos de algodón y cacahuetes, la plaza de los Juzgados, el arroyuelo color café con leche. Carswall y la madre de Henry habían hecho remodelar para la joven pareja un anexo de la casa, lo que llamaban con grandilocuencia «el ala antigua». Un salón con una estufa de leña, un dormitorio, un cuarto de baño, y una habitación minúscula y optimista para el futuro bebé. A Henry la idea de instalarse allí, de retomar sus vidas —tan pronto— le resultó deprimente.

—Pues yo no tengo ganas de marcharme —dijo—. Me podría quedar aquí eternamente.

Effie le sonrió.

—Me alegro —dijo; se detuvo para coger una concha de la arena plana y húmeda, y comenzó a darle vueltas en la mano—. A mí esto me parece tan triste, Henry... Triste y... no sé. —Miró alrededor, como si él no estuviera—. Aburrido, supongo.

A Henry le dolió el comentario y se dispuso a decir algo, pero ella no se dio cuenta y continuó hablando:

—La tía Lizzie está muerta y enterrada. Ninguno de mis amigos está por aquí. El tío George... ¿Sabías que quería cobrarnos por la casa y que mi madre tuvo que convencerlo de que no lo hiciera? Tuvo que recordarle que, técnicamente, seguíamos siendo familia. Se sintió muy incómoda. —Henry no entendía qué tenía que ver eso con lo que estaban hablando, pero no dijo nada—. No sé cómo se me ocurrió. El chico de la cafetería tenía razón: deberíamos haber ido a Florida.

—Eff —dijo él, tratando de serenarse—, no podemos adelantar la vuelta.

—Oh, vamos, Henry...

—No, escucha... —la interrumpió él, pero no sabía cómo dar forma a lo que quería expresar. Lo humillante que sería. Todo el mundo percibiría su fracaso, aunque no fuera real: lo imaginarían, y el fracaso se instalaría entre ellos y acabaría por volverse real—. Piensa en tu madre —dijo—. Y en la mía. ¿Qué van a pensar?

Aquello pareció causar cierto efecto en Effie, que asintió y lanzó la concha lejos. Continuaron caminando, y Henry creyó haberse salido con la suya, aunque... ¿de qué servía si ella iba a estar triste y aburrida el resto del viaje? Sin embargo, al cabo de unos minutos, Effie dijo:

—No me importa lo que diga la gente, Henry. Quiero volver a casa.

Así pues, decidieron que se marcharían el domingo por la tarde. Al menos aún les quedaba el fin de semana. Al principio Henry se sintió dolido y enfadado —era muy feo, por parte de ella, decir que se estaba aburriendo después de lo que habían compartido—, pero pronto empezó a sentirse como si se hubiera quitado un peso de encima, ahora que su luna de miel se había estropeado. Después de cenar —el lomo de cerdo, que estaba delicioso—, volvieron a abrir la botella de brandy del tío George y la velada adquirió un aire de despedida. Se llevaron la botella al porche delantero y estuvieron contemplando cómo la luz desaparecía entre los olmos. Se pusieron a contarse historias. Que Betty Moody estaba loca por Maynard Givens. Que Suzie Blanchard se tiraba sonoros pedos cuando solo había chicas. La vez que Hoke había tratado de escalar el monte Lord's Gully en bicicleta. Henry disfrutaba mucho de las escasas ocasiones en que conseguía hacer reír a Effie, cuando la frialdad la abandonaba momentáneamente y su cuerpo se sacudía con las carcajadas.

—Para, para... —le suplicaba—. Conseguirás que me haga pis.

Se terminaron el brandy y abrieron una botella de whisky escocés. No eran capaces de pronunciar la marca.

—Seguro que es caro —dijo él, y luego brindaron y entrechocaron las copas.

Ya era de noche. Habían encendido la radio y una música suave y etérea llegaba hasta el porche. Se sentían muy relajados —sumidos en un silencio cómodo esta vez, borrachos y contentos como estaban— cuando Henry vio unas luces al final de la calle.

Se levantó y se acercó a la barandilla para ver mejor. Había luces en las ventanas de la casa de la esquina, a tres casas de distancia y al otro lado de la calle, en la intersección de New Hampshire Avenue y Madison Avenue. Llamó a Effie para que echara un vistazo.

—¡Pero, bueno, ¿quién lo iba a decir?! —exclamó.

Ya no estaban solos.

—No habías dicho nada sobre esa casa —dijo Henry—. ¿Te acuerdas de quién vivía ahí?

Ella pensó un momento.

—No —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

Con las copas en las manos, recorrieron la acera hasta que estuvieron justo delante de la casa. La mayor parte de esta no se veía en la oscuridad, pero las ventanas del piso de abajo estaban iluminadas. Se quedaron observando y escuchando, atentos a cualquier señal de vida, pero detrás de las cortinas no se movía nada y lo único que podían oír era el rugido de las olas y el murmullo del viento al pasar entre los árboles.

—¿Vamos a saludar? —preguntó Henry.

Effie se atusó el pelo.

—No, por Dios. Es tarde. —Tomó un trago de su copa—. Pareceríamos un par de borrachos, ¿no?

—Bueno, quizá mañana.

Ella asintió. Se quedaron mirando unos minutos más hasta que Effie comentó que estaban comportándose como unos perversos y regresaron a casa.

A la mañana siguiente, cuando iban a la playa —por fin hacía un día agradable, y Effie pensó que a lo mejor podrían bañarse—, pasaron junto a la casa de la esquina y vieron tres automóviles aparcados en el camino de entrada: un pequeño deportivo rojo, un Cadillac celeste descapotable y lo que a Henry le pareció un Rolls-Royce, aunque nunca había visto uno en la vida real. Esa gente era rica. Pero el césped, demasiado crecido y lleno de malas hierbas, era el más descuidado de la calle, y la casa, que quedaba medio oculta a la sombra de los árboles, tenía un aspecto un tanto ruinoso.

El mar estaba demasiado revuelto para nadar, de modo que treparon a una de las altas sillas de los socorristas y estuvieron mirando las olas. Effie intentó recordar quién vivía en aquella casa. Se sujetaba la amplia ala del sombrero con las dos manos para que no se lo llevara el viento.

—Puede que fueran los Richard. Creo que sí. Tenían una hija que se llamaba Mattie y que era unos años mayor que yo... Ah, pero quizá vivieran en Maryland Avenue. No lo sé. Seguramente no es nadie conocido. Estas viviendas cambian mucho de dueño.

Cuando pasaron de nuevo por delante de la casa, al volver de la playa, había dos coches más aparcados junto a la acera: un Buick largo y brillante y otro Cadillac.

—Debe de haber una fiesta —dijo Henry.

—O una reunión familiar. Colarnos ahí sería de mala educación.

—¿Quién ha dicho que vamos a colarnos? Podemos pasar a saludar y ya está.

Decidieron que irían a las cinco. Effie pensó que a esa hora seguro que los recién llegados todavía no estarían cenando.

—Llamamos a la puerta —dijo—, y si nos invitan a pasar, estupendo. Si no..., bueno, iremos a ver si en este pueblo hay algo de vida los viernes.

Sin saber por qué, estaban nerviosos. Henry se dio cuenta de que ella también lo estaba. Quizá fuera por el Rolls-Royce que había en el camino de entrada. Quizá, absurdamente, fuera porque de algún modo esperaban que alguien los rescatase y no querían desperdiciar la oportunidad. Henry se puso sus pantalones y sus zapatos de vestir y una americana gris. Effie, un vestido azul marino de cuello blanco y un cinturón blanco bien ceñido en la cintura. Se había hecho un moño y estaba

muy guapa, sobre todo a la luz del atardecer, pero no parecía que se hubiera vestido para ir a una fiesta, lo cual habría resultado un tanto impertinente.

Había un coche más aparcado junto a la acera, con lo que en total eran seis. Caminaron por la gravilla de la entrada para coches y encontraron el sendero, casi completamente oculto por las malas hierbas, que llevaba a la puerta principal.

La puerta estaba abierta, y a través de la mosquitera vieron las ventanas que daban a la parte de atrás, pero no pudieron distinguir a nadie dentro de la casa. Effie tiró de una cuerdecilla que colgaba junto a la puerta, y en el interior sonó una campana. Esperaron. Al cabo de un minuto, volvió a tirar, y al final oyeron una voz procedente de algún rincón remoto de la casa: —«¡Ya va!»—, y poco después una hermosa mujer con una melena rubia elegantemente peinada y un vestido blanco de tirantes abrió la mosquitera.

—¡Hola! —exclamó mirando a Henry, cuyos ojos se dirigieron involuntariamente a sus pechos—. Vosotros debéis de ser... —Dio la impresión de esforzarse por recordar sus nombres, dispuesta a mostrarse completamente encantada, fueran quienes fueran.

—Estamos pasando unos días en una casa de esta misma calle —dijo Effie—. Íbamos a cenar y vimos los coches aquí aparcados y se nos ocurrió presentarnos. No queríamos molestar...

La mujer, mientras Effie hablaba, dejó de parecer encantada y se inclinó un poco hacia delante para verla mejor.

—No —dijo—. No puede ser... Es que no puede ser. ¿Tú eres mi princesita?

Effie miró a Henry, como si él pudiera conocer la respuesta a esa pregunta.

—¡Dios mío! —gritó la mujer—. ¡Sí lo eres! ¡Eres la niñita sureña que vivía ahí abajo! ¡Dios mío, creo que me voy a desmayar! —La mujer abrazó con todas sus fuerzas a Effie, que irguió la cabeza como si buscara aire. Parecía asustada. Al final, la mujer la soltó y dijo—: ¿No te acuerdas de mí? Me vas a romper el corazón si no te acuerdas de mí.

Y entonces Effie pareció caer en la cuenta.

—¿Clara? —preguntó—. ¿Clara Strauss?

—¡Sí! —gritó la mujer, y se puso a dar palmas.

Y aunque Effie sonreía de oreja a oreja, Henry la conocía lo bastante bien para percatarse de que se arrepentía de haberse presentado allí.

—¡Pasad, pasad, por el amor de Dios! —les dijo la mujer como si estuviera regañándolos por no haber llegado antes, y los condujo a través de un amplio vestíbulo hasta un salón muy iluminado con un gran ventanal que daba a un frondoso jardín con piscina. El aspecto sombrío que tenía la casa desde fuera era un mero disfraz de la luminosidad del interior. Aquello produjo en Henry el mismo efecto que un hechizo.

—Solo podemos quedarnos un momento —dijo Effie—. Íbamos a cenar.

—No me puedo creer que seas tú —dijo Clara, deteniéndose para evaluarla—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cinco años? ¿Seis? ¡Toda una vida! ¿Y este quién es? —preguntó, apoyando la mano en la parte baja de la espalda de Henry.

Cuando Effie le contó que era su marido, la mujer se quedó sin aliento —«¡Nunca había oído nada tan maravilloso!»— y le cogió la mano con firmeza hasta hacerle daño.

—¡Dios mío! Encantada de conocerte. Yo soy Clara. ¡Clara!

—¡Yo soy Henry!

—¡Sí!

Effie le explicó que Clara era una amiga de su prima Holly, unos años mayor que ella. Cuando era pequeña, si no había nadie para cuidarla, Effie iba algunas veces con ellas a la playa o al pueblo.

—¿Una «amiga de Holly»? —preguntó Clara, poniendo los brazos en jarras—. Vaya frialdad. ¡Menuda lagarta estás hecha! Yo adoraba a esta niña —le explicó a Henry, y dirigiéndose de nuevo a Effie, añadió—: ¿No te acuerdas de cuánto nos divertíamos? Pero entonces eras muy pequeña e impresionable. Y mírate ahora: ¡eres una belleza! ¡Y casada con William Holden, nada menos! —Soltó una carcajada y cogió por el antebrazo a Henry, que le sonrió como un bobo—. Ay, mi princesita —dijo, y con una voz como la de Scarlett O'Hara añadió—: Mi Effie Mae. Así es como te llamaba, ¿recuerdas?

—Sí —dijo Effie desapasionadamente.

—¡Qué tiempos aquellos!, ¿verdad? Pero los años no pasan en balde. ¡Sentaos, sentaos!

Señaló un sofá que daba al ventanal y a una gran chimenea hecha de pizarra y de lo que

parecían unas piedras sueltas. No parecía demasiado sólida. El techo, de vigas vistas, era muy alto, y tenía un par de claraboyas de cristal esmerilado que dejaban entrar más luz todavía; sobre el vestíbulo, que había quedado a su espalda, había una balconada a la que se accedía desde el piso de arriba y que recorría todo el salón. Era una casa mucho más grande que la de la tía Lizzie, pero todo allí parecía desperdigado y caótico. Y por el momento no se veía a nadie más.

—¿Qué queréis beber? —preguntó Clara.

—Nada, gracias —dijo Effie—. En serio, no podemos quedarnos mucho rato.

—Tonterías. Son las cóctel en punto. Tenéis que quedaros un poco. Hace muchísimo que no te veo, y aquí estás, como por arte de magia, de nuevo en este lugar dejado de la mano de Dios. —Miró a Henry—. ¿Tú qué tomas?

Henry esperó de Effie alguna señal, pero ella se limitó a mirarlo fijamente. En realidad, a él le apetecía quedarse.

—Cualquier cosa —dijo.

—¡Pues un gin-tonic! —gritó Clara—. La única bebida apropiada para antes de cenar. —Se dirigió al minibar, y Effie cerró los ojos y reclinó la cabeza en el sofá—. ¡Dios mío! Effie Moore, aquí mismo, en Cape May, después de tantos años.

—Effie Tarleton —la corrigió Effie.

—¡Eso es! Ay, ahora me estoy acordando de todo.

Aquella mujer era un torbellino. Henry nunca había conocido a nadie como ella. Tendría treinta y pocos años, calculó, y era... grande. No solo físicamente: su aura era grande, como lo sería Jayne Mansfield si pudiera salir de la pantalla en el autocine. Era por lo menos tan alta como él, ancha de hombros y con una mandíbula prominente, y sus pechos parecían estar en todo momento a punto de salirse del vestido. Henry tenía que hacer un esfuerzo para no mirárselos.

—Pero ¿qué estáis haciendo aquí en esta época del año? —les preguntó, cogiendo un par de vasos altos de un estante que había detrás del minibar.

Effie levantó la cabeza y le contó —y parecía hablar con cierto arrepentimiento— que estaban en su luna de miel.

—¡No! —Clara golpeó los vasos con fuerza contra la mesa, y por un momento a Henry le pareció que se había enfadado con ellos—. O sea, ¿que estáis recién casados? O sea, ¿que ahora mismo estáis en vuestra luna de miel? —Se dio la vuelta y gritó—: ¡Señora Pavich!

Oyeron una voz procedente de un arco que había en un extremo del salón, una voz con un marcado acento y que rezumaba hastío:

—¿Sí, señora Kirschbaum?

—He cambiado de opinión. Sí vamos a querer el pastel de zanahoria. —Se volvió hacia Henry y Effie—. Pues claro que acabáis de casaros. ¡Estáis radiantes! Ahora me doy cuenta.

Henry miró a Effie y le sonrió, pero ella se quedó mirando fijamente a Clara con una expresión

entre tensa y neutra.

—Bueno, no se hable más: os quedáis a cenar. No sé adónde pensabais ir, pero ahí no puede haber nada mejor que lo que está cocinando nuestra querida señora Pavich. Ahora todos los demás están en la playa (bueno, menos Richard, por supuesto), pero vamos a celebrar una fiesta y vosotros dos os vais a quedar.

—¿Vas a dar una fiesta para nosotros? —preguntó Henry, completamente confuso, y Effie lo miró como si fuera un imbécil integral.

—¡Ay, este chico me encanta! —exclamó Clara.

—Ojalá pudiéramos quedarnos —repuso Effie—, pero no vamos a estar mucho más tiempo por aquí, y teníamos muchas ganas de conocer un poco más el pueblo, ¿sabes? Ir a cenar, ver una película...

Pero Clara estaba ocupada rebuscando detrás de la barra.

—Espero que la señora Pavich no se haya olvidado del hielo. Vamos a necesitar un montón. —Se levantó, muy erguida—. Vosotros quedaos ahí sentados con ese aspecto impecable, que yo vuelvo dentro de medio minuto. Estoy deseando que nos pongamos al día. —Y salió corriendo hacia el arco, llamando otra vez a gritos a la señora Pavich.

—¡Vaya! —exclamó Henry—. Es una persona muy especial, ¿verdad?

—Vámonos —dijo Effie, y se levantó del sofá, pero Henry la cogió por la muñeca.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—La única persona con la que nos encontramos, y tiene que ser precisamente Clara Strauss. O como se llame ahora. Debe de haber cazado a un marido.

—¿Qué tiene de malo?

Effie le apartó la mano y miró hacia el arco. Se oía perfectamente a Clara dando instrucciones a la señora Pavich:

—Esta jarrita es para la salsa holandesa, querida, y esta otra es para la salsa a la pimienta. ¿Ves que las bocas son diferentes?

—Es una abusona engreída y una ramera —dijo Effie—. No es una buena persona.

Henry se echó a reír.

—Vamos, siéntate. No vamos a dejarla plantada así. Me da igual cómo sea.

Effie se sentó.

—Mira que encontrarnos justo con ella... Lo digo en serio. Ni se me había pasado por la cabeza. Las últimas dos veces no vino. No había aparecido por aquí desde la boda de Holly.

Clara era amiga de su prima Holly, volvió a explicarle a Henry. Holly era la hija mayor del tío George. La había tenido con su primera esposa y sacaba a Effie más de una docena de años. Nunca había mostrado ningún interés por la tía Lizzie ni por el resto de su nueva familia de Georgia, que, para Holly, no eran más que unos palurdos. Tanto Holly como Clara tomaban el pelo

a Effie, la fastidiaban, se burlaban de su acento, le preguntaban dónde estaba su «mamá», bromeaban con cosas que ella no podía comprender de ninguna manera —«¿Cuántos años tenía entonces, ocho?»— y se reían de su ignorancia...

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Henry.

—Bueno... No sé... —Parecía que le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Cuando estaba con ellas, no paraban de beber y fumar, o se metían debajo del paseo marítimo con unos chicos y me dejaban ahí en la playa, jugando sola.

—Parece divertido.

—Yo era una niña, por el amor de Dios.

Henry sonrió.

—Bueno, pues ahora eres mayor y estás casada. Y Clara también. Y da la sensación de que te adora.

Effieladeó la cabeza y se tocó un lunar diminuto que tenía detrás de la oreja, un acto reflejo cuando se sentía contrariada.

—La gente no cambia tanto.

Henry sabía que eso no era cierto. En otra época, él también podría haber dicho que Effie era una acosadora —como cuando había metido el pelo de Betty Moody en el engranaje del afilador de lápices de la clase de la señora Jackson—, y ahora, en cambio, era su encantadora esposa. Pero se limitó a encogerse de hombros y lo dejó correr.

De repente, oyeron un fuerte ruido procedente de más allá del arco, como si alguien estuviera picando algo, y se quedaron escuchándolo. Un minuto más tarde, Clara volvió a entrar en el salón con un cubo lleno de hielo. Se movía con tanta suavidad que parecía estar patinando.

—Perdonad que os haya hecho esperar tanto rato. ¡Estáis geniales! Adoro a esa viejecita, pero si no estoy ahí vigilándola en todo momento... Bueno, ya sabéis cómo son esas cosas. —Volvió a la barra y empezó a poner hielo en los vasos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Effie.

—Hemos venido a pasar el fin de semana. Es el cumpleaños de mi hermano. Supongo que te acordarás de Scott —dijo Clara, sonriendo significativamente, pero Effie no lo recordaba—. ¡Effie! ¿Estás de broma? ¡Si estabas coladísima por él!

—¿De verdad?

—¡Pues sí! Te tenía loca. Siempre lo abrazabas por la cintura y no había manera de que lo soltaras. Eras una niñita muy decidida. ¿Sigue siendo así, Henry?

Henry no supo qué decir, así que soltó una carcajada.

—Creo que me confundes con otra —dijo Effie.

Clara pareció ignorarla:

—No te preocupes, Henry. Ahora Scott está casado. Con una zorrita, si quieres que te diga la

verdad, pero casado en cualquier caso. Y de todas formas, tú eres mucho más guapo.

Henry no estaba seguro de haberla oído bien; no podía haber dicho lo que él creía que había dicho. Le sonrió y se acordó de que, en una ocasión, el reverendo Miller les había explicado que Satanás solía presentarse con una apariencia hermosa, prodigando elogios y palabras cautivadoras. Podría quedarse todo el día escuchándola. Mientras preparaba las copas, Clara les explicó que Scott iba a cumplir veinticinco —«La semana próxima, en realidad»— y que iban a correrse una juerga; acudirían todos sus amigos de Princeton y del ejército, y los socios más jóvenes del bufete; gente de Filadelfia, de Washington, de Nueva York e incluso de Boston. Aunque no tenía ni idea de dónde iban a dormir.

—¡Unos encima de otros, supongo!

Atravesó el salón desde la barra, les dio sus bebidas y se sentó con la suya en una butaca que había junto al sofá.

—Bueno, parece una celebración íntima... —comenzó a decir Effie.

—No sigas por ahí —la cortó Clara—. No os estáis entrometiendo, os lo prometo. ¡Es una fiesta! Mi madre y mi padre no van a venir, se quedan en Filadelfia. —Clara se inclinó hacia delante y apoyó la mano en el brazo del sofá—. Princesita mía, te suplico que os quedéis. Apenas conozco a nadie. Me haríais un favor, en serio.

Llegados a este punto, pensó Henry, sería muy descortés declinar la invitación. Cogió a Effie de la mano.

—Podemos quedarnos un ratito —dijo.

—Es que... —empezó a decir Effie.

—¡Qué bien! —la interrumpió Clara, levantando su vaso—. Por las amistades perdidas hace tiempo —dijo—. Y también por las nuevas.

La bebida estaba deliciosa. Henry nunca había probado la ginebra, y su sabor a pino encajaba a la perfección con aquel espacioso salón, el gran ventanal y el jardín trasero, verde y frondoso, que se agitaba con la brisa. Antes de que pudiera darse cuenta, ya se había tomado la mitad.

Clara se puso a interrogar a Effie acerca de su vida, pero antes de que esta pudiera terminar de contestar a cada pregunta, la interrumpía para contar alguna anécdota personal, o para recordar a gente que ambas habían conocido o las cosas que habían hecho en Cape May. Como aquella ocasión en que Clara y Holly se habían colado en el faro y les habían enseñado las tetas a los de la regata de verano, a plena luz del día, y Effie se había enfurruñado porque le daba miedo unirse a ellas (Effie no recordaba nada de eso). O la vez en que Effie les había pedido que jugaran al escondite, y Clara y Holly y otra chica con la que estaban habían logrado darle el esquinazo durante casi una hora, hasta que Effie se echó a llorar en la calle, en una parte del pueblo que no conocía, y tuvo que preguntar a un desconocido cómo volver a New Hampshire Avenue. (De esto Effie sí se acordaba. «Fue horrible», dijo, malhumorada, y Clara, sofocando la risa, contestó:

«Tuvo que serlo, sin duda. ¡Ay, cariño! Éramos unos bichos. Lo siento».) De vez en cuando le preguntaba algo a Henry —«¿Llevas enamorado de ella toda la vida?»— y él contestaba tímidamente, sonriendo como un tonto. Pero durante la mayor parte del tiempo, Henry se limitó a escuchar, o a escuchar a medias, distraído por la burbujeante sensación que le causaban la bebida y la intensidad de la luz que entraba en la casa. La ginebra le estaba haciendo efecto: le parecía que su cuerpo se había vuelto efervescente. Clara cruzó las piernas y exhibió un pie encantador metido en una sandalia de tacón alto, una piel bronceada y reluciente, unas uñas blancas y brillantes. Era la persona más glamurosa que Henry había visto en su vida. Vivía en Manhattan y estaba casada con un hombre llamado Richard que dirigía un banco, y cuya familia, según dedujo Henry, era sumamente rica. No se habló en ningún momento de hijos. Clara era de Filadelfia y procedía de una familia de abogados más modesta, y en aquella casa de Cape May pasaban sus padres los veranos. «Esta vieja choza», la llamaba. Richard y ella tenían una casa en Nantucket que a ella le gustaba mucho más, pero aquel fin de semana era el cumpleaños de Scott, y su hermano había querido que fueran allí.

Henry y Effie se terminaron sus bebidas al mismo tiempo, y cuando Clara oyó el tintineo del hielo en los vasos, se levantó de un salto, los cogió y volvió a la barra del mueble bar sin dejar de hablar en ningún momento. Tras servirles otro gin-tonic, se deslizó hasta el tocadiscos, situado en el otro extremo del salón, y puso una suave música latina, o tal vez fuera italiana, porque comenzó a contarles que había pasado su luna de miel en Italia: una semana en Nápoles y otra en Roma. Durante la primavera de 1954. Había sido un sueño, dijo, pero un sueño fugaz. (Con pequeños movimientos, bailaba una especie de chachachá en su asiento.)

—Para cuando llegamos a Roma, Richard estaba a punto de volverse loco. Relajarse lo pone nervioso, ¿sabéis? Así que casi todo el tiempo me dediqué a pasear sola por la ciudad. Tuve que pedir a algunos desconocidos que pasaban por la calle que me hicieran fotos. Aquí estoy en la escalinata de la plaza de España. Aquí estoy en el Caffè Greco. Me hice pasar por una princesa fugitiva, como Audrey Hepburn. —Soltó un suspiro melancólico y se sentó—. ¡Ah, el amor! Conservadlo todo el tiempo que podáis, queridos. Aunque vosotros debéis de estar en pleno arrebató.

Effie y Henry se miraron. Ella parecía haberse tranquilizado un poco. Tenía las mejillas sonrosadas y sonreía levemente.

—Pero ¿por qué habéis venido precisamente a Cape May?

—No lo sé —dijo Effie—. Pensamos en unos cuantos sitios —lo que no era cierto en absoluto—, pero bueno, tenemos una casa aquí, y yo hacía un montón de tiempo que no venía.

—La nostalgia, sí. A mí me pasa lo mismo.

—Y sobre todo, queríamos que fuera un viaje sencillo y fácil. Podríamos haber ido a cualquier lugar del mundo, supongo, pero ya tendremos tiempo para eso.

—Muy bien dicho —sentenció Clara.

Todo lo que había dicho Effie era nuevo para Henry, pero, de algún modo, en ese preciso instante le pareció que era verdad.

—Tenéis toda la vida por delante —dijo Clara, levantando su vaso—. En este momento, lo único que importa es el amor. —Les dirigió una sonrisa con un toque de amargura—. Ay, queridos. Os comería vivos.

En ese momento, una corpulenta mujer de mediana edad apareció en el arco y miró a Clara con el ceño fruncido.

—Señora Kirschbaum, la cena está lista.

—Qué maravilla, señora Pavich. ¿Puede salir a tocar la campana? Probablemente no la oigan, pero ¿quién sabe? Tal vez el viento sople a nuestro favor.

La mujer volvió a salir por el arco arrastrando los pies, y un momento después se oyó el estridente repiqueteo de la campana procedente del exterior —era como si fuera hubiera un campanario—, y no paró de sonar hasta que Clara gritó:

—¡Ya es suficiente, señora Pavich!

Lo de la campana funcionó, o tal vez fuera una coincidencia: en menos de cinco minutos, unos cuantos jóvenes irrumpieron en el salón desde el jardín trasero. Se notaba que les había dado el sol y que hacía viento; llevaban pantalones cortos y camisas de lino o vestidos ligeros, y hablaban todos al mismo tiempo.

—¡Que Dios nos ayude!

—¡Pues a mí me dio la vuelta para el otro lado!

—¡Es increíble que Dottie no esté ciega!

—¡Pues a mí me dio la vuelta para el otro lado!

—¡Hola, hola!

Clara los presentó en medio de aquel frenesí, pero Henry olvidó sus nombres justo después de oírlos —Dottie y James, Alma y Roland y Max, Karen y Betsy—, salvo el de Scott, el antiguo amor de Effie, que era tan atractivo como su hermana y cuya camisa desabotonada dejaba ver un pecho y un vientre en plena forma.

—¡No puede ser! —dijo cuando Clara le explicó quién era Effie, aunque Henry se dio cuenta de que no la recordaba. Pese a ello, le dio un gran abrazo, de modo que la mejilla de ella quedó apretada contra el pecho desnudo de él, y Henry sintió una punzada de celos. ¿Quién era toda esa gente? Eran todos extraña y efusivamente simpáticos.

—¡Es fabuloso conocerte!

—¿De Georgia, dices?

—¡Enhorabuena!

—Hank, eres el hombre más afortunado del mundo.

Esto último lo dijo un tipo bajo y fornido, con pinta de boxeador, que iba sin camisa.

—Lo sé, no te quepa duda —contestó Henry, y entonces el tipo soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda con tanta fuerza que a Henry se le cayó parte de su bebida sobre la alfombra—. Lo siento... —le dijo a Clara, mirándola a los ojos—. Ahora lo limpio.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Clara, acercándose y apoyando la mano sobre el bíceps del boxeador—. Cariño, no eres consciente de tu fuerza.

—Perdona, Hank —dijo el tipo, y volvió a darle una palmada, ahora más suave, en el hombro.

La mano de Clara se había quedado apoyada en su espalda. ¿Acaso aquel tipo era Richard? Parecía demasiado joven para ella. Era guapo, pero unos cuantos centímetros más bajito que Clara.

Todos se arremolinaron en torno al bar. El hielo tintineaba en los vasos. Una botella de ginebra vacía fue lanzada estrepitosamente a la basura, y de inmediato abrieron otra. Henry y Effie permanecían uno junto al otro, pero cuando los demás regresaron con los vasos llenos, un torbellino de alegres parloteos comenzó a extenderse y su fuerza centrífuga acabó por separarlos. Todos parecían conocerse íntimamente, aunque eso podía ser una mera ilusión; te hacían sentir que formabas parte de la conversación aunque no tuvieras ni idea de sobre qué estaban hablando, y solían hacer curiosos gestos, como acercarse mucho o cogerte por el antebrazo, que daban a entender que iban a contarte algo confidencial, aunque en realidad acababan soltando trivialidades:

—¡Me he enterado de que hay pasteles de bourbon en la carta de postres!

Henry sonreía y asentía; un par de metros más allá, Effie hacía lo mismo. A él le resultaba difícil seguir la conversación, pues estaba salpicada de nombres, lugares y referencias que desconocía, aunque estimulaban su imaginación: Gabby y Sophie y Anders; Marblehead, los Berkshires, Palermo; la fiesta del Cuatro de julio con el gran danés; los jacintos de Lorenzo; la cubertería y la vajilla que se quemaron en el incendio. Clara zigzagueaba entre todos ellos, con una botella de ginebra en una mano y una de tónica en la otra, ejerciendo de anfitriona, aunque en la mente de Henry era mucho más que eso: era una hechicera que los estaba volviendo locos.

La señora Pavich volvió a aparecer bajo el arco.

—Señora Kirschbaum —dijo, captando la atención de todos los presentes—. La cena se está enfriando.

Pero entonces sonó el timbre de la puerta y llegaron más invitados, y la alegre pandilla corrió a ver de quién se trataba. Se oyeron sus estrepitosos saludos procedentes del vestíbulo.

Henry y Effie volvieron a juntarse.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó él.

Ella no parecía capaz de fijar la mirada en ningún punto.

—Bueno, ya estamos aquí. O sea, podríamos quedarnos a cenar... —Y como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que estaba diciendo, lo miró y le preguntó—: ¿Tú quieres que nos vayamos?

—No —contestó él—. Me parece bien que nos quedemos. Si tú quieres.

—Por mí, bien.

—Entonces nos quedamos. Un ratito.

—Si a ti te apetece...

El número de invitados se había duplicado. Los recién llegados pertenecían a dos grupos, o al menos eso le pareció a Henry: los de un grupo tenían muy buen aspecto, como si acabaran de llegar de Hollywood —dos parejas que llevaban unas americanas ligeras y unos vestidos brillantes que dejaban gran parte del cuerpo al descubierto—, y los del otro parecían *beatniks* —un hombre con barba y gafas, y tres mujeres con el pelo muy largo y los ojos muy pintados—. Una de ellas solo llevaba una combinación y unos zapatos de tacón. Si en Signal Creek se hubiera paseado por la calle con esa pinta, la habrían detenido.

Al final, todos se reunieron, en grupos de dos o tres, alrededor de una gran mesa que había fuera, en una parte del jardín que estaba cubierta y rodeada de setos y vides. En el centro de la mesa había una fuente enorme con lo que parecía quingombó. En torno a ella había cuencos con sopa y aliños, platos de ensalada, aceitunas, pan y tres jarras de vino tinto. Todo parecía vagamente exótico. No había suficiente sitio para que todos se sentaran a la mesa, y algunos llevaron arrastrando unas sillas que había junto a la piscina, mientras que otros se conformaron con quedarse de pie. Nadie quiso el asiento de Henry cuando lo ofreció —de hecho, se rieron de él: «¡No, de verdad! ¡Estoy bien! ¡No te levantes!»—, y él tuvo la sensación de que se estaba comportando con demasiada formalidad, con demasiada educación para aquella gente. Era el único que llevaba corbata; se la quitó y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Clara se sentó frente a él y ordenó a todo el mundo que empezara a comer, aunque ella no prestó la menor atención a su plato. A su lado se sentó el boxeador, que todavía no se había puesto la camisa. La madre de Henry habría tenido mucho que decir al respecto. Y Effie probablemente también, si no hubiera estado un tanto mareada, como lo estaba él, por la bebida y el incesante parloteo del variopinto grupo que los rodeaba. Todos hablaban al mismo tiempo. De vez en cuando, alguien soltaba una carcajada. Una mujer estiró el brazo para coger algo de la mesa, apretando su pecho contra el hombro de Henry, y su piel le rozó la mejilla y la punta de la nariz; él percibió un aroma a fresa.

Se estaba poniendo el sol. Una luz suave y dorada se había posado en las copas de los árboles. Sobre la mesa, unas largas velas titilaban entre los cubiertos. Todos estaban muy guapos.

Henry se sentía más a gusto ahí fuera que dentro. Era como si el crepúsculo estuviera

envolviéndolo y solo tuviera que comer, beber y escuchar, captando fragmentos de la conversación aquí y allá. Scott se sentó a la cabecera de la mesa junto a una preciosa rubia que debía de ser su esposa: «la zorrilla». Casi todo lo que se decía allí le resultaba incomprensible, pues versaba sobre personas, lugares y acontecimientos de los que no sabía nada, pero algunas cosas lo entusiasmaban y despertaban su interés: comentarios sobre obras de arte e inauguraciones de exposiciones en galerías; sobre discos de bebop y clubes de Harlem; sobre casos llevados ante la Corte Suprema, que algunos miembros del grupo parecían conocer de primera mano; sobre la integración racial en los colegios —en relación con la tensión que este tema había generado en Little Rock—, que todos parecían apoyar sin fisuras... Era muy emocionante pensar en lo que habrían dicho su tío Carswall o su madre sobre todo aquello, en lo incómodos que se habrían sentido con esa gente, y Henry se dio cuenta de que asentía vigorosamente al escuchar opiniones sobre temas a los que nunca había prestado la menor atención. El quingombó estaba delicioso: llevaba arroz, patatas y salchichas, y especias picantes, y Henry hubiera jurado que también anacardos, si es que eso era posible, y unos crujientes trozos de algún tubérculo. En realidad no le importaban mucho los ingredientes, pero se estaba poniendo las botas.

—¡Eh, me estoy poniendo las botas! Está de muerte, ¿verdad? —le dijo a Effie, pero ella se limitó a asentir con cierta indiferencia. Parecía muy entretenida con alguien que tenía a su lado, y eso era estupendo, él se había acabado su tercer gin-tonic y se había servido un poco de vino, y se sentía completa y maravillosamente ebrio.

Effie también lo estaba, era evidente: ahora se la veía muy parlanchina. La mujer con la que charlaba, que parecía mexicana o árabe, o tal vez simplemente judía, seguía hablando sobre la integración en los colegios, y preguntaba a Effie qué opinaba, como si fuera testigo presencial de una guerra.

—Pero ¿tú ves muchos problemas ahí donde estás? —quiso saber —Oh, no, no, no, en absoluto —respondió Effie—. En serio, son cosas que solo salen en las noticias. O sea, está ahí, ¿sabes?, es un problema, evidentemente, como comprenderás, pero no es nuestro día a día, o mejor dicho, nosotros vivimos el día a día, así que es muy distinto...

Quizá el alcohol la hubiera alterado, o quizá le estuviese afectando a él en los oídos, pensó Henry, pero la voz de Effie no le sonaba como de costumbre: desprendía un leve deje aristocrático, parecido al de Clara cuando imitaba a Scarlett O'Hara. Contó que su familia tenía una relación muy cercana con la de su cocinera y que siempre se hacían regalos por Navidad; también explicó que su padre era el alcalde de la ciudad en la que vivían (lo cual impresionó mucho a la mujer), que regentaba una tienda de artículos para granjas y que siempre donaba dinero para obras de caridad. Era raro oír a Effie hablando de Signal Creek con una persona que no sabía nada sobre ese sitio, y por un instante Henry sintió que tenía una poderosa alianza con ella, un vínculo que nunca había notado en su lugar de origen. Cuando la mujer se dio cuenta de que Henry

estaba escuchando la conversación, le preguntó por su familia, y Effie contestó por él describiendo la propiedad del tío Carswall como una «finca» y diciendo que tenía casi cuatrocientas hectáreas de tierra. En realidad no estaba mintiendo, pero de sus palabras se infería que él vivía en una gran plantación como las de antes de la guerra de Secesión, en lugar de en una vulgar parcela de tierra silvestre y fea a las afueras de Signal Creek. Sin embargo, aquello no le molestó. Él también representaría un papel.

—¡Debe de ser encantador! —dijo la mujer, y Henry se aclaró la voz y dijo que sí, que lo era.

Un hombre mayor, vestido con jersey y americana, salió al jardín. Examinó detenidamente al grupo y, al ver a Clara sentada a la mesa, se le acercó por detrás y apoyó sus grandes manos venosas en sus hombros.

—¡Richard, cariño! —exclamó ella, cogiéndolo por los antebrazos.

Henry se quedó muy impresionado. Aquel hombre no podía contar menos de sesenta años. Tenía una cara alargada y solemne y unas cejas canosas y rebeldes. Podría haber sido el director de un colegio.

—Veo que la fiesta ya ha empezado...

—Siéntate, cariño, siéntate —le dijo Clara—. Qué bien que hayas decidido unirme a los vivos. Max, cariño, ¿te importa?

El boxeador hizo una reverencia mientras se levantaba de la mesa con su plato, y Richard ocupó su lugar y esperó a que Clara le sirviera un poco de quingombó. Por debajo de la mesa, Henry le dio a Effie un apretón en la rodilla para llamar su atención sobre lo que estaba sucediendo, pero ella estaba demasiado absorta en su conversación para darse cuenta. Clara tal vez pensaba presentarlos; sin embargo, no tuvo la oportunidad de hacerlo porque otro grupo de personas apareció en el jardín y, al verlos, ella gritó:

—¡Pero si es Helen Crabtree, la muy zorra! —Y se levantó de la mesa de un salto para abrazar a la recién llegada.

El pobre Richard se quedó solo, aunque no pareció importarle: se concentró en su plato y, sin prisa pero sin pausa, dio buena cuenta del quingombó y de la guarnición, interrumpiéndose una única vez para servirse una medida de vino bastante discreta.

A través de los grandes ventanales, ahora que el interior de la casa se hallaba más iluminado que el exterior, Henry vio que se estaban congregando más invitados en el salón, grandes grupos de gente que se reía, tomaba copas de Martini y fumaba cigarrillos. Vio cómo la *beatnik* que iba en combinación se quitaba los zapatos y se los daba a un hombre, que los dejó en una maceta. Vio a un niño desnudo de unos dos años salir bajo el arco corriendo y gritando. Vio a una mujer oriental que llevaba un moño muy sofisticado y sombra de ojos plateada. Vio a un hombre con unas gafas de sol redondas y con una boina sobre la cabeza afeitada. ¿Quiénes eran todas aquellas personas? ¿De dónde habían salido? Se habían materializado de repente, surgiendo de la

oscuridad que comenzaba a envolverlos. Casi todos eran jóvenes, de la edad de Scott o Clara, pero también había un grupo de hombres mayores vestidos de esmoquin. Tal vez eran amigos de la familia, o de Richard, o trabajaban en el bufete de abogados de Scott, o eran profesores en Princeton. ¿Cómo podía saberlo? Alguien había subido el volumen del tocadiscos y una música muy animada, con vientos y batería, salía por las cristaleras abiertas. La semana anterior se había sentido aislado del mundo, y ahora el mundo, o una extraña versión del mundo, se lanzaba sobre él.

Empezaba a hacer frío. A través de los árboles que rodeaban el jardín, Henry vio jirones de niebla que se deslizaban entre las farolas de la calle. En el jardín apenas quedaba nadie. El quingombó se había acabado. Richard seguía allí, charlando con un par de señores mayores. De vez en cuando, la señora Pavich salía a toda prisa y, sin hacer apenas ruido, se llevaba una pila de platos vacíos. El boxeador —Max— había reemplazado a la mujer que se sentaba junto a Effie. Seguía en bañador, pero se había puesto una camisa de vestir, y al principio Henry no lo reconoció. Le estaba diciendo algo a Effie, y ella sonreía y negaba con la cabeza hasta que él hizo una pausa y dijo «¡Tres veces!», y ella soltó una sonora carcajada, resopló, se tapó la boca con la mano y se dio la vuelta para ocultar la cara contra el pecho de Henry. Parecía que se iba a ahogar. Él nunca la había hecho reír así.

—¿Cuál es la buena nueva, Hank? —le preguntó Max, hablándole por encima de la espalda de Effie.

—¿La buena nueva? —La pregunta lo dejó confundido. Sonaba a algo propio de un vendedor de biblias.

—Ay, Henry —dijo Effie, incorporándose y recomponiéndose—. Que Dios me ayude, creo que he perdido el juicio.

—Tómate otra copa y lo recuperarás —la incitó Max.

—No lo creo —repuso Henry. El tal Max no le caía demasiado bien.

—Tú... —dijo Effie, señalando a Max y dejando que la palabra quedara en suspenso un momento—, tú no velas por mis intereses.

Max se echó a reír.

—¿Y si bailamos un poco? ¿Tú bailas, Hank?

—Vaya si baila —dijo Effie, volviéndose hacia Henry con una sonrisa—. Era el mejor bailarín de la fiesta de la primavera. No sabes lo orgullosa que me hacías sentir, amor mío.

—La fiesta de la primavera... —repitió Max, sonriendo, y Henry notó que se ponía rojo. ¿Qué pensaría aquella gente de la fiesta de la primavera?

—¡Míralo! —exclamó Effie—. ¡Es tan modesto!

—Vamos, Hank. —Max arrastró su silla hacia atrás y se levantó—. ¿Por qué no nos muestras lo que sabes hacer?

Henry vaciló —desde donde estaba no veía que nadie bailara dentro de la casa—, pero Effie también se había puesto en pie. Max le ofreció la mano y ella se la cogió, de modo que no tenía alternativa. Los siguió al interior de la vivienda. Cogió a Effie de la otra mano y redujo el ritmo de sus pasos para que ella tuviera que soltarse de Max.

El salón grande y espacioso en el que habían estado sentados antes estaba ahora cerrado y lleno de humo, y había mucho ruido; la música sonaba a todo volumen y era muy pegadiza —un potente ritmo marcado por la batería, un saxofón y un piano—, y cerca del tocadiscos había un grupo de gente bailando una especie de bop improvisado, contorsionándose, retorciéndose y agitando los brazos. Scott se encontraba entre ellos, y también Clara, que movía las caderas en medio de unos cuantos cadetes de la Guardia Costera. ¿Qué estarían haciendo los cadetes allí? ¿Habrían oído la música desde sus patrulleras y habían decidido desembarcar?

—Dios, es Louis Prima —dijo Max, levantando la voz por encima de la música—. Detesto esta mierda pachanguera. Tendría que haber traído mis discos de Charlie Parker.

Se unieron al baile. Estaban todos muy apretujados, y el aire era caliente y húmedo. La reserva habitual de Henry desaparecía por completo cuando había música. Se situó hábilmente entre Effie y Max y se dejó llevar. Se puso a bailar con total desinhibición. La mujer que iba en combinación daba saltitos, siempre en el mismo sitio, y sus pechos se bamboleaban descontroladamente. A un par de metros de allí, uno de los cadetes frotaba la nariz contra el pelo de Clara. Una lluvia de algo, champán o cerveza, cayó sobre el grupo, cerca de Henry, y todos reaccionaron lanzando vítores. ¡Menuda fiesta! La música aumentó y se desmadró. Henry le dio un codazo a una mujer en la nuca, pero, antes de que pudiera disculparse, ella se echó a reír, lo abrazó y lo besó en la mejilla.

—¡Eh! —gritó Effie, tirando de él para apartarlo de ella—. ¡Fuera las manos, fresca!

Entonces Henry la cogió por la cintura para tranquilizarla, pero Effie estaba de broma: se puso de puntillas y lo besó, rozándole los labios con la lengua.

—¡No se te puede llevar a ningún sitio! —gritó él.

—Pues tienes que llevarme a todas partes. ¡Soy tu esposa!

La melodía terminó con un bramido de saxofones, la gente le dedicó una ovación y al instante comenzó a sonar otra canción, con otro *tempo*, un piano y una batería, menos ruidosa pero tensa, con una energía contenida. Henry no la conocía —¿sería de Louis Prima?—, pero le estaba encantando.

Entonces Clara se metió entre ellos.

—¡Cariñitos míos! —Puso los brazos sobre los hombros de Henry y Effie. Olía a Chanel n° 5 e irradiaba calor—. Creía que jamás me escaparía.

—Es una fiesta por todo lo alto —dijo Effie—. Tengo que admitirlo, Clara Strauss.

—¿Has visto cómo intentaba meterme mano ese chico? —preguntó Clara. Henry dijo que sí,

pero ella le estaba hablando a Max, que de repente tenía el ceño fruncido. Levantaba la barbilla, tratando de mirar por encima de la gente. Lo cierto es que no era muy alto—. Max —insistió Clara —, quizá tengas que defender mi honor antes de que acabe la noche.

Max no la oyó, y entonces Clara se inclinó hacia él y repitió lo que había dicho, y él empezó a reírse y le respondió: «Siempre que sea necesario, señora mía», pero después se excusó y se abrió paso entre la gente. Clara se quedó mirando cómo se alejaba, y por un momento Henry pensó que Max de verdad iba a defender el honor de la mujer: se acercó a uno de los cadetes, que estaba besando a una chica en el cuello, pero en lugar de apartarlo de un empujón, cogió a la chica por la muñeca, la arrastró fuera del grupo y la llevó a una esquina del salón, donde empezaba el pasillo. Aquella joven era una de las integrantes de la alegre pandilla que había irrumpido en el salón por la tarde, al regresar de la playa. Llevaba una chaqueta de punto larga y anodina encima de un traje de baño blanco y unos pantalones cortos del mismo color, y el pelo recogido en una coleta mal hecha, de modo que le caían mechones por toda la cara. Fue trastabillando tras Max, con más aspecto de aburrida que de enfadada.

—¿Sabes una cosa? —dijo Effie, hablando más alto de lo que era necesario—, me alegro de haberme encontrado contigo, Clara Strauss, o comoquiera que te llames. Al principio no me alegré nada..., si he de ser totalmente sincera, pero ahora me alegro mucho.

Clara dejó de mirar hacia el pasillo, por donde habían desaparecido Max y la chica.

—¿De qué estás hablando, princesita?

—Está un poco borracha —dijo Henry, apoyando la mano sobre el hombro de Effie.

—Todo lo borracha que debo estar. Esto es una fiesta, ¿no?

Clara se echó a reír.

—¡Desde luego!

Volvió a sonar una melodía con un ritmo frenético y de nuevo empezaron los bailes descontrolados y los empujones, pero Effie chilló por encima de la música:

—¡Pensaba que eras una persona horrible!

Clara volvió a reírse y gritó:

—¿Qué?

—Me refiero a Holly y a ti —dijo Effie, siguiendo el ritmo con los hombros—. ¡Pensaba que erais horribles! Bueno, ¡es que erais horribles! Yo siempre rezaba por vuestra alma, pero sin mucha convicción. Decía: «Señor, por favor, no mandes a Holly y a Clara al infierno por mi culpa. Estoy segura de que no saben lo que hacen».

Clara dejó de bailar y la miró con incredulidad.

—Effie Mae, ¿estás de broma?

Henry cogió a Effie por un brazo e intentó hacerla callar, pero ella se soltó de un tirón.

—¡Deja de gobiarme, Henry, joder! No estoy diciendo nada malo. De hecho, voy a acabar

elogiándola.

—Qué alivio —dijo Clara.

—Y además, estoy hablando con Clara. A ver... —añadió Effie, poniéndole a Henry la mano en el pecho—. ¿Por qué no vas a servirte una copa y nos dejas a las chicas solas un rato?

Clara lo miró encogiéndose de hombros; parecía conforme con la idea de oír lo que tuviera que decirle Effie. Y por otra parte, ¿a él qué le importaba? No conocía de nada a aquella gente. Se alejó, pensando que Effie podía hacer lo que le viniese en gana. Que metiera la pata todo lo que quisiese. Al diablo con todo.

En la barra, se preparó un gin-tonic lo mejor que pudo. Puso en el vaso el último puñado de hielo que quedaba en el cubo y se sirvió la bebida, mitad tónica y mitad ginebra. El primer trago le quemó la garganta. No importaba: se la tomaría a sorbitos. Se encontraba en tal estado de embriaguez que se sentía completamente dueño de sí mismo, y tenía la impresión de que controlaba todo lo que sucedía en aquella fiesta, de que era libre de ir donde quisiera y sumarse a cualquier conversación, o simplemente quedarse ahí de pie y mirar a la gente sin sentirse cohibido. Vio a Scott bailando con una mujer que no era su esposa —por lo que Henry había entendido—, y se fijó en que sus manos se perdían bajo la parte de atrás de la falda de ella. «Qué vergüenza» pensó, echándose a reír. Un grupo de jóvenes se había congregado cerca del vestíbulo, en torno a una mesita sobre la que había una radio; charlaban con mucho entusiasmo acerca de algo relacionado con los soviéticos, y cuando uno de ellos miró a Henry con cierta cautela, a él se le ocurrió la excitante idea de que tal vez fueran comunistas encubiertos, de esos que supuestamente se habían infiltrado en los estratos más altos de la sociedad estadounidense —en aquel lugar, desde luego, algo así era posible!—, se apresuró a alejarse de ellos para que continuaran con sus asuntos.

Recorrió todo el perímetro del salón. En cuanto a fotografías y adornos, no había mucho que ver: unos pocos cuadros de barcos de vela y faros; una foto de la que debía de ser la familia de Clara, de pie alrededor del timón de un barco, sujetando algunos trofeos con forma de veleros; una imagen color sepia de una pareja con un traje típico de Baviera... Cerca del tocadiscos había un piano de pared, y Henry pulsó algunas teclas, pero no se oía nada a causa de la música, que había cambiado para dejar paso a un jazz arrítmico y estridente que le produjo una extraña sensación de desorientación. Desde luego, con aquella música la pista de baile se había vaciado bastante. No reconoció a nadie de los que seguían en ella. Había habido un salto en el tiempo. No veía a Clara ni a Effie por ninguna parte. Tampoco a Max, ni a la chica con la que se había escabullido. Justo entonces, la señora Pavich entró en el salón abriéndose paso a empujones y, sin previo aviso, dirigiendo una mirada fulminante a todos los presentes, dejó un pastel de zanahoria sobre la mesa de centro y se marchó a toda prisa. Esa imagen lo reconfortó; recordó vagamente que habían preparado aquel postre para ellos, para Effie y para él, con el propósito de celebrar su boda. Se

acercó al pastel, pasó el dedo por el costado y probó la cobertura. Estaba perfecta: suave y cremosa, con un intenso sabor a mantequilla.

Pensó que podría bailar un poco más, a pesar de que la música no acompañaba. Una de las *beatniks* estaba bailando sola, y él tuvo la certeza de que ella lo había mirado y le había sonreído. Pero primero tenía que aliviarse. De repente, era una necesidad urgente. No había ido al baño en toda la velada.

En lugar de abrirse camino entre la gente y tratar de encontrar el aseo, salió al jardín, donde el aire era fresco y denso a causa de la niebla, y el relativo silencio resultaba muy relajante. Junto a la piscina, un grupo de hombres contemplaba el cielo. Distinguió entre ellos a Richard y a uno de los jóvenes comunistas. Henry dirigió la vista hacia donde miraban ellos, pero no se veía nada. Quizá solo estuvieran observando la niebla. Se alejó siguiendo el contorno de la casa, internándose en la oscuridad del jardín. La hierba estaba húmeda y descuidada. Cerca de la esquina trasera de la casa se topó con un arbusto y lo rodeó hasta llegar a un seto. El brillo de una de las farolas de Madison Avenue se filtraba entre los árboles. Se sorprendió al descubrir que su vaso estaba casi vacío. Apuró la bebida, tiró el vaso en la hierba, se bajó la cremallera de los pantalones y —¡por fin!— comenzó a orinar contra el seto.

¡Menuda noche! Dirigió la mirada hacia la luz y sonrió a la farola, que parecía estar diciéndole que su vida iba a ser magnífica. Y era verdad, de verdad iba a ser magnífica. Recordaría esa fiesta durante el resto de sus días, porque esa fiesta iba a marcar el verdadero comienzo de su vida. Sí. Volvería a pedir aquella beca. Y nada de Emory, podía ir a Princeton. Marblehead, Nantucket: esos lugares pasarían a formar parte de su vida. Effie y él no hablarían con frecuencia de su luna de miel, pero cuando lo hicieran, dirían: «¿Te acuerdas de la fiesta en casa de Clara? ¿Te acuerdas de cómo éramos entonces? ¿De que le dijiste a Clara que era una persona horrible?». Y se reirían al recordarlo, y no recordarán nada de los primeros días. Dios estaba contento con ellos, y él se sentía agradecido.

Se sacudió, se subió la cremallera y, cuando ya estaba a punto de iniciar el camino de regreso al salón, oyó un leve ruido, tan cerca que pensó que podía provenir del otro lado del seto. Era el jadeo de una mujer. Por debajo, un ritmo constante que al principio no identificó, hasta que la mujer gritó: «¡Ah!», y de nuevo: «¡Ah! ¡Ah!».

Los gritos procedían de una ventana de la casa, abierta y oscura, situada apenas a unos metros de él. Henry nunca había oído a una mujer proferir un sonido semejante —Effie desde luego no lo había hecho—, pero era hasta tal punto idéntico al que hacían sus amigos para reírse que se preguntó si alguien le estaría gastando una broma. Allí dentro, sin embargo, también había un hombre; se oían sus resoplidos. Henry se quedó lo más quieto que pudo, tambaleándose, haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio. «¡Ah!», seguía gritando la mujer, como si no fuera a parar nunca. Aquel hombre era un portento. Henry sintió una aguda punzada de deseo y envidia. Se

quedó paralizado, incapaz de marcharse, hasta que al fin el hombre soltó un gemido ahogado, la mujer suspiró y los dos se quedaron en silencio. Henry esperó un momento antes de alejarse cautelosamente de la ventana, rodear el arbusto y regresar al jardín a través de la niebla. Sentía una necesidad imperiosa de encontrar a su mujer. El suelo se movía bajo sus pies.

El grupo de hombres que había al lado de la piscina se había dispersado. Vio que uno de ellos se encontraba en el interior de la casa. Era un hombre mayor que bailaba con una mujer mayor, que podía ser su esposa o no. Con aquella gente, uno no podía estar seguro de nada. El ambiente de la fiesta había vuelto a cambiar: la música era tranquila, un tanto soporífera, y la mayoría de la gente estaba en parejas. «Pronto comenzarán a marcharse —pensó Henry— y se meterán en habitaciones oscuras.»

Effie estaba de pie al lado del sofá con el bolso en la mano. Parecía perdida y confusa, y él sintió un arrebato de ternura hacia ella.

—¿Dónde te habías metido?

—He salido un momento —contestó Henry—. Lo siento, necesitaba tomar el aire.

La abrazó.

—Tenemos que irnos —dijo ella. Él notó que el aliento le olía a menta.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Acabo de vomitar en el baño.

—Oh, vaya.

En la calle, la niebla era tan densa que no se veían las casas de la acera de enfrente. Madison Avenue estaba iluminada, pero New Hampshire no, así que penetraron en una espesa oscuridad en la que, tarde o temprano, esperaban encontrar la casa de la tía Lizzie. Iban trastabillando debido a las grietas que había en el pavimento. Pasaron junto a la casa sin percatarse, y tuvieron que dar media vuelta cuando vieron la mansión victoriana que se alzaba, imponente, sobre la niebla. Finalmente, la encontraron.

Effie tropezó al final de la escalera de entrada y cayó a cuatro patas. Para gran alivio de Henry, se echó a reír.

—Por el amor de Dios —farfulló—. Estoy pedo perdida.

Él la ayudó a levantarse y le preguntó si se había hecho daño.

—No —musitó ella. Pero se le había caído el bolso y se le había salido un zapato. Henry se agachó para recogerlo todo. Ella se quitó el otro zapato de una patada, y él volvió a agacharse.

Una vez dentro, Henry estuvo a punto de tirar la lámpara de la mesita auxiliar cuando intentaba encontrar el interruptor. Cuando dio con él y encendió la luz, Effie estaba apoyada en la jamba de la puerta, sonriéndole. El maquillaje de los ojos se le había corrido y le había dejado unas

oscuras aureolas, tenía una carrera en una media y estaba absolutamente cautivadora con su aspecto de mujer depravada. Sintió ganas de tirarla sobre el sofá y violarla. Pero entonces ella tuvo un ataque de hipo y se llevó la mano a la boca, y por un instante él pensó que iba a vomitar de nuevo.

—Vamos —le dijo, cogiéndola del brazo cuando le pareció que ya había pasado el peligro—. A la cama.

3

Se suponía que iban a irse el domingo, pero no habían hecho nada para preparar su marcha: no habían lavado las sábanas, no habían limpiado la cocina, no habían hecho el equipaje. Ni siquiera habían llamado a sus familias para decirles que iban a regresar antes de lo previsto. Effie se acercó arrastrando los pies a la encimera de la cocina y se quedó mirando una lista —bastante larga— que les había dejado el tío George con instrucciones sobre lo que tenían que hacer antes de marcharse; agachó la cabeza, desesperada. Se había despertado en plena noche y había vuelto a vomitar; Henry se la había encontrado, justo antes de mediodía, dormida en el sofá del piso de abajo, todavía con el albornoz puesto.

—No hay ninguna prisa —dijo él—. Podemos irnos el lunes, o el martes. No tenemos que marcharnos mañana. ¿Por qué no nos quedamos un día más?

Ella lo pensó durante un instante y le dijo que tenía razón. Aquella decisión pareció animarla un poco. Al día siguiente se prepararían para la partida, y tal vez pudieran ir a la iglesia por la mañana. Hoy se dedicarían a descansar.

—Pongo a Dios por testigo —dijo Effie, levantando el puño hacia el techo— de que nunca volveré a beber.

Al principio, él no entendió que estaba haciendo una broma, imitando a Scarlett O'Hara. Se echó a reír demasiado tarde, y ella le pidió que se callara.

Después de que Effie se diese un baño, Henry preparó unas tostadas con mantequilla, que se comieron en el porche trasero, en una mesa de cristal esmerilado de la que tuvo que quitar un montón de ramitas y hojas. Ella se había vuelto a poner el albornoz, tenía los pies apoyados sobre la silla de él y la cara sobre sus propias rodillas. Henry solo llevaba el pantalón del pijama, cuya lujosa tela apenas le cubría las ingles. Hacía una tarde muy bonita y soplaba una brisa fresca, pero sentía la piel caliente a causa de la resaca. Una línea de hayas bordeaba uno de los lados del jardín, que de la noche a la mañana parecían haber adquirido un amarillo brillante.

—Anoche hice el ridículo más espantoso —dijo Effie.

—No, cariño. Estuviste encantadora.

Él le acarició la pierna y notó los pelos puntiagudos de la pantorrilla.

—Me siento sucia —dijo Effie, y él se rio; ella levantó la cabeza y lo miró con frialdad—. No me menosprecies.

—No te estoy menospreciando.

Aunque se encontraba fatal, Effie estaba de broma. Lo miró con los ojos entornados.

—Vamos —dijo él—. Fue divertido, ¿no?

Ella apoyó la cabeza en su brazo sin mucha convicción.

—Pues sí, supongo que fue divertido.

Hablaron sobre la fiesta, comentando las cosas que habían visto. Él le preguntó si había visto a Richard, el marido de Clara. Ella dijo que no, y cuando él empezó a describirlo, ella se incorporó tapándose la boca con la mano y soltó una risita maliciosa.

—¡Ay, Clara, Clara! —exclamó—. Clara Strauss, o mejor dicho, Kirkbaum, o como demonios se llame. Se ha casado por dinero.

—A lo mejor fue por amor.

—Anda ya.

Effie se acordaba de haber tenido una conversación íntima con ella, pero no recordaba ni una palabra de lo que se habían dicho. Los había interrumpido un hombre que trataba de contarles un chiste sobre una vaca.

—No paraba de decir «¡Muuu! ¡Muuu!», pero no lo pillábamos.

Henry le dijo que creía que había visto a unos comunistas conspirando. Effie dijo que no le parecería nada sorprendente, considerando el tipo de gente que había allí.

—Puede que tengan dinero, pero eso no significa que sean buenas personas.

—Tal vez —dijo Henry—. Pero yo repetiría.

—¡Por Dios! —exclamó ella—. Con una vez, ya he tenido suficiente.

Effie subió a echarse una siesta y bajó al atardecer, vestida y maquillada, con las sandalias balanceándose en su mano.

—Parece que estoy mejor. ¿Tú cómo estás?

—Sigo vivo.

Henry se frotó los ojos. Había estado tratando de leer a Boswell en el salón, pero las imágenes de la noche anterior se superponían una y otra vez a las palabras del libro, y al final se había quedado dormido. Effie le preguntó si tenía ganas de dar un paseo —necesitaba estirar las piernas— y él dijo que claro.

Se calzó los mocasines y salieron.

El Cadillac descapotable y el Rolls-Royce seguían aparcados delante de la casa de Clara, por cuyas ventanas abiertas salía el sonido de una intrincada y repetitiva melodía que alguien

interpretaba al piano. A Henry le pareció que quienquiera que fuera tocaba muy bien. No conocía esa pieza, pero la encontró preciosa. Le recordó al Cristo de piedra que había en el jardín de flores de su tía Lily, tan cubierto de líquenes en los pliegues de su túnica que parecía una ruina antigua.

—Debe de haber quedado todo hecho un asco —dijo Effie—. Lo siento por la señora Pavich.

Bajaron hasta el paseo marítimo, donde las luces ya estaban encendidas. El mar se mecía suavemente. «El crepúsculo...», pensó Henry. Le encantaba esa palabra. Cogió a Effie de la mano. Había algunas personas a lo lejos, en el paseo, tres o cuatro, quizá una familia. Una pareja de ancianos en la playa, un grupo de cadetes de la Guardia Costera caminando con paso decidido por Beach Avenue... Henry sintió el impulso de seguirlos. Era sábado por la noche: se notaba una leve vibración en el ambiente. Los escaparates de las tiendas no estaban iluminados, pero se oía una música procedente de las profundidades del pueblo: jazz, algo alegre y animado, aunque muy débil, como un eco de la fiesta de la noche anterior. Llegaron hasta el final del paseo marítimo, desde donde contemplaron el horizonte, que todavía resplandecía. Venus colgaba como un diamante en el centro del cielo. Henry propuso que se sentasen en uno de los bancos y miraran cómo iba desapareciendo la luz del atardecer, pero soplaban un viento helado procedente del mar, así que decidieron volver.

Para la cena, Effie pasó un poco de jamón por la sartén y coció unas cuantas patatas de pequeño tamaño. Era lo único que les quedaba, además de lo que habían guardado para el desayuno del día siguiente. Él encendió la radio, pero en todas las emisoras había noticias relacionadas con algo que estaban haciendo los soviéticos. Siempre se hablaba de los soviéticos. O de Corea, del espacio exterior y de la amenaza de una guerra nuclear. Henry solía evitar las noticias. Puso un disco de Glenn Miller —lo mejor que encontró en la colección del tío George—, se sentó y se dispuso a bendecir la mesa.

—Lo haré yo —dijo Effie—. Tú no le pones suficiente sentimiento.

—¿Quieres que lo haga como el tío Carswall?

—No, por Dios. No tiene por qué parecer un sermón. Es solo que tienes que sentir lo que dices. Tienes que ser más consciente de lo que estás diciendo.

—Se trata únicamente de bendecir la mesa —repuso Henry—. Hay que decir «Gracias, Señor, por estos alimentos» y ya está.

Pero ella insistió, y Henry dijo que de acuerdo; juntó las manos y cerró los ojos.

—Gracias, Señor, por esta comida que vamos a recibir —dijo ella—, y gracias por esta semana que hemos pasado juntos Henry y yo, que es nuestra primera semana de casados...

Él abrió los ojos.

—Hoy es nuestro aniversario de boda. Hace justo una semana.

Ella le sonrió.

—No me interrumpas.

Él volvió a cerrar los ojos, y ella continuó:

—Gracias, Señor, por esta semana, y gracias por haber hecho que nos encontráramos y por enviarme un marido tan bueno y considerado, que sé que será un sostén para su familia. Te ruego, Señor, que nos bendigas con unos hijos sanos y que nos acompañes en su educación para que sean gente buena y sensata. Bendícenos con riqueza y felicidad, Señor, en la medida en que lo consideres oportuno, y por favor, perdona todos nuestros pecados, porque intentamos ser buenos. Te lo pedimos en tu nombre, amén.

Cómo la amaba. Henry cogió el tenedor y el cuchillo y le dijo que lo que acababa de decir era muy bonito.

—Solo tienes que decir cosas que sientas de verdad —repuso ella.

Effie subió al dormitorio para acostarse temprano. Henry se sirvió un poco de whisky del tío George y salió al porche delantero. Estaba excitado. Todavía no eran las nueve. En casa de Clara las ventanas se hallaban iluminadas, y el cielo estaba lleno de estrellas temblorosas. Allí la noche acabaría de empezar.

Un rato después, cuando estaba a punto de quedarse dormido, lo sobresaltó el ruido de un cristal al romperse. Procedía de casa de Clara. Se incorporó para mirar, pero no se veía nada. Entonces oyó cómo se cerraba violentamente la portezuela de un coche y que alguien encendía el motor, y luego vio el brillo rojizo de las luces traseras. El coche salió del camino de entrada de la casa, se detuvo con un frenazo, aceleró al doblar la esquina y desapareció.

Era el Rolls-Royce. Lo vio apenas un instante, bajo las farolas de Madison Avenue.

Poco después, se apagaron las luces del piso de abajo y se encendió una en el de arriba. Henry se quedó mirándola largo rato, hasta que se apagó también y toda la casa quedó a oscuras.

Al día siguiente, Effie se despertó muy juguetona y se puso a hacerle cosquillas y carantoñas y a reírse de la erección matinal de Henry, que sus pantalones de pijama apenas podían contener. Aun así, se mostró inflexible: tenían que ir a la iglesia. Cuando él intentó abrazarla, ella se apartó y escapó de la cama, afirmando que llegarían tarde si no se daban prisa.

—¿El buen Señor no hace la vista gorda en vacaciones? —preguntó él.

—Si no quieres venir, no vengas —dijo ella, quitándose la combinación. Sus pechos iluminaron el dormitorio—. Eres adulto, yo no puedo obligarte.

Fuera hacía calor, y había algunas personas paseando, incluida una pareja de jóvenes —como ellos, pero con cómoda ropa de lino— que les sonrieron y los saludaron con la cabeza cuando se cruzaron. Tres niños pequeños en bañador pasaron corriendo a su lado. Henry lo habría dado todo por seguirlos a dondequiera que fuesen. Sin embargo, entró con Effie en la melancólica penumbra de la Iglesia Metodista Unida de Cape May.

El pastor ya estaba hablando. Se sentaron en el último banco, y Henry esperó a que sus ojos se adaptaran a la falta de luz. Apenas se habían congregado allí doce personas, y casi todas se habían sentado a cierta distancia, como si no se conocieran. En las paredes, entre las ventanas de vitrales, había unas placas con nombres inscritos. Henry se imaginó que se trataría de marineros desaparecidos en el mar.

El sermón tenía que ver con las aflicciones de los fariseos. Todas las preocupaciones mundanas eran despreciables. Lo único importante era el alma, una vela encendida en la inmensa oscuridad. El pastor, un hombre menudo y calvo que llevaba una túnica blanca, no era un orador particularmente dotado. No se parecía en nada al reverendo Miller, de Signal Creek, que predicaba como si estuviera contando una historia de lo más entretenida y presentaba a Cristo como a un amigo de lo más cordial. Este pastor recitaba de una forma monótona, y el sonido de su voz era como un presagio de muerte y destrucción.

—Sois semejantes a sepulcros blanqueados —estaba diciendo—, que por fuera, desde luego, parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de inmundicia. —Entonces miró al vacío, por encima de la congregación—. Vuestros cuerpos no son más que ataúdes andantes.

Huyeron de allí en cuanto terminó el sermón.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Henry, ya en la calle.

—Dios mío —dijo Effie—. Si tuviera que escuchar a ese hombre todos los domingos, creo que me cortaría las venas.

Encontraron una heladería abierta —un milagro— y compraron unos cucuruchos de chocolate, vainilla y fresa. Después se dedicaron a pasear por la ciudad, recorriendo indolentemente sus calles, pasando ante los escaparates cerrados y las casas, cruzando plazas desiertas y soleadas. Ya que estaban, podían pasarse por el colmado, sugirió Effie, y abastecerse de provisiones; más tarde irían a la playa, a ver si, al menos por una vez, podían darse un chapuzón.

—¿Eso significa que te apetece que nos quedemos un poco más? —preguntó Henry.

Ella levantó la vista al cielo y contestó:

—Si sigue haciendo este tiempo, sí.

Pasaron junto a una valla desbordada por unas brillantes buganvillas rosas y violetas, tras la que crecían matojos de fragante lavanda. El reverendo Miller, en una ocasión, había dicho que lo único que conocemos de la vida en la tierra es un breve florecer de los elementos. Dios infunde

vida a la semilla, y la semilla se eleva, convierte la materia en bruto de la tierra en un florecimiento de colores y formas, de aromas y sonidos. Cómo relucía el mundo. La falda de Effie, con la brisa, hacía frufú al rozarle las rodillas. Llevaba sus decorosas medias blancas. Cuando regresaran a la casa, él le quitaría el liguero, soltándole las tiras una por una, y presionaría con la nariz y los labios esa tierna zona de la piel, inhalando intensamente para captar el ligero aroma a talco.

En el colmado compraron lo suficiente para preparar dos o tres comidas, además de pan de molde para hacer sándwiches y una bolsa de naranjas, y emprendieron el camino de regreso. Henry cargaba con la bolsa. Bajaron por Madison Avenue en dirección al mar, y justo antes de llegar a New Hampshire, él vio a Clara, en la casa de la esquina, barriendo las baldosas de piedra del jardín. Llevaba un vistoso vestido azul con un estampado de flores gigantes que se superponían.

—Oh, mierda... —murmuró Effie.

Henry se rio.

—¿Quieres que nos escondamos?

Clara los vio; soltó la escoba y gritó:

—¡Hola!

Ellos la saludaron con la mano.

—¿Y qué pasó con vuestra conversación íntima? —preguntó Henry—. ¿No os habéis hecho amigas?

—No tengo ni la menor idea.

Cruzaron la calle para saludar a Clara, que estaba al final de la entrada para coches. Solo quedaba el Cadillac celeste, con la capota bajada.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó Clara—. Veo que seguís por aquí.

—Y tú también —dijo Effie.

—Me alegro mucho de volver a verte —saludó Henry.

Ella los cogió por los hombros y los besó sin siquiera rozarles las mejillas. Olía a coco.

—Pero miraos, qué elegancia. Espera..., hoy es domingo, ¿no? Habéis ido a misa, ¿verdad? —Soltó una risita, pero antes de que pudiera añadir nada al respecto, Effie le preguntó si seguía limpiando los restos de la fiesta.

—¡Dios mío! —gimió ella, volviéndose para mirar hacia la casa y pasándose la mano por la frente como si estuviera sudando. Había sido una pesadilla, les contó, pero, gracias a Dios, anoche por fin había conseguido que la gentuza que quedaba se largara a su casa—. Tendríaís que haberme visto. Me sentía como la directora de un orfanato.

—Menuda fiesta —dijo Henry.

—Espero no haber hecho demasiado el ridículo —añadió Effie.

—¡Claro que no!

—La verdad es que nunca bebo tanto. Jamás. Dije algunas cosas...

—Te comportaste como una auténtica dama —le aseguró Clara—. No enseñaste las tetas como Vera Watts, ¿verdad? ¡Dios mío! Mira que ponerse a jugar a verdad o atrevimiento... ¡Entre adultos! Pero vosotros ya os habíais ido. Estaba convencida de que ya habríais huido. ¿Cuánto tiempo más os quedaréis?

Henry sintió que el corazón le daba un vuelco. No sabía quién era Vera Watts, pero le habría gustado verle las tetas.

—No lo sé —dijo Effie, mirando a Henry—. Todavía un par de días, ¿no?

—¡Yo también! —dijo Clara.

Lo había decidido a última hora, les explicó. Su viejo amigo Max —«Os acordáis de Max, ¿verdad?»— le había propuesto que se quedaran unos días aún, cuando todos los demás se hubieran ido, porque ¿qué prisa tenían? Max era escritor, y Cape May parecía un lugar propicio para la creatividad. ¿Por qué no?, había pensado Clara. La ciudad, en otoño, era muy deprimente. El aire del mar le sentaba muy bien. Y no había visto a Max desde hacía siglos.

—¿Y tu marido también se queda? —le preguntó Effie.

—¿Richard? —Clara se echó a reír—. No cariño, Richard fue el primero en marcharse, gracias a Dios. Ahora solo quedamos los niños. —Effie soltó una risita vacilante y miró a Henry de reojo; Clara se apresuró a continuar—: Solo quiero decir que..., bueno, ya sabéis, el pobre es tan introvertido y se entrega tanto a su trabajo... —Hizo una pausa—. Pero ¿qué planes tenéis para hoy?

Henry se cambió de brazo la bolsa con la comida. Effie lo miró y dijo:

—Justo volvíamos de la tienda. Pensábamos ir a la playa más tarde, o...

—Hoy vamos a coger el barco de papá —dijo Clara—. ¿Os apuntáis?

Debió de darse cuenta, por la cara de Henry, de cuánto le entusiasmaba la idea, porque dio un saltito y continuó:

—Venid, por favor. Hace un día perfecto para navegar. Solo estaremos Maxie y yo. Bueno, y por desgracia, también su hermana pequeña, Alma. Una niña adorable, pero completamente inútil. Nos vendría bien que hubiera más tripulación.

—¿Quieres? —le preguntó Henry a Effie, y ella, con aire de sentirse arrinconada, musitó:

—Pues...

Ahora sí que había empezado su luna de miel, pensó Henry. Ahora las nubes se habían disipado y el sol había salido para ellos.

Cuando llegaron a la casa, guardaron la comida y subieron a la buhardilla para ponerse los

trajes de baño. Él volvió a tener una erección, y cuando se quitó la ropa, se llevó las manos a las caderas y se quedó ahí esperando que Effie pudiera admirarlo.

—¡Por Dios! —gritó ella. Estaba de pie junto al tocador en ropa interior—. ¡Hoy es el día del Señor!

—Dios está contento con nosotros —dijo él, arrastrándola hasta la cama.

Effie empezó a hacer el payaso, fingiendo que se rendía, que sucumbía a la tentación: suspirando, se acostó boca arriba, con los brazos extendidos.

—Haz lo que tengas que hacer, infiel, pero yo no pienso ayudarte.

Entonces él le bajó un poco las bragas y acercó la nariz, aspirando con fuerza el agradable e íntimo olor del vello de ella. Lo besó largamente, y Effie se incorporó, apoyándose en los codos, alerta, como diciendo: «¿Qué cree que está haciendo, señor?». Y a modo de respuesta, él le quitó las bragas, le separó las piernas y se abrió paso con la lengua: una explosión mullida, cálida y suavemente húmeda, semejante al aceite de oliva; los desconcertantes pliegues de la piel; un aroma, sobre todo, a jabón...

—¿Hola? —dijo ella, y se quedó muy quieta, hasta que la bocina de un coche los interrumpió desde la calle y salieron de la cama de un salto, sonrojados, riéndose, sin decir nada, para vestirse a toda prisa.

El Cadillac celeste descapotable estaba esperándolos junto a la acera. Max iba al volante. Clara ocupaba el asiento del copiloto y llevaba una pañoleta en la cabeza y gafas de sol. En el asiento trasero, había una chica con un vestido verde claro.

—¡Scarlett O’Hara! ¡Hank! —les gritó Max mientras bajaban los escalones del porche—. Ya estamos juntos otra vez.

Salió del coche con brío y, haciendo una pomposa reverencia, echó el asiento hacia delante para que pudieran subir. Llevaba el mismo bañador rojo y la misma camisa de vestir que el viernes por la noche. Como un caballero, le cogió a Effie la bolsa donde ella había metido las toallas y el bronceador, y Henry recordó que aquel tipo no le caía demasiado bien.

—Ya conocéis a Max —dijo Clara—. Y esta es Alma. La visteis la otra noche.

Alma les dedicó una débil sonrisa y se movió un poco para dejarles sitio. Era la chica a la que Max había apartado del cadete de la Guardia Costera: su hermana. Llevaba el pelo, largo y castaño claro, recogido de un modo descuidado, y tenía un montón de pecas a cada lado de la nariz. Si Max tenía veintitantos años, ella tendría dieciocho; la edad de Effie, o quizá algún año menos. Se hundió en el asiento, impenetrable tras sus gafas de sol, y se quedó mirando hacia otro lado.

Max metió la bolsa en el maletero y, sin más preámbulos, volvió a subir al coche y lo puso en marcha, pisó el acelerador y bajó por New Hampshire Avenue a toda velocidad. Clara levantó los brazos dando gritos de alegría. Unos minutos más tarde, Max detuvo el coche en el aparcamiento del puerto deportivo, que estaba vacío, y todos se dirigieron a la puerta de acceso al muelle. Henry ayudó a Max a sacar del maletero una gran nevera y una cesta de pícnic, Clara abrió la puerta y los demás la siguieron por un embarcadero flanqueado de veleros, con los mástiles meciéndose y tintineando aquí y allá.

Effie tenía el pelo completamente revuelto; se había olvidado de coger una pañoleta.

—Hoy hace un viento terrible, ¿no? —Más allá del puerto deportivo y de la bahía, el mar estaba picado—. ¿Estáis seguros de que no es peligroso?

—Claro que no es peligroso —dijo Clara—. Ya os lo he dicho, hace un día perfecto para

navegar.

Casi al final del muelle había un barco grande —un balandro, lo llamó Clara— con el casco blanco, la cubierta de madera barnizada y un único mástil. Se llamaba *Mistral*, por el viento del Mediterráneo, y el padre de Clara decía que era su *misstres*, amante. En realidad, Clara no tenía licencia para navegar, pero eso carecía de importancia; lo había hecho muchas veces y era toda una experta. Dio algunas órdenes y Henry subió a bordo de un salto detrás de Max, para ayudarlo a quitar la tela que cubría el puente de mando, mientras Effie y Alma esperaban en el muelle. Clara abrió la escotilla, de donde salió un fuerte olor a humedad, y Henry bajó tras ella. Había una cocina, un jardín y un camarote. En los barcos, dijo Clara, al retrete se lo llamaba «jardín», y había muchas otras cosas cotidianas que adoptaban otros nombres mucho más interesantes. Henry la ayudó a izar parcialmente el foque —así llamó ella a una de las velas—, y con la ayuda de Max, que también había afirmado ser un experto, comenzó a fijarlo, mientras Clara se apostaba en el timón. Effie subió a bordo con mucha cautela y se quedó quieta, sin saber qué hacer. Alma también embarcó, tiró su bolsa al suelo, se tumbó junto a la popa y se puso a tomar el sol.

—De niño, solía hacer regatas con mi abuelo —le explicó Max a Henry, mientras sujetaba el foque al estay de proa.

De cerca, Henry se fijó en sus delicados dedos —no era ningún boxeador— y en su cara, que, con aquellos brillantes ojos azules, podría considerarse hermosa, salvo por la larga cicatriz que tenía en la barbilla.

—Usábamos catamaranes, sobre todo, nada parecido a esta vieja bañera. Pero puedo apañármelas con cualquier clase de barco. ¿Tú has navegado alguna vez?

—Mi amigo Hoke tiene una barca de pesca —dijo Henry, y Max se echó a reír.

Terminaron de ajustar la vela y, después de varios intentos, Clara consiguió poner en marcha el motor. Una nube de humo acre se elevó desde la popa. Max saltó al muelle para soltar las amarras, empujó un poco la embarcación, y, unos instantes después, ya estaban cruzando lentamente la bahía, meciéndose sobre las olas, hacia un pequeño cabo desde el que llegarían a mar abierto. Con su vestido azul, de pie, manejando el timón, estaba Clara, la capitana. Cuando alcanzaron la entrada de la bahía apagó el motor, y Henry y Max acabaron de izar las velas, que empezaron a ondear al viento con violencia hasta que Clara dio un golpe de timón. Entonces las velas se hincharon y dejaron de hacer ruido, y la embarcación se inclinó repentinamente hacia un lado. Effie soltó un chillido y se agarró a un estay. En el camarote, algo cayó al suelo con un fuerte estrépito, pero Clara dijo que nadie se preocupara, porque había puesto la ginebra a buen recaudo.

Dejaron el cabo atrás y entraron en mar abierto surcando las aguas, que resplandecían a su alrededor. A unos doscientos metros a su derecha —a estribor, como les había enseñado Clara— se extendía el paseo marítimo. Henry distinguió el motel rosa que había al final de Madison Avenue, y el tramo de playa por donde Effie y él habían paseado hacía apenas tres días, cuando

ella le había dicho que quería volver a casa. Ahora podrían haber estado en el tren, de camino hacia su vida cotidiana.

Clara le ofreció el timón, pero Henry se negó rotundamente a cogerlo. Ella insistió, así que él se acercó y ella le dio una clase rápida: le mostró la veleta que había en lo alto del mástil, le aseguró que no iban a volcar, le dijo que estuviera atento a la botavara, le explicó que Max y ella se encargarían del foque («¿De acuerdo, Maxie? Si es que sabes lo que tienes que hacer, claro») y, sin más, lo dejó a cargo del barco.

El timón parecía tener voluntad propia, y a Henry no le resultaba fácil dominarlo. Unos metros a babor, una gaviota los seguía planeando sobre el agua. De frente, solo se veían el horizonte y un montón de nubes que parecían colinas de tiza suspendidas del cielo. «Este instante —pensó— tal vez sea el más feliz de mi vida hasta la fecha.» Clara le había dicho que estuviera atento al momento de virar, y, cuando ella se lo indicó, Henry hizo girar el timón, la botavara se deslizó suavemente y el navío se inclinó hacia el otro lado. Siguieron navegando sin que nadie dijera nada, salvo algún comentario sobre el esplendor del día, el viento o el estado de la mar, hasta que poco a poco Cape May se fue difuminando a su espalda, y frente a ellos, ahora claramente perceptible, vieron tierra: la costa de Delaware, como había dicho Effie.

Clara volvió a coger el timón e hizo que el barco virara de nuevo. Las velas volvieron a ondear con furia, y Henry y Max aflojaron las drizas y las bajaron. El silencio y la tranquilidad se adueñaron de nuevo de la embarcación. Las olas, que un momento antes azotaban al velero, se limitaban ahora a dar unas suaves palmaditas contra el casco, y el barco se mecía perezosamente sobre el agua.

—¿Quién quiere un gin-tonic?! —preguntó Clara. Se había quitado el vestido. Debajo llevaba un bañador azul de tiro alto que dejaba ver sus generosas caderas. Uno podría hundirse entre sus muslos y desaparecer.

Max quería un gin-tonic, sí. Henry, mirando a Effie, dijo que él también, y Effie, olvidando su promesa, dijo que claro, ¿por qué no?

Alma, que acababa de subir a cubierta, señaló que ella solo quería un poco de agua con hielo, y cuando Clara bajó a preparar las bebidas, extendió una toalla junto al mástil, se quitó el vestido verde por encima de la cabeza —debajo llevaba un traje de baño blanco— y se tendió boca arriba, lejos de los demás.

Todos se quedaron en bañador. A diferencia de Henry, cuya piel mostraba una imagen en negativo de su camisa, y de Effie, que era tan blanca que al sol parecía azulada, Max y su hermana tenían un tono dorado por todo el cuerpo. Alma estaba medio escondida entre el mástil y el foque recogido, pero Henry podía ver la curva de sus caderas, sus piernas largas y delicadas, sus pies al borde del mamparo. Menuda vida debía de haber vivido esa gente. Effie sacó la crema bronceadora de su bolsa y le pidió a Henry que le pusiera un poco en la zona de la espalda a la

que ella no llegaba. Su traje de baño era muy recatado en comparación con los de Clara y Alma, pero le sentaba muy bien. Todos eran hermosos, pensó Henry, y en la alegría y la plenitud que lo colmaban también se incluyó. Se echó crema en la mano y se la aplicó a Effie en la espalda, aspirando el olor a coco, cálido y veraniego.

Clara volvió con las bebidas y fue repartiéndolas. Alma se incorporó para tomarse su agua con hielo.

—Se está bien aquí, ¿verdad, princesita? —dijo Clara. Se tendió cerca de Max, perpendicular a él, y estiró las piernas hasta casi rozarlo con los dedos de los pies—. ¿Ya estás más relajada?

Effie sonrió y asintió levemente. Imitando a Clara, también estiró las piernas y apoyó los pies sobre el regazo de Henry. Después miró recelosa al mar que la rodeaba por todas partes.

—Nunca había hecho algo así.

—Ya ves que puedes confiar en mí. No soy una... ¿cómo era? ¿Una arpía? ¿Una zorra descarada?

Max soltó una carcajada. Effie la miró con ojos de súplica, avergonzada.

—No me digas que te llamé así.

—No pasa nada, querida. —Clara se bajó un poco las gafas de sol y la miró por encima de la montura, sonriendo—. Lo dijiste con cariño. Querías dar a entender que había cambiado.

Effie estaba confundida y no sabía cómo reaccionar. Sobre la cubierta, Alma, que había estado observándolas con una sonrisa durante la conversación, tomó un trago de agua y volvió a contemplar el horizonte.

Henry preguntó de qué se conocían Max y ella, y Clara les contó que Scott y Max habían compartido habitación en su primer año en Princeton. Habían sido íntimos amigos un par de años, antes de que llamaran a Scott a filas.

—Me invitó a pasar el día de Acción de Gracias con él en Filadelfia —aclaró Max—. Por entonces, solo lo conocía desde hacía un par de meses, pero acepté sin pensármelo dos veces. Mi único plan era pasar el fin de semana en el campus, solo.

—Pobre Maxie —dijo Clara.

Él le puso la mano en el pie y le frotó las puntas de los dedos con el pulgar.

—Y entonces me enamoré de los Strauss. Teutones enormes, ostentosos y atrevidos.

Clara encogió las piernas, pegando las rodillas al pecho, y le pidió un cigarrillo. Mientras Max sacaba el paquete y el encendedor del bolsillo de su camisa, que estaba hecha un ovillo, ella contó que eso había sucedido antes de que se casara con Richard y se mudara a Nueva York, cuando todavía vivía con sus padres y estaba tratando de decidir si debía apuntarse a una academia de secretariado.

—¿A una academia de secretariado? —murmuró Max, con dos cigarrillos entre los labios.

—Ya era casi una solterona.

Él encendió los dos cigarrillos y le pasó uno a ella.

—Pensaba que en esa época estabas a tope con Kirschbaum.

—Estábamos separados —dijo ella—. ¿No te acuerdas? Recuerdo un fin de semana, antes de Navidad, en el que fuimos a Sardi's. Nos encontramos con Elmer Rice, el autor teatral, y elogió mis perlas, y tú dijiste que él parecía un sapo.

—Ah —dijo Max, sonriendo—. Dios mío, ¿en serio han pasado siete años?

Les ofreció un cigarrillo a Henry y Effie. Ella lo rechazó, pero Henry extendió el brazo para coger uno. Max le dio fuego, y luego Clara y él se pasaron media hora discutiendo sobre fechas, recordando situaciones y mencionando a gente que ambos conocían. Se dirigían a Henry y Effie y les explicaban algunas cosas para que se sintieran incluidos, pero en realidad estaban hablando entre ellos. Max se había reclinado hacia atrás, con las piernas abiertas, y Clara seguía con las rodillas dobladas y se abrazaba las piernas con fuerza, completamente pendiente de él, con la boca entreabierta, como si estuviera a punto de presenciar un truco de magia. Henry no entendía casi nada de lo que decían, aunque los detalles le resultaban fascinantes. En cualquier caso, se enteró de algunas cosas. Se enteró de que Max había abandonado sus estudios en Princeton y se había ido a Hawái, nada más y nada menos, donde había vivido más de un año yendo de isla en isla, aunque no dijo nada de cómo se había ganado la vida durante esa temporada, así que Henry solo pudo especular al respecto. Se enteró de que Clara se había quedado embarazada y se había casado con Richard, por ese orden, y de que después había perdido el bebé. («Oh, Clara, lo siento mucho», dijo Effie, pero Clara hizo un gesto con la mano restándole importancia.) Se enteró de que Max había vuelto al continente tras la muerte de su padre y se había instalado en el East Village, donde había comenzado a escribir en serio, al menos hasta que su hermana se había ido a vivir con él. (Sobre la cubierta, Alma se dio la vuelta y se puso boca abajo, apoyando la cara entre los brazos.) Se enteró de que Scott había regresado de Corea para terminar su licenciatura, especializarse en Derecho y casarse, y de que ya no quería saber nada de Max.

—Eso no es cierto —dijo Clara—. Fuiste su padrino de boda.

—Porque sabía que yo iba a dar un discurso más divertido que los demás.

Con una expresión apenada, Clara hizo girar los hielos en su copa.

—¿Es posible que esa fuera la última vez que nos vimos? ¿En la boda de Scott? Ya han pasado dos años.

—Así es —dijo Max, que tiró del dobladillo de su bañador y bajó la vista.

Entonces se quedaron en silencio. La ginebra estaba haciendo efecto. El cielo, encima de ellos, seguía despejado, pero las nubes que cubrían Delaware estaban adquiriendo un aspecto amenazador. La tierra firme había desaparecido tras una banda azul oscuro y el sol había empezado a descender hacia las nubes. Max se ofreció para preparar otra ronda de bebidas.

—¿No deberíamos volver ya? —preguntó Effie. Al igual que Henry, tenía la vista fija en los

nubarrones.

—No te preocupes, querida —dijo Clara—. Esas nubes van hacia allá... —añadió, arrastrando un poco las palabras, y al instante cambió de tema—: ¡Dios mío! Todavía no hemos comido.

Max dijo que iba a por la cesta de pícnic, y poco después comenzó a repartir unos bocadillos hechos con baguettes, una salsa de miel, láminas de pera y jamón. Estaban buenos, aunque a Henry le pareció que la baguette estaba un poco dura. Alma se incorporó y se sentó sobre las piernas cruzadas para comerse su bocadillo. Después llegaron las bebidas, y mientras Max se volvía a instalar al lado de Clara, dijo:

—Bueno, ya basta de hablar de nosotros. ¿Qué hay de vosotros?

Effie se echó a reír y miró a Henry.

—¿Qué hay de nosotros?

Max les preguntó cómo se habían conocido, pero Effie no quiso entrar en detalles.

—Nos conocemos desde que tengo uso de razón. Crecimos juntos. No es muy interesante.

—Y entonces, ¿cómo...? —Max juntó las palmas de las manos, y Effie sonrió con una timidez que no parecía propia de ella.

—No lo sé. Fue una cosa gradual —explicó—. En realidad, no éramos amigos ni nada parecido. Ni siquiera íbamos con la misma gente. Pero estábamos en el mismo curso, así que siempre compartíamos aula. Y yo siempre había tenido un muy buen concepto de su familia. — Effie miró a Henry. Nunca habían tenido que contar su historia. Hasta ahora, Henry nunca había pensado que tuvieran una historia; las cosas simplemente habían sucedido así, no había mucho que contar—. Él estaba colado por mi amiga Ida June.

—¡Ida June! —exclamó Clara—. ¡Qué magnífico nombre!

—Ida June Garnett —continuó Effie—. Su familia era auténtica escoria, la verdad. Su padre se dedicaba a hacer chapuzas aquí y allá, y sus hermanos estaban en la cárcel por robo a mano armada. Pero ella y yo éramos amigas. Era guapa, supongo, siempre que no te disgusten las pecas. Quería llegar lejos en la vida, y yo la respetaba por eso. Henry estaba loco por ella, se veía a la legua.

Él sintió que se ruborizaba y bajó la mirada hacia su copa, haciendo un esfuerzo por seguir sonriendo. La última persona en quien quería pensar en aquel momento era Ida June Garnett. Recordaba su pelo largo, del mismo color que los caramelos de canela, y las pecas que le cubrían la base del cuello. Una noche había tenido un sueño erótico con ella y se había despertado enamorado, así de simple. Tenía quince años, y ella trece.

—Al final se armó de valor y le preguntó si quería ir a no sé qué fiesta —dijo Effie—, y estuvieron saliendo un tiempo, y así fue como nos conocimos. Yo salía con otro chico, pero Henry me parecía un encanto. Todos los sábados quedábamos los cuatro para ir al cine.

—O sea, que se lo robaste a tu amiga —dijo Max, encendiendo otro cigarrillo.

Effie negó con la cabeza mientras daba un trago de gin-tonic.

—No —dijo—. Ida June acabó siendo fiel a sus orígenes y se quedó preñada de un tipo llamado Rupe que trabajaba para la compañía eléctrica, así que dejó el instituto y se casó con él. Fue una pena. Todavía no había cumplido los diecisiete. Eso fue hace dos años, ¿no?

—Vaya putada —dijo Max.

Le ofreció otro cigarrillo a Henry, y este, fingiendo indiferencia, se encogió de hombros y lo aceptó. Todo aquello le resultaba sumamente embarazoso. Y justo aquello, y no su breve desengaño amoroso, era cuanto él recordaba de Ida June. Se habían cogido de la mano hasta que se les habían quedado las palmas empapadas de sudor. Se habían besado en los bosques, junto a la casa de ella hasta que a él se le habían irritado los labios y la barbilla. Y cuando se enteró de que estaba embarazada y le pidió explicaciones, ella se limitó a decirle que él era demasiado aburrido.

—Tendrías que haberlo visto —dijo Effie—. Parecía un pajarillo herido.

—No es verdad —replicó Henry en voz baja.

—Y tú acudiste al rescate —dijo Clara.

Effie notó que Henry se estaba agobiando y le puso la mano en la pierna.

—No, no fue así. Henry y yo empezamos a pasar más tiempo juntos, solos los dos. Me pidió que fuera con él a un baile del instituto, y nos besamos en el campo de béisbol, escondidos en el banquillo. ¿Te acuerdas?

Lo miró con cariño, y él puso su mano sobre la de ella. Recordaba la oscuridad del banquillo, y que ella le había cogido la mano y se la había apretado contra sus pechos. Fue entonces cuando Henry comprendió por fin que le gustaba a Effie; en ese preciso momento había sentido una emoción semejante a la que proporciona una puerta al abrirse: se había encontrado con una invitación que no se esperaba.

—Ya os advertí que no era interesante —dijo ella—, pero bueno, una cosa tan importante como esa no tiene por qué ser demasiado interesante. Me pidió que me casara con él en la fiesta de Nochevieja de la señora Pritchett. Estuvo tan encantador que casi lloro. Había traído el anillo de zafiros de su abuela. Le pregunté si ya lo había hablado con mi padre, y me dijo que no, así que le pedí que lo hablara con él primero, y lo hizo al día siguiente. Le prometió a papá que cuidaría de mí y que procuraría que no me faltara de nada. Y cuando volvió a pedirme que me casara con él, le dije que sí.

Max y Clara se echaron a reír afectuosamente.

—Qué encanto —dijo Clara.

Henry se aclaró la garganta y dijo:

—Fue como un golpe de inspiración. La había tenido ahí delante toda la vida.

Clara hizo un mohín.

—Bueno, ¿y tú a qué te dedicas, Hank? —preguntó Max. Hablaba arrastrando un poco las palabras, con un acento rústico que probablemente le había contagiado Effie—. Ahora tienes una esposa a la que debes procurar que no le falte nada.

—Henry ayuda a su tío a administrar sus propiedades —contestó Effie.

—Sus tierras, sí —aclaró Henry—. Al menos por el momento.

—¿Qué tipo de propiedades son? —preguntó Max.

—Algodón, cacahuetes, cereales... —respondió Henry—. Y también algunos árboles frutales. La cosa varía según la estación.

—Ah, cultivos...

—Trabajo honrado —le dijo Clara a Max, como si quisiera explicarle en qué consistía cultivar la tierra.

—Y en poco tiempo va a prosperar un montón —añadió Effie—. Eso es lo más importante. La ciudad de Macon nos va a engullir muy pronto, y esas tierras valdrán una fortuna.

Ese era uno de los temas favoritos de Effie, pero antes de que pudiera entrar en materia, Henry dijo:

—Yo espero empezar la universidad el próximo otoño. Quiero ir a Emory. —No tuvo que mirar a Effie para saber que este tema le resultaba aburrido. Max le preguntó qué pensaba estudiar, y Henry se sonrojó. Nunca lo había tenido claro, y sospechaba que Max lo intuía y se estaba divirtiendo a su costa—. Historia, quizá —dijo—. O Literatura Inglesa.

Clara asintió enérgicamente, como si quisiera animarlo a seguir hablando, pero entonces fue Effie quien lo interrumpió:

—Esas nubes están cada vez más cerca, ¿no?

Todos se volvieron a mirar. Effie tenía razón: la banda azul oscuro que cubría Delaware se había vuelto más grande y se había desplazado sobre la bahía, y las nubes estaban a punto de tapan el sol. El viento había comenzado a soplar con fuerza.

—No te preocupes, no hay ningún problema —dijo Clara—. Pero deberíamos ir volviendo.

Durante un rato, pareció que la lluvia acabaría por envolverlos, pero en el último momento empezó a quedarse atrás. Sobre sus cabezas, el cielo se volvió gris y el día adquirió un tono plomizo y crepuscular. La temperatura estaba bajando. Eran poco más de las cinco. Henry distinguió un destello del faro. Poco después, lo bordearon y viraron para continuar hacia el norte junto a la costa, y allí estaban de nuevo los hoteles y los escaparates de Beach Avenue. Al fin entraron en la pequeña bahía. Henry y Max arriaron las velas, y Clara volvió a arrancar el motor y llevó el velero a puerto.

Ya en tierra, el viento no soplaba y el ambiente no era tan fresco, pero se les había metido el frío en el cuerpo y estaban todos tiritando. Max levantó la capota del Cadillac —la había dejado todo el tiempo bajada— y subieron al coche.

—Encended la calefacción, por Dios —pidió Effie.

—Ahora sería el momento de tomarse un whisky frente a la chimenea. ¿Qué os parece? —preguntó Max, mientras arrancaba.

—Una idea maravillosa —dijo Clara.

—¿Qué dices, Scarlett O'Hara? ¿Y tú, Hank? Os apuntáis, ¿no?

Para sorpresa de Henry, Effie, frotándose las manos para entrar en calor, contestó sin pensárselo:

—Nos encantaría.

Max encendió la chimenea y Clara preparó unos whiskys con soda, y luego pidió a Effie que la ayudara a registrar y saquear la cocina. La señora Pavich se había ido, le explicó, pero había mucha comida. Al cabo de unos minutos, las dos regresaron con una fuente llena de salchichas cortadas, distintos tipos de queso, pan y aceitunas, además de diversos aliños: aceite de oliva mezclado con pimienta y parmesano, algo que parecía miel pero que contenía motas de pimienta roja, y una crema verdosa que Henry no logró identificar. Clara dejó la fuente sobre la mesa de centro y todos se instalaron a su alrededor: Henry y Effie en el sofá, Clara en la butaca que había al lado, y Max en una silla junto a ella, con los pies apoyados sobre la mesa. Eran náufragos, se dijo Henry, imaginándose el aspecto que tenían: despeinados por el viento, bronceados, con sus trajes de baño y su ropa informal. Effie y Henry compartieron una manta de ganchillo; Clara se echó un jersey sobre las piernas.

Solo Alma se había quitado el traje de baño. Se había puesto un vestido marrón con pequeños lunares blancos, y se había tumbado un poco apartada de ellos, en la alfombra que había delante de la chimenea. Estaba tendida boca abajo, leyendo un libro, y sus pies desnudos subían y bajaban en el aire.

El calor era revitalizante. Ahora que atardecía, el gran salón abierto en el que habían bailado el viernes ahora tenía una atmósfera íntima; la chimenea y las dos lámparas situadas a ambos lados del sofá creaban un círculo que los aislaba del resto del mundo, y la mayor parte de la estancia — la parte que daba al vestíbulo, la escalera, la pequeña barra, el arco que daba a la cocina— permanecía en la penumbra.

Como en el barco, Max y Clara dominaban la conversación. Parecían acostumbrados a liderar las relaciones sociales, aunque Clara tenía cierta tendencia a mostrarse sumisa ante Max, y cuando él la interrumpía, cosa que sucedía con bastante frecuencia, ella, en vez de enfadarse, lo miraba entre escandalizada y encantada, y después cerraba la boca y parecía quedarse absorta en lo que él estuviera diciendo, hasta que encontraba la oportunidad de volver a meter baza. Era histriónica pero ingenua, o quizá —sospechaba Henry— solo fingía serlo delante de Max.

Max también era histriónico, pero todo lo que decía estaba salpicado de ironía. Se le daban muy bien las imitaciones. Contaba historias sobre sus antiguos amigos de Exeter, el colegio privado de New Hampshire donde había cursado secundaria; sobre las peleas en que se había metido en diversos bares del Village; sobre chicas que iban con faldas hasta las rodillas y sin ropa interior. Eran historias largas que él contaba con auténtica maestría —Henry pensó que seguro que las tenía ensayadas—, y Clara y Effie, e incluso Henry, se rieron tanto que les empezó a doler la tripa.

—Esta no la conoces, ya lo verás —le dijo a Clara en cierto momento, y se puso a contar una anécdota sobre un profesor que había tenido en Exeter con el que su amigo Oliver y él se habían encontrado un tiempo después, en Nueva York; les relató la larga noche que habían pasado juntos hasta terminar en un prostíbulo de Little Italy. Era una historia escandalosamente grosera, en la que se mencionaron la «polla» del profesor y un postre llamado «tres leches», pero Max la contaba con tanta gracia que no resultaba desagradable, y al cabo de poco rato los cuatro estaban partiéndose de risa y sujetándose la barriga, sobre todo Effie, que parecía haber perdido el control de sí misma, hasta tal punto que todos empezaron a reírse de nuevo, ahora de ella. Incluso Alma levantó la vista y los miró, divertida.

—Lo siento... —balbuceó Effie, enjugándose las lágrimas—. Lo siento, chicos... Es que es una historia horrorosa. Es la historia más horrorosa que he oído nunca.

Entonces volvieron a llenarse las copas. Henry se excusó para ir al baño, y cuando se vio la cara bajo la agresiva luz que reflejaba el espejo ovalado que había sobre el lavabo, vio que tenía los ojos dilatados y una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Su aspecto le pareció extraño, y se alegró de volver a la relativa penumbra del salón, al pequeño círculo que habían creado junto al fuego.

De vez en cuando, Clara cometía el error de intentar contar una historia propia al estilo de Max —una historia sobre sus antiguas amigas de Filadelfia o sobre el hecho de que no les había caído nada bien a los socios de Richard—, y las risas siempre eran forzadas, pero entonces Max acudía al rescate, haciendo alguna broma al respecto, con lo que él quedaba bien, pero al mismo tiempo salvaba el relato de Clara. La especialidad de ella eran los comentarios agudos, los rápidos apartes que dedicaba a Henry y a Effie, o las observaciones apasionadas y directas que hacía, por ejemplo, de un libro que había leído o de una película que le gustaba mucho, o de una melodía que había escuchado por primera vez.

—Dios mío, Iris Murdoch me vuelve loca. ¡Es tan... potente!

Ella también se dedicaba a escribir, admitió. Había publicado algunos cuentos en revistas marginales («¡Estás de broma!», exclamó, incrédula, Effie) y ahora estaba trabajando en una obra de teatro. No quiso decir de qué trataba, ni siquiera dar una pequeña pista, y no porque se estuviera haciendo de rogar: cuando Effie insistió, Clara gritó «¡No!» y comenzó a reírse casi

históricamente, le lanzó una mirada a Max y se levantó para servirse otra copa.

En las escasas ocasiones en que Effie contaba una anécdota, se hacía el silencio en el salón — el fuego crepitaba, los árboles suspiraban al otro lado de las ventanas— y Max y Clara la escuchaban atentamente. Contó la historia de su profesora de quinto, la señora Hughes, y el bote de pegamento Elmer, y cuando llegó a la parte en la que el tapón se abría, Max juntó las manos, se echó hacia atrás en su silla y se echó a reír de un modo tan exagerado que a Henry le molestó. Era como si a Max le pareciera necesario concederles su aprobación. La historia no era tan divertida, la verdad. En cualquier caso, durante la mayor parte del tiempo Effie era solo parte del público, como lo era Henry, un público del que Max evidentemente disfrutaba. Effie lo complacía sentada en el borde del sofá, sonriendo, con las mejillas sonrojadas.

Henry no tenía mucho que decir. Las pocas veces que le preguntaban algo, o cuando Effie le pedía que aportara detalles sobre alguna historia, respondía de un modo conciso y tímido que le parecía muy adecuado. Sin darse cuenta, estaba emulando a su tío Red, el viejo maquinista de la compañía de ferrocarriles Southern Railway que, tras su jubilación, se pasaba el día instalado en su sillón con una sonrisa ligeramente irónica mientras las damas charlaban. Daba la impresión de que a Clara y a Max su actitud les resultaba divertidísima. Henry decía algo tan simple como «Pues sí», o «Joder, Effie, no estoy tan seguro», y ambos se partían de risa. En cualquier caso, a Henry eso le encantaba, ya que no tenía la sensación de que se estuvieran riendo de él. Iba a ser un hombre de pocas palabras.

Cuando se terminaron todo lo que había en la fuente y Henry ya había perdido la cuenta de cuántos whiskys con soda se había tomado, Clara, en voz muy baja y relajada, dijo:

—Ya debe de ser muy tarde, ¿no? ¿Es tarde?

Effie se dio una palmada en los muslos.

—Sí, deberíamos irnos.

—No —dijo Clara—. No lo decía por eso. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis. Toda la noche, si os apetece.

—Sí, por favor —insistió Max.

—Nuestra casa está aquí mismo, solo tenemos que cruzar la calle —dijo Effie.

—Ya sé dónde está vuestra casa, querida. Pero quedaos todo el tiempo que queráis. Incluso podéis ir y volver cuando os venga en gana. En serio. Mientras estéis por aquí. Imaginaos que todo es una misma casa. Esa es vuestra ala y esta es nuestra ala. Nunca cerramos las puertas con llave.

Esa idea le gustó mucho a Henry.

—Nuestras ventanas también están siempre abiertas, te lo aseguro —dijo—. Effie no puede dormir si las ventanas no están abiertas. —Y Effie, bromeando, le dio un empujoncito.

—Ah, pues muy bien —dijo Clara—. Ya iremos a daros una sorpresa.

—Todas las casas que hay por aquí están a nuestra disposición —afirmó Max—. Estas últimas noches no he visto una sola luz en ninguna. Salvo en la vuestra, claro. ¿No os habéis fijado? Aquí no hay nadie, y no vendrá nadie hasta mayo.

Clara se echó a reír.

—No des ideas. —Apoyó la mano en el antebrazo de Max y, dejándola ahí, le dijo a Effie—: Lleva todo el fin de semana hablando de colarse en algún sitio. Más vale que vigiléis vuestras pertenencias.

—Solo he estado observando. Podríamos entrar fácilmente en todas las casas de esta calle. La mitad de la gente que veranea aquí no cierra las puertas con llave en invierno, y quienes lo hacen, no echan el pestillo de las ventanas.

—¿Y tú qué sabes? —le preguntó Clara, apartando la mano—. Yo conozco a las personas que viven aquí. Crecí con ellas.

—Pues demuéstreme que estoy equivocado —dijo Max.

—Esta noche no. Esta noche no, por Dios. —Clara bostezó teatralmente—. La verdad es que estoy agotada.

Pero no se levantó para subir a su habitación, y nadie dijo nada durante un rato. El fuego de la chimenea se había reducido a un leve resplandor, apenas quedaban unas cuantas brasas encendidas. Clara había puesto los pies sobre la mesa, al lado de los de Max, y sus dedos se rozaban. Dijeran lo que dijeran, pensó Henry, esos dos querían quedarse a solas.

Echada sobre la alfombra, ahora boca arriba, Alma pasó una página del libro que estaba leyendo.

—¿Qué es eso que te tiene tan absorta? —le preguntó Effie.

Alma alzó la vista y miró con cierto desdén a Effie, y cuando constató que le estaba hablando a ella, se incorporó y dio la vuelta al libro como si quisiera recordar su título.

—*La llamada de Cthulhu* —contestó—. De H. P. Lovecraft.

—No lo has encontrado aquí, ¿verdad? —dijo Clara.

Alma sonrió.

—Pues la verdad es que sí.

Tenía unos dientes preciosos: muy blancos pero irregulares, con un canino más prominente que el otro, de modo que parecía estar siempre a punto de morderse el labio inferior.

—No me lo creo —repuso Clara—. A ver, pásamelo.

Soltando un suspiro, Alma se arrastró unos centímetros sobre la alfombra, se puso de lado y extendió el brazo como si ya no pudiera avanzar más. Clara tuvo que inclinarse hacia delante para coger el libro.

—Seguro que es del tío Otto —dijo Clara, mirando la cubierta. Aunque, por lo que pudo ver Henry, era roja y no tenía nada de particular—. Le encantan estas tonterías de terror barato. Es

sobre unos monstruos, o algo así.

—Es sobre un monstruo marino gigante —dijo Alma, echándose de nuevo y apoyándose sobre una mano—. Y la secta secreta que lo adora. Es bastante bueno. Estaba ahí arriba, en mi dormitorio.

No había hablado tanto en todo el día. Tenía una voz clara y suave que denotaba seguridad en sí misma, y pronunciaba las palabras con mucha precisión. Se le notaba un ligero acento, tal vez francés.

—Debe de ser buenísimo —observó Effie—. Llevas toda la noche sin levantar la vista.

—Supongo que me gustan estas tonterías de terror barato.

—Déjame verlo —dijo Max, cogiéndoselo a Clara. Pasó unas páginas y, con voz de barítono e imitando el acento británico, leyó—: «No sé por qué tuve unos sueños tan salvajes aquella noche, pero antes de que la luna, en un fantástico cuarto menguante...».

Alma se puso de rodillas y, simulando que hacía un gran esfuerzo, se levantó.

—Vale —dijo—. Me voy a dar una vuelta.

—¿A dar una vuelta? —le preguntó Max, cerrando el libro—. ¿Qué dices? ¿Qué hora es?

—No es tarde —respondió Alma. Metió los pies en sus náuticos, que había dejado junto a la chimenea, y se los calzó levantándolos sucesivamente.

—Fuera está oscuro —repuso Max.

—¿Y qué? No hay nadie, tú mismo lo has dicho. Solo voy a bajar a la playa un rato.

—Alma... —dijo Max—. No vas a ir a la playa.

—Claro que sí. —Se dirigió hacia el vestíbulo, sonriéndole a Max con aparente cariño—. ¿Lo ves? Ya estoy haciéndolo.

Cuando la puerta de la casa se cerró tras ella, Henry lamentó que Alma se hubiera ido. Es cierto que los había ignorado de manera intencionada todo el día, pero su grosería le confería cierto atractivo. Era probable que Alma fuese consciente de ello. Durante toda la noche, casi sin darse cuenta, él no había podido dejar de mirarle las piernas, los pies desnudos que se alzaban en el aire rítmicamente mientras leía, la encantadora curva de su trasero.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Effie.

Max asintió con la cabeza.

—Perfectamente.

Se marcharon poco después. Clara se había quedado en silencio, y cuando Henry vio que Max acariciaba con la yema de los dedos el brazo de la butaca donde ella estaba sentada, le dijo a Effie que ya era hora de irse. Ella se mostró de acuerdo. Se levantaron antes de que Max o Clara pudieran protestar.

—Volved por la mañana —dijo Clara—. ¿Qué tal a las diez? Y nos tomamos unos mimosas. Es lo mejor para la resaca.

No hacía tanto frío como esperaban. Una luna casi llena brillaba en lo alto del cielo, y todas las casas de la calle se veían muy bien. En la de Clara ya habían apagado las luces. La idea de que en ese momento Max y ella se estaban metiendo en la cama juntos hizo que Henry sintiera una punzada que podía ser tanto de excitación como de celos, no estaba seguro.

—Esos dos tienen una aventura —dijo Effie con una frialdad que lo sorprendió.

—¿Tú crees? —preguntó, haciéndose el tonto.

—Vamos, por favor. —Se tropezó con un surco que había en la calzada y se agarró a él—. Ahora entiendo cómo funciona su matrimonio. Ay, Clara, Clara...

Apenas eran poco más de las diez. Pese a todo lo que habían bebido, Henry se sentía completamente despejado y tenía ganas de ir donde se suponía que estaba Alma en ese preciso instante: en la playa, contemplando cómo rompían las olas plateadas. Le preguntó a Effie si le apetecía ir.

—Lo que me apetece ahora es marcharme a casa —contestó ella, cogiéndolo de la mano. Y antes de que se notara la decepción de él, le preguntó—: El rey George tiene una botella de ginebra entera, ¿verdad?

La noche no había terminado.

—Creo que sí. Pero no recuerdo que haya tónica.

—Queda vermut o algo así. Ya nos apañaremos.

Al llegar a la casa, se prepararon las copas y salieron al porche trasero. Al cabo de unos minutos ya se habían quitado la ropa, lanzando al suelo las camisas, pantalones y bañadores, y estaban haciendo el amor en una de las tumbonas. Lo hicieron demasiado apresurada y torpemente, con Effie sentada a horcajadas sobre él. Después ella se quedó de pie, desnuda, contemplando el jardín, mientras Henry se recostó y se puso a admirarla, muy relajado, intentando mitigar la sensación que tenía de ser un inútil. A la luz de la luna, ella parecía una estatua de mármol.

—Este aire sienta de maravilla —dijo Effie—. ¿No te parece?

A petición de ella, Henry entró en la casa para añadir un poco de hielo a sus vasos y atemperar así la mezcla casi imbebible de ginebra y vermut seco que se habían preparado, y disfrutó de la sensación de pasearse desnudo con el pene medio erecto mientras llevaba a cabo aquella pequeña tarea doméstica. Abrió el congelador, picó el gran trozo de hielo, metió unos trozos en las copas y comenzó a hacerlos girar.

Cuando volvió a salir, Effie ya no estaba en el porche. La llamó, susurrando su nombre, y oyó su voz a lo lejos.

—Estoy aquí.

Era un fantasma blanco sobre el césped. Henry se echó a reír.

—¿Qué haces?

—Ven —dijo ella—. Me excita mucho estar aquí.

Él descendió por los escalones del porche y atravesó el jardín hacia ella. La hierba y las hojas caídas le acariciaban suavemente los pies, y el aire fresco en la piel le provocaba estremecimientos. A la luz de la luna, la desnudez de Effie se hacía más vívida: la piel blanca y brillante, la zona negra entre sus piernas, las oscuras monedas de sus pezones.

Henry le pasó su copa.

—Estás loca...

—¿Qué importa, si no hay nadie que pueda vernos?

Henry la abrazó, apretó su cuerpo contra el de ella y la besó en el cuello. Los dos tenían la piel de gallina, tiritaban y reían, y una corriente eléctrica les recorría todo el cuerpo. Él la cogió de la mano y dieron una vuelta por el jardín. El cobertizo se alzaba, misterioso, sobre un oscuro lecho de hiedra. A un lado del jardín había una hilera de hayas plateadas; al otro, una vieja valla hecha de estacas que pedía a gritos que la repararan. En el jardín de al lado se veía un columpio; sus bisagras oxidadas no dejaban de sonar. El jardín que había más allá estaba lleno de frondosos árboles. La claridad del césped contrastaba con las sombrías siluetas de los arbustos, los postes de las vallas y las tumbonas, que parecían cobrar vida; Henry sintió que lo miraban.

—Vamos a dar un paseo —susurró Effie.

—¿Un paseo?

Pero ella ya se había alejado unos pasos, y Henry comenzó a seguir su pálido trasero. Cuando pasaron junto a la casa, la oscuridad era casi absoluta. Se echaron a reír tontamente; el aire les hacía cosquillas en el vientre.

—Effie —murmuró él—. Al final nos va a ver alguien.

Pero Effie no le hizo caso y siguió caminando, pisando con cuidado en la zona donde la hierba era más alta y sujetando su copa muy arriba, delante de sí. Parecía que estaba andando por una barra de equilibrio.

Salieron a la acera que había delante de la casa. Desde allí, bajo la sombra de un olmo, miraron a ambos lados de New Hampshire Avenue. A Henry le latía el corazón con fuerza. Effie lo retó a que recorriese la acera.

—Por ahí —le dijo, señalando hacia una amplia zona muy bien iluminada por la luna en dirección a la casa de Clara.

—Primero tú —contestó Henry, y Effie dijo que de acuerdo, y comenzó a alejarse de aquella sombra que era como un puerto, un lugar seguro. Sin poder parar de reír, temblando de la cabeza a los pies, él corrió para unirse a ella. Al principio se tapaba absurdamente con las manos, pero

poco después dejó de hacerlo.

Iban dando sorbitos a sus bebidas mientras caminaban tranquilamente por New Hampshire Avenue, pasando junto a las casas vacías. Henry nunca se había sentido tan liberado. Todo era fascinante y extraño, y ninguno de los dos hablaba, como si estuvieran en presencia de algo sagrado que hubiese que respetar. La brisa soplaba con fuerza. Los árboles proyectaban unas sombras impenetrables, y las casas parecían bañadas en plata. Henry sentía un curioso cosquilleo en los genitales y se los tocaba una y otra vez.

Entonces la luna se ocultó tras una delgada franja de nubes y la penumbra se apoderó de todo el barrio residencial. Henry señaló que había pasado ya una semana desde que llegaran a Cape May, y que en una semana habían cambiado muchas cosas.

—¿No estás contenta de que decidiéramos no marcharnos?

—Te lo diré cuando volvamos a casa —contestó ella.

Ya se acercaban a la luz amarillenta de las farolas de Philadelphia Avenue, pero siguieron avanzando de todos modos hasta que llegaron a la esquina, donde se refugiaron bajo otro gran olmo. Tres manzanas más abajo, Philadelphia desembocaba en Beach Avenue, frente al rompeolas, y más allá de las luces del paseo marítimo unas largas líneas pálidas surgían de la oscuridad para desaparecer poco después, una tras otra. Se quedaron contemplándolas un rato. Henry, envalentonado, estaba ya a punto de proponer que se arriesgaran a bajar hasta la playa dando una carrerita, cuando Effie, señalando con su vaso ya vacío, le dijo:

—Mira.

Una figura solitaria caminaba por el paseo marítimo. Estaban demasiado lejos para reconocerla, pero Henry pensó que debía de tratarse de Alma, que seguía vagando en la noche. Una silueta esbelta avanzando con parsimonia. La idea de que Alma estuviera allí y pudiera verlos lo llenó de una emoción que no habría sido capaz de expresar.

—Parece que no estamos completamente solos... —dijo con voz temblorosa.

Effie se rio y se cubrió los hombros con las manos, y Henry le frotó los brazos para que entrara en calor. Se quedaron mirando hasta que la figura desapareció de su vista.

—Será mejor que volvamos —dijo Effie—, antes de que nos metan en la cárcel.

Emprendieron el camino de regreso por la acera sin ninguna prisa. En cierto momento, Effie bajó de la acera y se puso a andar por la calzada. Henry la siguió, pero era una calzada de tierra y gravilla y conchas marinas rotas, y volvieron a la acera tras recorrer algunos metros. Justo antes de que llegaran a la casa de la tía Lizzie, la luna reapareció detrás de las nubes y su luz cayó sobre ellos cuando pasaron por un segmento brillante de la acera. Effie iba delante de él. Parecía emitir luz propia. Henry extendió los brazos, la agarró por la cadera y tiró de ella. No quería que terminara la noche. Ella tampoco. Effie le cogió la mano y lo empujó hacia el jardín de la casa de al lado. Dejaron caer sus vasos vacíos y se arrodillaron en el suelo. La hierba estaba fría y

húmeda por el rocío, pero no tenían por qué tumbarse sobre ella: él le dijo que se pusiera a cuatro patas mientras la empujaba con delicadeza, y ella obedeció. Tras una pequeña búsqueda y unos pequeños ajustes —nunca antes lo habían hecho así—, él la encontró.

Durante unos minutos perfectos en los que el tiempo pareció detenerse, Henry se sintió completamente dueño de sí mismo y de sus actos. Fue a causa del whisky y la ginebra, de la precipitación con que lo habían hecho en el porche trasero, de la extrañeza de toda la velada y de las presencias vigilantes que los rodeaban. Se imaginó un techo en el interior de ella y apuntó hacia ese techo, y pensó que notaba cómo impactaba contra él. Todo lo que había sucedido durante aquel día se alzó ante sus ojos: el aroma a jabón, las velas tensas y temblorosas, el banco de nubes, el calor del fuego, las piernas largas y esbeltas de Alma, y ahora las nalgas de Effie abiertas a la altura de su vientre. Se encontraba en los mejores días de su vida. Unos cables eléctricos recorrían su cuerpo desde todas sus extremidades, bajo la piel, y convergían en sus ingles, y él intentaba mantener el centro caliente, aunque no demasiado. Se agarró a las caderas de Effie para no perder el equilibrio, pero entonces la balanza se inclinó sutilmente y Effie ya no estaba bajo su control: se apoyaba sobre los codos y empujaba hacia atrás, contra él, con más rapidez de la que Henry quería. Effie había descubierto algo, cierto filo, cierto ángulo, y estaba intentando llegar ahí. Henry se detuvo y dejó que ella se encargara de todo. Sus cuerpos parecían aplaudir al chocar el uno contra el otro. La carne de ella se estremeció. Él vio la oscura grieta que se abría entre ellos, donde se sumían en un círculo de fricciones, y aquella visión lo llevó hasta el límite, así que cerró los ojos y se imaginó al padre de ella mirándolo con el ceño fruncido, y después a su propia madre, y estaba tan concentrado en esa disputa que no se dio cuenta de que se iba a correr hasta que el momento álgido pasó y la ola comenzó a retroceder, superficial y decepcionante. Pero podía aguantar un poco más. Effie realmente había descubierto algo; por primera vez, soltó un grito: «Ah». Levantó un poco las caderas para colocarse sobre ese lugar con todo su peso, y volvió la cabeza para mirarlo a los ojos, como si quisiera advertirle que no se detuviera, y entonces él se echó hacia atrás, apoyándose en las manos y presionando hacia delante con la pelvis para no salirse sin querer, y aguantó así hasta que por fin ella se abandonó con un suspiro, se apartó de él y cayó sobre la hierba húmeda.

Se quedaron allí tumbados un buen rato, mirando la luna y las nubes que se deslizaban por el cielo con rapidez. Luego Henry se incorporó. Effie parecía fundirse con la hierba. Estaba agotada, pensó él; tenía que rescatarla. La ayudó a levantarse. Encontraron sus vasos vacíos y entraron en la casa por la puerta principal, que no estaba cerrada.

Se metieron en la cama desnudos, y se despertaron tarde. En la buhardilla hacía calor y había mucha luz.

—Ayer hicimos bastante el tonto —dijo ella con la cabeza todavía sobre la almohada.

—¿Te avergüenzas? —le preguntó él.

Effie sonrió y negó con la cabeza, y extendió un brazo hacia él por debajo de las sábanas.

Después de desayunar, pasaron la tarde junto a la piscina de Clara, bebiendo champán y zumo de naranja. Las nubes se deslizaban por el cielo y la luz aumentaba y disminuía y volvía a aumentar una y otra vez. Se pusieron los trajes de baño y se acostaron en las tumbonas, pero la piscina estaba demasiado sucia para nadar. Las hojas caían ruidosamente en el agua y por todo el jardín.

—Somos amantes, ¿sabéis? —dijo Clara después de que Max les enseñara cómo se tiraba desde el trampolín dando una voltereta hacia atrás, y subiera enseguida para darse una buena ducha y quitarse la mugre—. Ya estoy un poco mareada, así que perdonadme si digo algo inadecuado.

—No es asunto mío —dijo Effie, echándose a reír.

Sin embargo, Henry se incorporó, con ganas de que Clara siguiera hablando.

—Siempre hemos tenido una especie de relación abierta mientras estábamos con otras personas. Vosotros sois gente muy decente, así que no sé si os parecerá fatal. —Clara le sonrió a Henry, que le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza.

—La verdad, Clara... —comenzó a decir Effie, pero Clara continuó:

—No es algo tan raro. Richard y yo tenemos un acuerdo. A ver, no es que hablemos del tema, ya sabéis, estas cosas... Pero no, claro que no lo sabéis, vosotros sois tan jóvenes y tiernos... Hay muchas clases de matrimonios. Las familias felices no son todas iguales en absoluto. Yo soy un consuelo para él. Y él es un hombre maravilloso y encantador.

—Mientras tú seas feliz... —dijo Effie.

—Oh, sí, soy feliz... —repuso Clara—. La verdad es que sí. —Entonces soltó un suspiro, volvió el rostro hacia el sol y extendió las piernas.

Cuando Alma bajó por fin, entornando los ojos y vestida igual que la noche anterior, se levantaron y salieron a dar una vuelta.

El pueblo parecía haberse quedado de nuevo vacío tras el fin de semana. Recorrieron las calles desiertas, pero ya no estaban solos. Si encontraban algún sitio abierto, entraban. Una cafetería.

Una tienda de *souvenirs* llena de objetos hechos con conchas y madera de deriva y vidrio de mar. Effie estaba contenta y animada. Mientras paseaban, les contó algunas cosas sobre el lugar. Cape May había sido el primer balneario del país. En 1878, un incendio —provocado, muy probablemente— había destruido la localidad casi por completo, y la mayoría de los edificios victorianos databan de aquella época, cuando se había llevado a cabo la reconstrucción. «Nuestra pequeña guía turística», la llamó Clara. Había habido inundaciones tremendas, por supuesto. Unos años atrás, durante el invierno, el mar había llegado hasta New Hampshire Avenue, nada menos. Clara dijo que se acordaba muy bien: habían encontrado la casa en ruinas, con todos los cristales rotos, las paredes llenas de manchas y un intenso olor a humedad por todas partes. Empezaron el regreso por el paseo marítimo. Estaba atardeciendo. El mar rugía suavemente a su derecha. Henry se imaginó una pared de agua elevándose, comenzando a rizarse a unos treinta metros por encima de ellos, tragándose el paseo marítimo, estrellándose contra los hoteles que había al otro lado de la calle, anegando las avenidas... Pensó que podía volver a ocurrir en cualquier momento. Aquel peligro era muy emocionante.

—Este verano una especie de monstruo marino se ha acercado hasta la costa —dijo Alma.

Iba siempre unos pasos por detrás, pero ahora todos se detuvieron para esperarla y se volvieron hacia ella. Alma se arrebujó en su chaqueta de punto.

—Nadie sabe muy bien qué era. Algún tipo de calamar, quizá. Tenía tentáculos, pero también dientes. Varias filas, como los tiburones. Era muy grande. Me lo contó uno de los chicos de la Guardia Costera. Me dijo que se notaba su olor en todo el pueblo.

—¡Encantador! —exclamó Max.

Clara soltó una carcajada.

—¿Eso lo has leído en el libro de Lovecraft?

—No. Ya os lo he dicho, me lo contó uno de los chicos de la Guardia Costera.

—Bueno, pues es muy interesante —dijo Clara—. No tenemos ni idea de los bichos terribles que puede haber ahí.

Dirigió la vista al mar, y después se dio la vuelta y cogió a Max por el brazo y reemprendieron el camino. Alma volvió a quedar unos pasos rezagada. Henry ya se había dado cuenta de que Clara y ella no se caían bien, aunque Clara, para que Max no se sintiera incómodo, siempre hablaba bien de Alma. La llamaba «querida», se preocupaba por su seguridad, comentaba lo guapa que estaba o que podría estar si se preocupara un poco de su aspecto. Por lo visto, en realidad Max y Alma eran hermanastros. Ella se había criado con su madre en Los Ángeles, donde vivía en unas condiciones bastante sórdidas. (Esto se lo había contado Clara cuando Max se había metido un rato en la cocina a hacer unas tortillas.) Su madre había muerto hacía poco, y ahora Max cuidaba de ella. Vivían del dinero —una generosa suma— que le había dejado su padre. Max era de la familia Hewitt, copropietaria de Hewitt-Rowe, una conocida compañía naviera.

—¿Quieres decir que no tiene trabajo? —había preguntado Effie, y a Henry lo había complacido su tono desdeñoso. Si había algo que a Effie no le gustaba, era un hombre que no tuviera un empleo remunerado.

—No, pobrecito mío —había dicho Clara—. Lo único que hace es escribir. Nadie lo diría al conocerlo, pero lo cierto es que es como un niño perdido.

—Pero..., a ver... Seguro que podría conseguir un trabajo —había replicado Effie.

Cuando regresaron a casa de Clara, prepararon unos gin-tonic y recalentaron el estofado que la señora Pavich había preparado el sábado. Se instalaron con sus platos alrededor de la mesa de centro, y Clara encendió unas velas. Las puertas y ventanas estaban abiertas, y en el salón principal todo parecía palpar, rebosante de vida. En las esquinas habían empezado a acumularse las hojas. Un pequeño pájaro —«¡No, es un murciélago!», gritó Effie— entró revoloteando desde la cocina y giró abruptamente para salir al jardín.

Clara propuso que jugaran a las adivinanzas. No hacía falta que contaran quién adivinaba más, era solo para divertirse. A Effie le pareció que un juego no tenía sentido sin la posibilidad de ganar o perder. Henry y ella formaron un equipo, Clara y Max formaron el otro, y Alma, que había encendido el fuego innecesariamente, se sentó en la alfombra, cerca de la chimenea, y se puso a leer su libro.

Effie cogió el cronómetro y Clara sacó un primer trozo de papel de un sombrero de paja. Dijo que se trataba de una persona y, con los brazos, mostró que tenía una gran barriga, moviéndose hacia ambos lados.

—¡Papá Noel! —exclamó Max—. ¡Oliver Hardy!

Clara se rio y negó con la cabeza.

—¡Ah! —exclamó después, y miró alrededor, aterrorizada, tapándose la cara con las manos. Cruzó el salón a toda prisa, señaló la radio, luego el techo, y cuando apenas les quedaban veinte segundos, Max gritó:

—¡Orson Welles!

Entonces Clara soltó un chillido y comenzó a saltar y a aplaudir.

—Cuánto escándalo por un punto —dijo Effie, levantándose y pasándole el cronómetro a Max.

Siempre se ponía muy seria cuando jugaba a algo. Cogió un trozo de papel, se quedó un momento pensando con el ceño fruncido, dijo que se trataba de nuevo de una persona y entonces se transformó: empezó a contonear las caderas, a pestañear mirando a Henry y a mordisquearse la punta de un dedo en una impecable imitación de Marilyn Monroe, uno de los nombres que él había aportado al sombrero de paja. A Henry no le costó mucho acertar.

—Muy bien —dijo ella, y se sentó y anotó el punto que habían conseguido.

Max hizo unos gestos indicando que se trataba de un libro, y después se quedó quieto durante unos segundos que parecieron eternos. Clara comenzó a reírse.

—Pero haz algo, cariño.

Entonces, con cierta desgana, emuló disparar con una escopeta y después salir huyendo de esos mismos tiros, y luego repitió toda la secuencia.

—Haz algo más, Maxie, que no lo pillo.

Pero él se quedó petrificado. Con lo seguro de sí mismo que era —podía ejecutar una voltereta hacia atrás perfecta desde el trampolín—, ahora parecía extrañamente cohibido. Pobrecito. A Henry estaba empezando a caerle simpático.

—Tiempo —dijo Effie.

El libro era *El rojo emblema del valor*.

—Ah, pero es que ese era difícilísimo, cariño —objetó Clara.

—No es tan difícil —repuso Effie—. Señalas algo rojo (tu bañador) y haces como que te estás poniendo una chapa o algo así. No sé. O empiezas a simular que eres muy valiente.

Todos se rieron, sobre todo Max.

—No tienes piedad, Scarlett O’Hara —dijo.

Le tocaba a Henry. Se puso de pie y sacó *El nacimiento de una nación*. El título estaba escrito con una letra apenas legible que no era la de Effie. Clara se había sentado en el regazo de Max, lo cual lo distrajo durante un instante. Sabía que era una película y que tenía algo que ver con el Ku Klux Klan, pero nada más. Indicó que era una película y después, como Max, no se movió.

—¿Cuántas palabras? —preguntó Effie.

Cuatro. No, cinco, indicó él, y después levantó dos dedos para referirse a la segunda palabra. A diferencia de Max, Henry, que solía mostrarse tímido cuando estaba con un grupo de personas, aunque fuera reducido, no tenía ninguna vergüenza a la hora de actuar. Podía haber representado la idea de «nacimiento» de muchas otras formas menos teatrales, pero escogió tumbarse boca arriba en la alfombra, a unos pocos centímetros de los pies de Alma, dobló las rodillas y las separó y, con las manos, se puso a hacer unos movimientos como si algo le chorreara de la entrepierna. Max y Clara empezaron a partirse de risa. Effie, sin reírse, se concentró para adivinar la palabra.

—Bebé —dijo.

Él hizo un gesto con la mano que significaba que por ahí iba la cosa. Hizo como si quisiera arrancarse un bebé de entre las piernas, poniendo caras de dolor, y cuando ella al fin averiguó la palabra, gritó «¡Sí!», y se puso en pie de un salto, más motivado que nunca. Clara ya no estaba sobre el regazo de Max; se había caído al suelo de tanto reír. Quinta palabra, indicó Henry. Se llevó la mano al pecho y puso la espalda rígida.

—Bandera —dijo Effie—. Lealtad, juramento de lealtad.

«No, olvídate de eso.» Se puso a marcar el paso. Indicó que le crecía un cono en la cabeza,

adoptó un aspecto muy severo, hizo gestos como si azotara algo con un látigo, todo lo cual solo sirvió para confundir a Effie, que murmuró:

—Un nacimiento... Nacimiento de la lealtad... —Y al fin se le ocurrió—: *¡El nacimiento de una nación!* —gritó justo en el momento en que Max anunciaba que se había acabado el tiempo.

—Hemos conseguido el punto, ¿no? —preguntó Effie.

—Claro que lo habéis conseguido —contestó Max.

—Ha sido increíble, la verdad —dijo Clara, echándose hacia atrás y apoyándose en las rodillas de Max—. Henry, me has sorprendido.

Henry volvió a sentarse al lado de Effie y le pasó un brazo por los hombros. Entonces se dio cuenta de que Alma estaba mirándolo. Ella no apartó la vista y él le hizo un gesto con el pulgar levantado y sin demasiada convicción. Entonces ella se rio y le devolvió el gesto.

Jugaron cuatro rondas más, hasta que ya no quedaron papeles en el sombrero, aunque cuando iban por la tercera ronda ya era matemáticamente imposible que Clara y Max ganasen, como señaló Effie en un par de ocasiones.

—Catorce a seis —anunció al terminar.

—No hace falta que nos lo restriegues —dijo Max.

Prepararon más bebidas y se sentaron de nuevo. Effie, entusiasmada por la victoria, apoyó las piernas en el regazo de Henry y se echó una manta de ganchillo por encima. Alma se puso de nuevo los zapatos, les dio las buenas noches a todos y salió de la casa. Max avivó el fuego.

—¿Dónde crees que va? —preguntó Effie.

Max se encogió de hombros, sin apartar la mirada del fuego.

—Es adulta, puede cuidarse sola.

—Clara dice que tú eres su protector —dijo Effie, y Max la miró, sorprendido. Effie se había ruborizado. Se sentía cada vez más audaz. Pero antes de que Max pudiera contestarle nada, Clara lo hizo por él:

—Le he estado contando lo buen hermano que eres.

Él dejó el atizador en su sitio.

—Si tú lo dices...

Clara se había trasladado a la butaca, que estaba perpendicular al sofá, y había levantado las piernas, evidentemente para dejarle un sitio a Max, pero él se quedó de pie. Effie lo miraba, esperando que siguiera hablando.

—Soy lo único que tiene, para bien o para mal —dijo por fin. Se sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, cogió uno y le dio unos golpecitos contra la muñeca—. Su madre murió el año pasado. Nuestra madre, debería decir. Yo no la conocí... Bueno, solo por carta. Se marchó cuando yo era un bebé. Creo que no sabía cuidarse muy bien, en realidad. Y tampoco cuidó bien de Alma. Murió de un ataque al corazón. —Se encendió el cigarrillo y se instaló en el sofá, cerca de Effie,

al otro lado de la mesa de centro con respecto a Clara.

—Casi nunca hablas de tu familia —dijo Clara.

—No hay mucho de qué hablar.

—Dijo él, humildemente. Tu familia creó la tercera compañía naviera más grande del mundo.

Max apoyó los pies en la mesa.

—Mi padre era un viejo horrible —le contó a Effie— y mi madre, una *starlette* fracasada. Los demás miembros de mi familia eran abstemios, descendientes de cuáqueros, como el capitán Ahab. Ya han muerto todos, al menos los que me importaban.

—Qué triste —dijo Effie.

—Sí —se limitó a decir Max.

Se hizo un silencio incómodo. Henry lo rompió haciendo tintinear los hielos en su vaso, y Max se levantó para cogerlo. Cogió también el de Effie y se dirigió a la barra. Henry pensó que, si seguía bebiendo, se iba a pasar de la raya, pero no le importó. Todo lo que había ocurrido aquel día resplandecería para siempre en su memoria.

—Ay, Maxie, vámonos a Hawái —dijo Clara. Parecía estar retomando otra conversación—. Lo digo en serio. ¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho —contestó Max, echando hielo a los vasos—. Por mí, podemos ir cuando quieras.

—Hawái... ¡Sí!—exclamó Henry enfáticamente.

Effie soltó una carcajada y le preguntó:

—¿Estás borracho?

—Claro que está borracho —dijo Max—. Bravo. Y yo también.

—Podéis venir con nosotros, si queréis —les dijo Clara a Henry y Effie—. Cuantos más seamos, más nos divertiremos. Hay algunas playas nudistas. Podríamos tomar el sol como Dios nos trajo al mundo.

—Seríamos un grupo de lo más atractivo —dijo Max.

Henry se los imaginó a los cuatro tomando el sol desnudos en la playa, frente a un inmenso mar turquesa, y a Alma chapoteando en las olas delante de ellos.

—Dios sabe que me gustaría pasarme la vida holgazaneando —dijo Effie secamente, echando la cabeza atrás para ver mejor a Max—. Qué lástima.

Su tono era totalmente teatral. Aprovechando que la manta los cubría en parte, Henry había metido el dedo por debajo del borde elástico del bañador de Effie, que había abierto un poco las piernas para que pudiera tocarla. Estaba húmeda. Se le tensaron los músculos de las ingles.

Ya no sentían vergüenza el uno del otro, y dormían desnudos. Por la mañana, Effie saludó la

erección de Henry con un beso, haciéndole cosquillas con la lengua hasta que él le dijo que se moriría si se detenía. Entonces ella lo hizo, por primera vez, y él se quedó tumbado boca arriba, gimiendo, lo más quieto que pudo, temeroso de que ella se atragantara. Cuando estaba a punto de correrse, dijo «Vale, vale...», y ella se apartó y se quedó observando cómo eyaculaba sobre su vientre. Olía a almidón, dijo Effie. Luego se puso a buscar al lado de la cama para darle una toalla y le ofreció una visión espectacular de su trasero. Él se rio: «Ahora ya lo he visto todo». Ella le tiró la toalla. Él le pidió perdón, la hizo tumbarse y le devolvió el favor. Effie levantó las rodillas y empezó a gemir: «Me gusta. Me gusta mucho». Rodaron sobre la cama. Hicieron un sesenta y nueve. Los ángeles desviaron la mirada. Cuando a Henry volvió a ponerse duro, ella se le montó encima. Así era como más le gustaba.

Ya entrada la tarde, volvieron a salir con el balandro. A Henry le parecía que una película le recubría los sentidos, y a través de ella todo parecía suave, y encantador, y deseable. Sentía que estaba floreciendo, que no había nada que lo limitara. Se deleitaba con cada cosa que olía, que tocaba, que saboreaba. El mundo se abría ante él. En el puerto deportivo, señaló el edificio octogonal que había en el muelle y les contó a los demás que allí habría un baile el viernes por la noche.

—Es la fiesta de la Guardia Costera —dijo Clara—. Me enteré la otra noche.

—Podríamos colarnos —propuso Max.

—No hace falta que nos colemos. La fiesta está abierta a todo el mundo —dijo Clara—. El único problema es que no tengo nada que ponerme.

—Es el último día que estaremos aquí —señaló Effie, cogiendo a Henry de la mano.

—Qué pena... —dijo Clara. Henry no estaba seguro de que fuera totalmente sincera—. ¿Qué día es hoy?

—Martes —contestó Effie—. Todavía falta mucho.

El mar estaba en calma esta vez, azul oscuro bajo el sol del atardecer. Navegaron hacia un petrolero que, en la distancia, tenía un aspecto fantasmal, hasta que Cape May no fue más que una línea de tierra de un intenso amarillo naranja. Arriaron las velas y se quedaron a la deriva, a merced de la corriente. Se pusieron a preparar una ronda de bebidas, y entonces Alma se levantó, sin decir una palabra, y se tiró de cabeza al agua.

Max se alzó de un salto. Cuando emergió para respirar, Alma soltó un chillido y gritó:

—¡Está helada!

—¡Estamos en octubre! —le gritó Max—. Y en el Atlántico norte. Eres una idiota.

—¡No estamos en el Atlántico norte, sino en la parte central! —contestó ella, gritando también.

—No te alejes del barco, querida —le dijo Clara—. No hemos echado el ancla.

Henry sintió ganas de meterse en el agua con ella. Tenía los músculos tensos por el deseo. ¿Cómo habrían reaccionado los demás? ¿Qué habría hecho Effie? Pero le dio miedo, y entonces Effie dijo:

—La tía Lizzie siempre me decía: «Esto no es el arroyuelo de tu ciudad, niña. Si te metes donde el agua te llega por encima de las rodillas, estarás a merced de los tiburones».

Luego dejaron en paz a Alma, que estuvo buceando y chapoteando en el mar, y unos minutos más tarde volvió a subir a bordo por la escalerilla de popa. El pelo se le pegaba a la espalda, y el agua goteaba por todo su cuerpo, que brillaba bajo el sol poniente y rojo, como un medallón blanco y dorado.

Aquella noche, después de cenar y de tomarse varias copas, decidieron que había llegado el momento de explorar las demás casas de la calle. Así comprobarían si era cierta la teoría de Max. Todo el mundo se mostró de acuerdo, en especial Alma, que se puso muy contenta cuando su hermano hizo la propuesta.

Salieron.

La luna todavía estaba baja en el cielo, y la mayor parte de New Hampshire Avenue se encontraba sumida en la oscuridad. Henry sentía la excitación en las entrañas, y de vez en cuando notaba un espasmo que casi lo paralizaba, aunque enseguida se le pasaba. Alma abrió la marcha. Primero se dirigió a la casa que había al otro lado de la calle, donde la puerta principal y las ventanas estaban cerradas, y después a la casa vecina, que también estaba cerrada.

—Lo hemos intentado —dijo Clara.

Alma, sin embargo, ignoró su comentario. Volvieron a cruzar la calle, aunque no regresaron a casa de Clara, sino que se acercaron a la de al lado.

—Es la casa de los Healy —dijo Effie.

Y Clara añadió:

—Sí, la señora Healy siempre me hacía una tarta por mi cumpleaños. No voy a ser capaz... — Se detuvo en el jardín—. Yo me quedo aquí fuera.

En cualquier caso, la casa también estaba cerrada con llave, así que probaron con la de al lado, que era la que se encontraba justo enfrente de la de la tía Lizzie. Era la casa de los Wood, donde había vivido Betsy, la canguro de Effie. Ella nunca había entrado allí. La casa se hallaba envuelta en la luz plateada de la luna. La puerta principal estaba cerrada, pero Alma trató de abrir la alta ventana que había al lado y lo consiguió.

—*Et voilà* —dijo, y, agachándose, entró en la vivienda.

Henry la siguió, y después lo hicieron los demás.

Dentro no parecía haber nada especial, aunque apenas veían en la penumbra. Un salón

escasamente amueblado, una alfombra ovalada, una estantería llena de retratos, con unos rostros borrosos y fantasmales, y, encima de ella, colgado de la pared, un largo remo. Sin embargo, a Henry la mera emoción de estar en la casa de unos desconocidos por la noche, sin haber sido invitado, le resultaba casi insoportable. Notó otro espasmo en el vientre y se alegró de que estuvieran a oscuras. Cada uno de los objetos apenas visibles que había allí parecía cargado de un significado secreto. Se oyó el sonido de un interruptor y Alma anunció que no había electricidad. Entonces Clara exclamó:

—Por Dios, no vamos a encender la luz, ¿no?

Se dirigieron a la cocina, que estaba un poco más iluminada gracias a una ventana en voladizo que había al fondo. Alma se puso a revolver en los cajones hasta que dijo:

—Por fin.

Una luz cegadora los sobresaltó. Había encontrado una linterna. Se la puso debajo de la barbilla para tener un aspecto fantasmal.

Subieron al primer piso y entraron en lo que debía de ser el dormitorio principal. Una alfombra gruesa en el suelo, una cama enorme con una colcha multicolor... En el tocador había una foto de un hombre y una mujer de mediana edad; el hombre estaba bastante gordo y parecía encantado de conocerse, y la mujer llevaba unas gafas con gruesos cristales y montura de carey. Henry preguntó si eran los Wood, y Effie le dijo que no estaba segura.

Clara se quedó cerca de la puerta, con los brazos cruzados, como si tuviera miedo de dejar en algún sitio sus huellas dactilares. Alma y Max se metieron en el baño del dormitorio y se pusieron a inspeccionar el botiquín y todo lo que había debajo del lavabo, pero no encontraron nada interesante o que fuera vergonzoso para los Wood —o para quien fuera que viviese allí—, aparte de un montón de latas usadas de aceite de alcanfor mentolado.

Max anunció que ya sabía todo lo que necesitaba saber sobre los Wood.

—Sus hijos ya son mayores y no les interesa nada la casa de la playa. El señor está jubilado. Se dedicaba a vender electrodomésticos. La señora y él siguen viniendo, pero sin los hijos, y se aburren mortalmente. Es probable que vendan la casa muy pronto.

Una vez en el exterior, Clara dijo: «Ha sido divertido», pero Alma, que se había quedado con la linterna de los Wood, se dirigió al jardín de al lado, y los demás la siguieron. Esa casa estaba cerrada, pero la siguiente se hallaba abierta, y todos entraron por la puerta principal.

Effie no conocía a aquella gente. Clara tampoco. El salón estaba decorado con motivos náuticos muy chabacanos. Sobre la repisa de la chimenea se alineaban unos cuantos barcos en miniatura. Un timón colgaba de una de las paredes, sobre un sofá de cuero, y frente a él había un cuadro inmenso de un acorazado de la Segunda Guerra Mundial disparando todos sus cañones. En una esquina había una pequeña butaca con unos cobertores de encaje blanco sobre los brazos.

—Él votó a Eisenhower —dijo Max—, y ella votó a Stevenson dos veces, aunque nunca lo

admitiría delante de él.

Cuando subieron al primer piso, Effie dijo:

—No, es un hombre soltero.

En una habitación con las paredes desnudas había una cama de metal; en la siguiente, una especie de banco de carpintero y un intenso olor a barniz, y en la última, una pequeña cama con dosel cubierta con una colcha de felpa.

—A veces viene su madre a visitarlo.

En silencio, Alma inspeccionó todos los muebles, todos los objetos decorativos y baratijas, como si buscara algo concreto. Cuando bajaron de nuevo, se quedó de pie en medio del salón, dando vueltas en círculos muy lentamente y con los ojos cerrados, mientras Clara salía de la casa y los demás la seguían. Henry permaneció con ella.

—¿Qué haces?

Ella abrió los ojos y levantó la linterna.

—Solo estaba imaginándomelos aquí. —Le sonrió—. No creo que me cayeran muy bien.

Fuera, la noche era cálida y tranquila.

—¿Podemos volver ya, amigos? —preguntó Clara—. Me temo que se nos están pasando los efectos del gin-tonic.

—Solo una más —dijo Alma, y señaló la gran mansión victoriana que estaba al otro lado de la calle, en diagonal con respecto a donde estaban ellos, tres casas más allá de la de la tía Lizzie.

Se trataba de la única vivienda de ese tipo de toda la calle. De un color morado a la luz del día, ahora era una masa negra y amenazante, pues apenas una parte de su tejado de pizarra, de su mirador y de su solitaria torre recibían la luz de la luna. Parecía un castillo encantado.

—Ahí es donde vivía esa pareja de ancianos de la que te hablé —le dijo Effie a Henry.

—Los Bishop —dijo Clara—. Esa es la casa de los Bishop. Edith y... no me acuerdo de cómo se llamaba el señor.

—¿Los conoces?

—Son viejos amigos de mi madre. Recuerdo que los veía en las fiestas.

Alma ya estaba cruzando la calle. Los demás la siguieron.

Tanto en la planta baja como en el primer piso, unas amplias galerías cubiertas, de una oscuridad impenetrable, daban la vuelta a toda la casa. Subieron con cuidado, sin ver nada, los escalones de la entrada. La puerta estaba cerrada con llave, anunció Alma. Buscaron a tientas las ventanas y trataron de abrirlas, pero también estaban cerradas. Alma dijo que creía haber visto otra entrada, y todos bajaron los escalones tras ella y se dirigieron hacia uno de los lados de la casa, donde, a la luz de la luna, vieron una escalera de metal que conducía a la galería de la primera planta. Alma subió y, unos segundos después, se asomó a la balaustrada:

—Está abierta.

La encontraron en una habitación muy espaciosa y brillantemente iluminada, situada al final de un estrecho pasillo.

—La electricidad funciona —dijo.

—¿Te has vuelto loca?! —gritó Clara—. ¡Apaga las luces!

Pero Alma siguió ignorándola.

La estancia parecía un salón o una sala de juegos. En una esquina había una mesa de billar, pero con un montón de telas de colores encima. Sobre sus cabezas, una lámpara de hierro forjado con un aspecto de lo más peligroso colgaba de las vigas del techo. Las paredes estaban llenas de máscaras. Henry pensó que eran máscaras ceremoniales: de bocas deformadas en muecas espantosas, de ojos furibundos, de mechones de pelo salvajes. Algunas parecían japonesas, y otras de alguna cultura isleña, quizá de Nueva Guinea. En un extremo de la habitación había tres ventanas con vitrales y arcos góticos, y delante de ellas una tarima baja similar a un escenario, al fondo del cual, apoyado entre dos de las ventanas, había un largo tablón de madera oscura con unas cuerdas que lo recorrían de un lado al otro: un curioso instrumento de música. En la pared de la habitación que daba a la calle, una hilera de puertas de cristal presumiblemente comunicaban el interior de la casa con la galería cubierta del primer piso; sus persianas estaban cerradas, y entre ellas había unas pesadas cortinas azules muy bien atadas. El sofá y las butacas que había en el centro de la habitación eran de cuero, y las pantallas de las lámparas, de cristal de colores. Sobre la alfombra de delante del escenario había varios almohadones desperdigados por todas partes, adornados con abalorios de colores y pequeños objetos brillantes que Henry no logró distinguir.

—Son exploradores —anunció Max—. Antropólogos.

—Juglares, tal vez —dijo Effie.

—Esto es una mina de oro... —susurró Alma.

Del salón salían tres pasillos, y todos empezaron a explorarlos, cada uno en una dirección. Henry se fue detrás de Alma, y cuando se dio la vuelta, esperando que Effie los hubiera seguido, vio que estaba solo con ella. Alma apuntó hacia delante con la linterna. El diseño de la casa parecía innecesariamente complicado. Había semiplantas, suelos elevados, puertas colocadas a distancias desiguales, ventanas circulares encajadas en rincones asimétricos, una escalera de caracol que ascendía de forma pronunciada hasta una trampilla... Estuvieron curioseando en un dormitorio exuberantemente amueblado, decorado por entero en diversos tonos de un intenso azul, y al otro lado del pasillo se toparon con una habitación llena de carritos como los que usan para llevar las maletas los botones de los hoteles, en los que vieron un montón de disfraces: vestidos de fiesta pasados de moda, miriñaques, trajes de arlequín, un disfraz de oso... Alma se detuvo en seco, y Henry chocó contra ella y percibió el olor de su pelo sin lavar.

—Esto es una locura —dijo él, porque no habían dicho ni una palabra desde que se habían apartado de los demás, pero ella no pareció oírlo.

Alma apuntó la linterna hacia el interior de la habitación de al lado, entró y encontró el interruptor de la luz. No había absolutamente nada. La puerta del armario estaba abierta. Henry se quedó petrificado en la puerta y los dos observaron la habitación en silencio, tratando de entender a qué estaba destinada, hasta que oyeron la voz de Clara, procedente de otra parte de la casa:

—¡Eh, venid a ver esto!

Recorrieron un pasillo secundario y llegaron hasta una puerta iluminada. Al otro lado estaba Clara, mirando fijamente un montón de estantes repletos de cabezas sin rostro cubiertas con pelucas de tantos tipos como puedan imaginarse.

—Pero ¡mirad esto, por favor! —exclamó.

Los estantes cubrían todas las paredes de la habitación, salvo por un espacio en una de ellas donde se abría una ventana. En el centro había una otomana redonda de felpa, y en un rincón, un espejo ovalado. Se veían numerosas pelucas de hombre y de mujer, unas con aspecto de pelo natural, otras de distintos períodos históricos —de centurión romano, de cortesana del siglo XVII— y algunas que parecían completamente marcianas, de un azul y verde brillantes.

Max apareció en la puerta, con Effie a su espalda.

—¡Vaya! —exclamó ella.

—Es gente de teatro —dijo Max.

Effie se situó al lado de Henry.

—Hay una habitación llena de nubes y árboles y espadas de mentira, y un montón de cosas parecidas. Jamás lo hubiera dicho al verlos caminando por la calle.

—Uno nunca acaba de conocer a la gente —dijo Max.

Con un movimiento ensayado, Alma se ató el pelo en lo alto de la cabeza, de modo que se quedara en esa posición, escogió una peluca de un brillante rojo rubí y con un corte característico de los años veinte —una línea recta a la altura de la mandíbula—, y se la puso mirándose al espejo y ocultando los mechones de pelo que se le salían. Entonces se dio la vuelta, transformada, y como eran los que se encontraban más cerca, adoptó una pose para Henry y Effie colocándose las manos en las caderas.

—¡Muy guapa! —dijo Henry.

—¿Qué opinas, Maximilian?

—Que parece una prostituta barata —le soltó él.

—Perfecto —repuso Alma.

Max eligió una larga peluca de abogado, pero Alma dijo que era muy sosa, porque originalmente ese aspecto se conseguía con una peluca, de modo que aquel objeto no generaba ninguna ilusión. Entonces Max la cambió por una pelambreira gris y una larga barba que le hacía parecerse, según dijo Effie, a Charlton Heston en *Los diez mandamientos*. Para Henry, Effie

escogió una gran peluca rizada de chica Gibson que les encantó a todos, y ella se decantó por una peluca rubia brillante que era, como dijo Max, sorprendentemente similar al pelo de Clara.

—Ni siquiera se parece —repuso Clara.

—Vaya si se parece —insistió Max.

Entonces, con la misma habilidad que había demostrado para imitar a Marilyn Monroe, haciendo un sutil cambio de postura y de expresión, Effie se transformó en Clara. Henry pensó que el efecto era desconcertante: ahí estaban la verdadera Clara y, frente a ella, una versión en miniatura de Clara: su esposa.

—Oh, Maxie, cariño —dijo Effie, poniéndole ojitos a Max, y todos se rieron, en especial Clara.

Clara encontró una peluca de rizos morenos que recordaban al pelo de Effie, y cuando se lo puso y se miró al espejo, canturreó:

—¡Válgame el cielo! ¿No soy la cosita más mona que habéis visto nunca?

—Estás sencillamente divina, querida —dijo Effie—. Me dan ganas de cortarte en trocitos y devorarte.

—¡Quita, quita! —replicó Clara, imitando a Scarlett O’Hara.

Max se partía de risa y la barba de Moisés oscilaba delante de su cara.

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! —exclamó—. No os las quitéis, por favor. Os lo suplico.

—No —intervino Henry, arrancándole la peluca a Effie mientras soltaba una risita nerviosa. Todo había sido muy divertido, pero Effie tenía ahora una expresión asesina—. Me da escalofríos —dijo.

Dejaron las pelucas en su sitio —salvo Alma, que estaba muy contenta con la roja brillante de los años veinte y se la dejó puesta— y bajaron la escalera. En la planta baja, las habitaciones eran más espaciosas y convencionales. Había un comedor muy elegante con una mesa para una docena de personas, y presidiéndola vieron un gran cuadro al óleo de un bufón tocando un laúd. La cocina, cuando Max encontró la luz, resultó ser amplia y luminosa —docenas de ollas y sartenes colgaban de unas barras metálicas en el centro de la estancia—, y junto a ella había una despensa llena de productos no perecederos. Avanzaron por otro pasillo hasta llegar a un salón bellamente amueblado, donde aún flotaba un fuerte olor a tabaco de pipa. Alma empezó a encender todas las lámparas. Las paredes eran de madera oscura. Una chimenea de piedra dominaba la habitación, y encima de ella, colgadas en la pared, había dos espadas cruzadas. También había un enorme sofá de tres secciones de cuero marrón, una pared completamente llena de libros, un oso pardo de pie sobre sus patas traseras, un montón de estanterías repletas de objetos curiosos y utensilios de todo tipo, y una barra de bar.

—Necesito un trago —dijo Clara.

Max había cogido de una mesita auxiliar una fotografía que parecía de principios de siglo. En

ella se veía a una joven con varios collares de perlas recostada sobre un almohadón.

—Esta debe de ser la señora de la casa. Con la peluca puesta te parecías bastante a ella, ¿sabes, Hank?

Clara sirvió un poco de bourbon en cuatro vasos largos con pinta de ser muy caros, y se los pasó a Max, Effie y Henry. Alma parecía completamente absorta en los extraños objetos que había en las estanterías. Max puso un disco a pesar de las protestas de Clara, y pronto empezó a sonar un aria bastante pícaro, con una voz femenina que cantaba en francés, interrumpida de vez en cuando por un potente coro y un estruendo de platillos. Según Max, la canción decía: «El amor es un pájaro rebelde y nada puede domesticarlo».

El bourbon, que en un primer momento fue como un profundo arañazo, hizo que enseguida Henry volviera a estar ebrio, y al cabo de un rato parecía que los hubiera hechizado a todos. Max y Clara bailaban un vals sobre la alfombra. Effie se quitó las sandalias y se puso a correr, extendiendo los brazos a ambos lados del cuerpo, siguiendo un recorrido que comenzaba en el salón, pasaba por el comedor y la cocina y regresaba al punto de partida por la puerta del otro extremo. Les explicó a los demás que nunca había corrido dentro de una casa, ni siquiera de niña. Cuando iba por la tercera vuelta, Henry se lanzó a perseguirla y la alcanzó en el comedor. Allí, en la oscuridad, la atrapó y la llevó hasta una mesa, respirando con fuerza junto a su cuello mientras ella trataba de recuperar el aliento y parecía esperar a ver qué iba a hacer él, y justo entonces Max gritó desde el salón:

—Hank, ¿dónde estás? Te reto a un duelo.

Lo encontraron delante de la chimenea con una de las espadas en la mano, comprobando su peso. Henry cogió la otra de su soporte y, a cámara lenta —aquellas espadas pesaban bastante—, empezaron a entrechocarlas.

—Dios mío, no puedo con estas cosas —dijo Clara, y volvió a la zona donde estaba la barra.

Por supuesto, al cabo de unos cuantos lances, Max le dio a Henry en los nudillos, y este dejó caer la espada.

—Ay, mierda, lo siento mucho, Hank... —se excusó Max.

Henry se rio y dijo que estaba bien. Era un corte pequeño, pero la sangre comenzó a brotar de inmediato. Esas espadas eran de verdad.

—¡Es que eres un burro! —dijo Effie.

Entonces se acercó rápidamente y le cogió la mano y, para sorpresa de Henry, empezó a chupar delicadamente la herida. Él no habría sido capaz de hacerlo. Ante la mera visión de la sangre se mareaba. Se sentó en la alfombra, al lado de su espada. Max dijo que iba a buscar algo para vendarle la herida. Clara dijo que le iba a llenar el vaso de bourbon. Cumpliendo su palabra, Max volvió al cabo de un minuto con una venda —había encontrado un baño—, y Effie se la puso en los nudillos y se los besó.

Todos se sentaron en el suelo, junto al sofá, con los vasos llenos. Ahora el bourbon entraba de maravilla. Max había puesto un concierto para clarinete de Mozart. Tenían una colección impresionante de discos de música clásica, dijo. Comentó que quizá podrían encender el fuego, pero Clara se lo prohibió terminantemente y, además, insistió, esa noche no hacía nada de frío.

—Cómo les gustan los almohadones, ¿verdad? —observó Effie.

Igual que en la sala de juegos del piso de arriba, había almohadones diseminados por toda la habitación, tanto en el suelo como en el sofá.

—Son para las orgías —dijo Max. Effie empezó a reírse, pero él insistió—: Lo digo en serio. No sabes cómo son los actores. Se rigen por la ley de la selva, en ese sentido. Y bien que hacen. ¿No es verdad, Clara?

—Oh, sí —dijo ella, levantando su vaso—. Esa es mi tribu.

—No, tu tribu no es esa. Los dramaturgos no se divierten nada. Los que se lo pasan bien son los actores. Apuesto a que aquí ha estado toda una *troupe*. Organizan fiestas y representan obras solo para ellos, y al final de la noche cubren el suelo con estos almohadones y follan todos con todos. Me pregunto cuántas bacanales habrá habido aquí.

—Y pensar que los conozco desde hace tanto tiempo... —dijo Clara, frotándose la espinilla—. El señor y la señora Bishop.

Effie le preguntó a Max por qué sabía esas cosas sobre los actores, y él le recordó que su madre había sido actriz.

—Bueno, en realidad «actriz» es decir demasiado. Una vez le dieron un pequeño papel en Broadway. No era más que una cara bonita. Alma podría contarte... —Se volvió para señalarla con la mirada, pero Alma ya no estaba en la habitación.

—¿Te acuerdas de la noche en que vimos a unos bailarines persas en el Village? —le preguntó Clara a Max, y él sonrió y asintió; después bajó la vista, clavándola en su bebida—. Eso sí que fue una bacanal.

—¿En serio? —dijo Effie. Se había acurrucado junto a Henry, pero ahora se enderezó lánguidamente para escuchar mejor.

—Pues sí —contestó Clara—. Había una chica en la fiesta que se celebró después... Era una cosa íntima, inspirada en un harén... Bueno, y esa chica nos dio no sé qué poción que lo volvía todo... ¿Cómo lo describirías tú, Maxie? Era como si te concentrases mucho. Y todo resultaba muy interesante. Nos dijo a Max y a mí que nos desvistiéramos, y nos hizo una especie de masaje ritual, con un aceite aromático, que se suponía que servía para librarte de los malos humores o algo así. Dios mío, fue...

—Era todo palabrería —dijo Max—. Se iba inventando un hechizo sobre la marcha. Apuesto cualquier cosa a que esa chica era de Kansas.

—Eso dices ahora —repuso Clara—, pero aquella erección no fue producto del escepticismo.

Effie soltó un chillido y se escondió detrás del hombro de Henry, y Henry, como de costumbre, sintió que iba un par de pasos por detrás de los demás. Era el bourbon. Ahora Clara le sonreía con malicia.

—Pues yo tuve el mejor orgasmo de mi vida —dijo—. De mi vida hasta entonces, quiero decir. Me gustaría acordarme de cómo se llamaba esa chica. ¿Tú no te acuerdas, Maxie? Esa chica me presentó a mi propio cuerpo.

—Estás abochornando a nuestros amigos, Clare —dijo Max.

—¿En serio? Pues no lo entiendo. No hay nada vergonzoso en lo que digo.

Hacía ya un buen rato que el concierto había terminado, y Max se levantó para poner otro disco. Poco después se dieron cuenta de que ya eran las dos de la mañana. Entonces todos se levantaron, y Max y Henry volvieron a colocar las espadas en sus soportes, lo que les costó lo suyo. Max llamó a Alma, pero no hubo respuesta.

—¡Nos vamos! —gritó.

—Probablemente esté dando una vuelta por ahí fuera, Maxie —le dijo Clara—. No te preocupes.

Apagaron las luces y salieron por la puerta principal. El aire de la noche era denso y húmedo, y Henry tenía la sensación de que podía notar cómo la Tierra avanzaba por el espacio. Effie se apoyó en él, y avanzaron haciendo eses por la acera. Cuando llegaron al porche de su casa, se despidieron de Max y Clara, y Henry le echó una mirada a la mansión victoriana y vio que una de las ventanas de la torre estaba iluminada. Era Alma, estaba seguro. No habían explorado la torre. Quiso volver, pero ni siquiera le resultó fácil subir con Effie la escalera del porche.

6

Cuando se despertaron, una cálida brisa entraba por las ventanas de la buhardilla. A primera hora de la tarde, la luz del exterior había adquirido un tono lavanda. Empezaron a caer unas gotas del tamaño de monedas y, al cabo de unos minutos, mientras el estruendo de los truenos se volvía cada vez más cercano, la lluvia se convirtió en diluvio.

Podían ir corriendo a la casa de Clara en traje de baño, propuso Henry, pero Effie prefirió no salir. Le apetecía quedarse a salvo en su madriguera. Le daba la sensación de que era peligroso aventurarse fuera. Y le preocupaba que Clara comenzara a pensar que eran unos gorriones: los había invitado a un montón de comida y de ginebra, y ellos no habían aportado nada.

—Estoy cien por cien seguro de que Clara no nos ve así —dijo Henry.

Effie le contestó que probablemente tuviera razón. En cualquier caso, apenas habían tocado los alimentos que habían comprado el domingo, y tal vez estuviera bien pasar un día solos. Eso hizo que Henry se sintiera feliz: ella prefería estar sola con él. Dijo que le parecía una idea estupenda.

Effie preparó unos sándwiches de jamón y queso, que se comieron en el salón con las ventanas abiertas. El viento hacía que las cortinas blancas se hincharan como fantasmas y se cebaba con los árboles de fuera, y durante un largo rato no pasó ni un minuto sin que se viera el destello de algún relámpago o se oyera el retumbar de un trueno. A Henry le encantaba la lluvia. Cuanto más violenta, mejor. Le encantaba el ruido que hacía en su casa, cuando repiqueteaba sobre las marquesinas de aluminio. Effie admitía que tenía un miedo exagerado a las tormentas, y aun así le gustaba dejar las ventanas abiertas porque había oído que era lo que había que hacer en caso de que hubiera un tornado, por alguna cuestión relacionada con la presión atmosférica.

—¿Necesitas que te consuele? —le preguntó Henry, y ella dijo que tal vez, y poco después estaban haciendo el amor en el sofá, lo cual supuso un gran alivio para él, que aquella mañana había estado a punto de explotar recordando la historia de Clara. Él la sujetó por las corvas y, cuando al fin eyaculó, ella jadeaba y parecía satisfecha.

Luego se pusieron a jugar a las damas desnudos.

—Es nuestra bacanal —dijo Henry.

Effie soltó un suspiro.

—Dios mío, ¿te puedes creer lo que contó Clara? ¿Lo del harén?

—Seguro que hoy estará avergonzadísima.

—Seguro que no —replicó ella sin dejar de mirar el tablero—. Creo que le gusta escandalizar a la gente. Siempre ha sido así.

—¿Crees que se lo inventó todo?

—No —repuso Effie—. Quizá lo adornase un poco. Pero ella es así, eso es lo que es.

Henry estuvo a punto de decir que a él le gustaba que Clara fuera tan abierta y franca —que ella y Max fueran así—, pero sabía que lo que le gustaba resultaba peligroso.

—Hombre —dijo finalmente—, si alguien de nuestra ciudad dijera una cosa así, o si lo hiciese, Dios no lo quiera, lo llenarían de alquitrán y plumas.

—Ella vive en un mundo distinto. Eso está claro.

Después de que ella ganara, subieron al primer piso para darse un baño juntos, y en cuanto se metieron en el agua, se fue la luz.

Se quedaron inmóviles durante unos segundos.

—¿Eso lo hemos hecho nosotros? —preguntó Effie.

—No lo sé.

La lluvia golpeaba contra el cristal esmerilado de la ventana. Salieron de la bañera y se secaron a oscuras. Henry probó con el interruptor del pasillo, pero fue en vano: no había electricidad.

—Vaya, estupendo —dijo Effie.

—A lo mejor han saltado los plomos o algo así. ¿Sabes dónde está el contador?

—No tengo ni la menor idea.

Fuera del baño, la temperatura había disminuido mucho, y una corriente subía desde el salón por el hueco de la escalera. Cuando volvieron a la buhardilla, buscaron a tientas su ropa y se vistieron, y luego bajaron a la planta baja para tratar de encontrar unas velas, pero no encontraron ninguna. No había suficiente luz para ver dentro de los cajones y armarios, y ni siquiera las ventanas se distinguían en la oscuridad. Salieron al porche y miraron hacia la casa de Clara. No se veía luz por ninguna parte, excepto un débil brillo en la distancia, que probablemente procedía del centro de la localidad. Incluso las farolas de Madison Avenue estaban apagadas.

—No sé cómo voy a hacer la cena —dijo Effie.

—Se habrá caído un cable en algún sitio —dijo Henry. No sabía nada de cómo funcionaban las líneas de electricidad—. Ya estarán arreglándolo.

Como no tenían nada mejor que hacer, entraron de nuevo en la casa y se instalaron en el sofá. Se echaron una colcha por encima. Effie insistió en que dejaran las ventanas abiertas, y estuvieron escuchando el viento y la lluvia.

Se habían quedado dormidos, y se despertaron sobresaltados al oír unos golpecitos en la puerta principal. Por las ventanas vieron que había una luz en el porche. El viento y la lluvia no habían amainado. Volvieron a llamar, ahora con más insistencia, y Effie dijo:

—¿A quién demonios se le ocurre...?

Henry se levantó para ver quién era. En su confusión, pensó que tal vez fuera la policía, que había ido a detenerlos por lo de la noche anterior, de modo que sintió un gran alivio al constatar que se trataba de Max. Llevaba una linterna y estaba completamente empapado.

—¡Menuda tormenta! —gritó—. Llegar aquí ha sido como remontar un río.

Henry lo dejó pasar, y Max se quedó goteando sobre los azulejos del vestíbulo.

—Pero Max, ¡mira cómo estás! —dijo Effie, levantándose del sofá—. Espera, que te traigo una toalla.

—No hace falta. No estaba seguro de cuál era vuestra casa. ¿Qué hacéis? ¿Estáis aquí sentados en la oscuridad, sin más?

—No hemos podido encontrar ni una vela —dijo Henry.

—¿Por qué no habéis venido a vernos? ¿Ya no nos queréis más?

Effie ya estaba en el vestíbulo, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—No queríamos...

Max levantó la mano para hacerla callar.

—Me han enviado a buscaros, y me han dicho que no acepte un no por respuesta. Clara se ha vuelto loca y ha preparado *cassoulet*, o una cosa que ella llama *cassoulet*. Tendríais que haberla visto. Parecía que estaba celebrando una misa negra. Pensé que iba a estallar por los aires cuando intentaba encender los fogones.

Effie se rio. No tenía sentido negarse, así que irían. Pero no estaba segura de si tenían algún paraguas. Max dijo que importaba. No iba a servir de nada con tanto viento. Así que buscaron su calzado —una de las sandalias de Effie estaba escondida al lado de la escalera— y salieron detrás de Max.

Después de recorrer la escasa distancia que había hasta la casa de Clara, bajo una lluvia cortante y atravesando unas veloces corrientes de agua que les llegaban por los tobillos, estaban calados hasta los huesos.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Max desde el vestíbulo, quitándose los zapatos.

El salón estaba iluminado. Sobre la mesita auxiliar, al lado del sofá, había una lámpara de queroseno, y, desplegadas por todas partes, se veían distintas clases de velas. Además, ardía un buen fuego en la chimenea, y en el sillón de mimbre que había junto a ella, como otra fuente de luz, estaba sentada Alma leyendo una revista con las piernas apoyadas en el reposabrazos. Su pelo había vuelto a su estado natural —alborotado y voluminoso—, y llevaba puesto el mismo vestido

marrón que había usado los últimos tres días. Desde el vestíbulo, todavía goteando, Henry le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—¡Queridos, habéis llegado! —gritó Clara, saliendo de la cocina con una bandeja llena de cuencos y cubiertos.

La dejó sobre la mesita de centro, al lado de una gran olla de hierro, donde debía de estar reposando el *cassoulet*, fuera lo que fuera eso. En el aire flotaba un delicioso olor a cerdo.

Max cogió un cirio y Henry y Effie lo siguieron escaleras arriba. Pasaron junto a uno de los balcones, recorrieron un oscuro pasillo, y entraron en un dormitorio muy grande que daba al jardín trasero. Allí dormían Clara y Max. Había un montón de ropa tirada por el suelo y sobre la cama sin hacer —prendas de mujer, sobre todo, vestidos y medias y ropa interior—. Henry reconoció el vestido de tirantes blanco que llevaba Clara el primer día, y que ahora estaba completamente arrugado al lado de la mesita de noche. Max les enseñó el vestidor y les dijo que cogiesen lo que quisieran, aunque no había demasiadas cosas: pantalones de chándal, pijamas, batas, una camisa de vestir... Luego desapareció en el baño que había justo al lado del dormitorio y salió al cabo de un momento con unas toallas, le dio la vela a Henry y los dejó solos.

Se quitaron las prendas empapadas —se les había mojado hasta la ropa interior— y se secaron. Qué raro era estar en aquella habitación, rebuscando entre la ropa de otra gente. En el armario, Effie encontró un pijama azul satinado y un albornoz. Henry se puso una sudadera holgada de Princeton y un bañador rosa que le quedaba un par de tallas grande, pero tiró del cordel y pudo ajustárselo a la cintura. Estuvieron riéndose el uno del otro. A Effie, con ese pijama, se le transparentaban los pezones, así que se puso el albornoz encima y se lo ajustó con fuerza. Henry hizo un hatillo con toda la ropa mojada, su ropa interior, sus pantalones empapados, y bajaron al salón.

—Ahora sí tendréis que quedaros a pasar la noche —dijo Clara.

Henry dejó el hatillo con la ropa de ambos detrás del sofá y todos se instalaron en el suelo, alrededor de la mesita de centro. Ya habían preparado las bebidas y los cuencos estaban llenos —trozos de cerdo y judías blancas en un caldo espeso—, y Henry pensó que estaba exactamente donde quería estar: en aquel círculo en torno al fuego, con aquella gente desconocida y una copa que pronto se le subiría a la cabeza.

—Os vais a hartar de nosotros —dijo Effie.

—Imposible —repuso Clara—. En esta casa hay seis dormitorios. Cada uno de nosotros podría disponer de una habitación, si quisiéramos. Aunque no tendría ninguna gracia, ¿verdad?

Mientras cenaban, escucharon el incesante ruido del viento y la lluvia y el crepitar del fuego. Habían cerrado las ventanas, pero de vez en cuando lograba entrar alguna ráfaga que hacía temblar las velas, y sus sombras bailaban monstruosamente en las paredes. Max y Clara parecían más apagados esa noche. Había sido una mañana dura, dijo Max.

—Sobre todo para esta —susurró, como si les estuviera revelando un secreto, señalando a Clara.

Ella dijo que estaba exagerando, y que, en cualquier caso, siempre se había recuperado pronto de las resacas.

—Pero qué divertido fue —añadió—. Me sentía como cuando era una niña y me quedaba despierta hasta tarde, más allá de mi hora de irme a la cama.

—Me alegra ver que tú también volviste —le dijo Effie a Alma, que estaba sentada a su lado.

Por lo general, era Effie quien trataba de conversar con Alma (Max nunca lo hacía), aunque esta apenas le hacía caso. Henry también lo había intentado en un par de ocasiones, pero en ambas había acabado sintiéndose estúpido y vulnerable, como también le pasó ahora.

—Al final te perdimos —le dijo, y se avergonzó del tono casi paternal que le había salido.

—Estaba mirando unos vestidos —se limitó a decir ella, sirviéndose un poco más de *cassoulet* en su cuenco—. Creo que encontré uno para el baile del viernes.

—¿Vestidos? —preguntó Max—. ¿De qué estás hablando?

Clara se rio.

—Va a robar un vestido para el baile. A los actores.

—Voy a cogerlo prestado.

Max estaba exasperado. No podía robar un vestido, le dijo. Alma repitió que solo iba a cogerlo prestado, y señaló —no sin razón— que eran ellos los que habían cometido un robo al beberse media botella de bourbon.

—No tenemos ni idea de si los dueños de esa casa asistirán al baile el viernes —insistió Max—. ¿Qué pasa si reconocen el vestido?

Alma pareció animarse.

—Eso sí que sería divertido.

Max hizo un gesto con la mano indicando que se rendía, y Clara dijo que ella esperaba tener algún vestido adecuado, porque si no también se iba a ver obligada a robar uno. Y después, cambiando de tema, añadió:

—Ángeles míos, no pensaréis en serio irnos el sábado, ¿verdad?

Effie dijo que lamentablemente sí y miró a Henry.

—Supongo que será estupendo volver e instalarnos en la casa nueva.

Entonces Effie empezó a contarles que el tío de Henry había hecho construir una nueva ala para ellos en su casa, pero Clara la interrumpió:

—¿Cómo puedo convencerlos para que os quedéis? Aunque solo sea una semana más.

Henry sonrió. Parecía que Clara quería realmente que se quedaran. Se preguntó por qué, pero enseguida apartó esa idea de su mente. ¿Por qué no iba a quererlo? Effie y él eran muy buena compañía.

—Tal vez podríamos quedarnos un día más —dijo Effie—. Pero tenemos que dejar la casa este fin de semana. Ya fue toda una odisea conseguir que nos la prestaran para quince días.

—Bueno, si ese es el único el problema, entonces ya está solucionado. Os quedaréis aquí. Ya os lo he dicho, tenemos un millón de habitaciones.

—¡Qué buena idea! —exclamó Max.

Effie se rio.

—Pero no podemos quedarnos aquí holgazaneando eternamente.

—Eternamente no —repuso Clara—. Solo unos días más. Tenéis toda la vida por delante, queridos. Fiaos de mí. Esta es vuestra luna de miel. Haced que dure todo lo posible.

Effie miró a Henry y dijo:

—Bueno, quizá sí.

Aquella noche se irían pronto a la cama. Alma cogió una vela y subió a su habitación. Los demás, tras recoger la mesa, prepararon unas copas y trataron de jugar a un juego de dados que Max había aprendido en Montreal, pero no se acordaba bien de cómo eran las reglas y, al cabo de un rato, Clara ya no podía reprimir sus bostezos y acabó pegándoselos a Effie.

—Estoy agotada —dijo al fin.

Apagaron las velas, salvo una que se quedaron Henry y Effie, y Clara, con la lámpara de queroseno en la mano, los condujo al piso de arriba y les enseñó cuál era la más cómoda de las habitaciones de invitados, donde siempre dormían Scott y Betsy. Aquel cuarto tenía una cama alta con una colcha bastante gruesa, las paredes estaban forradas con paneles de madera barnizada y había un mirador. Allí tenían que sentirse como en casa, les dijo Clara. Luego le dio un beso en la mejilla a cada uno —a Henry le encantaba ese gesto, tan europeo— y se despidió hasta el día siguiente.

Effie abrió un poco una ventana, y la lluvia —su fragancia, su humedad, su frescor— de repente se hizo presente en la habitación. Apagó la vela y se metieron debajo de la colcha.

—Mmm..., esta cama es una delicia... —dijo Effie—. Creo que ya soy demasiado mayor para el somiercito ese que hay en nuestra casa.

Él estuvo de acuerdo en que se estaba muy a gusto allí, y tiró un poco de ella y empezó a darle besos en la nuca y a acariciarle los pechos a través del pijama de seda. Se estaba excitando, pero al cabo de unos segundos oyó los ronquiditos de Effie. Estaba profundamente dormida. Ni siquiera había rezado sus oraciones habituales.

Se quedó allí tumbado, completamente despierto, contemplando cómo resaltaban los recuadros de cristal de las ventanas del mirador contra la oscuridad. Le resultaba excitante quedarse a pasar la noche en aquella casa. Clara y Max estaban en el otro extremo del pasillo, y Alma incluso más

cerca, en la habitación que daba a la terraza. No iba a poder dormirse, y llegó a la conclusión de que lo que necesitaba era tomarse otra copa.

Se levantó lo más sigilosamente que pudo. El suelo de madera crujía bajo sus pies. Encontró la sudadera de Princeton tirada por ahí, se la puso y salió de la habitación. Recorrió el pasillo a tientas hasta la escalera y bajó al salón.

Las ascuas aún brillaban en la chimenea. Metió otro tronco, encontró sobre la mesita de centro el vaso que le pareció que era el suyo, se decantó por un whisky —era lo mejor para que se le pasara el frío— y se sentó en el sofá. En la casa nadie más se movía. La tenía toda para él. Y suavemente, pero en voz alta, dijo:

—Menuda semana... —El sonido de su voz lo reconfortó—. Ha sido increíble.

El whisky lo despejó y relajó. La noche y los días por venir le parecieron muy apetecibles, cargados de promesas. Se acordó de la noche en que Effie y él habían caminado desnudos bajo la luna y, echando un vistazo en torno al salón para asegurarse de que no había nadie, se quitó la sudadera y se bajó el bañador hasta las rodillas. Quería sentirse expuesto. «Como Dios nos trajo al mundo», había dicho Clara. Empezó a acariciarse con suavidad, hasta que el pene se le puso duro y apuntó hacia la terraza que quedaba a su espalda, con la piel tersa y brillante a la luz de las llamas.

Le gustaba el aspecto que tenía cuando se le levantaba; parecía una especie de seta enorme. Los testículos, que colgaban debajo con la piel de gallina, también lo satisfacían. En una ocasión, consultando el diccionario, había aprendido que la palabra «testículos» tenía la misma raíz que «testimonio», y eso significaba: como si dieran testimonio de la virilidad de un hombre. Cuando se lo había contado a Hoke —tenían quince años— se habían partido de risa y habían hecho todo tipo de comentarios exagerados sobre el tamaño de sus huevos. La polla, los huevos, apenas unos centímetros cúbicos de carne: ¿cuántas horas habría dedicado a pensar en eso a lo largo de los años? En el vestuario del instituto, o las dos o tres veces que, con Hoke y Maynard, se había bañado desnudo en el riachuelo, se había comparado con los demás chicos, que también miraban con disimulo los atributos de los demás; y aunque se había preocupado por el tamaño —lo cierto era que Hoke la tenía más grande, Ned Connor más grande todavía, y la de Maynard era minúscula—, siempre había llegado a la conclusión de que la suya era respetable. A veces se quedaba parado delante del espejo de su armario para contemplarla con admiración. Cuando tenía doce o trece años, algunos días se encerraba en el baño, se sentaba en el suelo con las piernas muy abiertas y, empleando un antiguo espejo de mano de su madre, se observaba masturbándose, colocando el espejo de tal o cual manera. En aquella época ya se sentía en paz consigo mismo y con Dios tras hacerlo en la cama, en la oscuridad de la noche, pero, después de hacerlo delante del espejo, se sentía asqueroso y lo escondía en el fondo del armario para no tener que plantearse la posibilidad de que su madre fuera a usarlo nunca más. Pero ¿por qué avergonzarse de esas

cosas?, pensó ahora. Se acordó de Effie a cuatro patas sobre la hierba, sin mostrar ningún tipo de reparo.

Separó un poco las piernas y el bañador se le bajó hasta los tobillos, cerró la mano en torno a su pene y empezó a acariciarse vigorosamente, notando con agrado cómo rebotaban sus testículos. Cerró los ojos y echó la cabeza atrás, y cuando vio que estaba a punto de correrse se detuvo. No podía manchar el sofá. Cogió su whisky y dio el último sorbo, se recostó contra el respaldo y observó su pene palpitante sobre su regazo. Decidió bajar al baño del sótano, hacerlo en el lavabo y servirse otro trago. Estaba ya dejando el vaso sobre la mesa, a punto de levantarse, cuando de pronto se abrió una de las puertas del patio —el sonido de la lluvia irrumpió en la habitación— y tuvo que subirse el bañador a toda prisa y sentarse inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Era Alma. Entró y cerró la puerta. Él la veía a la luz del fuego. La saludó con un tono de voz demasiado elevado, pero ella no pareció sobresaltarse al oír su voz.

Horrorizado, Henry pensó que no se había sobresaltado porque ya sabía que él estaba allí.

—Le estaba robando un cigarrillo a Maximilian —dijo ella—. No se lo digas... O díselo si quieres, no me importa.

Se acercó a la chimenea, frotándose los brazos. Llevaba su chaqueta de punto, pero iba descalza.

—Yo no podía dormir y se me ocurrió bajar y tomarme una copa —dijo Henry.

Ella lo miró. Estaba sentado en el sofá con el torso desnudo. Lo único que llevaba puesto era un bañador prestado.

—¿Quieres que te deje solo? —le preguntó.

—No, qué va —contestó él.

Alma cogió el atizador y avivó el fuego. Había entrado por la puerta acristalada que daba a la parte cubierta del jardín, donde habían cenado el día de la fiesta, y él sabía que el sofá estaba dentro del campo visual que se tenía desde la mesa de fuera. Seguro que lo había visto. Y había entrado a propósito.

—Suena muy bien lo de la copa —dijo ella—. ¿Te importa si me tomo una yo también?

—Claro que no.

Ella le preguntó qué estaba bebiendo y le dijo que no se levantara, que prepararía una ronda para los dos. Cogió el vaso de Henry —las yemas de sus dedos se rozaron— y cruzó la habitación en dirección al minibar. Él se echó la manta de ganchillo sobre el regazo.

—No sabía que bebías —dijo él—. ¿Tu hermano no te deja?

—No es mi protector —contestó ella. Abrió un Zippo y lo encendió para ver el estante de las botellas—. Pero no me apetece estar todo el día borracha, como ellos.

Quizá no lo hubiera visto. Sería espantoso que lo hubiera visto. Si lo hubiera visto, no querría

sentarse a tomar una copa con él.

Volvió con los vasos, le dio el suyo y se sentó en la butaca que había al lado del sofá, donde solía sentarse Clara, lo bastante cerca de él para que sus dedos se tocaran si los dos apoyaban los pies sobre la mesita de centro. Henry mantuvo los suyos firmemente apoyados en el suelo. Ella se volvió para mirar el fuego y le dio la espalda, se apoyó en el reposabrazos y dejó las piernas colgando por el otro lado de la butaca. Tomó un sorbo de whisky y se estremeció.

—Esto calienta el alma —dijo.

—Debes de tener frío. ¿Cuánto tiempo has estado ahí fuera?

—Solo un ratito —contestó ella.

Henry quería que dijese algo más, pero eso fue todo.

Se quedaron mirando fijamente el fuego y tomándose sus copas a sorbitos. La presencia de Alma parecía electrificarlo. Era demasiado consciente de sí mismo: de cómo descansaba los brazos sobre su regazo, de si debía o no cruzar las piernas... El whisky ayudaba. Al cabo de un rato, se aclaró la garganta y le preguntó a Alma si tenía más cigarrillos de su hermano, y ella dijo que claro. Buscó en el bolsillo de su chaqueta de punto, le pasó uno, cogió otro para ella y encendió los dos con el Zippo. Henry acercó el cenicero al borde de la mesita de centro para que estuviera al alcance de ambos.

—¿Cuánto tiempo piensas que vamos a estar sin electricidad? —preguntó ella.

—Quién sabe. Seguramente habrá algún desgraciado ahí fuera tratando de arreglar el problema.

—Yo creo que no. Yo creo que nadie se va a dar cuenta de lo que ha pasado hasta la primavera.

—Probablemente tengas razón.

Ella le dio una calada a su cigarrillo y, durante unos segundos, pareció quedarse hipnotizada mirando el fuego.

—Se nota que no te diviertes demasiado aquí —dijo él.

Ella se volvió y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Me estás diciendo que soy una lata?

Henry se apresuró a contestar que no, que no quería decir eso, pero ella estaba de broma. Alma tuvo que extender el brazo y apoyarse en un lado de su cuerpo para llegar al cenicero, adoptando así una postura de lo más llamativa: tenía una pierna estirada por encima del reposabrazos, con los dedos de los pies apuntando hacia el fuego, y la otra doblada, con el talón apoyado sobre la ingle.

—Vosotros sí que debéis de estar disfrutando de lo lindo —dijo Alma—. Estáis en vuestra luna de miel.

Subía y bajaba la pierna, y le sonreía. Él no pudo aguantarle la mirada mucho rato.

—Sí, nos lo estamos pasando muy bien.

—Se os ve muy bien juntos. A ti y a tu mujer.

—Hacemos buena pareja.

—Me encantó lo que dijiste el otro día, en el barco. ¿Cómo era...? —dijo Alma, mirando las vigas del techo como si estuviera escrito allí.

Una pequeña ascua se encendió en el interior de Henry.

—¿Qué es lo que dije?

—Dijiste que cuando te diste cuenta de que la querías, fue como un golpe de inspiración, porque la conocías de toda la vida.

Henry se quedó muy sorprendido de que Alma le hubiera prestado atención, aunque lo que más le sorprendía era el hecho de que a ella le hubiera encantado algo que él hubiese dicho. Además, ahora lo estaba mirando de una forma tan afectuosa que se estremeció. Él le dio las gracias y ella se rio de ello, y después empezó a decir algo sobre la música —algo relacionado, de algún modo, con lo que había dicho él—, pero Henry solo la escuchaba a medias y asentía amablemente con la cabeza. Alma se había incorporado y estaba sentada frente a él, con las piernas cruzadas, y cuando el tema pareció agotarse y ella volvió a dirigir su atención hacia el fuego, Henry decidió decir algo:

—La verdad es que, cuando era pequeño, Effie no me interesaba nada.

Ella se rio mientras apagaba su cigarrillo, y le preguntó por qué.

—Pensaba que era muy presumida. Tenía dinero y siempre fue muy popular. No siempre era amable con la gente... Cuando íbamos al colegio, quiero decir.

—Me lo imagino perfectamente —dijo Alma.

—No es que la odiara ni nada parecido —añadió él, preocupado por si parecía desleal—. Siempre ha sido muy guapa. Quizá me sentía intimidado.

Entonces le explicó a Alma que Effie era una chica de ciudad, y que su padre había sido el alcalde durante muchos años.

—Vaya, el alcalde —dijo Alma, aunque no daba la sensación de estar demasiado impresionada.

De hecho era una ciudad pequeña, explicó él, pero, de todos modos... Los Tartleton eran gente importante. Le contó que el padre de Effie tenía una tienda de artículos para granjas y un café, que siempre había sido un punto de encuentro en la ciudad, y que hacía poco había obtenido un permiso para vender tractores John Deere y había abierto un nuevo local, así que ahora llegaba gente de toda la zona central de Georgia. Ella le preguntó si él vivía en el campo, ya que había dicho que Effie era una chica de ciudad, y él contestó que sí, que vivía a unos cinco kilómetros del instituto, en una finca de unas cuatrocientas hectáreas, donde su tío Carswall cultivaba algodón, cereales y cacahuetes.

—¿Vives con tu tío? —preguntó ella.

—Bueno, es que es mi padrino... —dijo él.

Al ver que ella parecía no entenderlo, Henry se dio cuenta de que lo que en su localidad se

daba por hecho podía resultar extraño en otro sitio.

—Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años —explicó—. Trabajaba de guardafrenos en la Southern Railway, y sufrió un choque frontal en las afueras de Hazlehurst, en Georgia.

—¡Vaya! —exclamó Alma. Ahora sí que parecía interesada.

—Hubo una confusión con los trenes: uno iba hacia el norte y otro hacia el sur por la misma vía. Por lo visto, salió todo en los periódicos. Yo era demasiado pequeño para entender lo que estaba ocurriendo. Me acuerdo de que mamá iba de arriba abajo por toda la casa, llorando, y también de que yo lloraba porque ella lloraba. Pero de él no recuerdo casi nada. De hecho, lo que recuerdo con más claridad fue el día en que se afeitó el bigote, y que yo no dejaba que se me acercara porque no lo reconocía.

Ella sonrió. Tenía la cabeza apoyada en la mano y no dejaba de mirarlo.

—Nos fuimos a vivir con mi tío Carswall poco después de que muriera papá. Es el hermano mayor de mi padre. Mamá y él se casaron, y después tuvieron a mi hermana, Emily.

—¡Menudo escándalo! —exclamó Alma, y Henry se rio.

—Creo que nunca lo había visto así.

—¿Cómo es posible?

—Tienes razón... —dijo él—. A ver, no soy un ingenuo... De hecho, se casaron cuando aún no hacía un año que se había muerto mi padre, y Emily nació solo cuatro meses más tarde.

—Ajá.

—Pero si los conocieras... Mi tío Carswall es diácono en la iglesia. Y mi madre no es precisamente... —Quería decir algo así como que no era muy dada a las grandes pasiones, que era una mujer poco sentimental, que nunca la había visto darle la mano al tío Carswall, y mucho menos un beso, que era muy posible que se hubiera casado con él por motivos exclusivamente prácticos, pero como solía sucederle cuando pensaba en su madre, había mucha información y todo era demasiado complejo para expresarlo de un modo sucinto—. En fin, supongo que no siempre fueron como son ahora... —dijo al fin—. Mi tía Nicky, la hermana de mamá, dijo que era «un arreglo como los del Viejo Testamento». —Eso hizo reír a Alma, lo cual colmó de placer a Henry—. Pero para mí es solo mi familia. Nunca me ha parecido extraño.

Alma quiso saber más, y empezó a preguntarle cosas de su madre y su padrastro, de su hermana, de su vida en Signal Creek. A Henry su interés le resultaba embriagador, así que se puso a hablar por los codos. Le habló de los estanques a los que le gustaba ir a pescar, del color rojo de High Falls Road, de la vieja casa abandonada a la que Hoke y él solían ir a pasar una noche de vez en cuando... Le habló de Hoke, que había sido una estrella en la liga amateur de béisbol, y le dijo que, si alguna vez lo conocía, y si ella era como las demás chicas, se enamoraría de él al instante.

—No estoy muy segura —dijo ella—. Nunca me ha gustado mirar a los chicos haciendo deporte.

Luego le explicó que él también había querido jugar al béisbol, pero que vivía demasiado lejos de la ciudad para ir a los entrenamientos, y además tenía que trabajar en la granja. Le contó que Carswall era un hombre severo, aunque también justo, un buen padre, en términos generales, salvo por el hecho de que quería más a Emily. Emily tenía quince años y era toda una princesa. Henry no quiso darle detalles sobre su hogar o su vida cotidiana, aunque Alma se lo pidió; no dijo nada de lo antigua que era la casa, ni de lo desconchada que estaba la pintura de la fachada, ni de cómo se estaba hundiendo el porche delantero, ni del jardín que había arrasado Smokey, porque ella no comprendería que todo aquello no se debía a que fuesen pobres, no se creería que eran una familia acomodada y que a él nunca le había faltado de nada, salvo unos horizontes más amplios. Reconoció que había intentado que le dieran una beca para estudiar en Emory y que no lo había logrado, y dijo que volvería a probar en otoño. No quería seguir trabajando en la granja. Dijo que quizá se pondría a trabajar en el ferrocarril, como su padre, mientras esperaba que lo admitieran en la universidad. No le contó que Effie se oponía a aquella idea.

—¿Crees que vas a quedarte en Georgia? —preguntó ella. Había encendido otro cigarrillo y le había dado uno a él.

—Si depende de mí, no —repuso él—. Y desde luego, no voy a quedarme en Signal Creek. —Entonces le preguntó a Alma cómo era Los Ángeles—: La verdad es que me resulta difícil imaginar cómo es criarse en un sitio así, un sitio que solo ves en las películas.

Ella pareció sorprenderse.

—No sé lo que te ha contado Max, pero mi infancia no tuvo nada que ver con la suya. —Alma le explicó entonces que se había criado en Manhattan Beach, que estaba al sur de Los Ángeles—. Allí solo vivíamos mi madre y yo. Bueno, en realidad yo casi vivía sola, porque mi madre siempre estaba trabajando.

—¿Era actriz?

—Fue actriz en sus tiempos. Cuando yo nací vivíamos cerca de Hollywood, con mi padre, pero se separaron cuando yo todavía era un bebé, y nunca volvimos a saber de él. No sé si era técnico de luces, o cámara, o algo así. Nunca lo conocí. Ella decidió que nos mudáramos a Manhattan Beach porque era más barato. Trabajaba como cajera en un banco, una de esas que recogen tu cheque a través de un tubo neumático y a cambio te dan una piruleta. Vivíamos en un bungalow espantoso. Nuestros vecinos trabajaban en la industria petrolera. Pero estábamos cerca de la playa, y allí pasaba yo todo el tiempo que no estaba en el colegio.

—¿Ves? Eso es algo que yo no me puedo imaginar. Me parece el paraíso.

Ella soltó una carcajada.

—Pues no lo es, créeme. Hay refinerías por toda la costa. No es la parte de la playa que sacan en las películas. Aun así, me encantaba el agua.

Le contó que, cuando era pequeña, no tenía a nadie que la cuidara. La familia de su madre era

del norte del estado de Nueva York, y además su madre no mantenía ninguna relación con ellos. Por tanto, Alma se dedicaba a deambular sola por la playa y a juntarse con la gente que había allí: surferos, vagabundos, obreros de las refinerías, gente que iba a tomar el sol...

—La mayoría de las personas son majas —añadió—. Pero algunas no lo son tanto. De todos modos, yo aprendí a cuidar de mí misma. Hice unos cuantos amigos. Tuve un novio durante un montón de tiempo. Era un surfero que se llamaba Sal, y estuvimos juntos hasta que se alistó. En esa época, nadie se metía conmigo.

Alma había ido a un colegio público, pero hacía muchos novillos. Abandonó completamente los estudios cuando su madre se puso mala. Entonces tenía quince años. Se dedicó a hacer trabajos raros, a veces dos a la vez. Trabajó en un puesto de helados que había en el muelle de Manhattan Beach. Mintió sobre su edad para poder vender cigarrillos en un club nocturno, porque había oído que, si eras atractiva y te mostrabas encantadora, los hombres te daban todo lo que llevaban. Y era cierto. Así pudo hacerse cargo del alquiler y comprar comida.

—Eres de otro mundo... —dijo Henry.

Tenía ganas de mear, pero no quería levantarse y acabar con la magia del momento. Ella había vuelto a desplomarse en la butaca, con el tobillo de una pierna colocado sobre la rodilla de la otra, y se masajeaba distraídamente los dedos de los pies... Unos dedos que eran largos y elegantes...

—En serio —añadió él—. Mi vida es aburridísima comparada con la tuya.

—A mí no me lo parece.

Titubeante, pensando que tal vez se estuviera entrometiendo, Henry le preguntó qué le había pasado a su madre.

—Max dijo que sufrió un ataque al corazón, ¿no?

Ella asintió y contestó con mucha sencillez, como si se tratara de un mero dato, un hecho que no queda más remedio que aceptar.

—Tenía una infección que fue debilitándole el corazón. Cualquier esfuerzo, por mínimo que fuera, como ducharse o vestirse, la dejaba agotada. Fue una pesadilla, la verdad. Al final, no podía ni salir de la cama. Tuvo que dejar el trabajo. Teníamos un seguro, pero lo que nos daban no nos llegaba para todo lo que necesitábamos.

Entonces fue cuando conoció a Max, explicó: su hermanastro, el otro hijo de su madre, que esta había tenido en su «vida» anterior. Alma solía imaginarse cómo habría sido criarse en el seno de la familia Hewitt, en Nueva York, con suficiente dinero para comprar el mundo entero y sin tener que trabajar nunca más. Llegó incluso a sentirse rabiosa con su madre, porque, si no se hubiera marchado de allí, habrían sido ricos.

Al contar esto, no pudo evitar reírse.

—Pero claro, ¿entonces yo no existiría!

El motivo último del divorcio había sido que su madre había tenido una aventura.

—Mi madre tenía un pequeño papel en *Street Scene*, y se estaba tirando a uno de los tramoyistas.

En cualquier caso, por lo que ella sabía Charles Hewitt era un cabrón, y eran bastante infelices juntos. Los abogados de él eran mejores que los de ella, de modo que le dieron a él la custodia de Max, que en esa época aún era un bebé. Su madre se trasladó a Los Ángeles para intentar meterse en el mundo del cine, pero le escribía cartas a Max todos los festivos y por su cumpleaños, y él le enviaba corteses respuestas y agradecimientos. Cuando su madre enfermó, Max cogió un avión y fue a verla.

—La verdad es que me pareció un idiota —dijo Alma—. Llevaba unas bermudas a cuadros y un polo, porque pensaba que la gente de California vestía así. Creo que no fui muy amable con él. Sin embargo, él sí lo fue con nosotras. Me parece que lo conmovió ver cómo vivíamos, en aquel bungalow espantoso con el suelo lleno de arena. Max es así, aunque el apartamento que él tiene en el Village es un verdadero cuchitril. Se quedó unos días con nosotras, durmiendo en el sofá. Nos dio un montón de dinero. Después (no sé bien cuándo, habían pasado unos meses) lo llamé para contárselo. Creo que lo llamé llorando. Le dije que no tenía a nadie en el mundo, y él me contestó: «Me tienes a mí». Y me mandó un giro para que me sacara un billete de avión, así que me fui a Nueva York.

—Y aquí estás —dijo Henry.

—Aquí estoy —dijo ella.

El fuego se había apagado, y él apenas podía distinguir el rostro de Alma en la oscuridad.

—Eso no fue hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Hará unos seis meses —dijo ella.

—Lo siento... Lo de tu madre.

Alma le dio las gracias y se quedaron callados un rato. Henry ya no podía aguantarse más y le dijo que tenía que ir al baño, dando por hecho que eso supondría el final de la noche. Pero ella se incorporó y le preguntó si quería tomar otra copa.

—Claro —dijo él—. Si tú te tomas otra también.

Alma encendió una vela y cogió los vasos, y Henry se levantó del sofá. Sin la manta de ganchillo, se sentía desnudo. Recorrió rápidamente el pasillo con muchas ganas de regresar al salón. Por la ventana del baño entraba una luz muy tenue, suficiente para que él pudiera ver su silueta en el espejo y unas sombras que parecían acecharlo a su espalda. Siempre le habían dado miedo los espejos en la oscuridad, pero nunca podía evitar echarles un vistazo.

¿Por qué estaba tan emocionado? ¿Qué creía que iba a pasar? No iba a pasar nada.

Cuando volvió al salón, Alma había puesto en la chimenea otro tronco que ardía con fuerza, y ella estaba otra vez acostada de lado en la butaca, contemplando el fuego y moviendo los pies. Le

preguntó si todo había ido bien, y él dijo que tal vez hubiera meado en la bañera. Ella se rio. Henry volvió a sentarse en su lugar, cogió su bebida y apoyó los pies en la mesita de centro.

—Me gusta que haya otra ave nocturna con la que pasar la noche —dijo Alma.

—Puedes contar conmigo siempre. Soy como los niños. Nunca quiero irme a la cama.

—Pues no lo olvidaré.

Henry le dijo que estaba muy contento de que Effie y él los hubieran conocido, y que los últimos días se lo habían pasado muy bien.

—La verdad es que empezábamos a sentirnos un poco solos antes de que llegais. De hecho, íbamos a adelantar la vuelta.

—¿En serio? —preguntó Alma.

—Creo que solo necesitábamos acostumbrarnos el uno al otro... Nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos. Hasta ahora, lo único que hacíamos era quedar en algún sitio y volver a casa a las diez. Y de un día para otro nos encontramos durmiendo en la misma cama y...

Ella se dio la vuelta y también puso los pies sobre la mesa, a pocos centímetros de los de Henry.

—Debe de ser raro.

—Al principio lo era, pero... bueno, ya sabes.

Se había metido en un terreno incómodo. Ella pareció darse cuenta, y le sonrió y volvió a mirar el fuego.

—Yo me siento como una carabina —dijo Alma al cabo de un momento—. Y por partida doble.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, a pesar de que la entendía perfectamente. Tenía la sensación, aunque se sentía incapaz de explicárselo, de que él también se encontraba en esa posición.

—A que Clara preferiría que yo desapareciera.

—Estoy seguro de que eso no es cierto.

—Está tratando de reavivar la vieja llama con Maximilian, pero se va a llevar un buen chasco. A él no le gusta ella de la misma forma que a ella le gusta él. Bueno, quizá me equivoque. A Max no le gusta contarme cosas como antes. A veces me parece que me he quedado con él más tiempo del que debía. Puede que haya llegado el momento de seguir por mi cuenta.

Henry le preguntó cuáles eran sus planes. Ella no tenía ningún plan. Podía volver a Los Ángeles, pero allí solo conocía vagabundos y no tenía dinero. Con Max al menos podía confraternizar con otro tipo de gente, aunque la mayoría de sus amigos también eran vagabundos, artistas de diversos tipos, parásitos... También podía ponerse a trabajar. Una vez había intentado conseguir un trabajo temporal en una empresa, pero no había superado la prueba de mecanografía. Había sido camarera en un bar de copas durante unas semanas, pero la habían despedido por darle una bofetada a un cliente. Se rio al recordarlo.

—Quizá me vaya a vivir a algún lugar tropical y me alimente de mangos.

—Esa sí que es una buena idea.

De vez en cuando, los dedos de los pies de Alma rozaban la planta del pie de Henry, y aunque él estaba atento a la conversación y mirando el fuego, todo su sistema nervioso se concentraba en ese punto de su cuerpo.

—Te irá bien —dijo—. Eres joven y... —Tenía ganas de decirle que era guapa—. Pareces una persona que sabe cuidarse.

Ella le sonrió.

—Eres muy amable.

Miraron cómo el fuego volvía a apagarse y estuvieron escuchando el sonido del viento. El costado del pie de ella se apoyó ligeramente en el de Henry. Él se quedó quieto, sin llamar la atención sobre ello, para que no lo apartara. No estaban haciendo nada, pero si Effie se levantara y los encontrara así, pensó Henry, no le haría ninguna gracia.

Se terminó su bebida. Quería ser el primero en decirlo.

—Será mejor que me vaya a dormir.

Ella le dijo que vale. Henry se levantó y cogió su sudadera.

—Me ha gustado hablar contigo.

—Y a mí contigo —dijo ella, levantando su vaso en un paródico gesto formal.

Henry se quedó mirándola un momento, vacilante —apenas fue un instante, pero tuvo la impresión de que lo había puesto completamente en evidencia—, antes de darle las buenas noches y dirigirse al piso de arriba.

Effie se despertó con dolor de garganta. Se incorporó en la cama y se tocó la frente. Henry empezó a hacerle un masaje en la espalda.

—No sé si tengo fiebre —dijo—. ¿Tengo fiebre?

Él colocó la mejilla contra su frente, como solía hacer su madre. Le pareció que estaba caliente.

—A lo mejor un café te sienta bien, ¿no? —le preguntó, y ella asintió.

—¡Pobre princesita! —gritó Clara cuando aparecieron en el piso de abajo. Max y ella estaban sentados a la mesa de la cocina, hojeando el periódico, pasando de una sección a otra—. Lo que necesitas no es un café, sino un té con miel. Yo te lo preparo.

Max y Clara ya llevaban un rato levantados. Todavía no había vuelto la luz. Sobre la mesa se veían los restos de su desayuno, y solo quedaban un par de tostadas. Max dijo que podía hacerles unas tortillas, pero Effie no tenía hambre; de hecho, sentía un poco de náuseas. Henry cogió una de las tostadas. El periódico era la *Cape May Gazette*, un número de junio.

Alma se había ido a la playa a contemplar las olas, dijo Max. Probablemente, hoy estarían espectaculares. Al otro lado de las ventanas, los árboles se mecían al viento y las hojas caían como si fueran confeti.

Decidieron que ellos también irían a la playa. La brisa marina tendría un efecto reconstituyente, dijo Clara. Effie señaló que quizá deberían pasar un momento por su casa, para cambiarse —su ropa seguía húmeda—, pero Max repuso que no hacía falta y fue a buscarle un vestido de los de Alma. También volvió con una camiseta y un pantalón corto limpios para Henry.

—Yo creo que usamos la misma talla, ¿no te parece, Hank?

Se cambiaron en el piso de arriba. El vestido era el verde que Alma había llevado el primer día que habían cogido el barco. Cuando Effie se lo puso, le quedaba muy ajustado: se tensaba por las costuras, se le ceñía a la cintura y apenas podía contenerle los pechos.

—Me queda fatal... —dijo ella estudiándose en el espejo.

—Te queda de maravilla —repuso Henry.

—Sí, claro, de maravilla —dijo ella, y él se acercó y le dio un beso en la frente.

Se reunieron con Max y Clara en el vestíbulo y emprendieron el camino hacia la playa. Clara

llevaba una bolsa llena de toallas. Después del frío que había hecho por la noche, a Henry lo sorprendió que el día fuera tan cálido. El veranillo de San Miguel. En el aire flotaba un intenso olor a tierra y hojas mojadas. La calzada y la acera estaban llenas de hojas y ramitas de los árboles, y los numerosos baches de la calle parecían espejos de color azul cielo.

Subieron hasta el paseo de la costa. Ante ellos, el océano bullía con furia. Las olas se rizaban formando unos tubos perfectos, antes de impactar contra la playa. Poco después de llegar, Clara divisó a lo lejos a Alma. Su figura se recortaba en dirección al pueblo, tumbada sobre la arena cristalina y azulada, justo en la línea que había dejado la marea al alcanzar su punto más alto.

—Esta niña está loca —dijo Clara—. Se la va a llevar el mar.

Se quitaron los zapatos, bajaron a la playa y comenzaron a andar hacia ella. Effie sujetaba la falda de su vestido con la mano para que no se le levantara con el viento.

Las olas eran impresionantes. Henry nunca había visto nada parecido. Tenía la sensación de que iban a por él, de que trataban de engullirlo.

Effie iba a su lado, y vio que estaba bastante pálida. Le preguntó cómo se encontraba y ella respondió que bien, y le dio la mano que tenía libre.

Alma no se levantó cuando se dio cuenta de que se acercaban a ella; se limitó a incorporarse, apoyándose en los codos, y a doblar una rodilla, como si estuviera posando, pensó Henry. Llevaba su traje de baño blanco y sus gafas de sol. Las olas rompían y dejaban en la arena un montón de espuma, que parecía correr hasta llegar a unos pocos centímetros de sus pies. La melena mojada le caía sobre los hombros.

—No te habrás metido, ¿verdad? —le preguntó Max cuando llegaron a su lado.

—Claro que me he metido —contestó ella.

—Debes de estar helada, querida —le dijo Clara.

—¿Ese vestido es el mío? —preguntó Alma.

Effie se cruzó de brazos, como si quisiera ocultarlo a la vista.

—Lo siento.

—Su ropa todavía no se había secado —se excusó Max.

—No me molesta que te lo hayas puesto. Te queda bien.

—No me queda nada bien —dijo Effie.

Max se alejó unos metros y extendió su toalla donde la arena estaba más seca, y Effie y Clara lo siguieron. Henry se quedó junto a Alma, contemplando las olas.

—Es todo un espectáculo, ¿verdad?

Henry lanzó un silbido y asintió.

—Sí, es justo eso.

—Las olas eran así en mi playa.

Henry tuvo la sensación de que ahora estaban compinchados, de que hablaban el mismo idioma.

Al principio le había parecido que Alma era intocable, pero ahora se había dado cuenta de que no era así. Y el mundo se le antojaba más accesible.

—Antes de este viaje, nunca había visto el mar...

—Estás de broma —dijo ella. Se bajó un poco las gafas de sol y lo miró por encima de la montura—. ¿Nunca en tu vida?

—Nunca.

Su mirada recorrió rápidamente el cuerpo de ella, hasta donde la tela de su traje de baño se curvaba en las ingles.

—¿Y ya te has bañado? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Ha hecho demasiado frío estos días.

Alma se incorporó, se quitó la arena de las manos y se puso en pie.

—¿Es que quieres meterte ahora? —preguntó Henry, alarmado.

Ella se rio.

—Nos mojamos un poco los pies y ya está.

Alma tenía arena húmeda pegada al trasero y a la parte posterior de los muslos, y se la sacudió como si apenas le importara. Luego metió un dedo bajo el elástico de su traje de baño para darle la vuelta al borde.

—Vamos —dijo, y con esa misma mano cogió a Henry del brazo y lo llevó hacia las olas. Max les gritó algo, pero él no pudo entender lo que decía porque el rugido del mar era ensordecedor. El tacto de la mano de Alma lo emocionaba y excitaba. Lo condujo así unos metros y luego se detuvo, aunque el mar todavía estaba bastante lejos. Pero entonces una ola se elevó ante ellos, se rizó y rompió, y aunque a él le había parecido que estaban a una distancia segura, de repente la ola se abalanzó sobre ellos, y una ráfaga de agua fría los sobresaltó al impactar con fuerza contra sus pies y sus tobillos, cubriéndolos casi hasta las rodillas. Henry dio un saltito hacia atrás, pero Alma le sujetó el brazo con fuerza—. No te muevas —dijo—. Cuando venga la próxima, no te muevas. Deja que te entierre en la arena.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Espera y verás.

Henry podía sentir el calor de la mano de ella en su piel. Ojalá no pareciera nada sospechoso desde el punto de vista de Effie, a su espalda... Pero ¿qué estaban haciendo, al fin y al cabo?, pensó Henry. Nada. El mar retrocedió de nuevo un momento, y después Alma señaló otra ola. Él vio cómo se formaba ante ellos, oscura y amenazadora. Poco después adquirió un tono más claro, se elevó y rompió contra la orilla, y una vez más el mar los cubrió casi hasta las rodillas en una fría ráfaga de agua. Henry no se movió. La corriente lo empujó, permaneció un instante inmóvil y después comenzó a tirar en dirección contraria, hacia el mar, y cuando el agua se hubo retirado,

Henry se dio cuenta de que, en efecto, tenía los pies medio enterrados en la arena. Miró a Alma y se echó a reír.

—¿Lo ves? —dijo ella, soltándolo—. Si aguantases ahí un par de olas más, el mar te enterraría hasta los tobillos. Aquí no se puede confiar en el terreno.

Mientras esperaban la siguiente ola, ella le contó que en distintos lugares de la playa había algunas zonas con arenas movedizas.

—Se ven claramente, no te preocupes, sobre ellas se forman unas pequeñas pozas. Pero tienes que estar atento. Probablemente sean antiguas zanjas o tuberías que pasaban por debajo de la arena. Hace un par de días pisé una sin darme cuenta, y me hundí hasta la cadera. Me costó muchísimo salir.

—Dios mío.

—Pues sí. Pero eso solo demuestra...

Otra ola rompió e impactó contra ellos, y en esta ocasión, de un modo totalmente innecesario, Henry se aferró con firmeza del brazo de Alma, cogiéndoselo por la muñeca. Ella no lo apartó, aunque estaba en una posición bastante incómoda. Cuando la ola se retiró, él la soltó. Sin decir nada, se quedaron esperando otra ola, que rompió ante ellos y, al retirarse, ocurrió lo que había dicho Alma: los pies de Henry estaban enterrados por completo en la arena, y también los de ella, incluso más profundamente, por encima de los tobillos.

—Imagínate —dijo Alma, sacando un pie y luego el otro—, imagínate la cantidad de cosas que habrá enterradas aquí abajo.

—Como el tesoro de algún pirata.

—O el esqueleto de un monstruo marino.

Entonces regresaron con los demás. Alma se sentó en la arena, junto a su hermano, y Henry en una esquina de la toalla de Effie, que estaba acurrucada, con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos sujetando la parte de atrás del vestido contra sus muslos. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Henry le pasó un brazo por los hombros.

—Tienes una pinta horrible, cariño —le dijo.

—Muchas gracias —contestó ella.

Clara miró a Henry frunciendo teatralmente el ceño.

—Parece que ha cogido algo, la pobre. Le ha dado de repente.

—No puedo respirar por la nariz —dijo Effie.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó Henry.

—No lo sé... —dijo lastimeramente Effie—. Tengo frío.

De hecho, estaba tiritando. Henry la abrazó con más fuerza.

—Tendrías que volver a casa y meterte en la cama —dijo Max—. Te taparemos con un montón de mantas. Te prepararé una sopa; he visto en la despensa que hay lentejas. Y Clara lleva toda una

farmacia en la maleta.

—Tengo cosas que podrían dejarte inconsciente una semana —confirmó Clara.

Effie soltó un gemido patético. Les dijo que gracias, pero que lo único que quería era meterse en su buhardilla y desaparecer. Se sentía asquerosa.

—¿Quieres regresar ahora? —le preguntó Henry.

—Creo que sí —dijo ella—. Lo siento, Henry... Pero tú no tienes por qué volver conmigo.

—Pero ¿qué dices? Claro que voy a volver contigo.

Alma miraba a Henry a través de sus gafas de sol, y extendió un poco el labio inferior en un mohín.

—Ojalá te mejores antes de mañana por la noche —dijo Clara cuando se levantaron para marcharse.

Al día siguiente por la noche se celebraba el baile.

—Estaré allí aunque Henry tenga que llevarme a rastras —dijo Effie.

En cuanto se quitó el vestido y se puso el pijama —con ayuda de Henry—, Effie se dejó caer en la cama de la buhardilla y se quedó muy quieta. Henry la arropó con varias mantas, le dio un beso en la mejilla y le preguntó si quería que le preparase algo de comer. ¿Unas tostadas, al menos? Ella negó con la cabeza.

—Pero deberías comer algo —insistió él.

—Lo único que quiero es dormir —dijo Effie sin abrir los ojos.

Henry sonrió.

—Mi pequeño amorcito —dijo, y volvió a besarla.

Recogió el vestido de Alma del suelo y, sin pensarlo siquiera, se lo acercó a la nariz y respiró hondo. No olía como Effie; tenía un ligero aroma a hierba. Lo colocó sobre el respaldo de la silla que había frente al tocador, pasó la yema de los dedos sobre la tela, se dio la vuelta y se quedó un buen rato contemplando a Effie. Ahora era su mujer. Le pareció insoportablemente adorable, ahí acostada en la cama, con el pelo desordenado sobre la almohada y la suave ondulación de su cadera, y pensó que no había nada en el mundo que no estuviera dispuesto a hacer por ella. Notó cómo afloraba en él un sentimiento altruista y galante. Tuvo ganas de abrazarla y de volver a besarla, pero ella necesitaba descansar, así que decidió dejarla tranquila.

Bajó a la cocina y se hizo un sándwich. Se lo comió en el porche trasero, mirando cómo las hojas caídas de los árboles revoloteaban por el jardín. Al cabo de un mes, cuando Effie y él se hubieran marchado, allí probablemente nevaría. Pensó que ojalá pudiese verlo. No había visto la nieve desde hacía años.

También pensó que ojalá tuviese un cigarrillo. En cuanto pudiera, se compraría un paquete.

Había llegado el momento de empezar a fumar. Ya era un hombre adulto.

No le gustaba nada estar apartado de los demás —de Alma, sobre todo—, pero el futuro inmediato era muy prometedor, y, entretanto, mientras Effie estuviera fuera de combate, él tendría todo el mundo para sí mismo... Aquella idea le produjo de inmediato un cosquilleo en el estómago, y, finalmente, algo pareció moverse en su interior. Entonces entró en la casa a toda prisa y se metió en el baño que había en la planta baja, donde pudo poner fin a una semana y media de estreñimiento.

La sensación de alivio fue una delicia. Se sentía tan ligero que le parecía que podría echar a volar. Subió la escalera brincando como una gacela y, en la penumbra crepuscular del baño del segundo piso, se dio una ducha. Mientras se frotaba, empezó a silbar «Higher Ground» bajo el chorro de agua. Después entró de puntillas en la buhardilla en busca de ropa limpia, y vio que Effie seguía exactamente en la misma posición en la que la había dejado.

—Voy a dar una vuelta, cariño —dijo con ternura, pero ella no respondió. Entonces la besó de nuevo en la mejilla.

Saciado, limpio, saludable, joven y guapo, Henry bajó por New Hampshire Avenue y, al llegar a Philadelphia Avenue, decidió dirigirse a la playa. Unas pequeñas nubes grisáceas cruzaban el cielo, y la luz del sol de mediodía cambiaba constantemente. Era un vagabundo. En aquel momento, no tenía hogar. Como Alma. Quizá se la encontrara. Con un poco de suerte, Max y Clara se habrían marchado y ella se habría quedado en la playa. ¿Y entonces, qué pasaría? Nada. Cualquier cosa. Estaba en lo más alto de la colina, desde donde podía ver su pasado, su presente y todos sus futuros, y todos esos futuros eran reales, porque aún no había elegido ninguno. En algún momento tendría que escoger, lo sabía, pero por ahora todos se despleaban ante él, tan presentes que casi le parecía que podía tocarlos.

La playa estaba vacía. Henry se había puesto pantalones y mocasines y no quería que se le mojaran o se le llenaran de arena, así que se quedó sentado en un banco del paseo marítimo, hasta que se sintió ridículo, allí solo. Entonces echó a andar hacia el colmado con la intención de comprarse unos cigarrillos, pero luego le pareció que estaba demasiado lejos y no valía la pena. Pensó en Effie, se la imaginó en la cama, preocupada por si él la había abandonado, y decidió regresar a la casa.

Effie se había dado la vuelta y estaba boca arriba, pero no había manera de despertarla. Tenía la boca abierta y su aliento era húmedo y desagradable. Necesitaba alimentarse. A las cinco, se dijo Henry, la obligaría a incorporarse y a comer algo.

La tarde pasaba lentamente. De vez en cuando, Henry comprobaba si había vuelto la luz. Alma tenía razón: nadie se daría cuenta hasta la primavera.

Intentó leer a Boswell, pero en su pensamiento irrumpían una y otra vez las imágenes de aquella mañana: el triángulo inferior del traje de baño de Alma; su mano cogiéndolo del brazo; la forma en que lo había mirado haciendo un mohín cuando él había dicho que se marchaba... Volvió a meterse en el baño del piso de abajo, se bajó los pantalones, se arrodilló ante el inodoro y terminó lo que había comenzado la noche anterior, antes de que Alma entrara en el salón. Primero, por lealtad, pensó en Effie, pero después se rindió y empezó a pensar en Alma. En Alma llevándolo aparte, a un lugar verde y exuberante, en Alma quitándose el traje de baño... El orgasmo llegó antes de que pudiera imaginársela desnuda como él quería, y el semen salió disparado e impactó en la parte posterior del inodoro. Y ahí siguió después de que Henry tirase de la cadena. Estaba impresionado. Lo limpió todo con un poco de papel higiénico, buscó alguna otra mancha en el borde del inodoro o en la tabla, y tiró de la cadena de nuevo.

Después se sentó en el salón y se comió las fresas que quedaban. Se sentía como un libertino, y exhausto. Se tumbó y trató de dormir un rato, pero no pudo; estaba completamente despierto.

De vez en cuando, subía a la buhardilla para ver cómo estaba Effie. En la habitación hacía calor y había un dulzón olor a cerrado, así que Henry se arrodilló y abrió las ventanas, y Effie le dio las gracias entre susurros. Él aprovechó que estaba despierta para ofrecerle un vaso de agua con una aspirina. Después, para cenar, le calentó una sopa Campbell de pollo con fideos y se la subió en una bandeja, junto con el pan que quedaba. Consiguió que se incorporara y le colocó un almohadón detrás de la espalda. El viento se había calmado. Estaba anocheciendo y seguían sin luz, pero Henry había encontrado una lámpara de queroseno en un armario del piso de abajo. Ella mordisqueó un poco el pan. Tomó algunas cucharadas de caldo. Estaba tiritando, tenía la cara hinchada y las mejillas enrojecidas, y su voz sonaba aguda y quebrada.

—He tenido unos sueños muy vívidos —dijo Effie con los ojos entornados—. Todo era color ámbar. El cielo era color naranja sucio.

—¿Y qué pasaba?

—No lo sé. Nada que tenga sentido. En uno, Bernice DuPont y yo estábamos cruzando un puente sobre un río cenagoso. Y al final había unos hombres enormes, como de tres metros de altura, vestidos con harapos. Bueno, iban prácticamente desnudos, y estaban muy sucios. Tenían la piel cobriza, y lo más raro era que a todos les faltaba alguna extremidad, y nos miraban como... no sé. Como si quisieran comernos.

Effie le devolvió el cuenco de sopa y volvió a tumbarse. Ahora tiritaba más violentamente — tenía el pijama empapado—, y Henry la tapó hasta la barbilla.

—Creo que debería buscar a un médico —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo un poco de fiebre, nada más.

—Tienes bastante fiebre.

—Ya se pasará sola.

Él le acarició el pelo. Effie le suplicó que no dejara de hacerlo, y Henry dijo que se quedaría allí sentado todo el tiempo que ella quisiese.

Después de prepararse otra sopa para él, y de comerse el pan que había dejado Effie, estuvo yendo del salón al porche delantero, leyendo, tomando unos sorbos del whisky del tío George, esperando que los demás al menos pasaran a visitarlos para ver cómo estaban... ¿Por qué no lo habían hecho ya? ¿Acaso no se preguntaban cómo se encontraría Effie? ¿No se imaginaban que él estaría triste y aburrido? Podrían invitarlo a jugar a las adivinanzas... Aunque él no aceptaría, desde luego. Declinaría magnánimamente la invitación. Aun así, pasar toda una tarde solo le parecía un desperdicio de su buena salud y su juventud. Desde el porche no se veía ni una sola luz en casa de Clara. ¿Habrían salido? ¿Dónde habrían ido?

Intentó de nuevo leer a Boswell, instalado en el salón, a la luz de la lámpara de queroseno. Para ver la página tenía que sujetar el libro de una forma un tanto incómoda. El whisky lo estaba relajando, envolviéndolo en una burbuja en la que se hallaba a salvo de la culpa y de los malos sentimientos. «No es siempre por medio de los logros más distinguidos como se miden mejor las virtudes y los vicios de los hombres; por el contrario, con mucha frecuencia una pequeña acción, una breve frase o un gesto muestran el auténtico carácter de una persona mejor que los grandes esfuerzos o las batallas más importantes.»

Las palabras del libro se hicieron cada vez más abstractas. Henry se quedó dormido. Estaba fuera, en plena noche, y las estrellas y los planetas y las galaxias, gigantescos y rebosantes de colores, se hallaban tan bajos en el cielo que podría haberlos tocado desde los tejados de las casas. Y entonces un ruido lo sobresaltó y el libro cayó al suelo.

Era Alma. Estaba de pie en el vestíbulo y sujetaba la mosquitera para impedir que se cerrara.

—Te he despertado —dijo—. Perdona.

Henry murmuró un saludo, confundido, y se cubrió con la colcha.

—Espero no molestarte... Parece que siempre te pillo por sorpresa.

Dejó que la mosquitera se cerrara con un chasquido a su espalda y entró en el salón, inspeccionándolo de un rápido vistazo.

—Vi la luz por la ventana y pensé... —Sonrió dulcemente—. Bueno, pensé que mi ave nocturna gemela debía de seguir despierta.

—Estaba despierto, pero creo que me acabo de quedar frito. —Henry miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Ya era más de medianoche.

Sin preguntarle si quería o no compañía, ella se sentó en la silla de mimbre que había al lado del sofá y le sonrió. Iba descalza y llevaba su vestido marrón con lunares blancos, y encima su vieja chaqueta de punto. Pero se había pintado los labios, y él podía notar su perfume, una versión más intensa del aroma a hierba que ya había oído unas horas antes, en los pliegues del vestido que le había prestado a Effie.

—Tienes el pelo alborotado —le dijo ella, y Henry trató de alisárselo. Alma se rio—. No te molestes, no lo vas a conseguir.

Él comenzó a ser consciente de que ella estaba allí. De que había ido a verlo.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó Henry.

La pregunta pareció sorprenderla.

—Ha sido bastante aburrido.

Ella le preguntó cómo estaba Effie, y él le contó, quizá con demasiado detalle, la evolución de su fiebre, lo que había comido... Finalmente, se dio cuenta de que aquello no era necesario, y concluyó diciéndole que se pondría bien.

—Me alegra oírlo —dijo Alma.

—¿Estabas dando una vuelta?

—La verdad es que iba a esa casa... A la casa grande donde nos metimos la otra noche.

—La casa de los Bishop... —dijo él. Se acordaba muy vívidamente de lo guapa que estaba Alma con la peluca rojo rubí estilo años veinte.

—Tengo que elegir un vestido para mañana. Además, allí todavía queda mucho por explorar. ¿Quieres venir?

Henry tardó unos segundos en comprender que ella le había hecho una pregunta. Y cuando al fin lo entendió, se sobresaltó.

—¿Contigo? ¿Ahora?

—No, la semana que viene —replicó ella—. Sí, claro que ahora. Podrías ayudarme a encontrar un buen vestido.

Él miró hacia la puerta de entrada, que ella había dejado abierta.

—¿Qué hacen Max y Clara?

—¿Qué importa eso?

Henry ya estaba completamente despierto, pero no sabía qué decir.

—No pasa nada si no quieres venir —dijo ella. Se ciñó con fuerza la chaqueta de punto y se miró los largos dedos de los pies, que, si estiraba las piernas, lograban rozar el cristal de la mesita de centro.

—No, sí que quiero —dijo él.

—Vale, perfecto.

—Pero... —Henry hizo un gesto señalando el techo.

—Necesita dormir —dijo Alma—. Lo mejor que puedes hacer por ella es dejarla sola y tranquila. Da lo mismo que estés aquí abajo o que salgas.

Alma le sonrió con picardía, y él le devolvió la sonrisa. Tenía frío y temblaba. La habitación, con la puerta y todas las ventanas abiertas, estaba helada. ¿Qué pasaría si se iba con ella? Alma se probaría algunos vestidos y haría de modelo para él en una de las habitaciones superiores de aquella mansión victoriana, en medio de aquel laberinto de pasillos y salas, donde nadie podría verlos ni oírlos. Le pediría que le subiese la cremallera, y sus nudillos rozarían la suave piel de su espalda, entre los omoplatos. Pero no podía hacerlo. Si Effie se despertaba y se daba cuenta de que se había ido...

—No puedo —dijo—. Me sentiría culpable dejándola aquí sola.

—Eres un caballero y un erudito —dijo ella, apoyándose en el respaldo del asiento y dando unos golpecitos en los reposabrazos.

Henry deseó que no se rindiera. Si se lo pedía una vez más, le diría que sí —«Sí, a la mierda, vámonos»—, pero ahora ella ya miraba el libro que estaba abierto en el suelo, a los pies de Henry. Alma estiró una pierna, atrapó el borde de la cubierta entre dos dedos y, acercándose, preguntó:

—¿De qué va este impresionante volumen?

—Es *La vida de Samuel Johnson* —contestó él. Al decir el título en voz alta, le sonó muy pretencioso. ¿Por qué leía semejante libro?—. Me lo dio mi tío Carswall. Es bastante espeso, ya sabes.

Ella lo cogió y se puso a hojearlo de atrás hacia delante, e imitando la voz de un hombre, con un tono impostado y aristocrático, empezó a repetir:

—Estimado señor... Estimado señor... Estimado señor... —Y, recuperando su voz normal, añadió—: Ah, aquí hay un poema. —Examinó la página, pero debió de parecerle poco interesante, porque pasó algunas páginas más y se detuvo en otra—. Ah, y aquí algunos consejos para los domingos. Levantarse temprano y... y para ello, acostarse temprano los sábados. —Soltó una carcajada—. Plantearse el sentido de la vida... Ir a la iglesia dos veces... Instruir a la familia...

—Me lo regaló cuando me casé. Para que supiera cómo ser un buen hombre, o algo así.

Ella cerró el libro y lo sopesó unos instantes.

—Tienes mucho que aprender, evidentemente.

Le sonrió, dejó el libro sobre la mesita de centro y se levantó. Henry se levantó también. Se sentía como si le hubiera fallado, como si se hubiera mostrado indigno de ella, o ridículo.

—Me encantaría poder ir contigo...

—Pues todavía puedes —replicó ella.

Pero él se limitó a sonreír. Cogió la lámpara de queroseno y la siguió hasta la puerta, le abrió la mosquitera y se quedó mirando cómo se ponía sus náuticos, que había dejado en el porche. Detrás

de ella, la oscuridad era total. Resultaba difícil creer que en el pueblo habría un baile al día siguiente.

—Bueno —dijo Alma, y se dio una palmada en los muslos, que parecía significar: «Última oportunidad». Y cuando Henry simplemente asintió, ella dijo—: De acuerdo, pues buenas noches.

—Buenas noches —contestó él, y añadió—: Buena suerte con lo del vestido.

Ella se rio y se dio la vuelta para marcharse.

El vestido que había elegido era largo y plateado, con finos tirantes y un estampado de rayas, de una tela un poco brillante y ligera, parecida a la de una combinación. Alma bajó lentamente la escalera, deslizando la mano sobre la barandilla, y aunque no miró a Henry en ningún momento, él tuvo la certeza de que ella había estado esperando que llegara, que esa aparición era para él. Llevaba el pelo recogido, y unos pequeños tirabuzones le enmarcaban las sienes. Un maquillaje ligero y lustroso, unas medias transparentes, unos zapatos de tacón plateados... Henry nunca había visto a una chica tan hermosa.

—Estás guapísima —dijo Effie, llevándose un pañuelo de papel a la nariz. Ya no tenía fiebre y, aunque todavía estaba un poco débil, había dicho que por nada del mundo se perdería el baile. Henry había preferido no presionarla para disuadirla.

—Tú también estás guapísima —contestó Alma.

Todos se encontraban muy guapos después de verse durante tantos días en traje de baño, o usando prendas de lino arrugadas y albornoces, y yendo descalzos. Effie llevaba el vestido verde bosque que se había puesto para el baile del instituto, y Henry su traje de boda. Max vestía un esmoquin blanco con las solapas negras (¿por qué no?, si era la única prenda elegante que se había traído de Nueva York porque aún la tenía en el baúl donde se había quedado tras alguna boda), y Clara llevaba el vestido de tirantes blanco que se había puesto la semana anterior, realizado con una gargantilla y algunos toques especiales en el maquillaje y en el pelo. Cuando se encontraron todos en el vestíbulo, comenzaron a elogiarse unos a otros.

—Pero ¡mírate!

—¡Mírate tú!

—¡Tú sí que estás impresionante!

Cuando empezaba a anochecer, cenaron fuera a la luz de unos cirios, en la mesa del jardín. Todavía no había vuelto la luz. Max había preparado una sencilla pasta boloñesa con un ragú de lata. Alma estaba sentada a su lado. Parecía contenta, a su manera. Henry pensaba que al menos podría haberle sonreído al mostrarle el vestido que había encontrado, para que él pudiera devolverle la sonrisa y asentir con un leve gesto en señal de aprobación, pero ella apenas parecía

haber notado su presencia. Quizá había perdido el interés por él porque se negó a ir con ella. O quizá estuviese tonteando.

En cualquier caso, aquella noche prometía mucho, y también los siguientes días, y Henry no podía sentirse más animado. De hecho, estaba casi eufórico. Effie y él habían decidido quedarse un poco más, tal vez hasta el fin de semana siguiente, aunque ya irían viéndolo. Henry tenía claro que a su familia no le gustaría nada la idea, que su tío Carswall querría que regresase a la granja, pero ya era un hombre adulto y podía hacer lo que quisiera. Llamarían a sus familias al día siguiente y se mudarían con sus cosas a casa de Clara el domingo.

Después de cenar, dejaron los platos y vasos en la mesa y se apretaron en el Cadillac. Max mantuvo la capota puesta, para que a las damas no se les estropeará el peinado. En el asiento de atrás, Effie se sentó en el medio y apoyó la cabeza en el hombro de Henry.

—¿Lo vas a conseguir? —le preguntó él.

—Estoy ahorrando fuerzas —dijo ella.

El apagón no había afectado al puerto deportivo. Cuando cruzaron el puente que pasaba sobre el canal, vieron luces resplandecientes a lo largo de todo el muelle hasta el salón de baile, que a su vez resplandecía contra la oscuridad del mar y proyectaba un haz luminoso sobre el agua de la bahía. Se metieron en el aparcamiento del puerto y aparcaron cerca del principio del muelle. Se oía la música procedente del salón de baile. Estaba tocando una big-band, con instrumentos de viento y una batería de lo más potente, y Henry tuvo ganas de entrar allí corriendo. Quería ponerse a dar saltos y llegar hasta la luna. Estaba ansioso por recuperar el contacto con la civilización. Se imaginaba a un montón de gente de la alta sociedad atestando el salón de baile, gente para la que la distancia física no suponía ningún obstáculo, que hoy podía estar en Cape May y mañana en Cabo para asistir a otra fiesta, y estaba impaciente por sumarse a esas personas.

Sin embargo, mientras recorrían el muelle desierto, vio a través de las ventanas que el salón estaba más bien vacío, y en la puerta se encontraron con una señora mayor, regordeta y muy poco elegante, que les dio la bienvenida y les informó de que la entrada costaba cinco dólares.

—¿Cinco dólares? —dijo Effie—. Es un poquito caro, ¿no?

La mujer no se mostró ofendida, aunque tampoco muy comprensiva, y les explicó que era un baile de beneficencia para la Sociedad Histórica de la Guardia Costera de Cape May. Lo confirmaba un póster pintado a mano que había detrás de ella.

—Invito yo, por supuesto —dijo Max, pero Effie insistió en pagar ella su entrada y la de Henry. Henry dijo que podía pagar él, y Effie replicó que era una tontería, que tenía el dinero que le había dado su padre. Él aceptó sin más objeciones. Pagaron y entraron.

La música resonaba en aquel espacio casi vacío. La Sociedad Histórica de la Guardia Costera

de Cape May, evidentemente, había tirado la casa por la ventana al contratar aquella banda. Había doce músicos sobre un escenario elevado, todos vestidos con esmoquin blanco, como Max, y la música tenía un ritmo endiablado. Sin embargo, al margen de unas pocas parejas mayores que intentaban bailar un vals a toda velocidad, la pista de baile estaba casi desierta, y el resto de la gente se hallaba dispersa entre las mesas situadas alrededor. La mayoría de las mesas también estaban vacías. De la pared, entre las ventanas, colgaban todo tipo de objetos náuticos: redes, arpones, timones, anclas, banderas, dientes de tiburón...

—Tal vez hemos llegado muy pronto —comentó Clara.

—Me parece que sí —dijo Effie—. Todavía no son ni las ocho. Seguro que luego viene un montón de gente.

—Pero ¿de dónde? —preguntó Max.

A un lado del salón, bajo una hilera de luces, había una barra que parecía desatendida, pero cuando ya se acercaban a ella los interceptó un hombre con chaqueta de tweed. Vendía boletos para una rifa. Dos dólares cada uno, y el premio era un precioso cuadro de un velero y un faro que estaba expuesto al lado del escenario. Max dijo que iba a comprar cinco, uno para cada uno. Clara se echó a reír.

—Yo no quiero un cuadro como ese —dijo.

—Entonces, perfecto —repuso Max—, porque yo sí lo quiero. Si alguno de vosotros gana, me lo tiene que dar a mí.

Compró los boletos y se dirigieron a la barra, y el mismo hombre que se los había vendido se metió detrás y les preguntó qué querían tomar. A Clara eso le pareció divertidísimo.

—Martini para todos —dijo Max con aire ampuloso.

Mientras esperaban las bebidas, Henry empezó a comprender dónde se habían metido. Un grupo de cadetes de la Guardia Costera, fáciles de distinguir con sus uniformes blancos, se apiñaban en torno a una mesa cerca de la pista de baile, pero el resto de la gente parecía bastante mayor, salvo por un grupo de niños que corrían entre las mesas, jugando al pilla-pilla o a algo parecido. Clara parecía divertirse. Alma parecía observarlo todo con una mezcla de indiferencia y curiosidad. Pero Effie, de puntillas y con los labios entreabiertos, parecía emocionada, llena de expectativas. A Henry le dio un poco de pena.

—La banda es genial —dijo, y ella asintió con entusiasmo.

Cuando sus bebidas aparecieron en la barra, Max pagó adelantándose a todos, y se dirigieron a una de las mesas que había junto a la pista de baile. Durante los primeros dos temas se quedaron sentados, mirando a la banda y tomándose sus Martini —Alma también se estaba bebiendo uno—, y volviéndose de vez en cuando hacia la entrada para ver si llegaba más gente. Pero no llegaba nadie. Era una escena bastante triste. Todo el mundo iba vestido como para ir a misa, y Henry notaba que algunas miradas se posaban en su mesa: en el brillante vestido de Alma, en el amplio

escote de Clara... Tras el primer tema, el público aplaudió respetuosamente, y el trompetista de la banda dijo:

—Gracias, gracias. Estamos encantados de estar aquí.

Y entonces, sin más comentarios, los músicos se lanzaron al siguiente tema. «Se están ganando el sueldo», pensó Henry. Alma estaba despatarrada en su asiento, con los brazos cruzados. Effie apretaba los labios con fuerza y miraba a Henry de un modo que parecía decir: «Bueno, lo hemos intentado», y él no pudo soportarlo más. Le dio una palmada en el muslo y dijo:

—Al diablo. Vamos a bailar.

—Así se hace—dijo Max.

Para entonces, la pista de baile estaba ya completamente vacía. Effie vaciló, pero entonces Max se puso de pie y le ofreció su mano a Clara, y cuando esta aceptó, Effie dijo:

—Bueno, ya que me he tomado la molestia de arreglarme...

Los músicos de la banda parecieron aliviados al verlos. Estaban tocando un swing relajado, y Henry se puso a dar vueltas y a hacer que Effie girase a su alrededor. Siempre se les había dado bien bailar juntos, anticipar los pasos del otro. Ella parecía feliz. A media canción, cambiaron de pareja y Henry se puso a bailar con Clara, que era blanda y enorme comparada con Effie. Él le pisó un pie, pero a ella no le importó e incluso se rio un poco, y no tardaron mucho en acompasar sus pasos. Henry, cogiéndola de la mano, la lanzaba girando sobre sí misma y luego la atraía de nuevo hacia él, y entonces Clara se agarraba a su brazo con fuerza y le decía que bailaba muy bien. Él también le decía a ella que bailaba muy bien. Alma se había quedado sentada a la mesa, sola, pero en la siguiente vuelta Henry vio que uno de los cadetes de la Guardia Costera se inclinaba ante ella, y cuando sonó la siguiente canción ya estaban los dos en la pista de baile. Una pareja mayor salió también a bailar, y luego se les unió un grupo de niños que, en una esquina de la pista, empezaron a mover las piernas y los brazos cada uno a su manera, como si estuvieran haciendo una parodia del ritmo, y de repente la pista de baile estaba animadísima.

La banda atacó entonces un tema de jazz rápido y las parejas se separaron. Tres cadetes más salieron a la pista. Uno de ellos se puso a bailar con Effie. Henry trató de acercarse lentamente hacia Alma, pero otro de los cadetes, un chico bastante alto, acaparaba toda su atención; la había cogido de la mano y la hacía girar en diversas direcciones. Clara tomó de la mano a Henry, y él empezó a dar vueltas. Effie y Max, frente a frente, se pusieron a bailar una especie de charleston. Uno de los trombones hizo un solo con una sordina, y el sonido que le sacaba al instrumento y la forma en que se movía eran tan divertidos que todo el mundo empezó a reírse y a lanzar vítores y a seguir el ritmo con las palmas. Finalmente, la banda terminó el tema con un gran alboroto de fanfarria que duró unos cuantos compases, y, tras un estallido final de platillos, la pequeña multitud que se había agolpado en la pista de baile acabó aclamando a los músicos.

Clara y Max se dirigieron a la barra para pedir otra ronda de bebidas. Effie necesitaba

descansar un poco, y Henry la siguió hasta la mesa. Pero antes de que pudiera sentarse, Alma lo cogió de la mano y dijo:

—Necesito que me rescates. —Y luego, dirigiéndose a Effie, añadió—: ¿Te importa?

—Claro que no, cielo —dijo Effie, riéndose.

Estaban tocando una canción lenta, una versión instrumental de una pieza que Henry reconoció enseguida, «I'll Be with You in Apple Blossom Time». En la pista de baile solo estaban ellos y otras dos parejas. Cogió la mano de Alma y con el otro brazo la ciñó por la espalda.

—Gracias —dijo ella, sonriendo y clavando sus ojos en los de él.

—¿Hace falta que me pelee con alguno de esos cadetes? —preguntó Henry.

—De momento, no.

Se movían perezosamente, sin seguir el ritmo. Ella era esbelta, ágil y cálida, y tenía la parte de atrás del vestido húmeda a causa del sudor. Recorrió el brazo de él con la mano y lo agarró del hombro.

—Este vestido es precioso —dijo Henry—. Buena elección.

Su mirada paseó por los hombros desnudos de ella, por su clavícula, por los pequeños montículos que formaban sus pechos.

—Me probé como una docena. Este no era mi favorito, pero había unos zapatos que iban a juego.

—Pues a mí me encanta.

—Me alegro. Parece que al final no necesitaba tu ayuda.

Él la hizo girar, dejando que su pelo le rozara la mejilla, aspirando todo su olor, y a través del vestido notó las leves prominencias de su columna vertebral y el broche de su sujetador. Se iba a meter en un lío. Effie los miraba, sonriendo, pero entonces Max y Clara volvieron con las bebidas y con un par de mujeres a las que Henry no conocía, y Effie dirigió su atención hacia ellos. Los cadetes también se habían unido al grupo.

—Diez a uno a que Clara va a invitar a toda esa gente a su casa —dijo Alma.

—¿Otra fiesta? —preguntó Henry, y ella asintió.

—Vas a tener que quedarte a mi lado. No me fío de esos chicos.

Él sonrió como un bobo.

—Creía que querías conocer gente.

—A tipos como esos no —repuso Alma, haciendo un mohín—. Están desesperados. Han pasado demasiado tiempo en la base. Uno de ellos me ha dicho que se había enamorado de mí en cuanto nos pusimos a bailar.

Él se rio y la hizo girar de nuevo, presionando con la mano en la parte baja de su espalda. Henry creía saber cuál era el cadete en cuestión: el alto, que ahora los miraba desde la mesa.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué le iba a decir? Le he dado las gracias. Le he dicho que era muy amable.

Alma vio que el cadete la estaba mirando, sonrió y le hizo un gesto simpático moviendo los dedos. Henry sintió una llamarada de celos.

—Bueno —dijo—. Estaré vigilando. No me separaré de tu lado.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Bailaron el resto de la canción sin hablar. Alma tenía la mirada clavada en su mano, aferrada a la de él. En los delicados lóbulos de las orejas llevaba unas pequeñas cuentas de plata. El pelo de sus sienes estaba húmedo. Henry se sentía como hechizado. Pero entonces terminó la canción y se separaron, sonriendo, evitando mirarse, y regresaron a la mesa.

El cadete alto se llamaba Carl y era de Bloomington, Illinois. Sus amigos se llamaban Chance, Freddie y David. Acababan de empezar su entrenamiento en la Guardia Costera; habían terminado el instituto hacía poco, como Henry y Effie. La base de Cape May era eso: un centro de entrenamiento. Tenían un permiso de fin de semana, y estaban pensando en irse a Atlantic City al día siguiente.

—¿A alguien le apetece apuntarse? —preguntó Carl, mirando a Alma, que se limitó a apretar los labios y se encogió de hombros, pero una de las mujeres que se les habían unido, Maggie, dijo que la idea sonaba muy bien.

Su amiga Brenda y ella se habían acercado al pueblo para asistir al baile —el padre de Maggie era el presidente de la Sociedad Histórica de la Guardia Costera de Cape May—, y estaban buscando algún plan. Maggie y Brenda parecían mayores que ellos, como de veintimuchos, y tenían pinta de estar ya borrachas. La contratación de la banda había sido cosa de Brenda. Por lo visto, el batería había ido a su instituto. ¿Les gustaba? Freddie, que se había decantado claramente por Brenda, dijo que eran geniales. A David parecía gustarle Effie, hasta que ella le presentó a Henry como su marido y este cogió una silla y se sentó entre los dos.

Los músicos anunciaron que iban a hacer un descanso y se acercaron a la mesa. Henry se levantó para estrechar la mano al trompetista. De repente, su mesa pareció convertirse en el centro de la fiesta. El camarero de la chaqueta de tweed les llevó más bebidas. El mismísimo presidente, un hombre rollizo con aspecto de capitán de barco, se presentó y dio las gracias a todo el mundo por su apoyo. La rifa empezaría al cabo de media hora. Max aplaudió y se frotó las manos.

—Ese cuadro va a ser mío —dijo, y el presidente, sin captar la ironía, pareció de lo más satisfecho.

Le había encargado aquella obra a un artista local, y la tenían expuesta en un caballete al lado del escenario. Se trataba de un velero que viraba hacia un faro bajo una intensa luz de atardecer. A Henry le gustaba de verdad. Si lo ganaba, no le importaría nada llevárselo a casa.

Alma había acertado: cuando el presidente los dejó para atender al resto de las mesas, Clara

dijo que deberían largarse de aquel antro y volver a su casa.

—Vosotros también —les dijo a los músicos de la banda—. Tenemos un montón de bebida, y es gratis.

—Pero estamos sin luz —dijo Max.

—Eso lo vuelve todo aún más interesante.

El trompetista dijo que tenían que tocar una hora más, pero que después se apuntaban a lo que fuera. Maggie, con aspecto abatido, dijo que tenía que quedarse y ayudar a recoger, pero Brenda comentó que eso era absurdo, que de esas cosas debería encargarse el club de apoyo de la Sociedad Histórica, y entonces Maggie alzó su copa y gritó:

—¡Por la fiesta de después!

Henry también levantó la suya y brindó.

La banda comenzó a tocar de nuevo, y Henry dejó que David bailara con Effie. Él se puso a bailar con Maggie, que olía al chicle de menta que estaba mascando.

—Tienes un acento de lo más encantador —le dijo ella, y empezó a acariciarle el lóbulo de la oreja. Henry inclinó un poco la cabeza para que parase, riéndose para no ofenderla. Quería bailar otra vez con Alma, pero Carl, ese grandullón del Medio Oeste, la estaba monopolizando. Unos minutos después, habían desaparecido, y cuando Henry se reencontró con Effie para bailar un tema lento, estaba distraído: no podía dejar de buscarlos, e iba inspeccionando toda la sala y oteando el muelle a través de las ventanas.

—Dios, me siento débil... —dijo Effie. Estaba muy pálida.

—¿Te encuentras bien?

—Bueno, estoy un poco mareada. Creo que no debería ir a la fiesta esa de después.

—¿No? —preguntó Henry—. ¿Ni siquiera un ratito?

Si ella no iba, él no podría ir. Y no podía soportar la idea de perdersela.

—Bueno, tal vez un ratito sí —dijo ella—. Puede que me recupere.

Pero Henry enseguida hizo gala de su caballerosidad habitual.

—No deberías asistir si te encuentras mal. Quizá deberíamos volver a casa para que puedas meterte en la cama.

—Bueno, luego lo vemos. No tengo ningunas ganas de que la noche termine tan pronto.

La banda tocó unas cuantas canciones más y, después, el presidente y una mujer mayor que probablemente era su esposa subieron al escenario y dijeron que había llegado el momento de la rifa. Entonces Max hizo un numerito: se puso a buscar en su chaqueta, un tanto desesperado, como si hubiera perdido los boletos, y después se los sacó del bolsillo del pantalón. El presidente metió la mano en el cubo de hojalata que sujetaba la mujer, sacó un boleto, dijo un número y, como cabía esperar, Max levantó la mano y gritó:

—¡Yo!

—Por el amor de Dios —dijo Clara.

El cuadro era suyo. El presidente lo felicitó y lo invitó a subir al escenario para estrecharle la mano y, después de que él y la mujer bajaran, Max se quedó allí con los músicos. Con su esmoquin blanco, parecía un miembro más de la banda. Le dieron unas maracas y, durante las dos siguientes canciones, estuvo tocándolas y bailando por todo el escenario como un idiota. La banda lo disfrutó de lo lindo. Effie y Clara lo animaban sin parar, partiéndose de risa, y Henry aplaudía con entusiasmo. Una vez más, como siempre, Max era el centro de atención.

Luego la banda anunció que iba a tocar su último tema, una pieza lenta, «Moonlight Serenade», y Henry y Effie salieron a bailarla. Ella apoyó la cabeza en el pecho de Henry y cerró los ojos. Casi no se movía, y él estuvo acunándola. Alma y su cadete habían reaparecido en la pista de baile. Carl la miraba intensamente y ella miraba hacia otra parte, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Cuando su mirada se cruzó con la de Henry, le sonrió.

La canción terminó y las luces del salón de baile se encendieron. Eran unos fluorescentes muy poco favorecedores que hicieron que la gente pareciera escasa, dispersa y anodina. Max cogió su cuadro del caballete, y Clara y él se quedaron al lado del escenario, esperando a que los músicos guardaran sus instrumentos.

—¡En la esquina de New Hampshire y Madison! —gritó Clara—. ¡New Hampshire y Madison! Effie se apoyó pesadamente en Henry. Él se dio cuenta de que estaba tiritando.

—Creo que me voy a desmayar —dijo ella.

—Pues entonces nos vamos a casa —repuso él, sintiéndose muy galante y sumamente decepcionado.

—Lo siento.

—¿Qué dices? No pasa nada.

—Tú no tienes por qué venir conmigo. Puedes quedarte con ellos.

—No seas ridícula.

Estaban de pie, cerca de la mesa de postres que había junto a la puerta, donde la mayoría de la gente estaba recogiendo sus cosas. Cerca de ellos, Maggie parloteaba sin parar sobre la vida nocturna de Wilmington, Delaware, y cuando Henry se dio la vuelta, vio que estaba hablando con los cadetes y que Alma estaba justo detrás de él. Carl se hallaba a su lado y la tenía cogida por la cintura. Ella se estaba comiendo una galleta de caramelo y miraba a Maggie entornando los ojos, como si esta fuera un enigma por descifrar. Henry la observó mientras se metía el último trozo en la boca y se lamía descaradamente el índice y el pulgar. Y después, sin dejar de mirar a Maggie, extendió el brazo y se secó los dedos en el costado de la chaqueta de Henry.

Ese gesto hizo que se decidiera. Acompañaría a Effie y la ayudaría a acostarse, y después iría a la fiesta.

Oía la música desde el porche delantero de la casa de la tía Lizzie: los vientos, el piano, las maracas y un coro de voces, y después, vítores y aplausos. Delante de la de Clara —aunque no estuvo muy seguro de lo que estaba viendo hasta que lo tuvo justo delante—, había un autobús. Un gran autobús escolar, con un gran rótulo que no pudo distinguir en la oscuridad. Era de la banda, por supuesto. Había otros coches aparcados a ambos lados de la calle y en el camino de entrada. Henry fue avanzando a tientas entre ellos hasta llegar a la puerta principal.

Al entrar, se dio cuenta de que la reunión era más íntima de lo que parecía desde fuera. Las velas estaban encendidas, las lámparas de queroseno refulgían. Henry vio el cuadro de Max sobre la repisa de la chimenea. Clara estaba sentada al piano, y los músicos de la banda se hallaban dispersos con sus instrumentos por todo el salón y entonaban una alcohólica versión de «You Belong to Me». Max y dos de los cadetes estaban de pie al lado de la barra, con Maggie y Brenda, y, para gran sorpresa de Henry, algunas de las personas mayores que había en el baile también se habían sumado a la fiesta. Max saludó a Henry alzando su copa, y él le devolvió el saludo levantando la mano. Entró, vacilante, en el salón. Se sentía inseguro sin Effie, como si no hubiera sido invitado. Pero entonces vio a Alma y a Carl sentados sobre la alfombra, junto a la mesita de centro, con un caballero canoso y lleno de arrugas y unas cuantas mujeres que no conocía. A Henry le dio la impresión de que estaban jugando a las cartas. En la mesa había una botella de whisky. Cuando Alma lo vio, pareció animarse y le hizo señas para que se acercara.

—Espera un momento —le dijo a una mujer de aspecto hispano que estaba de rodillas frente a ella, al otro lado de la mesa, con una baraja de cartas en la mano—. Quiero que Henry lo vea.

—¡Henry, querido! —gritó Clara desde el piano, y atacó la siguiente estrofa.

Carl lo observó con recelo. Se había desabrochado la camisa, bajo la que llevaba una camiseta blanca de tirantes, y parecía haberse tirado alguna bebida encima.

—¿Qué tal, Hank? —le preguntó. Eran las primeras palabras que le dirigía en toda la noche.

Alma le dijo a Carl que se apartara un poco para hacerle sitio a Henry.

—Eres una coqueta, ¿lo sabías? —dijo Carl, y Alma le sonrió con dulzura.

—No estoy coqueteando. Ya te he dicho que mi novio volvería, y aquí está. Ahora, largo.

Henry soltó una carcajada y se acaloró. Era solo un juego, pero estaba dispuesto a jugar. De mala gana, Carl se apartó, Alma dio unas palmadas en el hueco que había quedado entre ellos y Henry se sentó a su lado, cruzando las piernas. Ella se había quitado los zapatos y las medias y estaba sentada sobre las piernas. Cuando Henry le preguntó qué hacían, ella se acercó un poco a él, de modo que sus cuerpos se rozaron.

—Esta es Zeynep —dijo Alma, señalando con la cabeza a la mujer que tenía la baraja en la mano—. Es de Turquía.

—Soy de Cincinnati —protestó esta.

—Acaba de hacer un truco de cartas alucinante, y vamos a intentar entender cómo lo consigues. Toma —dijo Alma, pasándole a Henry un vaso largo con un par de dedos de whisky—. Tienes que ayudarme con esto. Me estoy mareando.

—Con mucho gusto —dijo él, y dio un trago.

—¿Se lo hago a él? —preguntó la mujer.

Alma dijo que sí y apoyó la mano en la pierna de Henry.

—Y ahora fíjate mucho.

No iba a poder fijarse mucho en nada si ella seguía con la mano sobre su pierna y se mantenía tan cerca como para sentir su calor y oler su perfume, pero lo intentó. La mujer dejó la baraja sobre la mesa. Le dijo a Henry que cortara, y él cogió la mitad de la baraja, la dejó y colocó la otra mitad encima. La mujer barajó de nuevo y abrió las cartas en un abanico, mostrándoselas a Henry. Le pidió que cogiera una, la que quisiera, pero que no se la enseñase. Henry eligió el dos de corazones. La mujer le dijo que dejara la carta boca abajo en la mesa, él lo hizo, y entonces ella puso el mazo encima y empezó a barajar de nuevo, una, dos, tres veces. Él observaba atentamente. Le pidió que volviera a cortar, y Henry lo hizo. Entonces la mujer cogió una de las mitades, se la puso entre los dedos, sujetándola con los nudillos y extendió la mano hacia él.

—Ahora dale.

—¿Qué?

—Que le des un buen golpe a las cartas.

Todos los que estaban en torno a la mesa soltaron una carcajada. Alma le sonrió.

—Vamos —le dijo.

Henry pensó que sería alguna clase de broma, pero, qué demonios, ¿acaso importaba? Se puso de rodillas para llegar mejor a las cartas, les dio un golpe con la mano abierta y... salieron todas disparadas y revolotearon alrededor de la mesa, todas salvo una, que seguía entre los dedos de la mujer.

—¿Es esta tu carta? —le preguntó, levantándola.

Y sí, era el dos de corazones.

Todos los que estaban en torno a la mesa aplaudieron, excepto Henry, que se había quedado estupefacto, auténticamente estupefacto.

—Es increíble... En serio, ¿cómo es posible?

—Creo que esta vez lo he pillado —dijo Alma.

—No pienso revelar mis secretos —repuso la mujer.

Pero, de verdad, ¿cómo lo había hecho? Le entregó la carta a Henry, que la sostuvo en la mano como si fuera algo sagrado.

Alma estaba disfrutando de lo lindo al verlo tan sorprendido.

—Es impresionante, ¿verdad?

—¡Mucho más que eso! ¿Sabes cómo lo ha hecho?

Alma se rio y le cogió el vaso.

—Me temo que si te lo digo, me mata —respondió. Le dio un trago al whisky y se lo devolvió.

Henry se guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta. Pensó que le traería buena suerte.

Luego se volvieron para mirar a Clara y a la banda tocar. Clara, sentada al piano, no se andaba con tonterías. Estaba interpretando «The Entertainer» sin mirarse las manos en ningún momento, improvisando algunas frasecitas de relleno y volviendo la cabeza para establecer contacto visual con el trompetista, que ahora tocaba el clarinete. El resto de la banda se les unió enseguida: los trombones, un cazú, un coro que cantaba la línea del bajo y el batería, que marcaba el ritmo con un ukelele. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas, y el viento se colaba en la casa, amenazando con apagar las velas. Max y uno de los cadetes, Freddie, salieron al jardín detrás de Maggie y Brenda, y la oscuridad los engulló. Henry apuró su whisky y se sirvió un poco más. Ahora el trompetista se había instalado junto a Clara en la banqueta del piano, y juntos estaban tocando una impactante versión de «It's a Long, Long Way to Tipperary». Clara se reía con tanta fuerza que le costaba dar las notas, y el resto de los músicos los seguían como podían. Uno de los señores mayores, evidentemente muy borracho y con la camisa desabrochada, se puso de pie y cantó con gran sentimiento —probablemente era un veterano de la Gran Guerra—, moviendo el puño de un lado a otro.

El whisky entraba con mucha facilidad. Henry pensó en la pobre Effie, que estaba al otro lado de la calle, en la oscuridad, desaparecida para el mundo y perdiéndoselo todo, y sintió pena por ella. Aunque también estaba contento de estar allí, solo. Apoyándose en las manos, se echó hacia atrás junto a Alma, balanceándose ligeramente hacia ella. Sus dedos se tocaron. De vez en cuando, ella le robaba un sorbito de su vaso.

Otro de los músicos se sentó al piano y empezó a tocar un tema de ragtime. Un pequeño grupo que había al lado de las escaleras comenzó a bailar, y Clara y el trompetista, que ahora la manoseaba al ritmo de la música, se unieron a ellos. «Qué escándalo», pensó Henry. No se veía a Max por ninguna parte, así que se tomó de un trago el whisky que le quedaba, se puso de pie, cogió a Alma de la mano, la levantó tirando de ella, y los dos se sumaron al grupo. Carl se quedó junto a la mesita de centro, observándolos sombríamente.

El trompetista empezó a besar a Clara en la parte superior de los pechos y a acariciarle el trasero con tanto descaró, con tanta desvergüenza, que a Henry le resultó muy impactante... Y también excitante, porque en medio de su desconcierto, le pareció que allí no estaba prohibido nada.

—¡Henry, querido! —le gritó ella, echando la cabeza atrás—. ¿Effie está por aquí?

—No, ha tenido que irse a la cama. No se encontraba bien.

—Mi pobre princesita.

Henry tenía a Alma cogida de la mano.

—Yo quería quedarme con ella, pero me ha dicho que ni hablar —explicó, sin faltar a la verdad.

Clara le puso la mano en el pecho.

—Me alegro de que hayas venido.

Alma tiró de él y Henry se volvió. El ritmo de la música era muy animado, pero ellos no lo seguían. Ella le echó los brazos al cuello y Henry la cogió de las caderas. Notaba su ropa interior a través del vestido.

—Esta fiesta se va a poner fea... —dijo Alma, mirando con el ceño fruncido más allá de él, presumiblemente a Clara—. No puedes marcharte y dejarme aquí sola.

—No pienso hacerlo.

—Tal vez podríamos escaparnos —prosiguió ella—. Tenemos unas cuantas casas entre las que elegir. No hace falta que nos quedemos aquí.

Le sonreía muy significativamente, y Henry se sintió un poco mareado. Le pareció que las luces se atenuaban y la música llegaba de muy lejos.

—No creo que eso sea buena idea —dijo él, acariciándole las caderas lentamente—. Podría meterme en un buen lío.

Ella no dijo nada más. Algo había cambiado entre ellos. Si su situación no había estado lo bastante clara hasta entonces, ahora lo estaba. Siguieron bailando. Sonó otra pieza de ragtime, y después Clara regresó al piano para tocar un tema de jazz y la gente se acercó y se puso a canturrearlo. Henry y Alma se quedaron al margen.

Entonces se acercó Carl, tambaleándose con el uniforme desabrochado y la camiseta de tirantes a la vista.

—Muy bien —le dijo a Alma—. ¿Por qué no acabas ya con este numerito?

Ella se pegó a Henry.

—¿Qué numerito?

—Esto —dijo Carl, haciendo un gesto con el dorso de la mano en clara alusión a ellos—. La tontería esta de que tienes novio. Esta noche estabas conmigo.

—No recuerdo haberme prometido a nadie.

—Muy bien —dijo él, clavándole un dedo en el hombro—. Es lo que te he dicho antes, eres una coqueta de mierda.

Henry apartó a Alma y, notando una fuerte descarga de adrenalina, dijo:

—Más vale que te largues, chaval.

Carl se echó a reír alegremente y se cuadró. Debía de medir unos quince centímetros más que Henry.

—¿Y si no, qué, pueblerino?

Antes de que Henry pudiera replicar, Alma se interpuso entre ellos.

—Y si no, te voy a sacar los ojos —dijo con un tono muy tranquilo y apenas lo bastante elevado para que él la oyera por encima de la música.

Tomó a Henry de la mano y se lo llevó de allí. Él la siguió obedientemente y, al pasar junto a la escalera, Alma cogió una de las velas. Recorrieron el pasillo, pasaron junto al baño y llegaron hasta una puerta que había casi al final. Entraron y Henry cerró a su paso.

—¿Se puede cerrar con llave? —preguntó ella, y él encontró un pestillo debajo del picaporte y lo echó.

Seguían oyendo la música, aunque les llegaba amortiguada desde el otro lado del pasillo. Henry esperaba que Carl se pusiera a aporrear la puerta en cualquier momento, pero no pasó nada.

—Creo que estamos a salvo —dijo Alma—. Dios, menudo gilipollas.

—¿Qué problema tiene?

—A saber.

Estaban en un estudio. Una de las paredes se hallaba cubierta de libros. Al otro lado de la habitación había un sólido escritorio y un sillón de orejas, y, en el centro, un sofá y una butaca de cuero.

Alma soltó un suspiro y dejó la vela sobre el escritorio.

—Los chicos son así, mucho más frágiles que las chicas. Todo el mundo cree que es al contrario, pero no. Lo habitual es esto. Resulta un poco cargante, la verdad.

Él se acercó a ella. Quería abrazarla, pero se contuvo.

—Lo siento.

—Soy yo la que debería disculparme. Atraigo a los idiotas. —Cogió la mano de Henry—. Gracias por defenderme.

—Faltaría más. —Henry echó un vistazo a la habitación, que temblaba levemente a la luz de la vela—. Nunca había entrado aquí.

—Pues a mí me encanta. —Alma movía el pulgar, dibujando pequeños círculos en el dorso de la mano de él—. A veces vengo aquí a esconderme, cuando estoy sola con ellos y no quiero oírlos. Hay una buena biblioteca.

Le soltó la mano y atravesó la habitación en dirección a las estanterías, y él la siguió. Estuvieron examinando los libros, apoyándose el uno en el otro. Henry apenas era capaz de distinguir los títulos. *Derecho marítimo. Diccionario de Derecho de Black*. También había un montón de libros de historia sobre los antiguos griegos y romanos incluido el de Gibbon, en seis volúmenes y encuadernado en cuero.

—Ah, tu libro favorito... —dijo ella, y sacó de un estante bastante alto un ejemplar de Boswell con el título en letras doradas.

Henry se rio y le dijo que lo dejara en su sitio, y mientras ella lo hacía, como si quisiera

sujetarla de un modo instintivo, le puso una mano en la curva de la espalda. Alma se volvió hacia él, de modo que la mano de Henry se deslizó hasta la cadera de ella. Sus rostros casi se rozaban. Henry notaba el olor de su aliento. Era dulce, con un ligero toque a whisky. Estaban muy cerca de una de las esquinas de la habitación. A Alma le brillaban los ojos.

—¿Podemos quedarnos aquí escondidos el resto de la noche? —preguntó ella en voz baja.

—Bueno, no podemos salir mientras el tipo ese siga por ahí, ¿verdad? —repuso él.

—No.

En el salón se había hecho una pausa entre dos canciones. Alguien gritó algo y se oyó una estruendosa carcajada.

Alma levantó una mano y la apoyó en el pecho de Henry. Recorrió el contorno de sus músculos y subió hasta su hombro por debajo de la chaqueta. Él notaba su calor a través de la camisa. Estaba temblando. Estaba mareado. Quizá borracho, pero también muy despierto, con todas las terminaciones nerviosas a flor de piel. Agarró a Alma por las caderas y tiró de ella, acercándosela para que se diera cuenta de que estaba empalmado, y le acarició el trasero, palpando la carne blanda a través de la suavidad de la tela. Ella levantó la cara hacia él, y Henry percibió el calor de su aliento. Su nariz rozó la de ella. Alma parecía esperar que él recorriera los últimos centímetros, cosa que hizo, y sus labios al fin se encontraron. El tacto de la lengua de ella contra la de él. Los dedos de Alma subiendo por su nuca, un escalofrío... El la abrazó con fuerza y comenzó a levantarle el vestido por detrás.

Entonces ella apretó la mano contra la parte delantera de sus pantalones, apretando delicadamente entre los dedos, y, un instante después, empezó a tironear de su cinturón para desabrochárselo. Se apartó un poco y, empleando las dos manos, le desabotonó los pantalones y le bajó la cremallera, y mientras volvía a buscar sus labios, los pantalones de él cayeron hasta los pies y le metió la mano en los calzoncillos.

Alma sonrió; él le besó los dientes. Ella le acarició el pene lentamente.

—Dios... —susurró Henry. Sus labios seguían tocándose, pero no se besaban, solo respiraban.

—¿Quieres follarme? —preguntó ella.

—Sí... —contestó él. El corazón le latía con fuerza—. Sí, quiero follarte.

—¿Y a qué esperas?

Henry se quitó los zapatos y los pantalones, se bajó los calzoncillos e hizo que ella se diera la vuelta y se pusiera de rodillas con él. Le levantó el vestido por encima de la cintura, encontró el borde de sus bragas y tiró de ellas hacia los muslos, las rodillas, hasta llegar a los tobillos. El escritorio proyectaba una oscura sombra sobre ellos, y él apenas podía distinguir la pálida redondez de sus nalgas. Le metió los dedos entre las piernas, notó la humedad de su coño, la breve hendidura, y rápidamente, antes de que todo terminara para él, colocó ahí la polla, hizo presión y la penetró —ella soltó un gritito—, y durante unos segundos la folló salvajemente, cogiéndose los

faldones de la camisa con una mano mientras sus ingles golpeaban las nalgas y la parte trasera de los muslos de ella. De pronto, Alma echó un brazo hacia atrás y le dijo:

—Eh, más despacio, más despacio.

Entonces él disminuyó un poco la velocidad de sus embates y encontró un ritmo regular. Ella volvió la cabeza para mirarlo desde el suelo.

—No te corras dentro —le dijo.

Henry no contestó. Todo su ser estaba concentrado en la oscura hendidura en la que entraba una y otra vez.

Ella cerró los ojos.

—Ya está —susurró. Su voz había adquirido un tono etéreo—. Ya está. Ya está...

Y durante un tiempo indeterminado, sus cuerpos permanecieron firmemente unidos, hasta que Henry notó la llegada de un sofocante orgasmo y, saliéndose, apretando la frente contra la espalda de ella, eyaculó sobre la alfombra, entre las rodillas de Alma.

Se quedaron quietos, en aquella posición, unos largos segundos. Él notaba cómo la espalda de ella subía y bajaba.

—¿Te has corrido? —murmuró finalmente Alma.

Henry asintió. Luego se incorporó y se apoyó en la estantería. Ella se dio la vuelta, se apartó un poco y se bajó el vestido. Luego extendió la mano y tocó la zona de la alfombra en la que habían estado.

—Vaya —dijo, frotándose los dedos—. El señor Strauss va a tener que mandar que limpien esto. —La vela iluminaba levemente su cabeza y sus hombros. Le sonrió con placidez—. Intenté escapar de una bestia y acabé con otra. Menuda suerte la mía.

De pronto, Henry se dio cuenta con horror del alcance de lo que había hecho.

—Dios mío... —dijo, apartando la vista de ella—. Dios mío, lo siento. —Cogió sus calzoncillos. No quería que ella lo viera, y se volvió un poco para ponérselos—. Lo siento...

—Lo sientes —dijo ella.

Él se puso los pantalones, moviendo las caderas para subírselos hasta la cintura y sujetando la hebilla del cinturón para impedir que hiciera ruido. Se sentía demasiado débil, demasiado avergonzado para ponerse de pie.

Ella lo miraba con frialdad, esperando que continuara hablando.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo he hecho sin pensar —dijo él, abotonándose los pantalones—. Lo siento. Ha sido un error.

Ella siguió mirándolo con frialdad un largo instante, y después miró para otro lado y pareció llegar a algún tipo de conclusión.

—Muy bien —dijo, y se levantó.

—Alma —dijo él, pero ni siquiera sabía qué quería decirle. Se sentía consumido por un fuego

—. Lo he hecho sin pensar —volvió a decir.

—Ya lo sé.

Ella le dio la espalda y, contoneándose, se puso las bragas.

—Alma, lo siento...

—Si vuelves a decir que lo sientes, voy a ponerme a gritar. —Se dio la vuelta y lo miró a la cara, alisándose el vestido—. Lo digo en serio. Dime una vez más que lo sientes, y me pongo a gritar. Voy a decir que me has violado.

—¡No! —Henry se levantó. La hebilla de su cinturón tintineaba—. Por favor. No lo hagas. No se lo cuentes a nadie.

Ella se echó a reír.

—Mira cómo te has puesto. Estás aterrorizado.

—Ha sido un error, eso es todo. No quería hacerlo.

—Lárgate de mi vista, joder.

Alma pasó a su lado. Él la cogió del brazo y ella se volvió y le dio una bofetada. Por un instante, la conmoción lo cegó. Empezaron a pitarle los oídos. Ella llegó a la puerta, y, cuando ya se disponía a abrir el pestillo, Henry gritó:

—¡Alma..., por favor! Por favor, no te vayas. Por favor. —Alma se detuvo, con la mano en el picaporte, y él extendió las suyas hacia ella—. No sé lo que estoy diciendo. Por favor. Me siento como loco. No sé lo que estoy haciendo.

Ella pareció ablandarse un poco. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Henry pensó que tal vez estuviera a punto de echarse a llorar, pero, cuando habló, su tono era tranquilo y relajado.

—Escucha, no voy a decir nada. No te preocupes. Aquí no hay nada... no hay nada que contar. Solo ha sido... —Le dijo adiós con la mano—. Lo borraré de mi memoria. —Abrió la puerta y, sin mirarlo, añadió—: Hasta luego.

Después salió y cerró tras de sí. La conmoción hizo que Henry se sintiera completamente vacío. Aún podía notar la bofetada que le había dado. Su mejilla palpitaba. Al final se abrochó el cinturón. Sacó su pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta —un pañuelo muy bonito, de seda azul, que se había comprado especialmente para combinar con aquel traje—, y se arrodilló para tratar de limpiar la alfombra. Fue inútil. Iba a quedar una mancha, y él no podía hacer nada. Se guardó el pañuelo mojado en un bolsillo del pantalón, se puso los zapatos, apagó la vela y se levantó en la oscuridad. Le llegaban los sonidos de la fiesta que continuaba al fondo del pasillo. Ya no había tanto alboroto, pero seguía oyéndose un murmullo de voces. El suelo de madera crujió sobre su cabeza. Le parecía oír los gemidos de una mujer. Tenía que largarse de allí, pero sin pasar por el salón. El estudio estaba en una esquina de la casa y daba a la calle. Por una de las ventanas, vio un hueco entre los arbustos. Corrió el pestillo de la ventana, la abrió, salió al exterior, la cerró y emprendió la huida.

La oscuridad y el silencio reinaban en la casa de la tía Lizzie. Henry encendió la lámpara de queroseno y se la llevó al baño de abajo, donde había una ducha que nunca habían usado. Por suerte, funcionaba. Abrió bien el grifo del agua caliente, se quitó el traje, lo dejó en el suelo sin preocuparse de que se arrugara y se metió en la ducha. Tenía el olor de Alma impregnado por todo el cuerpo. En la jabonera había una pastilla de jabón reseca, con la que se frotó a conciencia. Cuando terminó, se secó lentamente con la toalla de mano. Se miró en el espejo para inspeccionarse la mejilla. Había adquirido un color rojo brillante y estaba caliente, pero no parecía hinchada. Se puso los calzoncillos, apagó la lámpara, recogió su maltrecho traje y subió la escalera a tientas hacia la buhardilla.

Las ventanas estaban abiertas, como de costumbre. El ambiente era fresco y olía a limpio. Se fijó en el bulto del cuerpo de Effie bajo las mantas. Procurando no hacer ruido, depositó la ropa en su maleta y la cerró, se puso el pijama y se metió en la cama junto a su esposa. Ella gimoteó un poco, se dio la vuelta y se quedó otra vez quieta. La brisa entraba con fuerza en la habitación. Henry pasó un rato con la mirada perdida en la oscuridad. Ni siquiera se atrevió a rezar.

No se podía creer lo que había hecho. Y entonces se puso a recordarlo, momento a momento, como si buscara alguna prueba que se lo confirmara, hasta que, muy a su pesar, volvió a tener una erección.

«Nunca más.» No dejó de repetirse mentalmente estas palabras durante toda la mañana mientras ordenaba el salón y pasaba la fregona por la cocina: nunca más volvería a serle infiel a su esposa. Había sido un error espantoso, y punto.

Se suponía que iban a trasladarse a la casa de Clara al día siguiente, pero ahora le parecía imposible.

Mientras fregaba el suelo, Effie bajó y se quedó de pie justo donde empezaba el linóleo. Tenía el pelo muy alborotado.

—Henry —dijo, inspeccionando el suelo—, eres un verdadero encanto.

Él se acercó a ella, pisando la zona húmeda que ya había limpiado, y la estrechó entre sus brazos.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal —dijo Effie. Volvió a fijarse en el suelo y se echó a reír—. No has barrido antes, ¿verdad?

Henry no había barrido, y vio con mucha claridad unas pelusas húmedas pegadas al linóleo. Se lo tomó como una muestra más de su inutilidad. Ella lo miró y volvió a reírse. No era tan grave, dijo. Venía bien que hubiera limpiado. Ahora solo tenían que dejar que se secase y después ella barrería y pasaría rápidamente la fregona... Pero lo haría más tarde.

Effie se sentó en el sofá, se tapó con una manta de ganchillo y dejó una caja de pañuelos de papel a su lado. Henry le preparó una tostada con mantequilla y un café. Durante la noche había vuelto a tener fiebre, dijo ella, pero ahora se sentía mucho mejor. Sudaba muchísimo, lo cual era una buena señal.

Henry le acarició la mejilla.

—¿Estás segura de que no quieres que volvamos ya a casa? Todavía podemos coger el tren de mañana. Probablemente estarás más cómoda en tu propia cama.

—Dios —dijo ella—, no quiero ni pensar en ese viaje. Dieciocho horas y tres conexiones. Y no hay quien duerma en esas literas.

—Bueno. Si estás tan segura...

Ella frunció el ceño.

—¿Tú no quieres quedarte?

—Claro que quiero, si tú quieres.

Effie le preguntó qué tal había estado la fiesta y qué se había perdido, y Henry dijo que casi nada. Habían ido los músicos de la banda. Habían cantado y bailado un poco... Y él se había marchado pronto.

Ella hizo un mohín.

—A mí me gusta mucho cantar.

Poco después de mediodía, para sorpresa y susto de Henry, Clara llamó a la puerta. Pero estaba radiante, como de costumbre.

—Hola, hola —dijo, y le dio dos besos. Él se hizo a un lado para indicarle que pasara—. ¿Cómo está mi princesita?

—¡No me mires! —gritó Effie desde el sofá, tapándose la cara con las manos—. ¡Estoy horrible!

—Bobadas —repuso Clara—. Estás adorable. —Llevaba su bata azul brillante, y su presencia parecía demasiado poderosa para aquel pequeño salón. Entró, echó un vistazo y dijo—: Dios, no he estado aquí en años, desde antes de que se casara Holly. Casi no lo reconozco.

—El tío George lo ha redecorado todo —explicó Henry.

—Ah —dijo Clara, y a él le pareció detectar una ligera frialdad en su voz.

Lo había visto bailando con Alma la noche anterior. Él la había estado cortejando delante de todo el mundo, como un idiota. Clara volvió a preguntarle a Effie qué tal se encontraba, y Effie dijo que estaría dispuesta a dejarse ver al atardecer, con tal de que no hicieran nada demasiado excesivo. Clara puso los ojos en blanco—. No te preocupes, la de hoy va a ser una noche tranquila. Maxie se pasó anoche. Típico de él. Sigue dormido, aunque os parezca increíble. Ojalá anoche no hubiéramos invitado a toda esa gente; ojalá los hubiéramos dejado donde los encontramos. No he visto gente más cutre en toda mi vida.

—He oído que llegó la banda —dijo Effie—. Y que cantasteis.

—Clara estuvo impresionante con el piano, Eff, tendrías que haberla visto. Era la líder de la banda.

Clara pareció sentirse satisfecha al oír eso, como él había esperado, y sonrió cálidamente.

—Bueno, los músicos eran buena gente, pero las chicas... ¡Dios mío! Las gorronas más aburridas que he conocido nunca. Esta mañana he tenido que echar del jardín a la tal Maggie. Estaba dormida en el césped.

—¡No! —exclamó Effie, inclinándose hacia delante con ganas de que Clara siguiera hablando.

Y cuando comentó algunas cosas más sobre las chicas y sobre «esos horribles guardacostas», Henry se tranquilizó bastante. Clara no dijo nada de él, ni siquiera lo miró con recelo. Era evidente que Alma no había contado nada, y que Clara había estado absorta en su propia película. Henry recordó que había visto al trompetista besarle los pechos.

—En cualquier caso —prosiguió Clara—, habíamos pensado ir a un sitio que hay en el pueblo y solo abre los fines de semana... Si es que Maxie logra despertarse, claro. Se llama El Lobo de Mar, ¿lo habéis visto? Es un antro, pero la comida es buena y ya no nos queda nada en la despensa. ¿Queréis venir? Estaremos solo nosotros.

Effie dijo que parecía muy buen plan y miró a Henry.

—Claro —dijo él—. Por supuesto.

A lo mejor ella no iba. A lo mejor, sabiendo que Henry iba a estar, ella hacía lo que solía hacer y se escabullía por su cuenta.

En cualquier caso, si se quedaban en casa de Clara, en algún momento tendría que verla. Y tal vez, pensó mientras caminaba junto a Effie hacia la oficina de Western Union para llamar a sus familias, no estaría tan mal.

Otra vez hacía un día muy bueno, soleado y cálido, y, como era sábado, el pueblo no estaba completamente vacío. Unos metros por delante de ellos, una pareja mayor recorría el paseo marítimo. En la playa había una familia haciendo un picnic. Él y Effie iban de la mano.

Pensó en los días y las noches que tenía por delante y, una vez más, se alegró al imaginarse el futuro. Alma y él se quedarían despiertos alguna otra noche —quizá, probablemente, aquella misma noche— y podrían hablar. La luna ya estaba saliendo, una esfera pálida, apenas visible. Le contaría a Alma que se había dado cuenta, ahora que había tenido tiempo de pensar en ello, de que había reaccionado como un niño, de que se había dejado llevar por el pánico y de que ella había tenido motivos para enfadarse con él. Pero ahora todo le parecía bien. No pasaba nada. Probablemente se reirían de lo sucedido. Probablemente, en los días venideros, intercambiarían miradas y sonrisas. Porque ahora compartían un secreto.

Cruzaron Beach Avenue y se dirigieron al centro del pueblo.

En la oficina de Western Union había una cabina telefónica, y Henry se quedó esperando en el banco situado junto a ella mientras Effie llamaba a su familia. Un anciano sentado detrás del mostrador leía un libro bastante deteriorado.

En realidad, no le había sido «infidel», o al menos no de una forma que tuviera importancia. Hoy la quería tanto como ayer, o incluso más. Había sido un error de juicio, y punto. Estaba borracho. No tenía nada que ver con Effie, y ella nunca se enteraría. No «debería» enterarse jamás, porque saberlo solo le causaría un dolor innecesario. El hecho de que Dios lo supiera era otra cuestión, y

al pensar en ello su rostro se ensombreció. «Pero los chicos somos así», pensó. No había ni un solo hombre respetable que nunca... No había ni un solo marido fiel que al menos una vez... Ya se apañaría con su conciencia. Podía rezar.

Effie miraba al vacío, sujetándose el teléfono pegado a la oreja, y Henry se dio cuenta de que hablaba con su madre.

—Ajá —dijo—. Vale. Muy bien. Ah, genial. —Y luego—: ¡Hola, papi!

Le contó a su padre que se lo estaban pasando fenomenal. Luego, con una voz irritante y llorosa, le explicó que se había puesto enferma. Pero entonces pareció animarse y le contó que habían conocido a unas personas de lo más interesantes, entre ellos un miembro de la familia Hewitt. ¿No le sonaba? ¿De la compañía naviera Hewitt-Rowe? Henry se levantó y empezó a pasearse por la sala, y se puso a observar un tablero de corcho lleno de volantes y folletos antiguos. No le gustaba nada la importancia que le daba Effie al dinero. Eso hacía que su vida pareciera más pobre. Max y Clara nunca hablaban de dinero... Nunca tenían que hacerlo. Para ellos, el dinero era como el aire que respiraban.

Cuando por fin acabó de hablar —«Adiós, papi. Vale. ¡Adiós!»—, tenía un aspecto alegre y vital.

—¿Qué les ha parecido que nos quedemos unos días más?

—Bueno, a mamá le preocupaba lo que pudiera decir tío George. Papá me ha preguntado si necesitamos que nos enviara más dinero, pero le he dicho que no hacía falta.

Effie le dijo que iba a acercarse a una heladería que había al otro lado de la calle mientras él llamaba a su familia. Le preguntó si quería algo, y Henry le recordó que no podía tomar lácteos.

—¡Es verdad! —exclamó ella.

Cuando al fin se conectó la línea, fue la madre de Henry quien se puso al teléfono.

—No me creo lo que oigo —dijo—. Si quieres que te diga la verdad, ya casi me había olvidado de ti.

Él nunca había estado fuera dos semanas sin llamarla, y al oír la voz materna tuvo la sensación de estar de nuevo en casa y se sintió avergonzado. Aun así, cuando su madre le preguntó qué tal lo estaban pasando, él dijo que fenomenal, como Effie. La noche anterior habían ido a un baile. Habían salido a navegar dos veces. Habían conocido a un montón de gente interesante, gente de Nueva York y de California, artistas y actrices, escritores e intelectuales. No sabía por qué le contaba esas cosas; a su madre no le interesaban en absoluto. Se sintió bajo y rastrero, demasiado indulgente consigo mismo, y se dio asco. Si ella realmente supiera lo que había hecho, se habría avergonzado de él.

Cuando terminó su relato, su madre se quedó en silencio un instante para no cambiar de tema inmediatamente, y después le dijo:

—Bueno, pues ya estamos casi listos para recibirlos. Aunque lo cierto es que las reparaciones

del ala antigua no estarán terminadas cuando lleguéis. Effie y tú vais a tener que apañaros en tu cuarto durante un par de semanas, porque Carswall ha tenido que despedir a uno de los chicos de Fletcher. El otro día se presentó borracho y no era capaz ni de darle a los clavos con el martillo. Pero Bo se va a encargar de terminarlo todo, y tú podrías echarle una mano cuando vuelvas.

—Pues mira, mamá, la verdad es que probablemente nos quedemos aquí unos días más —dijo Henry.

—¿Que os vais a quedar unos días más? Pero... ¡si ya lleváis ahí dos semanas!

Effie y él habían pactado con antelación lo que les iban a contar a sus familias, pero ahora Henry tuvo la sensación de que lo que habían acordado —que una vieja amiga de Effie iba a ir a verla y que querían pasar unos días juntas— le parecería frívolo a su madre, que ya consideraba a Effie una mujer frívola, no porque lo fuera, sino porque era la hija de Daisy Tarleton. Así que decidió contarle que Effie tenía una gripe bastante fuerte, que llevaba un par de días en cama, que ahora se encontraba un poco mejor pero que todavía no estaba en condiciones de viajar. Su madre se mostró de acuerdo con la idea de que se quedaran. Se tomaba muy en serio las enfermedades.

—¿La has llevado a que la vea un médico?

—No, mamá. Parece que ya se está recuperándose, no ha hecho falta.

—Llévala al médico de todos modos. Si es una infección de garganta, podrían pasársele los síntomas y luego regresar en forma de escarlatina. Hazme caso, yo estuve a punto de morir de eso cuando era pequeña.

—Ya lo sé, mamá... Muy bien, iremos al médico.

Su madre que Carswall no se pondría muy contento con lo de que prolongaran sus vacaciones, lo cual irritó a Henry.

—Que esté todo lo descontento que quiera —le soltó—. Podemos quedarnos todo lo que nos apetezca. Ya somos adultos. Y no soy su empleado. Ya hemos hablado de eso.

Su madre soltó una risita.

—Muy bien, hablaré con él. —Y luego añadió—: Eres un muchacho estupendo, ¿lo sabías? Eres un hombre estupendo y un buen marido. No me lo puedo creer.

Después de colgar, Henry tuvo ganas de echarse a llorar. Se sentó en la cabina y se quedó mirando el suelo fijamente, hasta que el hombre que había detrás del mostrador le preguntó si estaba bien. Él asintió y se levantó para marcharse.

No era un hombre estupendo, era una versión lamentable de un hombre.

Se acordó de una historia que le había contado su madre, unas semanas antes de la boda, sobre un tío abuelo de ella que había intentado desertar del ejército de Hood tras la batalla de Chickamauga. Había conseguido volver a su casa, le contó, pero, al llegar a la puerta, su esposa lo había apuntado con una escopeta y le había dicho que no regresara hasta que ganaran la guerra o lo mataría. Él se incorporó de nuevo al ejército y, «obedientemente», como había dicho su madre,

murió de disentería poco después de la rendición.

Effie estaba esperándolo sentada en un banco de la plaza, con un cucurucho de helado. La luz del sol moteaba su rostro. Henry sintió que la amaba muchísimo.

—¿Cómo está el Ángel de las Tinieblas? —le preguntó ella, refiriéndose a su madre. Siempre que la llamaba así le hacía reír.

Al atardecer, cuando volvían de hacer las llamadas, Henry distinguió a Alma de pie en la acera, delante de la casa de Clara. Llevaba su vestido marrón con lunares blancos, y verla allí, bajo aquella luz crepuscular, hizo que se borrarán todos los argumentos razonables que llevaba planteándose durante el día entero, junto con cualquier rastro de remordimiento. Clara había ido a buscarlos, y Max y Alma se habían quedado esperándolos. Alma le lanzó una mirada y luego miró hacia otro lado.

Comenzaron a andar hacia el centro del pueblo por una calle residencial, al otro lado de Madison Avenue. Las farolas estaban apagadas y la noche era suave y cálida. Alma se quedó un poco rezagada, y Henry tuvo ganas de retrasarse y esperarla para preguntarle qué tal estaba, pero imaginó que ella se limitaría a mirarlo como si fuera un idiota.

Así que estuvo escuchando a Effie contar a Max y a Clara cosas de su madre: lo nerviosa que podía llegar a ponerse, cuánto le gustaría que dejara de beber, aunque solo lo hacía para relajarse... Más allá de Ocean Street, las farolas ya funcionaban, y cuando se fueron acercando al centro del pueblo vieron ventanas iluminadas aquí y allá, y gente en la calle. Era igual que si hubieran atravesado una barrera mágica, fruto de un hechizo, y hubieran entrado en el mundo de los vivos.

El Lobo de Mar, en Decatur Street, estaba en una destartada casa negra con una tenue luz junto a la puerta. Tenía un aspecto triste y desolador, pero dentro había un animado bullicio y un montón de domingueros con sus camisas de lino y sus jerséis de cuello en pico. Una larga barra se extendía a lo largo de una de las paredes, y en un rincón un trío de músicos —un guitarrista, un violinista y un hombre con un ukelele— tocaba algo que parecía un cántico marinero o una balada irlandesa. Había mucho humo y olía a pescado frito.

—Debe de estar aquí todo el pueblo —dijo Effie.

Les ofrecieron una mesita cerca de la barra. Henry y Effie ocuparon el banco de uno de los lados, y Max y Clara el del otro.

Alma se sentó junto a Max, lo más lejos posible de Henry. Hacía calor, así que se quitó la chaqueta de punto. Se cruzó de brazos y centró su atención en el trío. Sus hombros suaves y desnudos, su largo cuello, la delicada línea de su mandíbula, su barbilla, los labios que él apenas había besado la noche anterior... Los rasgos de Alma ya le resultaban familiares, pero al mismo

tiempo hacía tan poco que la había conocido que todavía le sorprendían. Esa peculiar organización de las formas que reconocía de repente y que hacían que ella fuese ella y nadie más... Su belleza era deslumbrante. A Henry le encantaba incluso la manera descuidada que tenía de recogerse el pelo. Se puso a estudiar el menú, que estaba impreso en una hoja suelta y avejentada, para no quedarse mirándola. Las opciones que había le dieron miedo. Calamares. Pulpo. Pez espada... Afortunadamente, también había fritura de pescado con patatas.

No mantuvieron una conversación muy animada. Se dedicaron sobre todo a mirar a los músicos. Max parecía distraído. Effie le preguntó si se encontraba bien, y él dijo que se le había ido la mano con el whisky.

—Y también con Maggie —añadió Clara con descaro.

—No pasó nada —dijo Max, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al comentario—. De lo contrario, te lo habría contado.

Effie miró a Henry poniendo una cara de lo más expresiva —«¡Uau!»—, pero no dijo nada. Max levantó la jarra de cerveza que le habían llevado y dijo que con eso recuperaría la salud. Henry también había pedido cerveza, y brindó con él haciendo chocar las jarras. Era una tradición vikinga, explicó Max: se entrechocaban las jarras para que las bebidas se desbordaran y se mezclaran un poco, y de ese modo asegurarte que tu anfitrión no te había echado veneno en la tuya.

Llegó la comida. Alma había pedido el pez espada; parecía un simple filete de pescado. Comenzó a comérselo siguiendo un ritmo constante y metódico: primero un poco de pescado, después media patata *baby*, luego un trozo de espárrago y vuelta a empezar. Siempre dejaba el plato completamente limpio. A Henry eso también le resultaba fascinante. Como Effie, que comía tan bien como cualquier otra chica sureña. Clara picoteaba de un modo más caótico. Max era minucioso pero lento.

La fritura de pescado y patatas estaba deliciosa. Bacalao fresco. Henry se lo comió todo con gran voracidad.

Clara les preguntó si querían mudarse a su casa esa misma noche, y Effie dijo que no, que todavía tenían que limpiar. Aunque Henry, añadió, sonriéndole, ya había empezado a hacerlo esa mañana.

—Eres mejor que otros hombres que yo me sé —dijo Clara.

—Tenemos que hacer la compra —dijo Max—. Hay que reponer víveres. Espero que mañana abran las tiendas.

—La de comestibles abre, eso seguro —comentó Effie.

—¿Y la licorería? —preguntó Clara.

—¿Cuánto tiempo más vamos a quedarnos aquí?

Había sido Alma quien había hecho la pregunta. Todos dejaron de comer y se volvieron hacia ella, que había pinchado un trozo de pez espada y tenía el tenedor levantado.

—No lo sé —contestó Max—. Lo que nos apetezca, supongo.

Ella asintió, volvió a centrarse en su plato y se metió el trozo de pescado en la boca.

—¿Por qué? —preguntó Max—. ¿Hay algún problema?

—No —repuso ella, cortando una patata—. Solo preguntaba.

—Porque si estás triste, o aburrida...

—No. Estoy genial.

—Aquí se está muy bien —continuó Max—. Noto que estoy pensando por primera vez desde hace siglos. A lo mejor mañana incluso me pongo a escribir.

—Querida, ya sabes que no tienes por qué quedarte si no quieres —dijo Clara, inclinándose hacia delante para ver a Alma, que estaba al otro lado de Max—. Hay un tren que va directo a Penn Station.

—Clara —la advirtió Max.

—Solo se lo digo, cariño —dijo ella, poniéndole la mano en el brazo—, por si quiere volver a casa. Alma sabe cuidarse sola.

—Te lo agradezco —contestó Alma—. Está bien saberlo. Tal vez regrese antes.

Henry tuvo que contenerse y estuvo a punto de decirle que no lo hiciera. Pero al final fue Effie la que lo hizo por él:

—Pero... ¡no puedes marcharte! Sería muy triste.

—No se va a marchar nadie —dijo Clara, soltando una risita, haciendo un gesto de indiferencia con la mano y tomándose un sorbo de su Martini—. Estáis todos atrapados aquí conmigo.

Terminaron de cenar, pidieron otra ronda —Alma bebía Coca-Cola— y estuvieron un rato escuchando música. Cuando sonó un tema muy alegre, Max, Clara y Effie se pusieron a dar palmas. Al final les llevaron la cuenta, Max pagó y, para gran alivio de Henry, Effie no protestó.

Cuando salieron, Alma dijo que quería dar un paseo hasta el promontorio, y Max no hizo nada para disuadirla. Se puso su chaqueta de punto y comenzó a alejarse de ellos por Decatur Street, hacia el paseo marítimo. Henry deseó ir con ella.

—Pobrecilla —dijo Clara—. Mi madre me enseñó que, si puedes fingir que estás contenta un rato, acabas poniéndote contenta. Y me ha sido muy útil tener esa capacidad. Podría contagiársela a ella.

—Mejor que no. —Max se rio, aunque sin mucha energía—. Quizá debería marcharse. A veces me olvido de que lo que haga ella no es asunto mío.

Regresaron a la casa de Clara poco después de las ocho. Había suficiente brandy para todos, pero la ginebra y el whisky se habían terminado.

—Mejor —dijo Max, echando la cabeza atrás, apoyándola en el respaldo de la butaca y cerrando los ojos—, estoy al borde de la muerte.

Effie contestó que ella también. Esa noche iban a tener que irse a la cama temprano.

—Nunca se duerme tan bien como cuando una está enferma —comentó Clara.

—Pero los sueños son muy raros —dijo Effie.

—Dios, es verdad. Qué sueños.

En cuanto Effie se puso cómoda debajo de las mantas, cayó dormida y desapareció en sus extraños sueños. Henry cogió la lámpara de queroseno y volvió al piso de abajo. Todavía no eran ni las diez.

Al día siguiente por la noche se trasladarían a casa de Clara, y cuando todo el mundo se hubiera ido a dormir, él se quedaría despierto, esperándola el tiempo que fuese necesario, y podrían hablar. Pero eso le parecía insoportablemente remoto. No lograría soportar otro día como aquel, con Alma ignorándolo y odiándolo de aquel modo. Se tumbó en el sofá y se quedó mirando el techo. Ya no más Boswell. No tenía ganas de leer nada. Apagó la lámpara y salió al porche delantero. Estaba inquieto. La luna brillaba débilmente muy cerca ya del horizonte. Henry podía distinguir las casas que había al otro lado de la calle, pero la de Clara se hallaba inmersa entre la penumbra. Iba descalzo, aunque no se había quitado la camisa ni los pantalones, y tuvo un fugaz impulso de volver allí de inmediato, esconderse entre los arbustos y quedarse agachado, acechándola. En vez de eso, se sentó en el porche. Si veía una luz allí, tal vez iría. O a lo mejor veía a Alma pasando sigilosamente por la acera, como un gato negro en plena noche.

Entonces pensó en otra posibilidad. Se puso de pie, bajó a la acera y miró calle abajo, hacia la mansión victoriana. Distinguió su torre puntiaguda y la galería cubierta del segundo piso. Y en una de las ventanas, un resplandor muy tenue.

Se dirigió hacia allí sin pensárselo dos veces. Solo tres casas lo separaban de ella. Cuando llegó, vio que la luz procedía de la puerta de la galería por la que habían entrado aquella noche, y comenzó a subir por la escalera metálica. La rejilla de los escalones se le clavaba en los pies. Recorrió parte de la galería y abrió fácilmente la puerta. Un leve gorjeo, un breve chirrido de los goznes. Al fondo del estrecho pasillo, la gran sala de juegos estaba iluminada. Entró y cerró la puerta a su espalda; los cristales repiquetearon con fuerza. Solo cuando se dio la vuelta y empezó a recorrer el pasillo se le ocurrió que quizá Alma no estuviera allí, que quizá fuesen los dueños de la casa, que habían ido a pasar el fin de semana. Pero cuando entró en la gran sala, allí estaba ella, en el pasillo que salía hacia el otro lado, con la mano en el corazón.

—Dios mío —susurró Alma—. Casi me da un infarto.

—Lo siento —dijo él, levantando las manos—. Vi la luz encendida y pensé que serías tú.

Los dos la miraron: era una pequeña lámpara de cristal esmerilado que ella había dejado sobre una mesita auxiliar, al lado del sofá. Al final del pasillo por el que había aparecido Alma se filtraba una débil luz por una puerta abierta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella.

Henry apenas la distinguía: la línea de su hombro, un lado de su cabeza.

—No podía dormir —contestó, dando un paso hacia ella—. Vi la luz y me imaginé... Me gustaría hablar contigo.

—Deberías irte.

—Pero, Alma...

—¿De qué tenemos que hablar?

Henry pensó que ojalá pudiera ver la expresión de su rostro, porque su tono no era frío. Había en él cierta dulzura, una buena disposición... No estaba seguro, pero fue suficiente para darle ánimo.

—De lo de anoche. Lo que pasó...

—No pasó nada —lo cortó ella—. Fue un error, ya lo he entendido. No pasó y ya está. No tenemos por qué hablar de ello, por el amor de Dios.

—Alma, te lo ruego. —Se acercó un poco más a ella. Alma no se movió—. Lo... —Pensó que no debía decir que lo sentía o ella se pondría a gritar—. Anoche me comporté como un idiota —dijo finalmente—. Me refiero a después, claro. No debería haberme comportado así. Estaba... No estaba en mis cabales. Fui un imbécil.

Se quedó callado y esperó, pero ella no dijo nada.

—He estado pensando en ti todo el día —continuó—. No podía pensar en nada más. Y esta noche, en la cena... tenía tantas ganas, tantas ganas de... —¿De hacer qué? No lo sabía, no tenía palabras. Ella seguía sin decir nada—. Alma...

—Henry —dijo en voz baja—, deberías irte, de verdad.

—No quiero irme.

Ella emitió un sonido que parecía querer expresar su fastidio y su desánimo. No había nada que añadir. Henry tenía clarísimo lo que quería y no hacía falta ponerlo en palabras. Se acercó, la cogió por la cintura y tiró de ella hacia sí. Notó los brazos cruzados de Alma contra su pecho, pero, tras una mínima resistencia, los abrió y rodeó con ellos su cuello. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se abrazaron.

—Deberías pensarte muy bien lo que estás haciendo, Henry.

Él estaba temblando. La cogió por la barbilla y encontró sus labios, y Alma soltó un suspiro y pareció derrumbarse interiormente y rendirse. Henry le agarró las nalgas con una mano y la nuca con la otra. Ella le mordió el labio inferior. Él le besó la nariz, la barbilla, notó el sabor salado de su cuello, se metió en la boca el lóbulo de su oreja, aspiró el olor a sol de su pelo... Y entonces Alma se apartó, lo cogió de la mano y lo llevó por el pasillo, hacia la puerta iluminada.

Era un dormitorio. Henry lo recordaba de la primera noche que estuvieron allí. Había un viejo quinqué de hojalata sobre la mesilla, junto a una pesada cama con dosel y un grueso edredón azul,

cubierto casi por completo de vestidos. Probablemente, Alma había estado echándoles un vistazo tras sacarlos de un armario que había dejado abierto. El papel de la pared era también azul, y al otro lado de la cama había un macizo tocador de madera de roble con un espejo. Alma agarró a Henry por la parte delantera de los pantalones y tiró de él. De repente, todos sus movimientos traslucían urgencia. Le desabrochó el pantalón y le bajó la cremallera, y él le subió el vestido hasta las caderas, pero era más rápido que se desvistiera cada uno, de modo que Henry se apartó un par de pasos y se desabotonó y quitó la camisa apresuradamente, dejó caer al mismo tiempo los pantalones y los calzoncillos, saltando sobre un pie para sacar el otro, y, cuando al fin se vio libre de toda su ropa y levantó la mirada, Alma estaba desnuda, echada en la cama, apoyada en los codos, con una de las piernas colgando hacia un lado, tan hermosa que estuvo a punto de marearse. Su vello púbico, de un precioso color trigueño, formaba una V perfecta. Sus pechos, de una palidez brillante allí donde habían estado protegidos por el traje de baño, eran pequeños y apuntaban hacia arriba. En el vientre tenía una constelación de lunares, y uno de ellos, más prominente, se alzaba como un tercer pezón justo debajo de su pecho izquierdo. Eran sus secretos. Henry podría haber dado un paso atrás. Podría haber pedido perdón de nuevo y haber empezado a vestirse. Alma le habría gritado, le habría tirado el viejo quinqué y se habría incendiado toda la casa, pero él podría haber salido corriendo y haberse convencido de que seguía siendo un hombre fiel. Sin embargo, se quedó allí de pie, también desnudo, con su polla formando un ángulo con respecto a su cuerpo como si fuera un bauprés, y no había vuelta atrás. Debió de quedarse así, al borde del precipicio, durante unos largos segundos, porque al final ella levantó las rodillas, se abrió de piernas y le dijo:

—¿Vas a quedarte ahí mirando toda la noche?

Comenzó a amanecer antes de que Henry pudiera darse cuenta. Alma estaba acostada muy pegada a él, recorriendo con los dedos la suave piel de sus caderas. Habían dejado el quinqué encendido y no parecía que hubiera pasado mucho tiempo, pero de repente los cristales de las ventanas empezaron a azulear tras las persianas. Henry se incorporó un poco apoyándose en un codo. Alma se dio la vuelta para mirar hacia las ventanas.

—Es tarde —dijo ella, medio dormida—. O pronto, según se mire.

—Mierda... —masculló él, sentándose en la cama. Debían de ser por lo menos las cinco y media, quizá las seis. El reloj art decó de la pared marcaba las once y cuarto—. Mierda —repitió—. Effie se va a despertar muy pronto. Si es que no lo ha hecho ya.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre, y Alma levantó la vista, lo miró secamente y dejó de acariciarle la pantorrilla con el pie. Henry se agachó para besarla y le acarició el pelo. Le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Tengo que irme.

—No te vayas —dijo ella.

—Alma, tengo que irme.

Ella sonrió y le puso un dedo en los labios.

—Ya lo sé. No pasa nada.

Henry salió de la cama, y, mientras recogía su ropa desperdigada por todas partes y se la ponía, se preguntó con cierta indiferencia si no habría echado a perder su vida. Era muy posible que Effie estuviese despierta. Era domingo, y probablemente quisiera ir a la iglesia. Él no podría darse una ducha antes de verla, y el olor de Alma impregnaba todo su cuerpo. El aire de la habitación estaba cargado: olía a semen, olía a la vagina de Alma, olía a algo salvaje que habían hecho juntos... Y aquel olor se le había pegado a la piel como si fuera almizcle. Habían dejado la cama completamente deshecha. Los vestidos, que no se habían molestado en apartar, con toda probabilidad estarían inservibles.

Alma se dio la vuelta y se quedó boca abajo, con la cabeza apoyada en el brazo; le devolvió la sonrisa mientras Henry se subía la cremallera y se abrochaba el pantalón. Estaba posando para él: exhibía su trasero, le ofrecía un último vistazo a través del hueco en forma de estrella que se formaba entre sus muslos y sus nalgas. ¿Cómo podía dejarla siquiera por un instante? Henry se sentó al borde de la cama y acarició la suave piel y el vello que crecía en la parte baja de su espalda, el lunar que tenía entre los omoplatos... Increíblemente, notó que se estaba empalmando de nuevo. Tenía que irse.

—Yo esperaré un poco y saldré más tarde —dijo ella—. Por si pasa alguien por la calle.

Él sonrió.

—Todas las precauciones son pocas.

—¿Te veo pronto?

—Dentro de unas horas. Espero —dijo Henry, acariciándole el pelo—. Ahora vamos a vivir en la misma casa.

—Eso va a ser muy interesante.

Él le dio un largo beso en la boca y después en la cabeza, inspirando con fuerza para retener su olor. Si ocurría lo peor, tal vez no volviera a verla así nunca más. Al final, se levantó y fue hasta la puerta, y, tras mirarla por última vez, salió de la habitación.

En New Hampshire Avenue, la claridad del amanecer era total. La indiferencia que había sentido con respecto a su futuro estaba comenzando a desaparecer, ahora que regresaba a la casa de la tía Lizzie. Su despreocupación le resultaba de lo más sorprendente. Era como si estuviese buscando su propia ruina, como si quisiera que lo pillaran. Pero no quería, sabía que no. Entró en la casa y subió la escalera.

Eran poco más de las seis. Effie seguía dormida. Henry se quedó en la puerta, mirándola.

Estaba tumbada en diagonal debajo de las mantas, como si se hubiera estirado buscándolo, tratando de tocarlo, sin encontrarlo. Tal vez se hubiera levantado en algún momento, en plena noche, y hubiese ido en su busca. Imaginársela bajando lentamente la escalera, buscándolo en el salón, en el porche delantero y en el trasero, gritando su nombre —«¿Henry? Henry, amor mío, ¿dónde estás?»—, hizo que estuviera a punto de morir de amor. O de pena. Sintió un fuerte deseo de abrazarla, de decirle que todo saldría bien, como si no fuese él, sino un tercero, quien le estaba rompiendo el corazón.

Bajó al baño del segundo piso y se metió en la ducha. El rumor del agua lo tranquilizó. Estaba a salvo. Si ella se despertaba ahora, le diría que no se había podido dormir, que se había ido a dar un paseo al amanecer y que luego, como ya estaba levantado, había decidido ducharse. Apoyó la cabeza contra los azulejos y disfrutó del agua caliente que caía sobre su piel. Se puso a mear, allí de pie. Le escocía. Llevaba veinticuatro horas despierto, y lo más probable es que ya no tuviera tiempo de dormir.

Cuando regresó a la buhardilla, metió la ropa en su maleta, encima de su traje de boda completamente arrugado, y se puso los últimos calzoncillos limpios que le quedaban. Al darse la vuelta, vio que Effie estaba moviéndose. Se quedó tumbada de costado, mirándolo con los ojos entornados.

—¿Cuánto llevas levantado? —le preguntó, apartándose el pelo de la cara.

—Un ratito. No he dormido bien. ¿Tú cómo te encuentras? —preguntó Henry, mientras se sentaba en el borde de la cama y empezaba a frotarle el hombro.

—Creo que bien.

Haciendo un esfuerzo, Effie se incorporó, tosió y esbozó una mueca de dolor. Se puso la mano en el pecho, y después le sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

Para gran alivio de Henry, Effie no quiso ir a la iglesia. Jesús lo comprendería. El pastor era pésimo, y tenían muchas cosas que hacer.

—Le daremos las gracias a lo largo de todo el día —propuso Effie—. Por todo. No en voz alta, sino con el pensamiento. «Gracias, Jesús, por esta taza de café. Gracias, Jesús, por esta tostada con mantequilla...»

Y a Jesús le pareció bien, evidentemente: un poco más tarde, la radio del salón resucitó —con una emocionante música orquestal—, y se encendió la lámpara de la mesita de centro. Era un milagro.

—¡Gracias, Jesús! —gritó Henry.

Estuvieron el resto de la mañana recogiendo la casa al ritmo de la música, siguiendo las instrucciones del Rey George: pasaron la escoba y la fregona; limpiaron la encimera y quitaron el

polvo; deshicieron la cama y dejaron las sábanas en el cesto de la ropa sucia; tiraron a la basura los alimentos perecederos... Después Effie se dio una ducha y se vistió. Hicieron las maletas y las bajaron al salón. Para evitar una crisis diplomática a gran escala, Effie dijo que deberían intentar reponer las botellas que se habían bebido. Por tanto, después de almorzar un sándwich, partieron rumbo a la licorería para ver si estaba abierta.

Era otro día precioso, y Henry también se lo agradeció a Jesús. Como de costumbre, cogieron el camino largo en dirección al centro del pueblo, el que bajaba por el paseo marítimo, e inexplicablemente Henry sintió que tenía ganas de gritar de alegría. Tal vez era por la música, tal vez por el mar eterno que tenía al lado, tal vez por lo vivo e indestructible que se sentía, ahora que había evitado la ruina total. La noche pasada seguía presente en su sistema nervioso, en su piel. Latía al rojo vivo. Y el día y la noche por venir vibraban ya con sus promesas. No estaba en absoluto cansado, y el fluir del tiempo era lo único que le parecía extraño: le resultaba incomprensible el hecho de que, solo seis horas atrás, hubiera estado con Alma en aquel dormitorio azul, y que ese momento formara parte de un continuo en el que también estaba la cena en El Lobo de Mar y aquella tarde luminosa, clara, perfecta, en la que las olas rompían contra la costa una y otra vez, como un metrónomo. El secreto de la vida se hallaba oculto, pensó Henry, porque no podíamos estar despiertos para contemplarla en todos sus momentos. Si podías renunciar a dormir durante un rato y observar el discurrir de la vida sin interrupciones, se te revelaba algo esencial. Pero solo podías atisbarlo un instante, porque al final el velo volvía a descender: tenías que dormir. Deseó no tener que dormir nunca.

La licorería estaba abierta. Compraron una botella de Cutty Sark, una de Remington y dos de ginebra Beefeater (una para el tío George y otra para Clara). Quizá al final Effie tuviera que pedirle a su padre que les enviara un poco de dinero. El dependiente les dio una caja para llevarlas.

—¡Menuda fiesta! —dijo.

Cuando regresaron a la casa, cerraron todas las ventanas con pestillo y la puerta con llave. Luego dejaron el llavero en una maceta colgante en la que había un helecho muerto.

—Adiós, casita —dijo Effie desde la acera—. Supongo que no volveré a verte jamás.

—Volveremos —dijo Henry—. Algún verano.

—Tal vez.

Entraron en casa de Clara y dejaron las maletas en el vestíbulo. No había nadie en el salón. Todas las ventanas y puertas estaban abiertas, con lo cual había corrientes de aire por doquier, y en el tocadiscos sonaba de música clásica.

—Ya estamos aquí —dijo Effie.

—¡Queridos míos! —gritó Clara desde el piso de arriba.

Entonces Henry la vio —a Alma—, fuera, junto a la piscina, recostada en una tumbona con su

traje de baño blanco y sus gafas de sol, leyendo una revista. Cuando se acercó a la puerta del jardín, ella lo miró brevemente, apretó un poco los labios —en una vaguísima sonrisa— y continuó leyendo.

Domingo, lunes, martes, miércoles: los días pasaban en medio de la confusión. Las horas se comportaban de una manera extraña. Henry apenas dormía; de vez en cuando, caía en un sueño breve y profundo. Echaba la cabeza hacia atrás, en cualquier sitio, y cerraba los ojos, y entonces el tiempo desaparecía hasta que alguien, Effie, por lo general, se ponía a sacudirlo para que despertara, riéndose de él. Henry se levantaba de un salto y se reincorporaba a lo que fuera que estuvieran haciendo: otro paseo por el pueblo u otra excursión en barco; tomar otra copa; comer en otro restaurante; jugar a otro juego... Tal vez estuviera comportándose de una manera un poco extraña, pero nadie parecía notarlo. Todos se habían dejado llevar por una especie de encantamiento. Se pasaban el día bebiendo. Por la mañana, Max y Clara se dedicaban a trabajar, y esos eran los ratos más tranquilos. Effie se tumbaba junto a la piscina. Alma dormía en el piso de arriba. Henry dormitaba intermitentemente a la sombra. Por la tarde, salían a navegar. Por la noche, bailaban en el salón. Jugaban al escondite en la casa y en el jardín. Se sentaban en torno al fuego y proponían distintos juegos. Los primeros días, Effie no llegaba despierta a la medianoche: se quedaba dormida en el sofá, y Henry la despertaba y la llevaba a su habitación, donde permanecía un rato acostado a su lado, escuchando su respiración regular y esperando a que la casa se quedara en silencio. Entonces se levantaba y se escabullía de la habitación, bajaba la escalera y salía de la casa —una sombra en la noche—, para recorrer la calle hasta la mansión de los Bishop, donde lo esperaba Alma.

En todo momento tenía un único propósito, un único deseo: estar a solas con Alma. A veces le parecía que ella había vuelto a su estado anterior, porque se comportaba con total naturalidad y mostraba una gran indiferencia hacia él. Entonces se convencía de que algo había cambiado, de que ella ya estaba fuera de su alcance, y era presa del pánico: la buscaba con la mirada, tenía ganas de agarrarla con fuerza y suplicarle en voz alta que le diera alguna señal, y después se despreciaba y se avergonzaba de sí mismo. Pero luego Alma tenía algún pequeño gesto con él —lo rozaba al pasar, le sonreía, le decía «Hola» con cierto tono—, y aquel gesto lo mantenía animado durante horas. El secreto que compartían era casi tan dulce como el gesto en sí. Le encantaba verla junto a los demás, ignorándolo. Le encantaba verla vestida y saber que, al cabo de

unas horas, iba a desnudarla.

Casi todos los días salían a navegar en el *Mistral*, incluso cuando amenazaba lluvia. Clara los llevaba en busca del viento, y el barco surcaba las olas alzándose y descendiendo con ellas. Alma se quedaba en la cubierta, sujetándose al mástil, haciendo frente a los elementos. El mar de color gris pizarra, unas nubes bajas que bogaban por el cielo a toda velocidad... Sus bronceadas piernas estaban en tensión para mantener el equilibrio. El pelo, suelto, le azotaba la espalda.

Ahora las velas estaban arriadas, había vuelto a salir el sol y la embarcación se mecía con parsimonia. La cesta de picnic, ginebra, hielo comprado en el puerto deportivo. Fresas, uvas y queso fresco. Henry estaba sentado con la espalda contra el mamparo, y Effie apoyaba la cabeza en su regazo. Alma se hallaba sentada en la cubierta, por encima de ellos, y sus piernas colgaban junto a Henry. Cuando nadie miraba, ella le acariciaba el brazo con los dedos de los pies.

En la lonja del puerto deportivo, Alma se puso a su lado frente al acuario de las langostas y comentó, como si hablara de una de ellas, que estaba completamente empapada.

Los demás no podían oírla; estaban al lado de la balanza. Muy cerca de ellos un empleado limpiaba el interior de un acuario vacío.

—Pensé que tenías que saberlo —dijo Alma. De puntillas, con las pantorrillas en tensión, miraba el agua que se agitaba en el acuario—. Cada vez que te miro, me noto húmeda.

—Me la estás poniendo dura.

—Déjame ver —dijo ella.

Él se rio y miró alrededor. Nadie les prestaba atención.

—Solo un vistazo rápido —insistió ella—. Vamos.

Y entonces él metió el dedo bajo el elástico de su bañador y tiró hacia afuera y hacia abajo, mostrándosela un instante, y ella sonrió al verla y lo dejó ahí, junto al acuario, contemplando las langostas hasta que se le pasara la excitación.

Max frió unas vieiras para cenar y comieron fuera, en el jardín, mientras el sol se ocultaba. Alma se había duchado y se había puesto su vestido verde, el que le había prestado a Effie. Se sentó lejos de él, fuera de su alcance. Henry notó que una mano se posaba en su pierna —la de Effie—, pero ella estaba mirando a Max y riéndose de lo que este decía. Ya se encontraba mucho mejor. Era gracias a la ginebra, según aseguraba ella. Una uva cayó sobre las baldosas, y Clara la cogió con un pie y se la acercó a Max a la boca para que se la comiera.

Después se pusieron a jugar al escondite. Fue idea de Max. Clara dijo que era un juego de lo más bobo, pero ahora le tocaba a ella, y los demás se dispersaron por toda la casa y el jardín mientras ella metía la cabeza en un armario y contaba hasta cincuenta. Henry salió y Alma lo siguió a cierta distancia. Se escondió detrás de unos cinamomos y la llamó desde ahí. Solo quería robarle un beso, tal vez meterle mano fugazmente bajo el vestido, pero ella se arrodilló y le bajó el bañador hasta los tobillos, y mientras su cabeza subía y bajaba junto a las ingles de él, que le

acariciaba el pelo húmedo, Henry veía a Clara a través de las ventanas del salón, buscándolos, y luego la vio salir al jardín y ponerse a inspeccionar entre los matorrales que había al otro extremo —«¡Por Dios, ¿dónde se habrán metido!»— y tuvo que morderse el labio para no hacer ningún ruido.

Más tarde, Alma se instaló en el lugar acostumbrado, junto al fuego, absorta en un libro de historias de monstruos marinos. Aún tenía restos de tierra en las rodillas. Max les estaba tirando las cartas del tarot a Effie y a Clara. Había encontrado una baraja en un cajón lleno de cachivaches y se lo estaba inventando todo, pero Effie parecía fascinada.

—No te preocupes —le dijo Max—. No significa la muerte. No necesariamente. Significa... podría significar un nuevo comienzo...

Al cabo de un rato, Alma se levantó y salió al jardín. Ya no iba a volver. Effie se envolvió en la manta de ganchillo. Acababan de dar las once. Muy pronto se acostaría.

Pero no lo bastante pronto. A Henry nunca le parecía lo bastante pronto. La noche del lunes no pudo salir hasta casi la una de la madrugada, y en cuanto estuvo fuera, echó a correr calle abajo hacia Alma, hacia su Alma.

La mansión de los Bishop era toda para ellos. Alma dejaba abierta la puerta principal, y él entraba e iba avanzando a tientas por las estancias oscuras, hasta que un destello de luz lo llevaba a ella. Siempre la encontraba examinando algún objeto curioso —un juego de muñecas rusas, una colección de abanicos barnizados, una de esas cajas sorpresa de las que sale un payaso, pero que no se podía abrir...—, y al principio siempre fingía que no sentía ningún interés por él.

—A lo mejor es una broma —dijo, agitando la caja sorpresa—. No se oye nada, creo que está vacía.

Qué le importaba a él aquella caja. Le dio un beso en la nuca, recorrió los lados de su cuerpo con las manos y comenzó a subirle el vestido verde. Alma se volvió hacia Henry.

—Creía que no ibas a venir nunca.

—Creía que no se iban a acostar nunca.

Se echaron sobre la alfombra, quitándose la ropa mutuamente. No se tomó la molestia de quitarle el vestido, solo las bragas, y ella solo los calzoncillos a él. Alma lo atrapó con las piernas y lo atrajo hacia su interior, disfrutando de ese gozoso primer momento de la penetración. Henry se corrió rápidamente, para quitarse eso de encima. Tenían un montón de horas por delante.

Ya habían estrenado la sala de juegos, la encimera de la cocina, todos los dormitorios... La primera noche, en el dormitorio azul, ella le había enseñado el término *coitus interruptus*, que era, según le explicó, como se decía en latín «marcha atrás». Y entonces él había hecho marcha atrás y se había masturbado, arrojando una pequeña lluvia sobre las nalgas y los muslos de ella. Habían dejado manchas en el sofá, en los almohadones, en las sábanas, hasta que él se había quedado agotado. Pero el deseo que sentía por ella era insaciable. Le besó todos y cada uno de

los lunares. Olfateó los aromas de todas sus oquedades, un ligero olor a cebolla y a talco para bebé. Le chupó los dedos de los pies (ella no era tan sensible a las cosquillas como él). Le separó las piernas y se puso a devorarla. Ella era más esbelta, menos rotunda que Effie. Le metió la lengua todo lo que pudo, notando un sabor ácido como el de una ciruela, hasta que ella se abrió con los dedos y dio unos golpecitos en un tiernísimo bulbo, del tamaño de un perdigón, que estaba acurrucado en una capucha de piel de lo más delicada, y le dijo que ahí era donde estaba el tesoro. Y cuando Henry empezó a jugar con él, ella gimoteó y arqueó la espalda, diciéndole más fuerte, más suave, hasta que soltó un grito y se estremeció y le apretó la cabeza entre las piernas.

Recorrieron la casa inspeccionándolo todo. Ella, al menos. Él no podía quitarle las manos de encima. Cuando ella revisaba los cajones de la cocina, le colocó el pene entre las nalgas y le aferró los pechos con ambas manos. Le dijo una y otra vez cuánto la deseaba, lo guapa que era, que no quería que aquellas noches acabaran nunca. Eran las mejores noches de su vida, dijo. Ella le dijo que le encantaban sus manos, la forma en que la tocaba, que le encantaban las marcas del bronceado que tenía en el cuello y en los brazos, que le encantaban su pecho y su vientre y la línea de vello de debajo del ombligo, que le encantaban su voz, su acento, la forma en que pronunciaba su nombre —«Olma»—, un nombre que ella siempre había odiado hasta entonces.

—Aulma —intentó imitarlo, pero no le salió bien—. Dilo.

—Alma —dijo él, apartándole el pelo, besándole la nuca—. Alma, Alma, Alma. —Tenía una nueva erección, y apretaba el miembro contra el cuerpo de ella.

Utilizaron las zanahorias baby que encontraron en la nevera, el bote de mermelada de fresa, los melocotones en almíbar. Se untaron completamente con aceite de oliva. Sus rodillas resbalaban sobre el suelo de linóleo y acabaron cayéndose, muertos de risa. En el comedor, Henry hizo que ella se inclinara apoyándose en el aparador y, ya lubricada, se la metió al estilo griego, como lo había llamado ella la primera vez, cuando él le había preguntado si le apetecía así. («Te dejo que lo hagas, si es a lo que te refieres.») Un rayo de luz cayó sobre ellos procedente de la cocina, y él le separó las nalgas y observó el círculo morado que había en torno a su polla. Los músculos de ella palpitaron. Ella le cogió la mano y se la puso delante, para que él la acariciara donde más le gustaba. Él se la sacaba casi del todo, deteniéndose al borde del círculo, y después volvía a empezar despacio. Ella comenzó a excitarse de nuevo. Gimió. Él se sintió como un dios. Alma empezó a tocarse, y apretó los dedos de él contra los suyos. Y cuando Henry se corrió, empujó con fuerza en el interior de ella, haciendo que repiquetearan los decantadores del aparador, y el orgasmo fue una larga onda que se elevó lentamente, lentamente, hasta una altura insoportable, y después lentamente, lentamente, desapareció.

Ella fue al salón, puso un disco de Andrews Sisters y empezó a bailar por toda la habitación al ritmo de «Rum and Coca-Cola», moviendo por el aire su melena aceitada como una ninfa

resplandeciente, mientras él la contemplaba desde el sofá, acariciándose para intentar empalmarse de nuevo. Se sentía dolorido y exhausto. Ella cantaba y desafinaba —su voz era demasiado grave para aquella melodía—, pero el siguiente tema le iba mejor: «Bei mir bist du schön». Una melodía sombría, como de barrio rojo, en una tonalidad menor y con un tempo no muy rápido. Alma se lanzó contra el enorme oso que había junto a la estantería. Henry le hizo señas para que se acercara, y ella lo hizo y tiró de él hasta tumbarlo sobre la alfombra. Se le sentó a horcajadas en la cabeza y se inclinó para chupársela. Siempre era capaz de resucitarlo. Él hundió su rostro entre las piernas de ella, disfrutando de aquel aroma oscuro que tanto amaba.

Entonces las ventanas empezaron a destacar en la penumbra, y de repente —el amanecer siempre parecía llegar de repente— era la hora de irse.

Estaban acostados en la alfombra, sobre un edredón que habían extendido, y, apoyados en unos almohadones, exploraban mutuamente sus cuerpos. No había zonas prohibidas. Ahora Henry conocía partes de su cuerpo que ni siquiera ella conocía. Él tampoco le ocultaba nada, o casi nada. Le daba vergüenza tener callos en los pies y trataba de ocultárselos a ella. Y se puso tenso cuando los dedos de Alma empezaron a introducirse entre sus nalgas.

—Di mi nombre —le susurró ella, tirándole de los pelos de la axila, y él pronunció su nombre, y ella le sonrió y lo besó—. Ahora dime que me quieres.

Henry se sobresaltó, pero le resultó fácil complacerla, porque realmente la quería, pensó. Había estado toda la noche a punto de decirlo, a punto de expresar la necesidad absoluta que sentía por ella.

—Te quiero —dijo, y le pasó la mano por el vientre y los pechos, le acarició la barbilla y los labios y la besó—. Alma, Alma, te quiero. Te quiero. Te quiero...

Se ducharon juntos en el baño de arriba, frotándose la piel mutuamente con un jabón que olía a lavanda. No era como el que había en casa de Clara, pero tenía un olor muy suave, y él esperaba que, si Effie lo olía, no despertara sospechas. Alma apoyó la frente sobre su hombro mientras el agua caliente caía sobre ellos. A Henry le encantaban los largos dedos de Alma, sus finos tobillos y las lozanas venas que los cruzaban. Le encantaban sus pantorrillas, sus muslos, sus rodillas. Le encantaba la leve curva de sus caderas, le encantaba su ombligo, le encantaban sus costillas, le encantaban todos sus lunares y todas sus pecas, le encantaban sus pequeños pechos, los pezones, más pálidos que los de Effie, que se elevaban un centímetro en respuesta a algún estímulo, como ahora. Le encantaban sus pequeños lóbulos pegados a la cara, le encantaba su pelo mojado a la altura de las sienes, le encantaba cómo le olía la cabeza, le encantaba la calidez de su cuerpo cuando la penetraba. Henry no se planteó qué significaba aquello, solo pensó que le encantaban todas y cada una de las partes del cuerpo de Alma.

Martes por la mañana, las siete en punto. Cielo azul, fresca brisa otoñal. Esta vez se la había jugado. Pero solo había salido a dar un paseo, y para demostrar que no tenía nada que ocultar, entró tranquilamente por la puerta principal dejando que la mosquitera se cerrara con fuerza y con un sonoro chasquido a su espalda.

Effie apareció en la puerta de la cocina con una espátula en la mano.

—Ah, ya estás aquí —dijo, frunciendo el ceño. Ya estaba vestida y duchada, y se la veía radiante. Los días previos no se había levantado hasta las nueve, pero era evidente que ya se encontraba mejor—. Dios, Henry, ¿a qué hora te levantas para darte esos paseos?

Él le explicó que se debía a su maldito insomnio. Se acercó a ella y le dio un beso en la cabeza, y en ese instante se sintió ruin y despreciable.

—He estado dando vueltas toda la noche.

Ella no parecía satisfecha.

—¿Qué te pasa?

—Nada —dijo él—. No lo sé. A veces me pongo así.

Si ella sospechaba que se traía algo entre manos, no se lo dijo. Y eso lo sorprendió mucho porque él se sentía rebosante de culpa, y le parecía que esa culpa desprendía un olor salvaje. Pero si uno no está buscando señales, supuso, no las ve. Effie le dijo que estaba preparando unos huevos y le preguntó si quería. Él contestó que sí. Y café, se moría por un café. Se metió en la cocina con ella y, mientras Effie terminaba de hacer los huevos y él preparaba café, le dio miedo que Alma apareciera por la puerta principal; quizá Effie la oyera, y quizá eso bastase para que sospechara algo. Pero entonces empezó a sonar en el equipo de música del salón el alegre comienzo de la «Pastoral» de Beethoven, y un instante después Max entró a la cocina canturreando.

—¡Buenos días, amigos!

La música estuvo sonando durante toda la mañana. Beethoven, Strauss y la celestial «Vltava», de Bedřich Smetana. Arrullado por ella, Henry se quedó dormido en el jardín.

—Pobrecito —dijo Effie, acariciándole el pelo.

Por lo visto, Max y Clara habían decidido tomarse un día de descanso. Max se puso a limpiar la piscina, y en cuanto quitó las hojas secas de la superficie, se zambulló en ella. Clara y Effie lo imitaron, aunque el agua seguía estando verde y llena de a saber qué. Medio dormido, con la sensación de encontrarse muy lejos de ellos, Henry vio cómo salpicaban por todas partes, cómo se turnaban para tirarse desde el trampolín, cómo jugaban una partida de Marco Polo. En cierto momento se quedó frito, tras un muro de luz, sin dejar de oír sus voces ni los susurros de los árboles encima de él.

Luego, por fin, apareció Alma —Henry no tenía ni idea de qué hora era— haciendo piruetas en el jardín al compás de la «Danza del hada de azúcar». Llevaba unos pantalones cortos blancos y

una camiseta de rayas. Los pantalones hacían que sus piernas pareciesen extraordinariamente largas, como las de las pequeñas hadas del hielo de *Fantasia*. Alma le sonrió. Él, sin despertarse del todo, le devolvió la mirada.

—Hoy estás muy animada —le dijo Clara a Alma.

Max propuso que fueran en el barco hasta Atlantic City —«¿Cuánto tardaríamos? ¿Dos o tres horas?»—, pero el mar estaba picado, de modo que al cabo de una hora tuvieron que regresar a Cape May.

Aquella noche, después de cenar unas hamburguesas a la parrilla y unas patatas al horno, mientras jugaban a los dados en el jardín, Effie le metió la mano entre las piernas, discretamente, y se inclinó hacia él y lo besó en el cuello. La mirada de Henry y la de Alma, que estaba sentada enfrente, se encontraron. ¿Qué podía hacer? Le apartó la mano a Effie y le murmuró al oído:

—Eh, tú.

—¿Qué? —dijo ella.

Él le dio un beso en la sien.

—Deja eso para más tarde.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Un rato después, pasadas las diez, Alma se marchó.

Y luego dieron las once, y llegó la medianoche, y la una de la madrugada. Henry miraba el reloj que había encima de la barra. Bebía muy poco a poco, intentando mantenerse sobrio. Los demás se emborracharon.

Estaban jugando a la copa del rey, uno de esos juegos de cartas que empujan a los participantes a beber. Fue idea de Effie; solían jugar al rey en el instituto cuando conseguían unas cervezas. Cada carta tenía su regla: «Si sale un as, bebo más», «Si sale un dos, bebéis vos», «Si sale una reina, beben las chicas»... En realidad, se inventaron casi todas las reglas. Si alguien sacaba una sota, tenía que quitarse una prenda. Esta regla se la inventó Max, y luego fue y sacó una sota, pero solo llevaba el bañador. A Effie la coincidencia le pareció divertidísima. Clara le pasó la manta de ganchillo y Max se la puso en el regazo, se quitó el bañador y lo tiró al suelo. La siguiente en sacar una sota fue Effie, que se limitó a quitarse el anillo de boda. («Lo siento, cariño».) Estuvieron debatiendo un buen rato si el anillo contaba o no, pero un poco más tarde Effie sacó otra sota, gritó «¡No!» y, riéndose, les dio la espalda y se quitó las bragas, las levantó en el aire para que Max y Clara las vieran —Henry se rio con incomodidad, sin saber muy bien cómo se sentía al respecto— y las tiró al sofá. Cuando Clara sacó la última sota, se quitó el vestido y se quedó jugando en ropa interior. Se hallaba a la derecha de Henry, sentada de rodillas con las piernas metidas debajo del cuerpo, grande, blanca y suave como la masa del pan, y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse mirándola boquiabierto. Se encontraba distraído,

excitado y de mal humor, además de un poco mareado pese a sus intentos de no emborracharse. Con cada minuto que pasaba se sentía más alarmado, porque Alma estaba esperándolo, y al mismo tiempo deseaba que hubiera otra sota en la baraja para que Clara pudiera sacarla. El deseo engendraba deseo. Quería follarse a todo el mundo. Se estaba volviendo loco.

Cuando al fin terminaron de jugar, Henry ayudó a Effie a subir la escalera, que iba tambaleándose a causa del alcohol, con las bragas en la mano. Se tumbaron en la cama, a oscuras, y ella se lanzó sobre él y comenzó a cubrirlo de besos, a arañarlo, a intentar bajarle los pantalones. Nunca la había visto en semejante estado. No habían hecho el amor desde hacía casi una semana. Effie era suave y redondeada y blanda, y él penetró en ella, y el orgasmo fue como el sol abriéndose paso entre las nubes.

Effie soltó un gemido junto a su cuello.

—Me ha encantado —dijo, y se quedó dormida al instante.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Tendría que haber estado agotado, pero se sentía completamente despierto. Eran casi las tres de la madrugada. Alma lo esperaba.

Salió a la calle, a la negrura de una noche nubosa, y bajó corriendo por New Hampshire Avenue.

Ella estaba subida en un taburete, en el salón, mirando una fila de figuritas de marfil que había en un estante alto: un diablo, una mujer con unos pechos enormes, un tigre... Cuando él entró, lo ignoró por completo.

—Alma... Dios, Alma, por fin. No he podido escaparme hasta ahora. Ha sido una tortura. —Le acarició las piernas y pegó la cara a la parte trasera de sus pantalones cortos—. He venido en cuanto he podido. —Intentó desabrochárselos desde atrás, pero ella lo detuvo, se bajó del taburete y se volvió hacia él.

—Esta noche has estado con ella, ¿verdad? —le preguntó.

Había llegado demasiado tarde. Lo sabía.

—He estado con todos —dijo—. Estuvimos haciendo el idiota con un juego de cartas de lo más absurdo.

—Me refiero a ella, a Effie. Has estado con ella antes de venir.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. No esperó a que le respondiera. Se dirigió a la barra, y cogió un vaso de whisky que ya se había servido, lo que no era algo muy habitual en ella.

—Alma —dijo Henry, acercándose—, ¿qué te pasa?

—¿Lo hacéis todas las noches?

—No —contestó él, tratando de abrazarla, pero ella dio un paso atrás—. No, te lo juro. Hoy ha sido la primera vez. No he podido...

—Lo sabía. —Alma se rio y se dio media vuelta, dejó el vaso y se dirigió al sofá—. No me extraña que hayas llegado tan tarde. Te la has follado. Y ahora esperas follarme a mí. Dos chicas

en una noche. Cuánto coño, ¿verdad?

—¿Y qué se supone que debía hacer? Es mi esposa, por el amor de Dios. No puedo rechazarla.

—Claro que puedes. —Volvió a reírse—. Al menos te habrás lavado bien antes de venir, ¿no?

Henry no sabía qué decir. ¿Por qué le hablaba así? Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—He venido lo más rápido que he podido. Solo te deseo a ti. No puedo pensar en nada más que en ti. Te adoro.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—¿Qué? Te quiero a ti. Solo a ti.

—Muy bien, pero ¿qué vas a hacer? ¿Qué va a pasar? ¿Vas a dejarla?

La pregunta lo dejó helado. La soltó y se apartó un poco de ella. Desde luego que no iba a abandonar a Effie. Esa idea nunca se le había pasado por la cabeza. Aunque lo cierto es que no se le había pasado nada por la cabeza. Al menos nada que no fuera estar a solas con Alma, tocarla, poseerla. No había pensado en el futuro ni por un momento. Que ella lo hiciera lo dejó perplejo.

—No lo sé —dijo.

Alma se quedó mirándolo, cruzada de brazos, esperando que dijera algo más.

—No sé nada —añadió él—. Solo sé que te deseo.

—No puedes tenerlo todo. No puedes disfrutar de esto gratis. Tienes que darme algo.

—¿Qué puedo darte? ¿Qué es lo que quieres? Te daría cualquier cosa que me pidieras.

Henry sabía que eso no era cierto. Estaba siendo muy imprudente.

—Pues quiero que no estés con ella —dijo Alma—. Si estás conmigo, no estés también con ella.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—No lo sé. Di que te encuentras mal. Di que no estás de humor. Pero no estés con ella.

—Alma, tienes que ser razonable...

—No vuelvas a estar con ella, Henry, o no vuelvas a tocarme. Hoy habéis estado coqueteando delante de mí, burlándoos de mí.

—Eso no es verdad.

—Claro que es verdad. ¿Tienes la menor idea de cómo me he sentido? Casi me vuelvo loca, Henry. Y luego debo estar aquí cuatro horas esperando, imaginándome cómo te la estás follando, y no lo puedo soportar. Eres mío. En este momento, eres mío, Henry. No suyo.

Henry vio con sorpresa que Alma tenía lágrimas en los ojos. Estaba perplejo. Tardó un momento en recomponerse.

—¿Me estás pidiendo que la deje?

Ella se enjugó los ojos con los dedos y suspiró.

—No... —dijo—. No lo sé. Estoy loca, sé que estoy loca.

Henry sintió un intenso arrebato de ternura. Le cogió los brazos.

—Alma, lo siento. No quería hacerte daño. Te quiero. —Le acarició el pelo—. No volveré a estar con ella —declaró, sin pensar en lo que estaba diciendo, pero con sinceridad—. No volveré a estar con ella. Solo me importas tú, Alma, tú eres lo único que me importa. Te quiero. —La abrazó y comenzó a besarla hasta que, al fin, ella descruzó los brazos y lo abrazó a él—. Te quiero —repitió—. Te quiero... —Y luego añadió—: Alma, ¿me oyes? ¿Tú también me quieres?

—Sí —dijo ella en voz baja.

—Dímelo.

—Te quiero.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero, Henry.

El amanecer los sorprendió en lo alto de la torre, acostados en el suelo junto a una cama pequeña, sobre una alfombra acolchada hecha con retales dispuestos al azar, sin un diseño perceptible. A su lado una lámpara de pie iluminaba la habitación. Se habían pasado la mayor parte de la noche hablando, tumbados uno contra el otro, acariciándose. Ella le contó que lo había deseado desde el primer día que habían salido a navegar, cuando lo había visto sin camisa, con esos músculos que eran el resultado, sin duda, del trabajo duro. Y cuando hablaba, ese acento que tenía... hacía que ella se derritiera. Se podía imaginar compartiendo su vida con él en algún sitio, y el sonido de su voz siempre la haría sentirse segura. Él también la había deseado aquel día, dijo, cuando ella se había quedado en traje de baño y tumbado en la cubierta. No había podido quitarle los ojos de encima en toda la tarde. Ella se había dado cuenta de que él la miraba, dijo Alma, y siempre se colocaba de manera que él pudiera verle fácilmente las piernas y el culo —Henry dijo que se había percatado—, y después de la noche que habían pasado sin dormir, hablando, dijo ella, supo que acabaría por ser suyo.

—Estás muy segura de ti misma, ¿verdad? —dijo él—. Estoy en mi luna de miel, ¿entiendes? Solo un hombre sin escrúpulos podría...

—Normalmente no me siento tan segura —lo cortó ella—. Pero contigo, lo supe. Como si estuviera escrito.

Hablaron de cómo sería escaparse juntos, y de adónde irían. A todas partes. A Hawái, a Sudáfrica, a la India, a Papúa Nueva Guinea... Ella necesitaba el mar. A él también le encantaba el mar. Alma dijo que Max le daría dinero; sabía cómo sacárselo. No tendrían que trabajar. Simplemente se dedicarían a comer y a beber, a follar y a dormir. Y luego se establecerían en algún sitio, en algún sitio bonito y seguro. No hablaban en serio —Henry no pensaba que estuvieran hablando en serio—, era solo una conversación frívola, pero aun así el tema le resultaba muy excitante.

—Ojalá. Ojalá pudiera hacerlo —dijo, y ella no contestó.

Alma estaba acurrucada entre las piernas de Henry, con la cabeza apoyada en su muslo, y le pasaba el dedo por el pene, devolviéndole la vida, hasta que estuvo tieso. Le tocó una heridita — él hizo un gesto de dolor— y le pidió perdón. Henry le enseñó dónde le dolía: una pequeña zona en carne viva. Ella la examinó con mucha atención y se la besó. Le acarició los testículos. Él le contó lo de la raíz de la palabra: «testificar». Ella se rio, los levantó delicadamente acercándoselos a la nariz e inspiró hondo. Olían a masa para hacer tortitas, dijo.

Se quedaron un rato en silencio, y luego Alma preguntó:

—¿Qué cosas te hace?

—¿Qué?

—Effie. —Le tiró con suavidad de los pelos—. ¿Qué es lo más loco que habéis hecho juntos?

—¿Por qué quieres saber eso?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, pero quiero saberlo.

Se incorporó y se sentó a horcajadas sobre él, lo hizo entrar en ella, comenzó a mecerse, moviendo las caderas. Fuera había cada vez más luz. A él no le importó. La cogió por las caderas y le habló de la noche en la que habían salido a caminar por la calle, desnudos. Y le contó que les había parecido verla de lejos, andando por el paseo marítimo, y que se había excitado al verla. Ella le sonrió y le cogió la mano, la deslizó hacia la parte baja de su vientre y apretó el pulgar de Henry contra su pequeño bulbo. Él le contó que lo habían hecho en el jardín del vecino, a la luz de la luna, y que si había sido tan excitante era, en parte, porque ella podría haberlos visto. De hecho, los habría visto seguro si hubiera pasado andando por la calle. Eso era lo más loco que habían hecho, dijo.

—Nosotros vamos a hacer cosas más locas —susurró ella.

—Ya las hacemos —repuso él.

Eran casi las ocho de la mañana cuando regresó a casa de Clara, pero todo estaba en silencio. En el piso de arriba, Effie dormía profundamente. Con mucho cuidado, se metió en la cama, a su lado. Había sido sincero con Alma: sentía de verdad cuanto le había dicho, creía que podría cumplir todas las promesas que le había hecho, pero ahora, lejos de ella, junto a su mujer, se sentía perdido y asustado. Veía el presbiterio de la iglesia metodista de Signal Creek, las cintas blancas de papel crepé a ambos lados del pasillo, los bancos llenos de gente que lucía sus mejores galas. Hoke y Maynard con un aspecto de lo más extraño vestidos de traje. Su madre sentada en la primera fila, a su lado, junto al tío Carswall. El reverendo Miller sonriéndole. Nunca sería capaz de volver a mirar a la cara a ninguno de ellos. Jamás podría volver a casa. No era capaz de imaginarse a Alma allí. Tal vez dentro de muchos, muchos años.

Se quedó dormido.

Cuando se despertó, Effie se había ido. Ya era más de mediodía.

Alma estaba en el piso de abajo, con su vestido verde, leyendo. Al verlo aparecer, le sonrió.

—Mira quién está aquí. ¡Pero si sigue vivo!

Henry estaba muy confuso y lo veía todo nublado. Comenzó a bajar desde el rellano de la escalera.

—¿Dónde están los demás?

—Se han ido con el barco, como siempre.

Él no entendía nada. ¿Se habían ido? ¿Effie se había ido sin él?

—¿Por qué nadie me ha despertado?

—Lo han intentado. Pero luego Effie ha dicho que últimamente tenías un insomnio terrible, o algo así. —Se rio—. Ha dicho que quizá sería buena idea dejarte dormir.

—Pero...

No lograba salir de su confusión. Effie se había ido sin él. Con Max y Clara. Él nunca habría ido a ningún sitio sin ella.

—Ahora mismo estás adorable, ¿lo sabías?

Alma se levantó y se acercó a él, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—¿Y tú por qué no has ido con ellos?

—No me apetecía ir. O sea, ya basta de barco.

—Pero si te encanta el barco.

—Más me encantas tú.

Él le sonrió y la agarró por la cintura. Estaban solos —por fin lo entendía— y disponían de unas horas de libertad.

—Les he dicho que me quedaría aquí hasta que te despertaras. Mejor que dejarte una notita.

—Muy amable por tu parte.

—Todavía tardarán un par de horas, por lo menos. ¿Quieres que follemos?

—Me vas a matar.

—Pues morirás feliz.

Se ducharon en el baño de arriba y ella lo llevó a su habitación, que debía de ser la antigua habitación de Scott. Unos aviones de aeromodelismo colgaban del techo: reconoció un Hellcat y un Corsair. En el suelo había una maleta pequeña, vacía, y la ropa de Alma estaba desperdigada por todas partes. Reconoció todas y cada una de las prendas. No se había llevado muchas cosas.

Alma quiso dibujarlo. Cogió un bloc y un lápiz de un pequeño escritorio que había junto a la ventana y lo hizo posar recostado en los almohadones, un brazo detrás de la cabeza, una rodilla doblada y el pie de la otra pierna sobresaliendo de la cama. Ella se sentó con las piernas cruzadas en el extremo de la cama y se puso a trabajar. El sol entraba a raudales por las ventanas abiertas.

Los pechos de ella resplandecían. Por primera vez en días, él se sintió limpio y descansado. Estuvieron así, sin decir nada, un buen rato. A él le encantaba la cara de concentración de ella mientras arañaba el papel con el lápiz, y también la intensidad con que lo miraba. El pene no se quedaba quieto. Ella se rio. Le dijo que lo sujetara para mantenerlo en su sitio, donde caía de forma natural si él se tumbaba de espaldas: ligeramente inclinado hacia la derecha de su ombligo. Él se lo cogió, y entonces se le puso duro y se quedó ahí sin que fuera necesario sujetarlo. «Perfecto», dijo ella. Cuando terminó, le enseñó el dibujo, y él se quedó muy impresionado: ahí estaba, tal cual, acostado en la cama, con las piernas abiertas y expuesto por entero. Nunca lo habían dibujado antes. Y le dio vergüenza mirarse en esa postura. Le recordó a la visión que había tenido de sí mismo cuando era más joven, con el espejo de mano. Alma había plasmado incluso las marcas del bañador, las sombras, su pelo alborotado, y también los pliegues de las sábanas en los lugares donde su peso hacía que se formaran.

—Es una maravilla —dijo Henry—. De verdad. Eres increíble.

Ella parecía complacida.

—Gracias.

—Espero que no lo dejes por ahí.

Ella miró el dibujo un momento, como si estuviera valorándolo. Después cerró el bloc y lo tiró de nuevo sobre el escritorio.

—No te preocupes. Es solo para mí. Lo conservaré siempre.

Henry tiró de ella y la abrazó.

Para cuando regresaron los demás, Alma se había marchado de la casa y Henry estaba tumbado en el sofá, tapado con la manta de ganchillo, leyendo el libro de cuentos de H. P. Lovecraft.

—¡Cariño, ¿cómo estás?! —chilló Effie—. No estás enfadado porque nos hayamos ido sin ti, ¿verdad? No me ha gustado nada dejarte aquí.

No estaba enfadado en absoluto. Necesitaba dormir.

—No estoy seguro, pero tal vez me esté poniendo malo yo también.

—¡No! —Effie se sentó a su lado en el sofá, y le puso la mejilla contra la frente—. No estás nada caliente.

Henry les contó que Alma se había ido, no sabía adónde. Ellos habían pasado por el mercado de pescado y esa noche iban a cenar bacalao frito. Estaban agotados. La noche anterior se habían pasado. Hoy se irían a dormir temprano. Eso a él le sonó muy bien.

Effie estaba cansada, pero radiante.

—No deberíamos irnos nunca. ¡Quedémonos aquí para siempre!

—Esto es la isla de Circe —dijo Clara—. Y yo soy Circe.

Esa noche no se quedaron en la casa de los Bishop. Todavía era pronto —solo la una de la madrugada— y hacía una noche cálida y despejada. Henry quiso salir al aire libre, bajo las estrellas, y Alma tuvo una idea: podrían bajar a la playa y bañarse desnudos. Henry todavía no se había metido en el mar.

Dejaron la ropa tirada en el salón, allí donde había caído al desnudarse, y salieron a la calle. Cuando bajaban por New Hampshire Avenue hacia Philadelphia Avenue, igual que había hecho con Effie —parecía que hubieran pasado siglos—, Henry sintió una punzada de arrepentimiento por su traición. Había compartido con Effie aquel pequeño secreto, y ahora estaba haciendo lo mismo con otra mujer. Sin embargo, la sensación del aire en la piel era maravillosa. En esta ocasión la noche estaba más oscura y el cielo, repleto de estrellas. Llegaron a las farolas de Philadelphia Avenue y se dirigieron al mar. Atravesaron las sombras de los árboles y pasaron por zonas de la acera completamente iluminadas. Caminaban tranquilos, sin ninguna preocupación.

Beach Avenue resplandecía con las farolas, cuya luz se mezclaba con la de los semáforos y la del paseo marítimo. Manteniéndose a la sombra de un motel que había en la esquina, echaron un vistazo a la calle en ambas direcciones para asegurarse de que no había nadie. Luego cruzaron, subieron los escalones que llevaban al paseo marítimo y bajaron por una cuesta larga y empinada hasta internarse en la oscuridad de la playa.

En cuanto llegaron a ese lado del paseo marítimo, los envolvió el rumor de las olas, aunque había marea baja. Atravesaron un enorme paisaje lunar de arena blanda, seca y fresca. La oscuridad no era absoluta. Gracias a las farolas de Beach Avenue, y a las luces aún más brillantes de los hoteles lejanos, podían ver sus pálidos cuerpos, y sin embargo, hasta que estuvieron casi a su lado, no vieron un gran bote de remos medio enterrado en la arena, con las palabras CAPE MAY pintadas con letras azules en un costado. Allí la luz era traicionera. Henry veía claramente las luces del paseo, que brillaban con fuerza, y distinguía muy bien a Alma cuando estaba a su lado, pero si ella se adelantaba unos pasos, se perdía casi por completo en la oscuridad. En la playa se hallaban ocultos y a salvo. El débil brillo de la Vía Láctea se curvaba hacia el horizonte. Al final llegaron a una zona en que la arena estaba más lisa, húmeda y fría, por donde resultaba más fácil caminar, y recorrieron con rapidez la distancia que los separaba del mar.

El agua, gélida, les mojó los pies, y Alma soltó un chillido y se abrazó a Henry, pegando su cuerpo contra él. Las olas eran altas, pero no daban ningún miedo. Rompían y generaban una zona brillante en torno a ellos. Se metieron más, y la profundidad iba variando dependiendo de las olas: en un momento dado el agua le llegaba por los tobillos, pero de repente por los muslos. El mar le parecía alucinante. La primera vez que el agua le impactó en las pelotas, Henry soltó un

grito y Alma empezó a reírse y lo arrastró hacia dentro, pero entonces la ola ya se estaba retirando y solo les llegaba por las rodillas.

—Lo que tienes que hacer es zambullirte —dijo ella.

—Está helada... No puedo.

—Claro que puedes. Eres todo un hombre.

Cuando llegó la siguiente ola, Alma dio un gran salto —Henry vio un último destello de su trasero— y se lanzó de cabeza. Esa misma ola impactó contra el pecho de Henry, helándole la piel, y un instante después vio la cabeza y los hombros de Alma unos metros por delante. Avanzó con brío, tensando todos los músculos del cuerpo. Aquí el agua era un elemento completamente distinto al del arroyo de su pueblo en el que se había bañado desnudo, donde en verano era como una caricia. Allí el agua estaba domesticada, pero aquí era salvaje. La siguiente ola le dio de lleno en la cara y le hizo caer y rodar en la oscuridad, y por primera vez notó el fuerte sabor de la sal marina en la boca y en la nariz. La intensidad de aquel sabor salado lo sorprendió. Volvió a hacer pie y se levantó, y entonces se dio cuenta de que el agua apenas le llegaba por la cintura. Alma era una forma indefinida más allá de las olas que rompían delante de él.

—¡Vamos! —le gritó ella—. ¡Nada, por lo que más quieras!

—¡Estoy intentándolo!

—Sal de la zona donde rompe. Tienes que zambullirte, aquí está tranquilo.

Henry dejó que la siguiente ola impactara contra su pecho, se metió un poco más mientras el mar volvía a retirarse, y, cuando vio que se acercaba una nueva ola, se zambulló bajo ella, impulsándose hacia delante con los pies, y nadó con todas sus fuerzas contra la corriente.

Cuando emergió, el suelo había desaparecido bajo sus pies. El oleaje lo hacía elevarse y descender, y él empezó a patallar furiosamente tratando de mantenerse a flote, hasta que intentó tranquilizarse y aprendió a remontar las olas que se alzaban ante él con un estremecimiento, dando brazadas para subirse a ellas, y dejándose llevar cuando ya habían pasado. Por un instante, no logró ver a Alma. Hizo frente al mar abierto, a los miles de kilómetros de océano que tenía delante. Sobre su cabeza no había nada más que las estrellas. Y entonces la distinguió, un poco más adentro, montada en una ola, y vio que lo saludaba con la mano. Nadó hacia ella, esforzándose contra la corriente. Ya estaba sin aliento. Tenía la piel entumecida. Se puso de espaldas y empezó a patallar —nadaba más rápido de espaldas— y unos minutos después por fin consiguió alcanzarla.

—Creía que no lo conseguirías nunca —dijo ella.

—Es... —Henry se sentía como después de correr un esprint—. Es agotador.

Estaban unos veinte o treinta metros más allá de la zona donde rompían las olas. Las luces de Beach Avenue parecían mirarlos amenazadoramente.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo Alma.

—Es increíble, sí.

Le temblaba la voz, le castañeteaban los dientes, el agua salada le ardía en la nariz y la garganta. Ella le dijo que se pusiera panza arriba y recuperara el aliento, y él obedeció.

Allí el mar estaba más tranquilo. Henry empezó a mover los brazos y las piernas suavemente, y su cuerpo se deslizaba sobre las olas. Las estrellas no parecían tan lejanas: eran un parral lleno de uvas luminosas que colgaban al alcance de la mano. Cuando volvió a recuperar el aliento, dio unas brazadas y se zambulló bajo una ola.

Estuvieron flotando, zambulléndose y desplazándose en el agua, acercándose lo suficiente para verse la cara. En una de esas zambullidas, ella se topó con él y lo abrazó, entrelazando sus extremidades a las de él; su piel era escurridiza como la de una anguila, y Henry fue presa del pánico y forcejeó para liberarse. Cuando salieron a la superficie, ella se estaba riendo. Él también se rio, pero a partir de ese momento prefirió mantenerse a cierta distancia. «Aquí —pensó—, tan adentro, los elementos son una cosa muy seria.» Pensó en la resaca y los remolinos, pensó en tiburones y en calamares gigantes, pensó en los inmensos espacios que había ocultos en la oscuridad. En un instante, cualquiera de esas cosas podía borrarlo del mapa.

Alma volvió a situarse a su lado.

—Estoy haciendo pis —le dijo—. ¿Lo notas?

Se rio salvajemente. Todo le parecía exagerado.

—¡Eres asquerosa! —gritó.

—¿Te da asco? Estamos en el mar. No somos más que animales.

Él se relajó y también empezó a mear, y sintió cómo el calor se extendía por el agua que rodeaba su abdomen. Alma se lanzó sobre él y volvió a hundirlo.

La corriente los arrastraba a gran velocidad; ya estaban casi enfrente de uno de los grandes hoteles. Alma dijo que era una corriente fuerte. Ya perdería su fuerza. Podían nadar hasta la orilla, volver por la playa y meterse de nuevo en el agua. La corriente fue arrastrándolos hasta que estuvieron casi frente al centro del pueblo, y entonces se pusieron a nadar hacia la costa. Otra vez grandes olas, que cuando se acercaron a la orilla cayeron violentamente sobre ellos. Era imposible distinguirlas en la oscuridad, y una de ellas rompió contra él y lo lanzó hacia delante, envolviéndolo en un torbellino de espuma. Pero al final consiguió llegar a la playa, donde se encontró con Alma, que lo estaba esperando. Ella lo cogió de la mano y volvieron al punto de partida.

Se metieron en el mar y se dejaron llevar por la corriente una y otra vez. Una media luna inmensa, del color de una lámpara de papel, emergió por el horizonte y al ascender se fue volviendo cada vez más pequeña y brillante, proyectando un ancho río de plata sobre el océano. Las estrellas se volvieron más tenues. El cielo estaba ahora iluminado con la luna. En el agua, Henry podía ver el rostro de Alma, o sus pezones cuando ella se ponía a flotar de espaldas o

saltaba sobre las olas como una sirena. Se había acostumbrado al frío, pero el calor fue abandonando su cuerpo gradualmente, hasta que llegó un momento en que tiritaba sin parar. Aun así, no quería que aquello acabara; estaba dispuesto a morir de hipotermia.

En la orilla, ella lo abrazó, le frotó los brazos y la espalda mientras las olas rompían contra sus tobillos, y le cogió el escroto ahuecando las manos hasta que él se empezó a relajar. Se sentaron en la arena suave y húmeda, donde no llegaban las olas, y se acurrucaron muy juntos. Henry jamás había estado tan enamorado. La voz le temblaba a causa del frío y la excitación. Sus cuerpos estaban plateados. Eran ninfas del mar.

—Podríamos huir juntos y ya está —dijo él—. No tenemos por qué montar una escena. Nos vamos y ya está.

—Podríamos irnos esta noche —propuso ella.

—Esta noche no. Tenemos que prepararnos. Llevarnos algo de equipaje. Podríamos quedar en encontrarnos en la mansión mañana por la noche, como siempre.

—Ahí hay un montón de ropa y de cosas.

—Sí. Podríamos quedar allí y coger cuanto necesitemos, y después ir a la estación de tren.

—Tendremos que ir primero a Nueva York. En casa de Max hay algunas cosas que quiero recuperar.

—Yo nunca he estado en Nueva York.

—Desde allí podemos ir a cualquier parte. Podemos coger un barco rumbo a Europa, si queremos.

—No he traído tanto dinero conmigo.

—Yo tengo un poco. Y Max me daría más. Todo el que le pidiera.

—¿De verdad lo crees? O sea, ¿crees que le parecería bien?

—Le parecería divertido, supongo. Y se pondría contento de librarse de mí.

—No me puedo creer que vaya a hacer esto.

—Yo no puedo creer la suerte que tengo... Que nos hayamos encontrado.

—Te quiero, Alma. Te quiero muchísimo.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero, te quiero.

Lo cubrió de besos y Henry le acarició todo el cuerpo, temblando, y después la colocó sobre él. Cuando estaba a punto de correrse, no se retiró, sino que la penetró más profundamente, y la abrazó con fuerza notando que sus corazones latían al unísono.

Hipnotizados por el sonido de las olas, se quedaron contemplando la luna, que se iba elevando poco a poco. Empezó a soplar el viento, y las olas fueron trepando por la playa hacia ellos y les llegaron a los pies.

—Vaya —dijo Alma, incorporándose.

Henry se incorporó también para ver lo que había visto ella: una franja de luz que se extendía sobre el horizonte. Todo lo que había en torno a ellos —el brillo de la arena más allá de la línea de la marea, un puesto de socorristas cercano, el gran muelle a su derecha, los hoteles que tenían a la espalda— se volvió claramente visible.

Corrieron al agua para quitarse la arena y emprendieron el regreso por la playa. Estaban por lo menos a medio kilómetro de la parte por donde habían llegado, y mientras trotaban por la zona más blanda de la arena, el cielo se fue poniendo cada vez más brillante. Cuando llegaron a la cuesta que llevaba al paseo marítimo, a la altura de Philadelphia Avenue, el sol ya había perforado el horizonte y eran dos personas desnudas a plena luz del día. Alma se tapó con las manos los pechos y el pubis cuando cruzaron a toda prisa Beach Avenue. Henry vio los faros de un coche que se acercaba a ellos desde el centro del pueblo, y echaron a correr por Philadelphia hasta que llegaron a New Hampshire Avenue, donde se detuvieron a recuperar el aliento. Ya no había más coches. No tenían nada que temer. Hacía una mañana preciosa. Recorrieron tranquilamente el resto del camino hasta la mansión victoriana. Él la cogió de la mano. Ella le sonrió.

Eran más de las siete. Parecía imposible que hubiera pasado tanto tiempo. Effie probablemente ya estaría levantada, pero a Henry no le importaba. Se dieron una ducha caliente, y se quedaron mucho rato bajo el agua.

—Esta noche, pues, amor mío —dijo ella en el vestíbulo al despedirse de él.

—Sí. Esta noche —contestó Henry, y la besó.

—Hasta entonces va a ser una tortura.

—Ya solo quedan unas horas.

—¿De verdad vamos a hacerlo?

—Sí.

—Henry, si no vienes...

—Iré. Claro que iré. Tú espérame aquí.

Cuando llegó, los oyó riéndose en la cocina. Eran más de las nueve. Subió la escalera. La habitación de invitados ahora olía a Effie, a ese ligero aroma a cedro que siempre la envolvía y que impregnaba el hogar de los Tarleton, y que aún le recordaba a los primeros días que pasaron juntos como pareja —apenas haría un año—, cuando él solía ir a verla a su casa. Se sentó sobre la cama y se quedó mirando su maleta abierta. Effie había hecho la colada el día anterior y la había colgado en el tendedero del patio trasero, y ahora su ropa, incluso la interior, estaba toda doblada y colocada ordenadamente en la maleta. Era como si ella le hubiera preparado el equipaje para que se marchara. La delicadeza con que lo había hecho le partió el corazón. De repente, sintió náuseas. Ahora no podía pensar en eso. Cuando llegara el momento, no lo pensaría en absoluto. Simplemente se iría. Y dejaría la maleta allí.

Cuando entró en la cocina, Clara lo recibió con una sonrisa radiante:

—¡Aquí lo tenemos!

Estaban sentados los tres a la mesa, con los restos del desayuno delante de ellos.

—Supongo que no te encuentras mal —dijo Effie—, si has estado caminando por ahí.

—No, creo que estoy bien —contestó él, agachándose para besarla en la coronilla. Effie no apartó las manos de su taza de café. Henry se sentó con ellos a la mesa.

—¿Todavía no puedes dormir? —preguntó Max.

—No muy bien.

—Te puedo hacer un huevo, si quieres —le dijo Effie—. Y ahí queda un poco de beicon.

—Gracias, ahora no tengo hambre.

Le dio la impresión de que lo trataba con una ligera frialdad. Se preguntó qué podría pasarle... Qué podría saber. Pero Effie se animó enseguida, miró hacia la puerta y dijo:

—Hola, cariño.

Alma había entrado en la cocina. Rebosaba vitalidad y llevaba su vestido marrón con lunares blancos.

—Me encanta cuando me llamas «cariño» —dijo, riéndose. Cogió un trozo de beicon y apoyó los codos en la encimera de la cocina. Era evidente que estaba de buen humor—. ¿Qué vais a

hacer hoy? A ver si lo adivino: estar por aquí sin hacer nada, beber, ir a navegar...

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó Max.

—Creo que voy a marcharme.

—¿Qué dices, querida? —le preguntó Clara.

—Que creo que me vuelvo a Nueva York.

Henry se quedó de piedra. Eso no era lo que habían hablado. Ella no lo miró.

—Oh, no —dijo Effie, haciendo un mohín—, me da mucha pena.

—¿Que vas a irte? ¿Sola? —preguntó Max.

—¿Por qué no? No quiero estropearos la diversión. Vosotros seguid disfrutando.

—Alma...

—Max —dijo ella, cogiéndose ambas manos y desperezándose—. No pasa nada, todo va bien. Es solo que quiero irme a casa, nada más. Estoy bien. No te preocupes por mí.

—Pero ¿y lo que decías de que Nueva York es deprimente, de que ahí todo el mundo es feo y mezquino y nunca podrás sentirte en casa y todo ese rollo?

Alma se puso seria.

—Ahora me siento diferente. De verdad, Max, creo que este viaje me ha sentado muy bien. He tenido un montón de tiempo para pensar. Quiero volver, y a lo mejor me pongo a buscar trabajo. En alguna revista, o en una casa de moda. Tenías razón.

—Me parece estupendo, querida —dijo Clara.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó Max—. ¿Cuándo se ha producido este cambio?

—Esta semana —contestó Alma, y se señaló la sien—. Aquí dentro.

Max seguía confundido. Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Bueno, si estás tan decidida... —dijo finalmente.

—Estoy decidida. Voy a subir a hacer el equipaje. Puedo quedarme a comer.

—No estoy segura de cuándo sale el último tren —dijo Clara—. Tal vez sea mejor que vayas a la estación antes de comer.

Alma la miró serenamente.

—Yo te llevo —dijo Max.

—Puedo ir andando. No está muy lejos.

—Alma, no voy a dejar que vayas arrastrando tu maleta por todo el pueblo. Yo te llevo.

—Qué lástima que te marches —dijo Henry.

Por eso lo estaba haciendo. Ya estaba poniéndolo todo en marcha. Max la llevaría a la estación, y ella volvería andando a la mansión victoriana, donde se quedaría esperándolo, con la maleta preparada. Aun así, para Henry todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Se sintió levemente desorientado, como si él no encajara en nada de aquello. Ya estaba temblando. Apenas podía contener su excitación. Pero no hacía falta mucho para desencadenar un cataclismo; bastaría con

un acto de lo más simple. Lo único que debía hacer era salir y ponerse a andar, encontrarse con ella y seguir andando. Al amparo de la noche. Volverían a la estación y esperarían allí. Ella ya habría consultado los horarios. Llegaría el tren, subirían a él y partirían rumbo a Nueva York.

Alma bajó la escalera con su pequeña maleta. Debajo del brazo llevaba su bloc con el dibujo que le había hecho a Henry. Dejó ambas cosas al pie de la escalera. Para viajar, se había puesto tacones y medias. Se había maquillado, y de su cuello colgaba un pequeño colgante con una gema azul incrustada. Estaba guapa y tenía un aspecto muy respetable, el de una chica que Henry podría presentar a su madre.

Se despidieron. Clara le dio un abrazo rápido y Effie, uno más largo y cálido. El último a quien abrazó fue a Henry: una despedida breve y cordial.

—Espero que volvamos a vernos alguna vez—les dijo a Effie y a él.

—Si alguna vez vamos a Nueva York, ya te localizaremos. Y a tu hermano también—dijo Effie.

—Sí, por favor.

Cogió su maleta y su bloc de dibujo, y salió detrás de Max.

—¡Qué alivio!—exclamó Clara cuando ya habían salido—. Es como si hubieran pasado los nubarrones.

—Eres terrible—dijo Effie—. A mí me cae bien. Es... una chica genial.

—Muy bien.—Clara se dirigió a la barra—. No nos queda champán, pero tú eres una buena cristiana, así que a lo mejor puedes aclararme esto: ¿en qué parte de la Biblia dice que una no puede tomarse un gin-tonic antes de comer?

Henry dijo que él también quería uno. Effie dijo que fueran tres, ya que no quería quedarse al margen.

Se hicieron unos sándwiches de jamón, queso, pimiento y mayonesa, y se los comieron al lado de la piscina. Lucía el sol, pero la temperatura había caído a lo largo de la mañana, y a mediodía, por primera vez desde que estaban allí, parecía haber llegado el otoño. Como debía ser, a mediados de octubre. Cuando se terminaron los sándwiches, volvieron a entrar en la casa. Clara cerró las puertas del jardín. Max llevaba fuera más de una hora, y Henry empezó a preocuparse. Quizá Alma hubiera decidido contárselo todo y pedirle dinero antes de marcharse, y ahora se estaban peleando, y pronto aparecería Max y le daría una paliza terrible. O quizá él hubiera visto el dibujo, y eso había desencadenado la discusión...

La ginebra lo ayudaba a tranquilizarse. Se preparó otra copa, y Clara se apuntó también. Effie puso un disco de Johnny Mercer. Era de Georgia, dijo. ¿De verdad?, preguntó Clara. Effie dijo que Henry debería encender la chimenea —«Sí, sería estupendo encender la chimenea», señaló Clara—, y cuando él estaba colocando la leña, Max regresó al fin. Solo. Henry lo observó con atención. Su actitud no parecía haber cambiado en absoluto.

—¡Ah, qué bien, la chimenea! Ya empieza a hacer fresquito.

—Has tardado una eternidad —dijo Clara.

—He preferido quedarme con ella hasta que se marchara.

—No hacía falta que te quedaras allí con ella, Maxie. Ya es toda una mujer.

—Creo que es muy bonito cómo te preocupas por ella, Max —dijo Effie.

Henry fue incapaz de contenerse:

—¿Se ha subido al tren?

Era una pregunta estúpida, pero estaba desconcertado. Max le sonrió de un modo que Henry no supo interpretar.

—¿Te sorprende?

Effie también lo miraba, dulce e inexpresivamente. Lo único que parecía haber registrado era que él había dicho algo.

—Quiero decir... —repuso Henry—, ¿te has quedado esperando con ella hasta que se ha subido al tren?

—Es que está convencido de que se va a escapar con los del circo o algo así si él no la vigila —terció Clara—. Ay, Maxie...

Pasó el momento. Max se frotó las manos y preguntó si encendían o no la chimenea. Había estado conduciendo con la capota bajada como un idiota, y tenía frío. Clara dijo que también debería tomarse una copa y unirse a la fiesta.

Poco a poco, el día se fue poniendo oscuro y ventoso, pero dentro de la casa se estaba muy bien. El fuego ardía con fuerza. Ni se les ocurrió salir a navegar. Se prepararon más copas, y Henry sintió que la ginebra le proporcionaba una sensación de protección agradable y envolvente. Effie se ocupaba del tocadiscos. Estaba muy interesada por los *crooners* elegantes: Frank Sinatra, Johnny Mathis, de nuevo Johnny Mercer. Max le tomó el pelo por su mal gusto, pero a ella no le importó, era una romántica, dijo. Cada uno se instaló en su lugar habitual y se quedaron escuchando música, charlando, bebiendo y pasando el tiempo hasta la hora de la cena.

Cuantas más horas transcurrían desde que había estado con Alma, más irreal le parecía todo. Era como un sueño febril. Effie le puso los pies en el regazo y él empezó a hacerle un masaje, y ella sonrió y cerró los ojos. Él le cogió un pie, lo levantó y le dio un beso, y ella se retorció para liberarse diciendo que le hacía cosquillas.

Alma se había subido al tren, lo cual significaba que o bien iba camino de Nueva York sin él, o bien estaba intentando volver. Tal vez se hubiera bajado en la primera parada —¿Egg Harbor? ¿Atlantic City?— y estaba esperando en un andén a que pasara el primer tren de regreso, decidida, costara lo que costara, a llegar a su cita nocturna en la mansión victoriana. Max había insistido en acompañarla hasta que se fuera, por lo que ella había tenido que decidir entre subirse al tren o

contárselo todo, lo cual podría haber conducido al desastre. Sin embargo, ¿realmente habría sido tan difícil hacer que Max se marchara? Podría haberle dicho: «Max, por Dios, necesito estar sola», y él habría negado con la cabeza y la habría dejado allí. «Está bien, como quieras.» Pero se había subido al tren. Y tal vez, pensó Henry ahora, tal vez fuera porque ella tenía las mismas dudas que él —dudas que habían estado bullendo en su interior desde el principio, y que hacían que la idea de escaparse con ella resultara tan excitante— y, en cuanto se habían separado esa mañana, quizá Alma hubiera entrado en razón y comprendido que estaban haciendo una tontería, que se habían embriagado mutuamente, y hubiese decidido que la única manera de acabar con aquello era marcharse lo antes posible. Por eso había parecido tan convencida al anunciar que se iba. No era una estratagema: volvía realmente a casa.

A las seis empezaron a tener hambre, pero ya estaban bastante entonados y a nadie le apetecía cocinar. Se metieron todos en la cocina y registraron la nevera en busca de restos. Un cuenco con arroz y judías, el pollo asado del domingo, un par de hamburguesas del martes... Pan y mantequilla y ajo. Gouda ahumado y galletas saladas. Clara metió el pollo y las hamburguesas en el horno para que se calentaran, y luego lo llevaron todo a la mesita de centro del salón. Max abrió otra botella de ginebra. Effie puso un disco de Bing Crosby. Se instalaron alrededor de la mesa y comieron.

Alma iba camino a Nueva York. Se había marchado, había salido de su vida para siempre. Ahora le parecía clarísimo. Por supuesto que no iban a escaparse juntos. Lo había sabido desde el principio, y ella también. Había sido un juego enloquecido, intensamente real. Le habría gustado despedirse de ella de un modo adecuado. Pero... ¿cómo habría sido una despedida adecuada? Respetaba la forma que había tenido de marcharse, simple y limpia, sin palabras. Se había ido, pero él conservaría el vívido recuerdo de ella el resto de su vida. Sentía como si se hubiera hecho con una piedra preciosa, con algo que atesoraría y se llevaría a la tumba, y nadie más lo sabría, solo ellos dos. Le sería fiel en sus sueños. Siempre la amaría.

Pero ahora, tenía que admitirlo, se sentía a salvo. Como si hubiera logrado regresar a casa tras una tormenta aterradora.

Cuando acabó de cenar, Clara se tumbó en la alfombra, junto a la mesita de centro, y estiró los brazos y las piernas como un gato. Llevaba un vestido floreado verde y blanco, y cuando se desperezó, se le hinchó un poco el pecho y se le vio el borde superior del sujetador. Luego se incorporó y se echó hacia atrás apoyándose en las manos.

—Estoy tan, tan contenta de que estemos solos los cuatro... —dijo—. Tenía la sensación de que no podíamos ser espontáneos. Sin ánimo de ofenderla —añadió, dirigiéndose a Max.

—Ya —dijo este, sentado en la butaca—. No hablemos más de ello.

—Espero que nosotros no os estemos cohibiendo también —comentó Effie, que se hallaba

asimismo en la alfombra con Henry, apoyada contra el sofá. La mano cálida de ella reposaba sobre la pierna de él. Estaban llenos. Estaban a gusto. Henry no había tenido mucho apetito en toda la semana.

—¿Estás de broma? —exclamó Clara—. Gracias a vosotros, todo es más interesante. Ojalá no hiciera tanto frío ahí fuera. Podríamos bañarnos desnudos en la piscina.

Los sentidos de Henry se despertaron, pero Clara estaba mirando a Effie, que se encogió de hombros y contestó con indiferencia:

—Ya te lo dije, yo lo haría encantada si hiciera más calor.

—¿De verdad? —le preguntó Henry, y ella le sonrió.

—Si tú estuvieras de acuerdo... —dijo Effie—. Si tú también lo hicieras.

Clara levantó su vaso.

—Henry estaría de acuerdo. No es ningún carca.

Él se rio.

—Espero que no —dijo sin tenerlo muy claro.

—Siempre nos queda la copa del rey —propuso Max.

—Ese día fue divertido —dijo Clara—. Yo volvería a jugar.

—Podríamos añadirle un reto. El que saque el as de espadas tiene que desnudarse y tirarse a la piscina.

—De ninguna manera —dijo Effie—. Yo me negaría.

—Pues habría un castigo.

—No me importa. —Agitó los hielos de su vaso—. ¿Me lo rellenas, tesoro?

Henry dijo que por supuesto y, haciendo un esfuerzo, se puso en pie. Debería bajar el ritmo, pensó, y cogió los vasos y los llevó a la barra.

Clara también se levantó y lo acompañó. Se quedó esperando a que se sirviera la ginebra muy cerca de él, tanto que Henry pudo notar el aroma de su perfume Chanel y el calor que despedía su cuerpo.

—Espero que llueva el resto de la semana —dijo ella—. Lo único que quiero es quedarme aquí metida y olvidarme del mundo.

—Parece un buen plan.

—¿Sabes que el mundo podría acabarse ahora mismo, que podría empezar una guerra contra Rusia y no nos enteraríamos? —Clara cogió la botella de ginebra que él le ofrecía—. Supongo que algún día tendremos que volver a casa. Si es que sigue ahí, claro. Pero todavía no, aún no.

Entonces se dio cuenta, al pasarle la tónica a Clara, que no estaba seguro de qué día era —miércoles, jueves o viernes—, ni de cuánto tiempo había pasado desde que Effie y él habían llamado a sus padres.

—¿Aquí hay teléfono? —preguntó.

—¿Tienes que hacer una llamada?

—Acabo de pensar que no le hemos dado a nuestras familias ni un teléfono ni una dirección. No tienen forma de localizarnos.

Clara se rio y le puso la mano en el brazo.

—Ay, qué joven e inocente eres, Henry. No te preocupes, que aquí estáis a salvo.

—No, lo digo porque quizá estén preocupados.

—Ya los llamaremos mañana.

Volvieron a instalarse en torno a la mesita de centro para jugar de nuevo a la copa del rey. Lo de bañarse desnudos estaba descartado, porque hacía tanto viento que los cristales de las ventanas vibraban. Clara propuso una alternativa, para que la cosa fuera más emocionante: si uno sacaba un as, tenía que jugar el resto de la partida en ropa interior, como había hecho ella la otra noche. ¿Y si sacabas otro as?, preguntó Effie. Entonces, tenías que elegir quién más se desnudaba, sugirió Max. Effie se rio.

—Pues para eso podríamos jugar en paños menores desde el principio.

—No —dijo Clara—. Tiene que ocurrir de manera natural.

—Creo que este juego está amañado, Henry —le dijo Effie.

—Es una forma de divertirnos sanamente —señaló Clara—. Aquí todos somos adultos.

—Yo me apunto —dijo Henry. Se sentía expansivo y excitado, y, al mismo tiempo, emocionado y aliviado por no tener que escaparse.

El intenso recuerdo de Alma parecía haberse aposentado en un lugar lejano, desde donde ya no podía hacerle ningún daño, y tenía a su esposa a su lado —una presencia cómoda—, además de una inimaginable serie de posibilidades por delante, que ahora podría compartir con ella. Y de todas maneras, tampoco era para tanto; quedarse en ropa interior era como estar en bañador o en bikini.

Max colocó la baraja en el centro de la mesita y empezaron a jugar. Henry tenía unos reflejos malísimos. Si alguien sacaba un cuatro, todos tenían que apoyar los pulgares en el borde de la mesa, y el último en hacerlo debía beber. Henry daba sorbos minúsculos, pero la ginebra entraba con mucha facilidad. Si salía un cinco, todos tenían que levantar la mano, y esta vez fue Clara quien se distrajo.

—Mierda —dijo, y bebió un trago.

Max sacó un comodín, lo cual significaba que podía inventarse una regla sobre la marcha. Hasta que saliera el siguiente comodín, todos tenían que hablar con acento británico, dijo, y si alguien se despistaba, bebía. Para Henry, eso resultaba fácil, pues siempre se le había dado bien falsear la voz e imitar acentos, pero la idea que tenía Effie de la forma de hablar de los ingleses parecía consistir en exclusiva en empezar todas las frases con la palabra «vaya» —«Vaya, querido Max, ¿podrías darle un cigarrillo a esta chica?»—, y los demás, incluido Henry, apenas eran capaces de

contenerse. Max le ordenó a Effie que bebiera, y que volviera a beber.

—¡Pues voy a quedarme callada, maldita sea! —se quejó, con lo cual hubo de beber de nuevo.

Henry sacó el primer as —«¡Bingo!», gritó Clara con acento inglés, cosa que fue bastante impresionante— y, gruñendo, como si se sintiera intimidado, se quitó la camisa de vestir y los pantalones, lo tiró todo a su espalda y se sentó con las piernas cruzadas, sin nada más que unos boxers de color azul celeste. Effie se rio, se inclinó hacia él y lo besó. No corría peligro de tener una erección, porque estaba demasiado nervioso, pero por mucho que tratara de evitarlo, la abertura de sus calzoncillos siempre apuntaba hacia Clara. Ella, sin embargo, no parecía estar mirando; se hallaba concentrada en las cartas. Salió un cinco, Henry no levantó la mano y tuvo que beber.

Luego sacó otro as y se vio obligado a elegir. Todos lo miraron.

—¿A quién le va a tocar? —le preguntó Clara.

Effie estaba a su izquierda y Clara a su derecha, y las dos parecían bastante tensas, de modo que se decantó por Max, que se encontraba frente a él.

—Hank —dijo Max—. Nunca lo habría dicho.

Se quitó la camiseta y sus pantalones cortos caqui, quejándose en broma de que había corriente, y se levantó para echar un poco más de leña al fuego. Llevaba unos calzoncillos blancos muy ajustados que le marcaban un paquete de lo más indecente. Henry observó su fornido cuerpo de atleta como si fuera la primera vez que lo veía. Pensó que no encajaba con todo lo que habían holgazaneado y zampado en las últimas dos semanas, y supuso que en Nueva York llevaría una vida muy distinta. Mientras Max avivaba el fuego, Effie se quedó mirándolo abiertamente y se echó a reír, con las mejillas sonrosadas, pero a Henry no le molestó. La ginebra hacía que todo fluyera. Apoyándose en las manos se echó hacia atrás y abrió un poco las piernas, de modo que si alguien quería indagar en la abertura de sus calzoncillos pudiera hacerlo sin ninguna dificultad.

Effie sacó el tercer as. Llevaba uno de esos recatados vestidos que Henry le había visto varias veces en la iglesia, así que la ayudó a bajarse la cremallera de la espalda. Ella se lo subió por encima de la cintura, meneándose un poco, y, con cierto esfuerzo, se lo quitó por la cabeza.

—¡Viva! —exclamó Clara.

Effie llevaba un sujetador de cono color tostado y unas bragas a juego. Se abrazó las rodillas, pegándose al pecho, y dijo:

—No me miréis, estoy hecha una foca.

—Bebe —le dijo Max.

—Estás hecha un ángel, princesita mía —la corrigió Clara.

—Bebe tú también.

Todos menos Clara tuvieron que jugar el resto de la partida en ropa interior. Henry sacó el otro comodín y dijo que ahora hablarían como sureños.

—No es justo —dijo Max, y Henry le ordenó que bebiera.

Pero solo quedaban unas pocas cartas. Max cogió la última —el as que faltaba—, y, sin que nadie tuviera que decirle nada, Clara se llevó las manos a la espalda, comenzó a bajarse la cremallera del vestido, se soltó los tirantes y se lo quitó bajándolo por las caderas y luego por las piernas, hasta que llegó a los tobillos y lo lanzó lejos de una patada. Su ropa interior no hacía juego: sujetador blanco y bragas azules.

—¡Al fin libre! —dijo, y Henry la admiró sin reservas, contemplando su cuerpo amplio y esponjoso. Ella le sonrió—. ¿Jugamos otra vez?

—¡No! —gritó Effie—. Ya casi no puedo mantenerme en pie.

A pesar de todo, le pidió a Henry que le sirviera otra copa, y él volvió a la barra con los vasos de ambos. Max echó otro leño a la chimenea. Tenía razón, en aquel salón había corriente —Henry la notó al rellenar los vasos—, pero, en vez de vestirse, se acurrucaron cerca del fuego, que Max había avivado mucho. Clara cogió algunos almohadones del sofá y los colocó en el suelo. La música había acabado hacía rato, y Effie se levantó para poner un disco. Leyó la contraportada manteniendo la pierna izquierda levantada *en tendu*, y puso «On the Street Where You Live», de Vic Damone. Comenzó a tararear la melodía, y volvió junto a los demás extendiendo los brazos y dando unas cuantas vueltas sobre sí misma hasta que trastabilló, se echó a reír y se dejó caer en el suelo al lado de Henry. Entonces se tumbó y estiró las piernas, apoyándolas en el regazo de él, y Henry le acarició la piel desnuda. Algún que otro pelo asomaba bajo el elástico de sus bragas y él los colocó dentro. No se sintió nada incómodo. Le resultaba excitante la posibilidad de que los demás lo vieran. Ella le sonrió.

—Estoy segura de que mañana por la mañana me sentiré avergonzada de esto...

—No, princesita mía —dijo Clara. Estaba echada en el suelo cerca de ellos, de costado, de espaldas al fuego y con la cabeza apoyada en la mano—. No hay nada de lo que avergonzarse. Estamos todos juntos en esto. —Extendió la mano y recorrió el brazo de Effie con el dorso de los dedos—. Es placentero, ¿verdad?

—Muy placentero.

Cuando volvía de la barra, Max apagó la luz de la mesita auxiliar. El gran salón estaba completamente a oscuras, pero el fuego les proporcionaba calor y luz. Vic Damone dejó de cantar, y de pronto solo se oía el viento que soplaba con fuerza en el exterior y el crepitar de las llamas. Todo parecía haberse vuelto solemne. Max les estaba contando algunos problemas que tenía con su novela (el aviador estadounidense de permiso en Italia, su tórrido romance con una mujer en la Toscana), en concreto un problema de dicción: en la lengua inglesa no había palabras que pudieran captar el carácter urgente, inmediato, de sus actos y emociones. Él pensaba que era porque los anglosajones se habían distanciado muy concienzudamente de la sexualidad. Las ideas de Max tendían a volverse un tanto complejas cuando se emborrachaba, y Henry solo lo seguía en

parte. Él también estaba borracho, y al mismo tiempo alerta y despierto; el corazón le latía con fuerza y le sudaban las axilas. Effie se incorporó para dar un sorbo a su bebida. Se miró los pechos y se los colocó bien, se echó hacia atrás y pareció quedarse admirando el resplandor del fuego reflejado en sus senos.

—Ya te lo he dicho —dijo, volviéndose hacia Max—. Lo que estás escribiendo es una historia de amor.

—No —la corrigió él—. Para ellos es solo un juego. No es amor. Los dos están traumatizados, ¿sabes? Por la guerra. Están tratando de olvidar quiénes son. A lo que quiero llegar es al acto, a la intensidad del acto en sí, que creo que es algo muy profundo pero casi imposible de expresar.

—Lo que yo he leído hasta ahora es muy bonito —dijo Clara.

Max estaba echado hacia atrás con los tobillos cruzados y ella le acariciaba ligeramente el paquete con los dedos de los pies. Sintiendo un deseo primario, Henry se dio cuenta de que Max estaba empalmado. Se notaba perfectamente, debajo de sus calzoncillos ajustados. Su pene apuntaba hacia un lado, y amenazaba con asomar por arriba.

—Digas lo que digas —sentenció Effie—, es una historia de amor.

Max se rio.

—Vale. ¿Y por qué?

—Lo único que quiero decir es que la anunciarán así, al margen de cuál sea tu opinión. A ver, yo no la he leído, así que no me hagas caso. Pero estoy segura de que harías bien en centrarte en lo del amor, y no en todo ese rollo tan complicado.

—Todo ese rollo tan complicado es lo que importa en realidad.

—Bueno —dijo Effie, y lo dejó ahí. Se echó hacia atrás, sacudió la melena y se frotó las piernas, una contra la otra, sobre el regazo de Henry.

—A las mujeres les gusta lo táctil —dijo Clara, soñadoramente—. A los hombres, lo visual. —Dejó caer la cabeza atrás para mirar a Henry—. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé —contestó él. Estaba desconcertado—. La verdad es que no te sigo muy bien. A mí me gustan las dos cosas.

Se tomaron otra ronda y comenzaron a hablar sobre el amor y el sexo. Max dijo que el amor era polifacético: en parte deseo involuntario, en parte empatía y en parte algo dependiente de la voluntad, como un código ético. Effie se rio de él y dijo que era muy listo, ¿verdad? Clara puntualizó que el amor y el sexo no tenían nada que ver, y que ella había tenido relaciones sexuales, quizá las mejores de su vida, con hombres a los que despreciaba. Max bromeó rebatiendo que eso no era cierto, que ella lo adoraba. A los dos les impresionó, y después les encantó —a Clara realmente le encantó— enterarse de que Henry había sido virgen hasta hacía dos semanas y media. No, dijo Henry, no estaba dispuesto a describir cómo había sido. Effie señaló que había algunas cosas que no eran de su incumbencia, pero después sonrió, como si los

invitara a preguntarles de nuevo. Dijo que en la Biblia no se prohibía disfrutar del sexo en ningún sitio, que ella supiera. Dios les había dado cuerpos, y esos cuerpos estaban hechos para sentir.

No se acabaron la siguiente ronda. Estaban destrozados. Pero Henry tenía la sensación de que todos se hallaban sumamente alerta y despiertos, como él, concentrados en el mismo oscuro objeto. Habían llegado a ese tema deliberadamente. Max se situó detrás de Clara y la abrazó — ella acababa de decir que tenía frío—, y poco después le estaba besando el hombro y acariciándole el vientre, hasta que al final le metió la mano por debajo de las bragas. A Effie le pareció divertido. Henry no podía apartar los ojos. Vio los bordes empenachados de su vello púbico, que era ligero como la lana. Clara dijo que esperaba no estar incomodándolos, y que solo estaban haciendo el tonto. Effie replicó que se encontraban en un país libre, que podían hacer lo que quisieran. A Henry tampoco le molestaba. Hablaban en voz baja. Solo estaban haciendo un poco el tonto. Era excitante. Podían mirar. Podían mirarse unos a otros. Eran sombras parpadeantes, pieles desnudas a la luz del fuego, levemente iluminadas. La oscuridad hacía que todo estuviese bien. Max se echó hacia atrás y se apoyó en los codos y Clara le quitó los calzoncillos. Tenía un pene grande y grueso, que con aquella luz parecía de bronce y se curvaba hacia arriba de una forma que a Henry le pareció diabólica. Y las pelotas de un caballo. Clara se puso a acariciarlo. Henry y Effie los miraban. Effie abrió las piernas y Henry le apartó un poco las bragas. No la había tocado desde hacía mucho. Su prodigioso vello, su mullida vagina. Estaba empapada. Él empezó a acariciarle donde le gustaba a Alma y ella suspiró, cerró los ojos, se agarró con fuerza las copas del sujetador y volvió a abrir los ojos para mirar. Clara tenía la cabeza en el regazo de Max, que la empujaba con firmeza, concentrado, en silencio. Ahora todos estaban callados. Ella se había quitado el sujetador, y sus pechos, libres, colgaban pesadamente de su cuerpo. Estaba de rodillas, con las caderas y los muslos al alcance de la mano de Henry, y aunque él deseaba tocarla, se contuvo. No se atrevía a dar ese paso. Effie se encontraba más cerca de la cabeza de Clara, y mientras Henry la tocaba, ella miraba hacia abajo como si sintiera dolor, hasta que extendió la mano y le apartó a Clara el pelo del rostro, para que pudiera ver, y su cara adoptó una expresión atormentada, y entonces soltó un profundo suspiro. Habían dado el paso. Ya no había vuelta atrás. Era evidente por esa expresión, tan transfigurada y libre de vergüenza. Henry apartó la mano del cuerpo de Effie y la dirigió al de Clara, a la amplitud de su piel, para tocar sus suaves muslos y caderas, para ver si tenía las bragas tan mojadas como las de Effie, y un instante después, le pareció, ella estaba de rodillas ante él, rodeándolo. Le sacó la polla de los calzoncillos y empezó a acariciarlo. Effie, a su lado, se dejaba llevar, con la cabeza echada hacia atrás. Max estaba detrás de ella, besándole el cuello, bajándole los tirantes de los hombros, recorriendo hacia abajo su cuerpo con las manos para agarrarle los pechos. «Henry», susurró Clara. Él sintió su aliento caliente junto a la oreja. «Henry, ¿te molesta esto?» No le molestaba. Lo deseaba. Sus pechos llenaban todo el espacio de la habitación. Se los aferró. Le chupó los

pezones. Le metió la mano entre las piernas, bajo las bragas, y notó un vasto y denso tapete, notó que estaba abierta, notó la humedad en sus dedos. Ella susurró: «Oh, amor mío», todavía acariciándolo. Aspiró el aroma a Chanel y de repente se corrió; al bajar la mirada vio una película transparente en los dedos de ella. «Oh, te has corrido, he hecho que te corrieras», y sonrió, y lo besó en los labios. «Pero no pares. Todavía no he terminado contigo.» No iba a parar, dijo él. Ella se apartó un poco y le bajó los calzoncillos un poco más, y él se los quitó del todo. Entonces Clara se agachó y lo envolvió con la boca. Él estaba anonadado, en éxtasis. Effie tenía las bragas a la altura de las rodillas, estiradas, muy tensas, y la mano de Max andaba por ahí abajo, perdida en la penumbra. Uno de los pies de ella empujaba contra la cadera de Henry, que sintió cómo los dedos de Effie lo pellizcaban. Los veía desde lejos, igual que si no tuviera nada que ver con ellos. Sintió un dolor sordo, similar a un anhelo, cuando vio que ella también extendía el brazo y cogía con su pequeña mano la polla de Max. Y entonces Clara, con un empujoncito, lo hizo tumbarse de espaldas, se le subió encima y se sentó sobre él, a horcajadas, con los pechos cerniéndose sobre su cuerpo, y le cubrió todo el vientre. Estaba caliente y untuosa. Clara le acercó la entrepierna y él se llenó la boca con ella. Estaba ácida después de todo el día. Él hizo que se diera la vuelta y se zambulló ahí, hundiendo en ella desde la barbilla hasta la nariz. Ella no tenía fondo. No podía quedarse quieta. Volvió a colocarse encima de él, tumbada, deseando sentir el contacto de su piel por todo el cuerpo. Volvió a montarse a horcajadas y extendió la mano hacia atrás para tocarlo. La erección de Henry era indestructible. Ella se deslizó hacia atrás, sobre él. «Oh, Henry. Aquí estás, por fin.» Comenzó a mover las caderas adelante y atrás, y también en círculos. Él se arqueó un poco y empujó hacia arriba, para penetrarla lo más profundamente posible. «Oh», echó la cabeza hacia atrás, «Oh, Dios mío», y él cerró los ojos, perdido en ella, imaginándose que podría flotar eternamente en su generoso cuerpo, hasta que al cabo de un rato oyó a Effie soltar un gritito y se incorporó un poco, apoyándose en los codos, para mirarla. Estaba tumbada debajo de Max, a apenas un metro de distancia, con el cuello tan curvado hacia atrás que tenía la cabeza casi al revés —los ojos cerrados, los labios entreabiertos—, y levantaba las rodillas mientras las caderas de Max se movían lentamente entre sus piernas. El rostro de él estaba metido en el hueco del cuello de Effie, su mano le recorría el cuerpo y el pecho, y parecía estar asfixiándola, abrumándola. Eran medias lunas y curvas iluminadas. Eran un enigma que Henry no podía resolver. Estaba fascinado. Effie le clavó las uñas a Max en la espalda. Henry deseó que ella lo mirara, pero estaba muy lejos de él. Clara reclamó de nuevo su atención —«Oh, Henry, cómo me gustas, mi amor»— y él la aferró violentamente. Ella cayó hacia delante y se apoyó en las manos, y él observó entre sus pechos cómo la silueta de su polla penetraba una y otra vez en su entrepierna. Clara se acomodó sobre los codos y le habló desde muy cerca, «Oh... Vas a hacer que me corra...», y él notó su respiración junto a su boca y le hincó los dientes en un hombro, tratando de concentrarse en la sensación que le provocaba aquel cuerpo que envolvía por

completo el suyo. Pero lo único que oía era la respiración de Effie, sus gimoteos y jadeos, unos ruidos que nunca antes le había oído. Y no podía dejar de mirar. Max la sujetaba por detrás de las rodillas. Ella arañaba la alfombra. Ojalá lo mirara, ojalá lo mirara para decirle: estoy aquí, estoy contigo. Pero todo el mundo parecía haber desaparecido para ella, incluido Henry, y lo único que existía era su cuerpo y el de Max. Clara, respirando profundamente junto a su oído, le preguntó si estaba bien, y él dijo que sí, que solo necesitaba un minuto, y ella suspiró y se echó a su lado. Y él observó cómo Max daba la vuelta a Effie y la ponía de rodillas. Vio su gruesa polla de bronce deslizarse dentro de ella desde atrás. La oyó bramar con la boca pegada a la flexura de su codo, y no dejó de observarlos hasta que, al fin, él soltó un gemido y embistió con fuerza, haciendo que la columna vertebral de Effie se doblara. Entonces hizo que se acostara sobre el vientre, se tumbó con todo su peso sobre la espalda de ella, sin dejar de gemir, moviendo las caderas como si quisiera meterse por completo en su interior, y cuando finalmente se apartó —cuando por fin retiró su polla curva y de apariencia diabólica—, ella se quedó ahí acostada, panza abajo, con las piernas abiertas, y con la parte interior de sus muslos brillando, húmeda, a la luz del fuego.

De repente, Henry sintió náuseas. Se apartó de Clara y, tambaleándose, se puso de pie.

—¿Adónde vas, amor mío? —le preguntó ella.

—Necesito irme a la cama —dijo él. Se dirigió a la escalera sin molestarse en buscar su ropa, tropezó con una mesa baja, encontró la barandilla y subió con mucho cuidado. Iba a vomitar. A tientas, llegó hasta el baño de arriba, entró, cerró la puerta y no encendió la luz. Evitó contemplar su reflejo fantasmal en el espejo. Cayó de rodillas y vomitó en el inodoro.

Se quedó tumbado en la oscuridad un rato, esperando que se le pasaran las ganas de vomitar. Los azulejos estaban fríos. Esperaba que alguien —Effie— llamara a la puerta y le preguntara si se encontraba mal, pero nadie lo hizo. Su pequeña Effie, su esposa: ya no la reconocía. Lo que había hecho, lo que había permitido que le hicieran... Una cosa era que lo hiciera él, pero ella, su esposa, su chica... Una dama. Tendría que haberlo impedido antes de que todo aquello comenzara, no debería haber dejado que llegara tan lejos. Pero él tampoco se reconocía ya. Era un degenerado sin un centro fijo. Menos que un hombre. Apenas unas horas antes le había estado declarando su amor a Alma, prometiéndole que se escaparía con ella, y en cuanto ella había desaparecido... Henry deseó que no se hubiera marchado, haber escapado juntos. Pero era solo porque deseaba desaparecer.

En el rellano del piso de arriba, la luz de la chimenea iluminaba débilmente el pasamanos; se apartó de él y se dirigió a tientas hasta el cuarto de invitados. Se dejó caer en la cama. Ella no estaba. Su ausencia hizo que se le encogiera el estómago. Se metió bajo las sábanas, y aún seguía despierto cuando, un rato después —no sabía cuánto tiempo había pasado, pero se sintió aliviado—, Effie entró en la habitación. Se sentó en la cama y se quedó quieta un momento. Debía de estar muerta de vergüenza. Él esperaba oírla llorar, oírla pronunciar su nombre —no estaba seguro de

si le hubiera contestado—, pero se limitó a soltar un suspiro y a acostarse. Él le dio la espalda y se alejó de ella todo cuanto pudo.

Cuando Henry se despertó, Effie ya no estaba allí y en la habitación entraba la luz. No tenía ni idea de qué hora era.

El recuerdo de la noche anterior se impuso con fuerza, depositándose en su estómago como un gran trozo de hielo.

El armario estaba abierto y vacío. En la repisa del mirador descansaban la maleta de Effie, y en el suelo, justo debajo de la de ella, la suya. Así que se marchaban. Al pie de la cama, en la esquina más alejada de él, le habían dejado ropa limpia.

Oyó voces en el jardín. La risa de Clara. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, tapándose innecesariamente la entrepierna con las manos. Estaban todos sentados a la mesa redonda que había al lado de la piscina. Max, Clara... y Effie. El día era soleado, pero llevaban ropa de otoño. Effie se había puesto su jersey de cachemira. Estaba asintiendo mientras Max decía algo, con una expresión apacible. La escena lo dejó confuso. Qué cómodos parecían todos juntos.

Se vistió, bajó a toda prisa la escalera y salió al jardín, pensando vagamente que los sorprendería. Era una jornada radiante pero el aire era fresco. Clara llevaba uno de sus brillantes vestidos veraniegos y un chal sobre los hombros, y estaba recogiendo los platos de la mesa. Cuando lo vio, lo saludó cálidamente.

—Henry, cariño. Aquí estás.

—Hola, tesoro —dijo Effie.

Él se detuvo delante de la mesa.

—¿Qué está pasando aquí?

—Pues que nos abandonáis, por lo visto —dijo Clara, sonriendo con tristeza antes de dirigirse a la puerta que daba al jardín con los platos en la mano.

—¿Cómo te va, Hank? —preguntó Max.

A Henry le dio asco verlo. Estaba despatarrado en su asiento, fumándose un cigarrillo. Llevaba unos pantalones cortos color caqui a pesar del frío, y Henry se fijó (ya nunca podría dejar de fijarse) en su abultado paquete.

—¿De qué va todo esto?

—He hecho el equipaje mientras dormías —contestó Effie—. Espero que no te importe.

—No —repuso él—. ¿Nos vamos a casa?

—Hay un tren mañana a las diez de la mañana que va a Filadelfia. Podríamos quedarnos en un hotel, pero he pensado que no pasa nada por volver una noche a nuestra casa y ahorrarnos el dinero. El tío George no se va a enterar.

Henry estaba confundido.

—¿No crees que deberíamos haberlo hablado?

—¿Quieres que nos quedemos aquí? —preguntó ella.

—No. Si tú no quieres, no.

Max corrió su silla hacia atrás y se levantó.

—Voy a echarle una mano a Clara —dijo, y Henry lo observó atravesar el jardín y entrar en la casa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Effie.

No lo sabía. Todavía estaba medio dormido. Sentía un agudo dolor en las sienes y se estaba muriendo de sed, pero dijo que se encontraba bien y cogió una silla para sentarse. No sabía cómo afrontar lo que habían hecho.

—Así que nos vamos a casa...

Ella se frotó las sienes y cerró los ojos.

—Podemos llamar a nuestros padres mañana desde la estación —dijo—. Hoy no podría soportarlo.

Henry no necesitaba preguntar por qué se marchaban. Lo que le preocupaba era lo tranquila que parecía ella. Estaba sentada con las piernas cruzadas y los codos en los reposabrazos. Llevaba una falda que le llegaba hasta las rodillas, medias blancas traslúcidas y zapatos de tacón negros: el atuendo que solía ponerse para viajar.

—¿Qué día es hoy? —preguntó él, y ella se rio cansinamente.

—Viernes —contestó.

El aire era bastante frío cuando soplaba el viento, y Henry se percató, sorprendido, de que los árboles del jardín trasero, los abedules e incluso los cinamomos y los arbustos, ya habían perdido casi todas sus hojas. Había sucedido de la noche a la mañana, aunque tal vez hubiera ocurrido gradualmente y él no se hubiese fijado. Tenía el estómago revuelto. Miró las medias de Effie. Eran las que solían usar las jóvenes y las niñas de su pueblo para ir a la iglesia, y la imagen de ella de la noche anterior le pareció imposible, como una pesadilla.

—¿Y cómo estás tú? —le preguntó en voz baja.

Ella echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Creo que podría pasarme seis días seguidos durmiendo.

No era la respuesta que él esperaba. Aunque en realidad no tenía ni idea de qué respuesta

esperaba.

Henry bajó las dos maletas. Se había quedado muy sorprendido al enterarse de que eran casi las tres de la tarde.

Max estaba trabajando en el estudio —«O escondido», pensó Henry—. Clara, maliciosamente, había puesto un disco de Johnny Mercer y se estaba preparando un gin-tonic, lo que desconcertó a Henry. Había que combatir la resaca, dijo ella. Había que hacer frente al enemigo.

La gran sala de estar estaba abierta y se veía limpia. No quedaba el menor indicio de lo sucedido la noche anterior. Effie debía de haber recogido la ropa de Henry en algún momento, y la habría metido en la maleta.

Clara llamó a Max desde el inicio del pasillo —«Maxie, ya se van»— y este apareció, todo sonrisas, con sus pantalones cortos, su camiseta y su elegante cárdigan. Tan tranquilo y despreocupado. Henry no quería pasar ni un instante más a su lado. Se reunieron todos en el vestíbulo y, durante unos incómodos segundos, nadie dijo nada.

—Creo que te estás comportando de una manera ridícula —dijo Clara, al final, mirando a Effie; y Effie sonrió.

—Puedes pensar lo que te apetezca.

—Todavía eres una niña —insistió Clara—. Tendría que haberme dado cuenta.

Effie se volvió hacia la puerta.

—Vámonos, Henry.

Y él, azorado, cogió las maletas y, como no podía soportar ser maleducado, dijo:

—Gracias por acogernos.

Clara se rio.

—El placer ha sido mío, cariño.

—Scarlett O’Hara —dijo Max, como si Henry no estuviese ahí, al lado de ella—, no me gusta nada que te vayas de este modo.

Y cuando Effie se dio la vuelta para mirarlo, sujetando la mosquitera para que pasara Henry, este detectó cierta agitación en el rostro de Effie, un pequeño temblor a causa de la emoción, algo que no fue capaz de interpretar.

—Ya lo sé —repuso ella—. Lo siento.

Y salieron a la calle.

Fueron andando hasta su casa sin pronunciar una sola palabra. La expresión de Effie era sombría. No lo miró ni una vez. Llegaron al porche, sacaron la llave de la maceta colgante y entraron. El

olor a moho que había allí era como de otra época. Henry dejó las maletas al pie de la escalera. Effie dejó caer su bolso, se sentó pesadamente en el sofá y apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Te importaría traerme una aspirina, Henry? ¿Y un vaso de agua?

Él se quedó de pie junto a la mesita de centro, mirándola. Nunca podría borrar aquella escena de su mente. La forma en que ella se había entregado a él. Cómo había bramado, igual que un animal. Effie lo miró, estirándose la cara con las manos. Sus ojos adquirieron el aspecto de los de un Basset Hound.

—Henry, por favor. Una aspirina.

—¿No crees que deberíamos hablar?

Ella volvió a taparse la cara y suspiró.

—Ay, Dios... No puedo, Henry, de verdad. Ahora mismo no tengo fuerzas.

—¿Que no tienes fuerzas? —Henry estaba temblando. Todo lo relativo a ella, su voz, su postura, todo su ser, le provocaba un intenso dolor, como si algo estuviera royéndole las entrañas—. ¡No me importa que no tengas fuerzas!

Ella lo miró sombríamente.

—Effie —continuó él—, ¿cómo...? Pero ¿cómo es posible que no estés... muriéndote de vergüenza en este momento?

—¡Yo?! —gritó ella, dándose una fuerte palmada en el pecho. Entonces se levantó del sofá de un salto y pasó junto a él—. ¡Ya voy yo a por la maldita aspirina!

Él fue tras ella por el salón, llamándola, y Effie entró en la cocina y abrió un armario. Henry se quedó al lado de la barra.

—Effie, no me hables así. ¿Me has oído? ¡Y mírame, joder! —Pero ella no lo miró. Cogió un vaso y empezó a llenarlo con agua del grifo—. Effie, ¿me estás oyendo? Estoy intentando hablar contigo. Tenemos que hablar de esto.

Ella cerró el grifo y se volvió para hacerle frente. Se le derramó un poco de agua.

—¿Y qué quieres que diga?! —gritó.

Se quedó mudo unos segundos. ¿Realmente Effie pensaba que no había nada que decir?

—¿Te acuerdas de lo que pasó? —preguntó él—. ¿O vas a decirme que estabas demasiado borracha?

—Me acuerdo —dijo ella, dándose la vuelta de nuevo—. Por Dios, Henry, claro que me acuerdo.

—Porque yo me acuerdo muy bien. Me acuerdo de cada puto detalle.

Ella abrió otro armario y cogió un bote de aspirinas, y él la observó mientras se echaba un montoncito en la mano, se las metía todas juntas en la boca y se las tragaba con el agua.

—No puedo dejar de verte con él. Te veo y se me revuelve el estómago, Effie. Nunca olvidaré lo que hiciste con él. Nunca podré borrarlo de mi mente.

Ella dejó el vaso y bajó la cabeza, y cuando habló, lo hizo con un tono muy débil.

—Tú también lo hiciste, Henry.

—¿Y tú qué sabes?

Ella lo miró fríamente y con incredulidad. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—No me miraste en ningún momento —repuso él—. Ni una sola vez.

—¿Y habría sido mejor si te hubiera mirado?! —gritó ella—. ¿Si hubiéramos estado mirándonos a los ojos todo el tiempo? Por el amor de Dios, Henry, te veía perfectamente. Estabas encima de ella y lo hiciste con ella. Lo hiciste con ella delante de mí.

—¡No! —gritó él—. No como vosotros. Nosotros solo estábamos haciendo el tonto.

—Y nosotros también, Henry.

—No, vosotros no. ¡No me digas que eso era solo hacer el tonto! —Había encontrado su voz, y le sentaba bien gritar. Las palabras salían a chorros—. Lo que hice yo no significaba nada, pero tú... Eso era otra cosa, Effie. Te estuve mirando todo el tiempo. Lo deseabas, estabas suplicando, se notaba. En un instante, te volviste su putita. Nunca te había visto así. Nunca has sido así conmigo, jamás. Eso te lo aseguro. Lo deseabas, te gustó hacerlo con él, no me digas que no.

Las lágrimas surcaban la cara de Effie.

—Henry, por Dios —gimió—. ¿Cómo puedes hablarme así? Eres asqueroso. ¿Lo sabías? Eres un hijo de puta asqueroso. —Effie hizo ademán de salir de la cocina, y cuando Henry intentó impedirselo ella se zafó de él con una fuerza sorprendente—. ¡No me toques, cabrón!

Él la siguió hasta el salón.

—Dime que no lo deseabas, Effie. Dime que no te gustó.

—Déjame en paz.

Se puso a subir la escalera, y él la siguió.

—Lo deseabas desde el principio, ¿verdad? Lo has deseado todo el tiempo. Te reías de todos sus chistes de mierda. Te morías por él.

En el descansillo del segundo piso, ella se dio la vuelta y le gritó:

—¡Déjame en paz, Henry! —Entonces subió corriendo el último tramo de la escalera, el que llevaba a la buhardilla. Él corrió tras ella y llegó justo cuando Effie estaba cerrando la pesada puerta de cristal. La abrió de un empujón, con tanta fuerza que pensó que las hojas se iban a romper. Ella retrocedió, alejándose de él y sollozando—. Déjame, Henry, déjame en paz.

Detrás de ella, la luz de la media tarde inundaba la buhardilla. Ahí estaba el colchón que habían compartido durante sus primeras dos semanas de casados. Desnudo, sin sábanas. Ahora ella se encontraba de pie, delante de ese colchón, con los brazos inertes a los lados, y lloraba de tal forma que a Henry se le encogía el corazón. Deseó poder acercarse y abrazarla.

—¿Le quieres? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Le quieres, Effie?

—¡No! —gimió ella—. Por Dios, Henry.

—Pero anoche, cuando estabas con él...

—No le quiero —repitió ella, sin dejar de llorar—. Por el amor de Dios... —Extendió las manos en un gesto de súplica—. ¿Qué quieres que diga? Lo deseaba, ¿vale? Soy un ser humano, estoy viva. Pensaba en él, y me preguntaba... me preguntaba cómo sería que... —Levantó las manos y después las dejó caer, como si no encontrara las palabras.

—¿Cómo sería qué? —preguntó él con voz temblorosa. Se estaba muriendo por dentro.

—Me da vergüenza. ¿De verdad necesitas que te lo cuente? Nunca me he sentido tan humillada en toda mi vida.

Él no dijo nada.

—Tendrías que haberlo evitado —dijo ella—. Tendrías que haber hecho algo.

—¿Estás diciendo que fue culpa mía?

—Tú eres mi marido, Henry, y tendrías que haberme protegido. Pero tú dejaste que pasara, hijo de puta. Tú dejaste que pasara...

Se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar de nuevo.

Henry la dejó allí y bajó la escalera. En la cocina, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Estuvo dando vueltas por el salón. Se imaginó que cogía su maleta en ese mismo momento, sin decirle a Effie ni una palabra más, y que se iba a la estación de tren. Podía tomar el tren a Nueva York y tratar de encontrar a Alma. Pero sus ideas iban y venían. Estaba enloquecido. No pensaba en Alma, pensaba en lo perpleja que se quedaría Effie, en su desolación y su ruina.

Necesitaba asearse. La noche anterior era como una película que se le hubiera quedado adherida al cuerpo. Se metió en el baño del segundo piso, puso el agua de la ducha bien caliente y se frotó dos veces con la esponja enjabonada. Después se quedó allí de pie, bajo el agua que le caía con fuerza encima, y se echó a llorar.

Nunca se le había roto el corazón así. El dolor le quemaba las entrañas. Se acordó de Ida June y de lo desdichado que se había sentido. Pero aquello no había sido nada comparado con esto.

Jamás podría volver a mirar a Effie como antes, pensó.

Se acordó de que ella había estado ahí para ofrecerle consuelo después de lo de Ida June. Había sido ella la que le había pedido que fueran juntos al baile del instituto, y no al revés, como contaba siempre. Y él se había sentido muy agradecido. Le había gustado mucho que Effie fuese tan decidida. El mundo era transparente para ella. «Ida es gentuza, punto», le había dicho, y él se había sentido halagado porque le gustaba a Effie —más que eso: se había sentido profundamente

conmovido, porque sus juicios solían ser muy severos—. A Henry siempre le había parecido guapa. Y cuando Effie hizo que se fijara en ella, sintió que la deseaba. Tal vez era un poco más bajita y regordeta de lo que a él le gustaba («Robusta», había dicho su madre, una palabra que él no había podido borrar del todo de su mente), pero cuando Henry comenzó a imaginársela como esposa y fueron cogiéndose confianza, sintió que ella nunca le haría sentirse tan desdichado como Ida June, porque Effie jamás tendría tanto poder sobre él. Esa idea lo reconfortaba. Si alguna vez la perdía, había pensado Henry entonces, estaría triste, pero lo superaría.

Y ahí estaba ahora, con un dolor que le parecía insoportable. No lo superaría nunca. No veía cómo iba a superar algo así.

La amaba. No se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto la amaba.

«Mujeres», diría su tío Carswall si Henry pudiese encontrar la manera de contarle lo que había pasado eliminando toda la sordidez y su propia responsabilidad en lo ocurrido. «Malditas sean, hijo, no causan más que dolor. Pero hay que aguantar.»

Y aguantaría. Eso ya lo tenía claro. No iba a abandonarla. Effie era su mujer, y le pertenecía.

Henry subió su maleta a uno de los dormitorios del segundo piso —una habitación de un amarillo brillante con cortinas blancas— y se vistió. Luego se tomó un momento para serenarse y subió a la buhardilla. Pero Effie no estaba. Bajó al salón y tampoco la encontró, y entonces, presa del pánico, empezó a gritar su nombre, hasta que por fin la vio, sentada en los escalones del porche trasero. Se sintió aliviado. Ella volvió la cabeza hacia él y lo miró tristemente.

Henry se sentó a su lado. En el jardín, el sol caía sobre las hojas secas. Había llegado el otoño.

—No puedo dejar de llorar —dijo ella—. Sabía que si empezaba...

Effie estuvo un rato llorando, hecha un ovillo, y tras dudarle un poco, él le pasó un brazo por los hombros. Ella se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su pecho.

Cenaron en la cafetería a la que habían ido el primer día —ya hacía casi tres semanas—, y se sentaron en la misma mesa, junto a la ventana. Era viernes por la noche y había más gente. Un hombre con una camisa escocesa y tirantes, cenando solo. Tres mujeres con uniformes de enfermeras... La camarera que los atendió era una señora mayor con gafas de carey. Henry pidió el filete de pollo frito, y Effie, la ensalada Cobb. Pero cuando llegó la comida, se limitó a picotear un poco. Tenía el estómago un poco revuelto, dijo. Él tampoco se encontraba bien. Pero llevaba más de un día sin comer, así que hizo un esfuerzo. Hablaron poco. Detrás de la barra había una radio. Tenían puesto un noticiario. Los soviéticos habían enviado una extraña máquina al espacio exterior y todo el mundo estaba muy impresionado. Aquello bastó para que se centraran en algo que no fuesen ellos mismos.

—Uau —dijo Effie—. Qué interesante.

Volvieron andando a casa con la última luz del crepúsculo. A mitad de camino, Henry la cogió de la mano y ella le sonrió con los ojos humedecidos, tal vez por la emoción, o tal vez por el viento, no hubiera sabido decirlo. Pasaron por delante de casa de Clara, aunque por la acera de enfrente, y no hicieron ningún comentario. Las ventanas del piso de abajo estaban iluminadas. Henry notó el olor de la chimenea.

Effie no tenía ganas de hacer la cama en la buhardilla. Podían dormir en la habitación amarilla o donde él quisiera, no importaba. La habitación amarilla estaba bien. Mientras ella se lavaba en el baño, Henry se puso el pantalón del pijama y una camiseta y se metió bajo las mantas. La cama era muy cómoda, y el grueso edredón lo envolvía y le proporcionaba una sensación de seguridad. Lo superarían. Lo superarían y lo dejarían atrás, se olvidarían de que había ocurrido. Ya notaba que iba perdiendo importancia. Por primera vez desde que habían llegado, Henry tuvo ganas de regresar a casa.

Effie volvió en combinación y con la cara brillante por la crema facial, y se arrodilló al lado de la cama para rezar. No rezaba todas las noches, por lo visto —la última vez que lo había hecho había sido la primera noche que pasaron en casa de Clara—, y para Henry todavía era un misterio qué la impulsaba a rezar o no. Cuando terminó, se metió en la cama y, antes de apagar la luz, se quedó ahí tumbada, mirándolo. A él le pareció que su expresión, con esos ojos grandes y oscuros, estaba cargada de remordimiento.

—Te quiero, Henry —dijo en voz baja, y él sintió unas intensas ganas de llorar. Effie nunca había pronunciado aquellas palabras sin ironía. Él le dijo que también la quería y la besó, y ella apagó la luz y se acomodaron para dormir.

Henry se durmió enseguida. Se sentía agotado, pero a gusto.

Y se despertó sobresaltado unos segundos después, o eso le pareció. Una mano en su hombro lo sacudía, y de la oscuridad surgió una voz conocida, clara y suave:

—Henry, amor mío, ¿te has olvidado de mí?

Antes de ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo, ya la había sacado de la habitación y llevado escalera abajo. Effie no se había movido. O eso creía él.

—Te estuve esperando —dijo Alma, siguiéndolo, y él trató de hacerla callar—. En la casa, como habíamos planeado. He visto amanecer. Me pasé toda la tarde durmiendo en el sofá. Me habrías visto, pero no apareciste.

Cuando llegaron al salón, él se volvió hacia ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loca, joder? —le susurró. Estaba oscuro y no la veía.

—¿Por qué no viniste?

—Pero... —Casi no podía hablar de lo desconcertado que estaba—. ¡¿Qué haces aquí?!

—Se suponía que íbamos a reunirnos en la casa —dijo Alma, sin hacer ningún esfuerzo por que no se la oyera—. ¿Se te olvidó? Te he estado esperando.

Henry la cogió del brazo —ella llevaba su chaqueta de punto— y la condujo a través del comedor y de la cocina hasta el porche trasero.

—¿Por qué no viniste? —volvió a preguntarle Alma.

Era una sombra en la oscuridad. Allí fuera hacía frío y las estrellas brillaban con intensidad.

—Creía que te habías ido a Nueva York —dijo él.

—¿Qué? —Ella se rio—. No me he ido a Nueva York, Henry. ¿Eres idiota?

—Max dijo que te habías subido al tren. Dijo que te vio.

—¡No me subí al tren! —gritó ella, y él la cogió por los hombros y le suplicó que hablara más bajo. No sirvió de nada—. Me subí y me bajé. ¿Cómo es posible que no imaginaras lo que estaba haciendo?

—Alma, por favor, por favor, habla más bajo.

Al final ella bajó la voz.

—¿Cómo es posible que no lo supieras? ¿De verdad eres tan estúpido, Henry?

—Creía que te habías ido.

—Bueno, pues no me he ido. Estoy aquí.

—Alma —dijo, apretándole los hombros—. Alma, lo siento. —Y notó cómo se le relajaban los

hombros.

—No pasa nada —murmuró ella, y le apoyó las manos en el vientre—. Eres idiota, pero no pasa nada. Estoy aquí. No me he ido.

—Alma...

—No puedes viajar así. —Tocó el elástico de los pantalones de pijama de Henry—. ¿Puedes cambiarte? O podemos buscarte algo en la casa. Un traje de payaso, por ejemplo.

—Alma, no puedo irme contigo.

Se quedó rígida. Él se preparó para que le pegara o para que empezara a gritar, pero ella no hizo ninguna de esas cosas.

—Alma... Lo siento.

Ella retrocedió un paso.

—Lo sabía. Lo supe antes de que saliera el sol.

—Entiéndeme, por favor. Yo quería... De verdad que yo...

—¿Has cambiado de opinión?

—No. No es eso. Alma, te lo ruego. Creía que te habías ido, y entonces Effie y yo... —Pero era imposible explicarle todo lo sucedido la noche anterior, y cómo estaban ahora Effie y él. No era capaz ni de explicárselo a sí mismo. En algún momento, pensó, ella oiría de Max una versión de lo sucedido, y sacaría sus propias conclusiones sobre él. Se alegró de no poder verle la cara—. No puedo irme contigo. Sabes que no puedo. No lo pensamos bien. Nos dejamos llevar.

—¿Todo esto solo ha sido una broma para ti?

—No, Alma, claro que no. Para mí ha sido muy importante.

—¿Has estado jugando conmigo?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —Dio un paso hacia ella y volvió a cogerla por los hombros, y Alma no se lo impidió. Henry tuvo la sensación de que era muy frágil, de que se caería si la soltaba.

—Me dijiste que me querías —dijo.

—Y es cierto, te quiero.

—Me dijiste que me querías y que querías estar conmigo.

—Y es verdad, Alma.

—No, no es verdad. Te has acostado conmigo y ya no te intereso más.

—Eso no es cierto —repuso él, zarandeándola un poco. ¿Cómo podía hacer que lo comprendiera? Pensó que ojalá se hubiera ido a Nueva York, que las noches que habían pasado juntos hubieran quedado selladas en el pasado, que fueran un recuerdo perfecto, algo concluido. Y podría ser así, pensó, si ella lo entendiera. Si lo besara y se marchase. La quería, le repitió, pero no podía escaparse con ella. Tenía una esposa. Tenía un compromiso con su mujer. No podía abandonarla sin más. ¿No se daba cuenta? Pero mientras trataba de explicarle estas cosas, Alma

se echó a reír, dejándose caer contra él y apoyándole la frente en el pecho. Henry pensó que ella estaba delirando. Echó un vistazo a la casa. Había dejado abierta la puerta corredera, pero todo seguía a oscuras y en silencio.

—Por Dios, Henry —dijo ella—. Qué gracioso, de verdad. Un compromiso. No dejas de sorprenderme.

—Pues yo no le veo la gracia.

—Eres un marido de lo más fiel, ¿verdad?

Él se apartó de ella.

—No hace falta que seas tan cruel.

—¿Cruel? ¡¿Quién es cruel aquí?! —gritó ella. Ya no se reía—. Me has engañado, me has dado falsas esperanzas diciéndome que me querías, y ahora me dejas de lado. Como si no te importara nada. Y ahora no tengo adónde ir.

—Eso no es cierto —dijo él, hablando en voz baja con la esperanza de que ella también lo hiciera—. Tienes a Max. Tienes una casa en Nueva York.

—Para Max solo soy una carga. ¿No lo entiendes? Él no me quiere. Nadie me quiere.

—Yo te quiero, Alma.

—No, no me quieres. Estás intentando librarte de mí.

—Sí te quiero —dijo Henry, volviendo a atraerla hacia él—. Si pudiera tener dos vidas, lo haría. ¿No te das cuenta? Nunca en mi vida he querido tanto a nadie. Pero no puedo hacerlo. No puedo escaparme contigo. Tengo una responsabilidad.

Alma se apoyó en él.

—Solo tienes una vida —le dijo, al cabo de un momento—. No deberías desperdiciarla. — Ahora le hablaba suavemente, al oído, cosa que él agradeció. Le metió las manos por debajo de la camisa, y Henry sintió como si le pusieran hielo en la espalda. Pero el cuerpo de Alma estaba caliente. A él le encantaba el olor de su pelo sin lavar—. Podríamos estar solos tú y yo —susurró ella—. Podríamos irnos a cualquier sitio.

—No podemos. Sabes que no podemos.

—No, no lo sé. Me dijiste que podíamos. Es tan fácil como venir conmigo a la estación.

—No estaba en mis cabales. Lo sabes. Sabes que me vuelves loco.

—Tú también me vuelves loca.

Estuvieron hablando así durante un buen rato —Alma intentando tentarlo, y él rechazándola—, hasta que Henry sintió la lengua de ella en el cuello y, tras volver a echar un vistazo a la casa y comprobar que no había ningún movimiento, cerró los ojos. Ella lo besó y él se dejó llevar. No era capaz de resistirse a ella. Disfrutarían de aquel momento, pensó, y después la haría entrar en razón. No soportaba hacerle daño. Quería dejarla de una manera cariñosa, sin hacerle daño. La abrazó y recorrió todo su cuerpo con las manos, como si quisiera memorizar cada una de sus

curvas. Alma le metió la mano, ya caliente por el contacto con la piel de él, en el pantalón del pijama, y empezó a tocarlo y a acariciarlo hasta que se le puso dura. «Ven conmigo, ven conmigo», susurraba ella; «No puedo, sabes que no puedo», susurraba él, clavándole las uñas en la espalda.

—Alma... Dios, ojalá pudiera, pero no puedo. ¿No podemos simplemente disfrutar de este momento? Y después estarás siempre conmigo. Siempre.

Ella cedió, y él se sintió muy aliviado. Se dio cuenta por la forma en que los músculos de ella se relajaron entre sus brazos, por cómo ella retiró la mano y apoyó la cabeza en el hombro de él. Se quedaron así, abrazados, un buen rato. Él le besó la cabeza, inspirando con fuerza su olor. Se sentía expansivo y generoso. Le preguntó qué iba a hacer. Ella no lo sabía. Volvería a Nueva York. Quizá fuera a la estación esa misma noche y cogiera el primer tren en dirección a Penn Station por la mañana. Henry mencionó que Effie y él también se irían por la mañana, en el tren de las diez con destino Filadelfia. Alma le dijo que no se preocupara, que se escondería si todavía no se había ido. Él dijo que no estaba preocupado, y le acarició el pelo con los dedos.

—Nunca te olvidaré, Alma.

—Sé que no lo harás.

Más adelante, Henry intentó imaginarse esa escena desde el punto de vista de Effie. Nunca sabría con certeza qué había visto ella, ni durante cuánto tiempo. Desde la puerta corredera, apenas habría podido distinguirlos; habría visto sus cuerpos desdibujados, pero inconfundiblemente juntos. La luna todavía no había salido, solo había estrellas, millones de ellas. El viento fresco silbaba entre los árboles. No la oyeron —Henry no la oyó— salir al porche y acercarse a ellos lo bastante para tocarlos. Hasta que Effie dijo, con voz aguda y medio ahogada:

—Oh, Dios mío...

Él se apartó inmediatamente de Alma.

—Effie —dijo—. Estás despierta.

Ella se tapó la boca con la mano, y a través de los dedos volvió a decir:

—Oh, Dios mío... ¡Dios mío!

Henry levantó las manos con las palmas hacia delante, como si quisiera protegerse de un golpe.

—Effie, esto no es... —Entonces cambió de táctica—: Es Alma. No se ha ido.

Alma se había alejado unos pasos de ellos.

—Hola, querida —dijo.

Muy tranquila, aparentemente, quitándose la mano de la boca, Effie se dio la vuelta y cruzó de nuevo el porche y entró en la casa. Henry estaba demasiado aturdido para moverse.

—Supongo que esto es una despedida —dijo Alma, y él la miró con frialdad—. Pero no tiene por qué serlo —añadió—. Puedo esperarte.

Él la dejó allí sin decir una sola palabra y entró en casa en busca de su esposa. A tientas, llegó

al salón, llamándola, pero ella no estaba allí.

—Effie, cariño.

Subió la escalera, y, al llegar al descansillo del primer piso, vio que la puerta de la habitación amarilla estaba cerrada y que por una rendija de abajo salía luz. Intentó abrirla. Por supuesto, Effie había echado el pestillo.

—Effie —dijo—. Por favor, cariño, déjame entrar, por favor. Déjame que te lo explique. Effie, pequeña, te lo ruego. Te quiero, Effie. Te quiero muchísimo. Déjame entrar.

Ella no contestó, ni siquiera para decirle que se marchara. Henry oía cómo movía cosas en la habitación. Cogió el picaporte y lo agitó con fuerza.

—¡Effie! —gritó, y golpeó la puerta varias veces con la palma de la mano hasta que, rindiéndose, le dio un último empujón con el hombro y se deslizó hasta el suelo.

Comenzó a llorar. La culpa, los remordimientos y los deseos reprimidos, el inmenso cansancio, las noches sin dormir, la ansiedad y los nervios, la fragilidad... todo estalló en su interior, y se quedó medio tumbado en el suelo, apoyado en la puerta, llorando. No pensó en nada. No buscó argumentos para defenderse ni se imaginó lo que podría ocurrir, ni siquiera reflexionó sobre lo que había hecho. Todo eso llegaría más adelante, cuando se le pasaron los primeros efectos del impacto y tuvo que hacer frente a su espantosa soledad. Por el momento, era un ser puramente emocional. Lloró y las únicas palabras que se repetían en su cabeza eran «Por favor, por favor, por favor, por favor...».

Al final, Effie corrió el pestillo y abrió la puerta, y él se incorporó un poco, quedándose sentado en el suelo, delante de ella. Se había puesto el abrigo color tostado, las medias y los zapatos de tacón. Llevaba colgando del hombro un gran bolso con motivos de cachemir que Henry no reconoció. Effie lo miró con desdén. No había estado llorando. Se había maquillado y recogido el pelo con prendedores. Su serenidad era perturbadora.

—Effie —suplicó él—, ¿podemos hablar, amor mío? Por favor.

—No quiero hablar contigo. No quiero que me expliques nada. No quiero estar en la misma casa que tú.

—¿Adónde vas?

—Me voy. No es asunto tuyo adónde. Si me sigues, si me tocas, te mato, Henry.

Pasó por encima de él y bajó la escalera en la oscuridad.

Henry se puso en pie y se metió en el dormitorio. Aún no había decidido qué iba a hacer, pero le pareció que en ese momento lo más importante era vestirse. Se estaba poniendo los pantalones cuando vio, en el lado de la cama de Effie, el dibujo donde aparecía él con todos sus vulgares detalles. Una imagen precisa de sí mismo, como un reflejo de sus profundos remordimientos.

«Gracias por los recuerdos —decía—. Con amor, Alma.»

Había arruinado su vida. Mientras se vestía y bajaba la escalera, mientras encendía todas las luces del salón, del comedor y de la cocina y se servía un whisky y decidía no tomárselo, asqueado por su sabor en aquel momento, se sintió como si hubiera traicionado a todos los objetos de aquella casa y todo lo que él poseía, incluida su ropa. Todo parecía un recordatorio de lo que había destruido. Sus calcetines de rombos le daban ganas de llorar. Había imaginado en que llevaría esos calcetines en tiempos felices.

Habían pasado muchas cosas, y todavía no eran ni las once. Le habría gustado tener cigarrillos. Salió al porche delantero, dispuesto a recorrer el pueblo entero en busca de Effie, a pesar de lo que ella le había advertido, aunque no tenía muy claro si esa sería la mejor manera de intentar recuperarla. En casa de Clara, las luces estaban encendidas. La idea de que Effie pudiera estar allí —de que hubiera ido a buscar a Max, aunque solo fuera para vengarse— lo hizo entrar en pánico durante unos segundos y desear salir corriendo para impedirlo, pero luego pensó que era imposible que ella hiciera algo así. La conocía lo suficiente para estar seguro de que estaría asqueada de todos ellos. Además, sin duda pensaría que Alma estaba allí, y no querría encontrarse con ella. Salvo que quisiera hacerla picadillo. (Contra Effie, pensó Henry, Alma no tendría nada que hacer.) Pero en realidad, Alma no estaba allí. Henry lo sabía, porque en la casa de los Bishop también estaban encendidas las luces.

Pasó una hora. Se imaginó a Effie vagando por Cape May, permitiéndose llorar, ahora que estaba fuera de su vista, o bajando hasta el paseo marítimo. Sí, probablemente estaría allí, aunque sin llorar en absoluto. Se habría sentado en un banco y estaría observando cómo las olas llegaban rodando desde la oscuridad, una tras otra, mientras trataba de decidir si dejarlo o no.

Henry pensó que conocía el veredicto. Su futuro inmediato consistía en una larga sucesión de tribulaciones que ya se agolpaban en su mente. El viaje hasta Signal Creek sin Effie y la cavernosa estación llena de desconocidos. Su regreso solitario y la explicación de lo ocurrido a su madre y al tío Carswall... O mejor dicho, una versión edulcorada de lo sucedido. Y aun así, ¿cómo lo mirarían! La inevitable confrontación con el padre de Effie. «Hay un lugar especial en el infierno reservado para ti, hijo.» El rumor correría enseguida. Probablemente se extendería incluso antes

de que él llegara a casa. Todo el mundo lo evitaría, incluso sus amigos, porque lo que había hecho era imperdonable. «Ahí está ese Henry Faircloth, que se casó con la preciosa hijita del alcalde Tarleton. ¿Sabes que le puso los cuernos? ¡Y en su luna de miel!» Tendría que irse a vivir a otro sitio. A Macon, donde, gracias a la recomendación del tío Red, probablemente le dieran trabajo en el ferrocarril. Aunque más le valía marcharse más lejos. Quizá no regresara nunca a casa, de hecho. Quizá lo mejor sería que se fuera a Nueva Inglaterra, a Maine, o a la isla del Príncipe Eduardo —como la Ana de las Tejas Verdes—, para hacerse pescador. Y que todo el mundo pensara que estaba muerto, que es lo que en realidad se merecía.

No podía parar de temblar. Al cabo de un rato, vio que se apagaban las luces en casa de Clara. En la de los Bishop, seguían encendidas; se veían a través de la puerta lateral de la galería de la primera planta y de las ventanas de la planta baja.

Había roto el dibujo de Alma en trozos pequeños, que luego tiró al inodoro. Esa noche, Alma había tratado de hacerle daño antes siquiera de hablar con él. Quizá al principio su única intención fuera dejar el dibujo en el dormitorio, para que Effie se lo encontrara, pero cuando lo había visto ahí dormido no había podido resistir la tentación de despertarlo, tal vez para discutir con él, o tal vez para comprobar, aunque solo fuera por curiosidad, si era capaz de convencerlo de que se marcharan juntos. Lo cierto era que no tenía ni idea de cuál había sido el propósito de Alma, de qué era lo que deseaba en realidad. Solo podía hablar por sí mismo.

«Amor.» No la conocía en absoluto.

No podía quedarse allí, sin hacer nada, mucho más tiempo. Bajó los escalones del porche y se encaminó hacia casa de los Bishop. Le diría a Alma que le había arruinado la vida. Le daría una buena bofetada, pero con el dorso de la mano. Y luego, tal vez acabarían escapándose juntos. ¿Qué otra posibilidad le quedaba? Podían exiliarse los dos. Estaba hecho un lío y no pensaba con claridad. Subió los escalones que llevaban a la puerta principal, la abrió de golpe y gritó su nombre.

En el salón había una lámpara encendida, pero ella no estaba allí.

—¡Alma! —volvió a gritar, tan enérgicamente que le dolió la garganta y se le tensaron los tendones del cuello. Aun así, le resultó satisfactorio. Cruzó a zancadas el salón y se metió en la cocina, donde las luces estaban encendidas, sin dejar de gritar su nombre una y otra vez. Alma no estaba en la cocina y tampoco en el comedor, y cuando volvió al salón, se detuvo bruscamente, paralizado por la visión de un anciano de baja estatura al pie de la escalera, en pijama y pantuflas, que lo apuntaba con una escopeta.

—Quieto —le dijo—. Quédate ahí y no te muevas.

Henry levantó las manos.

—Señor... —dijo—. Ha habido un error.

—Desde luego.

La escopeta parecía demasiado grande para aquel hombre, y temblaba levemente en sus manos. A Henry nunca lo habían apuntado con un arma. Aunque estaba a unos diez metros de distancia, el pequeño orificio negro del cañón dominaba la habitación.

La escalera crujió y Henry miró hacia arriba y vio a una anciana en bata que lo miraba aterrorizada, con la mano apoyada en el pecho.

—Ay, Francis, ten cuidado.

—Llama a la policía —ordenó el hombre, sin quitarle la vista de encima a Henry—. Y no bajas hasta que yo te lo diga.

La mujer volvió a subir la escalera a toda prisa.

—Señor —dijo Henry—, esto no es necesario. Me iré y ya está. He entrado aquí por error. Lo siento.

—Tú eres el que ha estado aquí. Tú y esa tal Alma, ¿no?

—No volveré a entrar aquí nunca, se lo juro. No soy una mala persona.

—Quédate ahí y no te muevas —le dijo el hombre—. Ya he matado alguna vez, y no me da miedo hacerlo de nuevo.

La policía llegó al cabo de unos minutos. Dos agentes, que dejaron sus luces azules y rojas destellando en la calle y que tuvieron que pedir al anciano que bajara el arma. La mujer los miraba desde lo alto de la escalera. Le dijeron a Henry que se sentara. Los oficiales, uno de los cuales era mucho más joven que el otro, casi un niño, eran muy educados, casi joviales. Llamaban «señor» a Henry. Formularon algunas preguntas y obtuvieron respuestas. El anciano y su esposa habían llegado esa noche de Filadelfia y se habían encontrado la casa en un completo desorden. No, no les habían robado nada, por lo que habían visto. Sí, confirmó Henry, había entrado en la casa varias veces. No, dijo, no había robado nada. Sí, tenía una cómplice, una amiga que se llamaba Alma. No sabía dónde estaba. Solo habían estado mirando las cosas que había allí. No, eso no era todo, también habían practicado el sexo por toda la casa. El anciano se quedó consternado. Los policías se pusieron rojos como la grana y se aclararon la garganta. Era de Georgia. Estaba en su luna de miel. No, con Alma no. Su esposa se llamaba Effie. Deletreó el nombre. No, tampoco sabía dónde estaba. Henry podría haber mentido para facilitarse las cosas, pero estaba demasiado triste y arrepentido para decir nada más que la verdad.

—Pues claro que sí, queremos presentar cargos —dijo el anciano.

Los agentes esposaron a Henry y lo hicieron salir. Lo metieron en el asiento trasero del coche patrulla, y en cuanto arrancaron, empezaron a reírse.

—Bueno, a ver si lo he entendido bien —dijo el joven, volviéndose en su asiento para mirar a Henry—. Estás en tu luna de miel, pero tú y tu amorcito, no tu esposa, os habéis estado colando en

esa casa todas las noches... para follar, ¿no? A ver, Mack, no podemos arrestar a este tipo —le dijo al otro policía, que iba conduciendo—. Deberíamos darle una medalla. Es mi ídolo.

Henry apoyó la cabeza en la ventanilla. Cape May se extendía oscuramente alrededor. Fue un viaje corto: la comisaría, el ayuntamiento y el juzgado ocupaban un edificio en Washington Street, cerca del centro de la localidad. Un sitio por el que Effie y él habían pasado muchas veces. Lo hicieron entrar en la comisaría, donde la iluminación era muy fuerte y olía a café quemado. Solo había otro agente de servicio, en el mostrador de entrada, que pareció disfrutar de la historia de Henry incluso más que los otros dos.

—Apuesto a que estás contento de estar aquí dentro, ¿eh, amigo? Podemos decirle a tu esposa que nunca hemos oído hablar de ti. Aquí estarás seguro.

Probablemente fuera lo más emocionante que les había sucedido en meses. Le quitaron las esposas, apuntaron sus datos —Henry les dio de mala gana su dirección y su teléfono—, le tomaron las huellas dactilares y le hicieron una foto. También le dijeron que el juez se pasaría el lunes a primera hora de la mañana para fijar la fianza.

—¿El lunes? —gritó Henry. Era viernes por la noche o, mejor dicho, la madrugada del sábado; el reloj de la pared marcaba la una y media.

—Lo siento, Romeo. La próxima vez, déjate pillar entre semana.

Le dijeron que podía hacer una llamada, y Henry empezó a barajar opciones. Le costaba pensar con claridad. En casa de la tía Lizzie no había teléfono, y además, probablemente Effie no estuviera ahí... Llamar a su casa no serviría de nada... Así que Clara era su única opción. Pidió una guía telefónica y el agente que estaba en el mostrador se la puso delante. Era un tomo muy delgado. Comenzó a pasar páginas sin ninguna esperanza, pero finalmente encontró «Strauss, A.» junto a una dirección en New Hampshire Avenue —«¡Al fin un poco de suerte!», pensó—. Marcó el número y esperó, y esperó, hasta que oyó la voz de Clara. Se notaba que la había despertado.

—Clara —dijo—. Soy Henry.

Ella tardó bastante en hablar.

—Henry —dijo, arrastrando lentamente las letras de su nombre—. Henry, Henry, Henry. He oído una gran historia sobre ti.

—¿Está Effie ahí?

—No, querido, no la he visto. ¿Qué pasa, te ha dejado o qué?

—Pues... —comenzó a decir Henry, pero se le quebró la voz y se echó a llorar. Los agentes lo miraban con auténtica pena—. Clara —dijo por fin—, me han arrestado. Estoy en la cárcel.

—Por el amor de Dios, pero ¿qué has hecho?

Él le explicó lo que había pasado, dándoles la espalda a los agentes. No dijo nada de Alma, aunque supuso que no era necesario.

Ella se rio.

—Ay, Henry. Te has metido en un buen berenjenal, ¿eh?

—No sé qué hacer —dijo él, y como Clara no le respondió, volvió a intentarlo—: ¿Qué puedo hacer?

—¿Cómo voy a saberlo yo, querido?

Clara no iba a ayudarlo. ¿Por qué habría de hacerlo? Pero él tenía que intentarlo.

—O sea, ¿puedes...? ¿Sería posible que pagaras la fianza?

—Ay, Henry. —Soltó un fuerte suspiro junto al auricular—. Querido Henry precioso. Me temo que, en este momento, el tema del dinero es un poco delicado.

—¿Quieres decir que no puedes...?

—Escucha. Mañana me voy a casa. Pero si veo a Effie, le contaré lo sucedido. Si no, le dejaré una nota. Es todo lo que puedo hacer. —Volvió a suspirar y chasqueó la lengua—. Pobrecito Henry. Lo siento mucho por ti, en serio. Tú y yo nos parecemos mucho, ¿sabes? Los dos lo queremos todo.

El bloque donde estaban las celdas era muy pequeño: solo había cuatro, dos a cada lado repartidas en una estancia cuadrada, separadas por barrotes y por un pasillo. Una de las celdas se hallaba ocupada por un anciano que llevaba una chaqueta de marinero que dormía en un catre. Metieron a Henry en la celda que estaba en diagonal, contra el muro trasero. Tenía un catre, un lavabo y un inodoro. Nada de privacidad, desde luego. Ni una ventana. Al final del pasillo había otro reloj de pared y cuando los agentes se marcharon, oyó el tictac del segundero.

Se cogió la cabeza con las manos y se puso a llorar quedamente, hasta que el hombre le dijo:

—Deja ya de gimotear.

Henry levantó la vista. El anciano lo miraba con frialdad por encima del hombro.

—Mariquita, niñato de mierda —dijo el hombre, y volvió a bajar la cabeza.

Henry se miró los pantalones y los mocasines, y se imaginó que un viejo borracho podía hacerse esa imagen de él. Sin embargo, su vida acababa de girar bruscamente en otra dirección. Muy pronto él también sería un viejo borracho. Se acurrucó en su catre, de cara a la pared de hormigón, y cerró los ojos con fuerza. La luz seguía encendida, lo cual le parecía de una crueldad innecesaria. Henry siempre se había sentido bien consigo mismo, pero ahora sabía lo que era. Un mentiroso, un adúltero y un delincuente. Nunca podría volver a casa. Nunca podría mirar a la cara a su familia.

Las horas pasaron lentamente, segundo a segundo. Henry se despertaba una y otra vez, aletargado. Soñó que se había quedado atascado en un conducto de carbón y que se estaba ahogando, y se despertó resollando. La celda estaba en silencio, aparte de los ronquidos del viejo y del segundero del reloj, y del leve zumbido de la luz. No oía el mar. Podría haber estado en

cualquier parte.

Las siete de la mañana no diferían en absoluto de la una y media, salvo por el hecho de que un agente al que no había visto antes entró con el desayuno, consistente en gachas y agua. Henry se bebió el agua, pero no tenía hambre, de modo que dejó las gachas a un lado. Se sentía hinchado, pero no se habría aliviado allí ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Volvió a acurrucarse e intentó dormir.

Poco después de mediodía, un agente lo despertó dando una patada en su catre y diciéndole:

—Vamos, chaval. En pie. Hora de marcharse.

A su espalda, la puerta de la celda estaba abierta. Henry se incorporó en el catre, desconcertado, y se calzó los mocasines.

Salió de allí tras el agente y, después de recorrer un corto pasillo, llegaron al vestíbulo, donde Clara estaba de pie frente al mostrador con sus gafas de sol y un pañuelo blanco en la cabeza. En ese momento, era la cosa más bonita que Henry había visto en su vida.

—Pobrecito mío, aquí estás. —Le dio dos besos en las mejillas y lo abrazó, y él inspiró su perfume de Chanel. No comprendía qué hacía ella allí—. Soy una maga —dijo Clara. Le explicó que aquella mañana les había hecho una visita a los Bishop y los había convencido para que retiraran los cargos. Ellos habían llamado a la comisaría antes de que ella llegara. ¿No se acordaba? Eran viejos amigos de su madre. De niña, Clara les encantaba—. La verdad es que he tenido que arrastrarme y suplicarles —dijo—. Probablemente lo aprendí de mi madre.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Tenía la sensación de que te debía una.

Él no le preguntó por qué. El agente a cargo del mostrador le devolvió su cartera y le dijo que podía marcharse.

Era un luminoso día de otoño. Las hojas secas revoloteaban por la acera. Clara se cogió de su brazo y comenzaron a bajar por Washington Street. «Soy libre», pensó Henry. Aún quedaba alguna esperanza. Ella le preguntó si tenía hambre, pero él solo quería regresar a la casa de tía la Lizzie. Le preguntó si había visto a Effie, y Clara lo miró con compasión negando con la cabeza.

—A lo mejor está en la casa —dijo—. Pensé en acercarme y echar un vistazo, pero tengo la sensación de que no quiere verme. —Le cogió la mano, entrelazando sus dedos con los de él—. No te preocupes, querido. Estoy segura de que se ha ido a un hotel a echarse un rato hasta que se le pase el enfado. Es una chica leal. Los dos sois muy jóvenes, ¿sabes?

Él asintió. Siguieron caminando y torcieron a la derecha por Madison Avenue.

Max y Alma se habían marchado, le contó Clara. A primera hora de la mañana.

—Anoche, cuando volvió Alma hubo una escena terrible. Max quería matarte.

Él se detuvo y le soltó la mano.

—¿En serio?

—¿Te sorprende? Alma estaba destrozada, ¿sabes? No sé qué le hiciste, cariño, pero no había forma de consolarla.

—Me cuesta creerlo.

—Cree lo que quieras. Yo solo te cuento lo que pasó.

Siguieron caminando. Él no sabía qué pensar sobre nada.

—Bueno, la cuestión es que quería darte una paliza de muerte, pero Alma le suplicó que no lo hiciera, para que lo sepas. Dijo que ya habías recibido tu merecido.

—Ella misma se aseguró de eso —dijo Henry.

—Dijo que quería marcharse, y Max dijo que sí, que ya iba siendo hora de que se fueran, así que se han ido. Sin más. Se han ido. Como siempre, todo acaba en nada.

Llegaron a una calle que daba al mar, y el océano, imponente, surgió delante de ellos, centelleante, de un azul eléctrico. A Henry le resultó doloroso verlo. Pensó que ojalá Effie y él se hubieran marchado a su debido tiempo, como Effie había querido hacer desde el principio, antes de que se encontraran con aquella gente.

—Supongo que nos han abandonado a los dos —concluyó Clara.

—Lo siento si te he arruinado la vida a ti también.

—¡Qué tontería! Ya estaba empezando a aburrirme.

Clara lo desconcertó.

—¿Es que no te importa nada? —preguntó Henry.

Ella se rio y le preguntó a qué se refería.

—Bueno, parece que no haya nada que te moleste.

—Ay, Henry, precioso. Eso no es más que una pose.

Tomaron por New Hampshire Avenue y se detuvieron delante de casa de Clara. Ella se sacó del bolsillo una tarjeta con su dirección —«Calle Setenta y cuatro Este, Manhattan»— y se la dio a Henry.

—Escríbeme, por favor —dijo—. Me encantan las cartas largas. Me gusta leerlas en la bañera los domingos. Y si alguna vez pasas por Nueva York, vendrás a visitarme, ¿no?

Él dijo que sí. Se despidieron y ella lo besó en los labios y le lamió la punta de la nariz.

Effie no estaba en la casa. La puerta seguía abierta, como Henry la había dejado la noche anterior, y la lámpara de la mesita auxiliar estaba encendida.

Se dio una ducha. Luego hizo la maleta y la cama del dormitorio amarillo. Effie se lo había llevado todo, salvo unos pocos vestidos y algo de ropa interior, pero eso era suficiente, pensó él,

para que regresara. No era nada descuidada. Nunca se dejaría algo sin querer. Henry lo metió todo en la maleta de ella, la bajó al salón y la puso al lado de la suya. Y se quedó esperando. Las sombras se fueron volviendo cada vez más alargadas. Sonó la bocina de un coche y Henry miró por la ventana. Un taxi esperaba delante de casa de Clara. Unos minutos más tarde, pasó por la calle, junto a la suya.

Poco después empezó a anochecer. Las ventanas estaban abiertas y en el salón hacía frío. Se tumbó en el sofá y se tapó con la colcha. Esperó. Cayó la noche. La lámpara iluminaba la habitación. El viento henchía las cortinas y luego las aspiraba contra las mosquiteras. Henry podía oír las olas, lo cual significaba que tenían que ser enormes. Ahora era consciente del poder del mar. Pensó en Alma bañándose en él, bajo la luna. No había forma de consolarla, le había dicho Clara.

Finalmente se quedó dormido, y, cuando se despertó, Effie estaba sentada en la mesita de centro, a su lado, fumándose un cigarrillo y observándolo. Al principio, tuvo dudas de que fuera real. No se movió cuando él abrió los ojos. No dijo ni una palabra.

Henry se incorporó y dejó la colcha a un lado.

—Effie. Amor mío.

—Pareces estar completamente en paz cuando duermes —dijo ella—. ¿Lo sabías? Eres como un angelito. —Él intentó abrazarla, pero alzó la mano y le dijo—: No me toques. —Entonces se puso de pie y se fue al otro lado de la mesita de centro.

—Amor mío —repitió él—. Has vuelto.

Ella no dijo nada.

—Ha sido terrible. No te imaginas la noche que he pasado, Effie. Te echaba tanto de menos... Casi me muero. ¿Dónde has estado?

Effie no se había cambiado de ropa. Se le había atenuado la sombra de ojos, y su rostro traslucía una gran turbación. Él se preguntó si habría dormido algo.

—He estado aquí sentada, mirándote —dijo ella—. Intentando decidir si soy capaz de tolerarte.

Él se puso de pie, tambaleante, pero ella le dijo que se sentara. Le dio una última calada a su cigarrillo, lo apagó en un vaso de agua y cogió un paquete de Winston y un mechero de plata que él no había visto nunca.

—¿Cuánto tiempo ha durado? —dijo ella, sacando otro cigarrillo.

—Effie, por favor...

—¿Cuánto ha durado, Henry?

Él se cogió la cabeza con las manos.

—Unos días. —Levantó la mirada para ver qué efecto tenían sus palabras, pero el rostro de

Effie no revelaba nada. Ella encendió el cigarrillo y lanzó una gran bocanada de humo—. No ha significado nada para mí, amor mío. Te lo juro por Dios. Absolutamente nada.

—Es guapa —dijo ella—. Eso es evidente para todo el mundo. Y también una buena artista. ¿Es eso lo que quieres? ¿Una artista guapa?

—Cariño, por favor... por favor, escucha.

—¿Quieres a alguien como ella? ¿Yo no soy suficiente para ti, Henry?

Él volvió a ponerse de pie.

—Tú lo eres todo para mí. Eres lo único que quiero. Te quiero, Effie. Te quiero muchísimo.

Ella soltó una carcajada hueca y se llevó una mano a la frente.

—Qué bien —dijo—. Gracias. Me quieres. Esto parece una canción de amor.

—No sé qué más decir.

Ella le dio una calada al cigarrillo y se quedó mirándolo fijamente.

—Me siento como una imbécil, Henry. Esa es la cuestión: lo imbécil que me siento, joder. Todo ocurrió delante de mis narices, ¿verdad? Todas esas veces que te buscaba en la cama y no estabas. Tu puto insomnio... —Hablaba con voz serena y sonriendo. Él no podía articular palabra—. Eres un monstruo, Henry. Eres un hipócrita. Hiciste que me avergonzara de mí misma, pero todo el tiempo...

—Effie, amor mío, no sé cómo se me ocurrió. Estaba enloquecido.

—No quiero una explicación. Ahora ya sé lo que eres. Lo que me falta por saber es si puedo vivir con ello. ¿Vales la pena? —Lo miró con frialdad, y parecía que realmente quisiera una respuesta—. ¿Qué gano yo estando contigo, Henry?

Él extendió las manos hacia ella.

—Valgo la pena, amor mío. Te lo demostraré. Me entregaré a ti, y solo a ti, el resto de mi vida.

—¿Y eso qué tiene de bueno? —preguntó ella—. Cualquier hombre podría entregarse a mí. Tengo muchas cosas que ofrecer. No te necesito para saberlo. La cuestión es: ¿qué gano yo contigo?

Henry se quedó boquiabierto. Le parecía imposible encontrar una respuesta.

—Cariño, tienes mi amor. Mi fidelidad, desde hoy y para siempre, cariño, te lo juro. Tienes...

—Cuatrocientas hectáreas —repuso ella—. Eso es lo único seguro que se me ocurre. Cuatrocientas hectáreas de terreno que algún día serán nuestros. Con eso, y con los negocios de papá, dispondremos de una fortuna. Tendremos una situación acomodada. Para nuestros hijos. Todo lo demás no me parecen más que estupideces.

Henry volvió a quedarse sin palabras unos segundos. Lo único que quería era abrazarla.

—¿Eso significa que no te vas a ir?

Decidieron quedarse unos días más en Cape May, hasta que Effie se aclarara las ideas. Antes de volver a casa, dijo, quería dejarlo todo arreglado de una u otra forma. Si aparecía el tío George, mala suerte. Se instalarían en un hotel o regresarían a Signal Creek. Volvió a poner las sábanas en la cama de la buhardilla, pero no quería compartirla con él. No era para castigarlo, según dijo, sino porque la mera idea de que él la tocara le revolvía el estómago. Henry se instaló en el dormitorio empapelado con un estampado de rosas, donde habían hecho el amor por primera vez.

El domingo se despertó tarde y ella se había marchado, pero volvió pronto. Llevaba un bonito vestido azul, abrigo y medias blancas, e iba cargada con una bolsa de comida. Había ido a la iglesia. Había comprado algunas cosas para la cena. Había llamado a sus padres, y le sugirió a Henry que él hiciera lo mismo. En cuanto sacó la comida de la bolsa y guardó las cosas en su sitio, se puso un vestido de verano y un jersey y volvió a salir.

Aquella noche, tras cenar en silencio pollo con arroz, Effie se acostó pronto y él se quedó levantado, bebiendo ginebra de la botella nueva que habían comprado antes de trasladarse a casa de Clara. Se emborrachó y se puso a hablar solo y en voz alta. Fue una gran confesión. Un juramento para el futuro. Siempre habría una sombra cerniéndose sobre su matrimonio, admitió ante sí mismo, pero eso tal vez lo enriquecería de algún modo. Se trataba de superar un desafío que, con el tiempo, volvería más profundo su amor. Repitió esas palabras una y otra vez, como si Effie estuviera sentada en la silla de mimbre vacía que tenía a su lado.

Durante aquellos días, ella se dedicó a dar largos paseos, sola. Solía salir sin darle apenas explicaciones —«Vuelvo dentro de un ratito, Henry»—, y él se quedaba en la casa y se iba sentando en distintos sitios, inquieto, hasta que también decidía salir a dar una vuelta. Vagaba por el pueblo con la esperanza de encontrársela. Se sentaba en la fría arena de la playa y contemplaba las olas. Al atardecer, volvía a la casa con la esperanza de que Effie ya estuviera allí. También esperaba que ella le preguntara dónde había estado, y que se hubiera puesto un poco nerviosa a causa de su ausencia. Sí, eso le proporcionaría una gran satisfacción. Pero cuando llegaba ella siempre estaba fuera o en la cocina preparando la cena. Y cuando él la saludaba, Effie se limitaba a dirigirle una débil sonrisa.

Henry pasó todo ese tiempo con la sensación de que tenía un nudo en la garganta, un nudo que se elevaba, frío y ácido, desde su estómago. Y mientras vagaba por la ciudad se repetía una y otra vez distintos argumentos para justificarse. Al fin y al cabo, era un hombre, ¿no? ¿Qué esperaba Effie? Si creía que era el primer marido en engañar a su esposa, estaba loca. De hecho, lo más probable era que todos los maridos engañaran a sus esposas en algún momento. Podría defenderse, incluso, que la fidelidad absoluta a una única persona no entraba en los planes de la naturaleza, ni para los hombres ni para las mujeres, pero en especial para los hombres, que, desde el principio de los tiempos, habían estado acostumbrados a las correrías. En el espíritu de todos los hombres, desde el borracho empedernido hasta el alcalde, e incluso en el espíritu del reverendo, habitaba el recuerdo de alguna aventura amorosa. Henry estaba convencido de ello. De ese momento en que la razón cedía ante el deseo. De un modo vívido, intensamente carnal, ciertos impulsos se sublevaban y se apoderaban de todo. No había forma de evitarlo.

Ella era una malcriada, ese era el problema. Era la princesita de su padre, una niña mimada que creía en los cuentos de hadas.

Pero eso no era justo, pensaba Henry un instante después. No era culpa de ella. El monstruo era él. Él le había roto el corazón, y se merecía todo lo que ella le hiciera.

Aunque quizá la culpa no fuera de ninguno de los dos... Sí, quizá eso era lo que más se acercaba a la verdad. Era de Clara, de Max y de Alma, que los habían envuelto en su teatro y confundido. No tenía nada que ver con el amor que ellos se profesaban. Habían perdido la cabeza temporalmente, pero muy pronto recuperarían la normalidad.

El martes por la tarde, el cielo estaba muy oscuro. Las nubes eran de un gris metalizado carente de matices, y el viento soplaba tan fuerte y tan frío que Effie acabó cediendo y cerró las ventanas. Para gran sorpresa de Henry, le preguntó si quería ir a mirar las olas con ella.

La marea estaba alta y el mar —al menos el mar que ellos alcanzaban a ver— estaba agitado y violento. Parecía el tipo de mar capaz de tragarse a los barcos. Se sentaron en un banco con las manos metidas en los bolsillos de los abrigos. Solo unos días atrás, Alma y él se habían zambullido en aquel mismo mar. Los elementos estaban cambiando constantemente y el tiempo pasaba, incesante: pronto sería invierno y luego, sin que se dieran cuenta, volvería el calor.

—Creo que estoy embarazada —dijo Effie.

Él no estaba seguro de haberla oído bien.

—Estoy embarazada —repitió ella—. Bueno, al menos eso creo. Tendría que haberme venido la regla la semana pasada.

—La regla —repitió él estúpidamente. No sabía casi nada de aquel asunto. Sabía que tenía que ver con la sangre y que estaba gobernado, como las mareas y los hombres lobo, por la luna.

—Es posible que me equivoque —dijo Effie—. Es posible que esto se deba al cambio del clima, o a que he hecho otro tipo de actividades. O a todo lo que he bebido, no lo sé. Pero

normalmente soy muy regular.

Lo miró con incertidumbre, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Él comenzó a ser consciente de lo que le estaba diciendo.

—Effie —dijo Henry, irguiéndose un poco en el banco. Le pasó un brazo por el hombro y le puso la mano sobre el vientre—. ¿De verdad lo crees?

—No pensaba decírtelo. Quería ir primero al médico. Pero no se me va de la cabeza. Bueno, puede que no sea nada.

—No creo que no sea nada —dijo él—. Lo noto. —Le dio un beso en la cabeza y la atrajo hacia él, y Effie se lo permitió. Iban a tener un bebé. Ella le pertenecía. Eso era lo único que importaba.

Effie empezó a temblar, se llevó la mano a la boca y se echó a llorar.

Aquella noche, después de cenar, Henry le preguntó si podía meterse en la cama con ella. Solo para dormir a su lado, nada más. Cuando Effie le contestó, su tono no fue de enfado ni de resentimiento, solo de cansancio.

—Esta noche quiero estar sola.

Sin embargo, en algún momento de la noche Henry se despertó al notar el peso de ella en la cama. Effie se metió bajo el edredón estampado de rosas y él la abrazó. Llevaba solo unas bragas. Apoyó la cabeza sobre el pecho de él y puso una pierna desnuda sobre sus muslos. Henry no dijo nada. No le hizo ninguna pregunta. La abrazó. Le levantó un poco las bragas para tocarle la piel. Notó la expectación en los músculos. Comenzó a bajarle las bragas y ella lo ayudó. Hicieron el amor en silencio.

—Mañana —susurró ella después—, volvemos a casa.

Sí, dijo él. Y después:

—Te quiero, Effie.

—Ya lo sé —contestó ella.

Por la mañana, la escarcha que había en el pequeño jardín delantero y en los tejados de las casas era tan gruesa que, al principio, Henry pensó que se trataba de nieve. Veía el vaho de su aliento en el aire. Alegremente, tarareando «Chances Are», se puso a preparar el café, pero refrenó su alegría cuando Effie bajó después de darse una ducha. Si querían coger el tren de las diez para Filadelfia, dijo ella, tenían que salir de la casa al cabo de dos horas. Podían ir a la estación andando, pero le agradecería mucho que bajara enseguida a la oficina de Western Union y pidiera un taxi, así no tendrían que cargar con las maletas. Él dijo que lo haría.

Una hora y media más tarde, el taxi se detuvo en la puerta de la casa. Durante el corto trayecto hasta la estación, Effie se cruzó de brazos y se dedicó a mirar por la ventanilla. Parecía envuelta

en la oscuridad. Henry todavía no sabía que eso no tenía nada que ver con él; que viajar, cosa que para él siempre era algo esperanzador, a ella siempre le generaba tristeza. Effie no sabía por qué. Se sentiría mejor cuando llegaran.

Al día siguiente, a mediodía, ya estaban en casa, y el lunes el doctor Reeves confirmó lo que Effie sospechaba, que estaba embarazada, y en julio del año siguiente nació su primogénita Kate. Henry se sintió aliviado al constatar que su hija lo prefería a él. En agosto del año siguiente tuvieron a Joyce, y un año después nació Anne. Tardaron varios años más en tener por fin un hijo, Brian, que murió de unas fiebres a los diez días de nacer.

Hasta entonces, habían sido felices. Tras el nacimiento de Joyce, se habían mudado a la parte principal de la casa, y la madre de Henry y el tío Carswall se habían trasladado al «ala antigua». (La hermana de Henry se había marchado a Atlanta a estudiar secretariado.) Las puertas y las ventanas estaban siempre abiertas, y en la memoria de Henry, sus dos perros, Rex y Colonel, correteaban sin parar de la puerta principal a la trasera, dando la vuelta por el jardín y volviendo a empezar, y las tres niñas los perseguían chillando, y los sábados por la mañana Effie y él solían quedarse en la cama, juntos, con la puerta cerrada con pestillo, hasta que los obligaba a salir alguna crisis relacionada con las niñas. Para entonces, la madre de Henry ya había terminado de preparar el desayuno, cosa que Effie, aunque nunca dijese nada, siempre se tomaba como un reproche. Se habían caído mal desde el principio, pero, como eran buenas mujeres sureñas, habían mantenido oculta su aversión, y, en cualquier caso, Effie pasaba mucho tiempo fuera de casa, haciendo recados. En esa época, Henry se mostraba muy protector con ella, y se ponía muy celoso cuando otros hombres le dedicaban atenciones o la agasajaban.

Después de lo de Brian, Effie cayó en una depresión que le duró casi tres años. Se pasó un mes en casa de sus padres, encerrada en su antiguo cuarto, sin querer ver a Henry. Sin consultarle nada, se hizo una ligadura de trompas, de modo que ya no podrían tener más hijos. Cuando por fin regresó, se dedicaba a limpiar constantemente, y la casa olía siempre a lejía y desinfectante. Y a tabaco, porque Effie había empezado a fumar como un carretero. Bebía todas las noches hasta emborracharse, y a veces no se acostaba. Se peleaba con la madre de Henry, que la acusaba de ser una mujer mezquina e irresponsable, y tras una pelea particularmente desagradable, Effie, por su cuenta, colocó un pesado aparador contra la puerta que comunicaba el «ala antigua» con la parte principal de la casa y, por si eso no fuera suficiente, remató su obra con unos clavos. Aquella

puerta permaneció cerrada doce años, hasta que la madre de Henry murió.

Henry trabajaba en una línea de trenes de carga que iban hasta Brunswick (Georgia) tres veces por semana. Allí dormía en una pensión, donde acabó teniendo una aventura con la viuda que la regentaba. Más adelante, llegaría a convencerse a sí mismo de que el cambio que se había producido en Effie había provocado su descarrío, pero lo cierto es que aquella aventura comenzó cuando Effie estaba embarazada de Brian y todo les iba de maravilla. Se llamaba Rose. Era pelirroja y pecosa, como Ida June, y diez años mayor que él. Tenía una pierna ligeramente más corta que la otra y llevaba un zapato especial, con una suela elevada. Henry llegaba a Brunswick pasada la medianoche, y ella le preparaba un baño. Por la mañana, le hacía el desayuno a él y a otros tres huéspedes, entre los que se incluía J. P., que también era guarda-frenos en el tren de carga y se había convertido en el mejor amigo de Henry, y le guardaba el secreto. Sin embargo, al cabo de un año a Henry lo ascendieron y empezó a trabajar en una línea mejor, la que iba a Atlanta, y nunca volvió a ver a Rose.

Effie, según les dijo a sus amigos, lo había dejado por la iglesia metodista unida de Signal Creek. Lo decía con cariño, pues aquello coincidió con una época más feliz para ellos. Ella se incorporó al comité financiero de la iglesia, y llegó a presidirlo. Cuando una parte de la iglesia se incendió, organizó un comité de apoyo para recaudar fondos y llevar a cabo las reparaciones necesarias. Tenía fama de ser muy dura. Se llevaba mejor con los hombres que con las mujeres. Una mujer, Vivian, que también formaba parte del comité financiero —y a la que Henry besaría, años más tarde, al final de una fiesta, cuando los dos estaban bebidos—, le dijo en una ocasión:

—Yo la quiero mucho, Henry, de verdad, pero tú eres un santo por aguantar a esa tipa todos los días de tu vida.

En el verano de 1971, llegó a la localidad un pastor enviado para encargarse de un avivamiento religioso. Era un joven llamado Charlie Morrell y, durante una semana, todas las chicas de Signal Creek —y especialmente Kate, que acababa de cumplir trece años— se volvieron locas por él. Aún no tenía treinta años, era guapo y delicadamente apasionado, y hacía gala de su gran carisma en el caluroso y brillante pabellón que habían instalado en el parque de la ciudad. El reverendo Lyle (el reverendo Miller ya se había jubilado) había invitado al señor Morrell a la localidad, pero fue Effie quien se ofreció, en tanto delegada principal de la iglesia, a ayudar al joven pastor a organizar el avivamiento.

Effie tenía entonces treinta y dos años, y seguía siendo guapa —lo sería toda la vida—, pero sus cuatro hijos y su dieta sureña la habían hecho engordar mucho, y Henry ya no temía que despertara el interés de otros hombres. En esto, como en tantas otras cosas, era muy ingenuo. Charlie Morrell se marchó tras el avivamiento, pero unos meses más tarde regresó y se instaló durante unas semanas en la casa del reverendo Lyle —Henry nunca supo con qué objeto—, y cuando él se iba a pasar una noche a Atlanta, Effie frecuentaba a Morrell. Henry nunca supo qué

hacían, pero esos días ella pasaba muy poco tiempo en casa, según le dijo Kate, y con frecuencia regresaba tarde, cuando los niños ya se habían acostado, y Vivian los había visto paseando juntos en torno a unos montículos construidos por los indios precolombinos que había cerca de la localidad. Cuando Henry le dijo a Effie, con tanta indiferencia como pudo aparentar, que se había enterado de que pasaba mucho tiempo con el joven predicador, ella le dijo que sí, que era un hombre encantador. Entonces Henry le preguntó directamente:

—¿Hay algo entre vosotros?

Ella lo miró con frialdad y le dijo:

—Tú, justo tú, no tienes derecho a preguntarme eso.

Pero Effie estaba bebida, y a la mañana siguiente se disculpó por haberle hablado así y le dijo que no, que no había nada entre ellos. Se lo prometió, y le dijo que se lo preguntara al reverendo Lyle si no se lo creía. Pero él repuso que sí, que la creía, y dejó de darle vueltas al tema. Por lo que él supo, Charlie Morrell jamás regresó a Signal Creek.

Todavía hacían el amor de vez en cuando, cuando él dormía en casa. Para entonces ya lo habían ascendido al puesto de maquinista y mantenía una relación con una chica de Atlanta llamada Genie Taylor, que era camarera en el Shoney's en el que Henry solía desayunar antes de dirigirse al patio de maniobras, y que tenía veinticuatro años y vivía sola. Sin embargo, al cabo de unos meses ella le dijo que lo amaba y le pidió que abandonara a su esposa, y él dijo que no podía y cortó la relación.

Fue una época feliz, en general. Effie bebía. Cogía un vaso de medio litro y le echaba ginebra y soda a partes iguales, además de un chorrito de zumo de lima. Ella llamaba a esta bebida «espumosa», y se tomaba cuatro o cinco cada noche. A veces, Henry se despertaba de madrugada y se la encontraba sentada en el salón, sola, farfullando. Ella no quería ni oír hablar del tema, ni siquiera por las mañanas, cuando se despertaba entristecida y llena de desprecio hacia sí misma. Así que Henry desistió y no volvió a planteárselo, porque a él también le gustaba beber, y además Effie siempre estaba de mejor humor cuando se había tomado un par de copas.

—Creo que son las espumosas en punto —solía decir alegremente a las seis o siete de la tarde, y a partir de ese momento el ambiente de la casa se volvía festivo.

Tenían invitados con mucha frecuencia. Organizaban cenas y barbacoas. Algunos amigos se pasaban por su casa para charlar un rato, y acababan quedándose a cenar y a tomar unas copas. J. P. y su mujer, Nell; Maynard Givens y su mujer, Helen, además de sus hijos; Bernice DuPont, que ahora era Bernice Clarke, y su marido, Jaime, que no le caía bien a nadie pero a quien todo el mundo toleraba. (Hoke se había alistado en la marina y se hallaba en un portaaviones en el mar de la China Meridional.) A veces, los viernes o sábados, cuando ya era tarde, Effie empezaba a arrastrar las palabras, le cambiaba el humor y se volvía cortante y agresiva; entonces, muy educadamente, sus amigos hacían algún comentario sobre la hora y se marchaban. Si los niños

estaban levantados, Henry los acompañaba a la cama. (Kate comenzaba a enterarse de todo, y solía quedarse merodeando y preguntaba si había algún problema.) Cuando estaba en ese estado de ánimo, Effie podía ponerse a hablar de cualquier cosa —de jardinería, por ejemplo— y el tema enseguida se desviaba hacia terrenos pantanosos.

—¿La señora Jackson? —dijo en una ocasión, refiriéndose a una profesora de ciencias naturales de séptimo curso, que una vez le había puesto un cinco en un trabajo práctico consistente en hacer brotar soja—, ¡menuda zorra! Desde entonces, nunca he vuelto a estar a gusto conmigo misma. Esa mujer me jodió la vida.

Carswall sufrió un derrame cerebral y murió en 1975. Para entonces, Signal Creek se había convertido en un barrio periférico de Macon, y una carretera estatal atravesaba el centro de la localidad. Varios promotores habían pasado años intentando que Carswall vendiera sus terrenos, y él siempre se había negado, pero, en cuanto murió, Effie contrató a un agente inmobiliario y empezó a estudiar ofertas. Al cabo de unos meses, ya había vendido o alquilado todos los terrenos, y, al cabo de unos años, las cuatrocientas hectáreas de campo y bosque se habían transformado en urbanizaciones y centros comerciales, y Henry y Effie, se mirara como se mirara, se habían hecho ricos.

Effie se pasó el año anterior a su muerte con constantes ingresos hospitalarios. En esa época, Kate le contó a Henry que Joyce, Anne y ella siempre habían estado seguros de que, en cuanto las tres se hicieran mayores y se marcharan de casa, Effie y él se separarían. Le dijo también que era una sorpresa —una bonita sorpresa— que siguieran juntos.

Henry se quedó estupefacto.

—Nunca se me pasó por la cabeza dejar a tu madre.

Sobre su relación con Effie, a veces decía, sonriendo y poniendo los ojos en blanco:

—Nos queremos mucho, pero no nos caemos demasiado bien.

Sus amigos y los restantes miembros de su congregación decían:

—Forman un buen equipo. Se apoyan mutuamente.

Ya eran mayores, y ya no se planteaban cuestiones relacionadas con el amor, ni la posibilidad de separarse. Tras la aventura con Genie Taylor, Henry nunca volvió a serle infiel, exceptuando aquel inapropiado beso a Vivian, claro. Lo habría sido si se le hubiera acercado la mujer indicada, pero eso no sucedió. Él todavía se consideraba guapo, aunque se había quedado calvo y tenía una barriga prominente. Effie y él apenas hablaban; se leían el pensamiento. Henry siempre le preparaba una gran fiesta por el cumpleaños de ella, cosa que Effie fingía odiar. Dijeran lo que dijeran, ellos y los demás, estaban hechos el uno para el otro.

Meses después de que Effie muriera —justo cuando estaba a punto de cumplir setenta y tres—,

un día Henry se puso a revisar las cosas de la habitación de ella. (Llevaban más de veinte años durmiendo en habitaciones separadas. Ese era el secreto de un matrimonio feliz, le gustaba decir a él.) Debajo de la cama, encontró una caja de zapatos llena de cartas. Había docenas de ellas todas de Charlie Morrell. No iban dirigidas a nadie, y habían sido enviadas a un apartado de correos de Signal Creek. Echó un vistazo a algunos de los sobres, mirando los matasellos: 1971. 1976. 1985. Desprendían un ligero aroma acre. Sacó una de las cartas, de 1974, y comenzó a leer.

Cariño:

Podría decirle a Millie que tengo cosas que hacer este fin de semana, si de verdad crees que él no va a estar, pero creo que me daría un infarto si otra vez...

Henry dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre, lo puso con los demás, cerró la caja de zapatos y la guardó otra vez bajo la cama.

Se quedó muy abatido. Se pasó el resto del día frente al televisor, sin prestarle atención. Al fin y al cabo, habían pasado por muchas cosas juntos. Alegrías y tristezas. Los placeres y los problemas cotidianos. Habían compartido toda una vida, y se habían amado. ¿Qué importaba Charlie Morrell? Al atardecer, Kate llegó después del trabajo con algunas cosas de comer, y estuvieron charlando amigablemente durante un rato.

Él pensaba con frecuencia en la caja de zapatos, pero nunca leyó las cartas que contenía.

Aquel otoño, Henry apiló un montón de hojas secas en el jardín trasero para quemarlas, y, después de encender el fuego, obedeciendo a un impulso, fue al dormitorio de Effie, sacó la caja de zapatos de debajo de la cama y la tiró a las llamas. La caja comenzó a echar humo y luego a arder. Se abrió y los sobres ardieron con las cartas dentro, pero entonces algunas hojas en llamas alzaron el vuelo, llevadas por el viento, y dieron vueltas muy por encima de su cabeza: docenas de chispas revolotearon con ellas en el aire, iluminando los pinos, y se dirigieron de un modo alarmante hacia la casa antes de consumirse del todo. Algunas páginas quedaron casi enteras; Henry las recogió, hizo una bola con ellas y las volvió a arrojar al fuego, pero la mayor parte de las chispas que flotaban en el aire eran pequeños fragmentos y tiras de papel, que se desperdigaron por todo el jardín.

Henry los encontró meses más tarde: pequeños trozos de papel blanco, con los bordes chamuscados, entre las malas hierbas que había junto a la casa o en el extremo del jardín, donde empezaba el bosque. Fragmentos de palabras y frases, una letra cursiva de hombre en tinta azul, tan difuminada por haber estado tanto tiempo a la intemperie que no se entendía casi nada: «...aliento delicioso...», «... tu flor...», «... sueño todas las noches...». Los dejó allí.

Nunca regresaron a Cape May, y nunca volvieron a hablar entre ellos de su luna de miel. A veces, cuando se peleaban, él percibía bajo la superficie lo que ambos podrían llegar a decirse.

—¡Tú tampoco eres ninguna santa! —le soltó una vez a Effie, durante una discusión de la que ya no se acordaba. Pero eso fue todo. Cuando Anne estaba planificando su luna de miel, les preguntó por la de ellos, y Effie se limitó a decir que les había hecho mal tiempo y que tendrían que haber ido a Florida.

Qué joven y estúpido había sido. Qué ingenuo se había mostrado cuando, por un instante, se había imaginado escapándose con una chica a la que apenas conocía. Ahora comprendía cómo se expande el deseo: como el calor. Cuando Effie y él descubrieron el deseo en el otro, despertaron a todo lo atractivo y deseable que se desplegaba ante ellos. Él no había sido capaz de resistirse, y ella tampoco. Henry no estaba seguro de si ella lo había perdonado, pero él la perdonó por lo de Charlie Morrell.

Ahora, cuando mira sus álbumes de fotos, nota cómo ella se va alejando: nota cómo los contornos se suavizan. La luz que los rodea hace que salgan más favorecidos. Henry cree en el cielo, siempre ha creído en él, pero últimamente esta creencia no le reconforta. Si es cierto que en el cielo todos estarán libres de pecado, entonces todas las personas a las que ha querido en su vida, aunque pueda reconocer sus rostros, serán extrañas para él.

Se los imagina a todos a su alrededor, una multitud. Y Effie está a su lado, divinamente serena y pura.

Esto es mejor: están otra vez en la estación de Cape May, subiéndose al tren que los llevará hacia el resto de su vida. Ella va delante. Él lleva las dos maletas y sube la escalera con esfuerzo. Trastabilla y Effie se da la vuelta y lo mira fijamente. Lo coge por la muñeca. Jamás volverá a soltarlo.

Agradecimientos

Estoy en deuda con una gran cantidad de personas que me han ayudado a traer este libro al mundo y que me ha allanado el camino para que lo escribiera. Ha sido un viaje largo.

Gracias, en primer lugar, a mi maravillosa agente, Katherine Fausset, que me ha dado y me sigue dando extraordinarios consejos, además de proporcionarme seguridad, apoyo y sabiduría en relación con el mundo editorial. Le confiaría mi vida (sin ánimo de ejercer presión). También estoy inmensamente agradecido a todo el equipo de Curtis Brown por su apoyo y su fe en este libro, en especial a Holly Frederick, Jonathan Lyons, Sarah Perillo y Olivia Simkins.

Gracias a Deb Futter, mi fantástica editora en Celadon Books: tú cambiaste mi vida en un día. Gracias por creer en este libro y apostar por él, y por tus orientaciones y tu inagotable entusiasmo. También quiero agradecer la colaboración de todos los miembros del equipo de Celadon, que me han transmitido su calor y su apoyo de una manera abrumadora; gracias especialmente a Rachel Chou y a Christine Mykityshyn por sus capacidades para el *marketing* y la publicidad; a Anne Twomey, por la hermosa cubierta; a Alexis Neuville, por su habilidad para la planificación y las cuestiones logísticas, y a Randi Kramer, por explicarme ciertas cosas clara y amablemente.

Gracias a mi fabuloso editor en el Reino Unido, Federico Andornino, y a todo el equipo de W&N. Y gracias también a los editores de Blessing Verlag, Einaudi, Editions Stock, Lumen y Lindhardt & Ringhof; es un honor formar parte de vuestro catálogo.

Este libro no existiría sin el apoyo de mi grupo de escritura, los Chunky Monkeys: Jennifer De Leon, Calvin Hennick, Sonya Larson, Alexandria Marzano-Lesnevich, Celeste Ng, Whitney Scharer, Adam Stumacher, Grace Talusan y Becky Tuch. Además de tener una agudeza intimidatoria como lectores y autores, y de imponer una disciplina impresionante, se cuentan entre mis mejores amigos. Yo no habría tenido el valor de concluir este libro sin su apoyo y sus tremendamente inadecuadas cadenas de mensajes electrónicos.

Gracias a mis profesores, en especial a Margot Livesey, que para mí es un modelo; a Pamela Painter, mi directora de tesis en Emerson College, que me hizo trabajar hasta la extenuación, y a Frederick Reiken, que, entre otras cosas, me descubrió la obra de Alice Munro. Gracias también a Andrea Barrett, Maud Casey, Maria Flook, DeWitt Henry, Katia Lief, Randall Kenan, Thomas

Mallon y Jessie Scholl.

Tras terminar el posgrado me habría sentido muy desorientado sin la maravillosa comunidad de escritores, profesores y alumnos de GrubStreet, una institución sin ánimo de lucro de Boston y que se dedica a la literatura. Allí di clases de narrativa y fui parte del equipo durante casi una década. Gracias, sobre todo, a Christopher Castellani, que con el tiempo ha llegado a convertirse en un mentor para mí, además de en un gran amigo. Gracias también a Eve Bridburg, cuya fe en mí y en mi carrera y cuyo apoyo han sido inestimables. Y gracias a todos mis amigos del equipo, presente y pasado, a quienes quiero como a mi familia —Sonya Larson y Whitney Scharer (de nuevo), Alison Murphy, Sean Van Deuren, Rowan Beaird, Sarah Colwill-Brown, Jonathan Escoffery, Dariel Suarez, Lauren Rheame e Ian Jude Chio—, y a mis colegas profesores, que me han enseñado tanto, entre los que están Alysia Abbott, Howard Axelrod, Jenna Blum, Lisa Borders, Michelle Hoover, Ron MacLean, Ethan Gilsdorf y muchos más de los que puedo mencionar aquí, además de Ryan Scharer, que no estaba en Grub, pero sí muy cerca y cuyo hogar, que compartía con Whitney, ha sido el escenario de numerosas noches de copas e insoportables debates sobre cuestiones técnicas. Y por último, gracias a todos los alumnos que tuve en Grub durante esos años, que fueron una fuente de inspiración semanal y me hicieron más perspicaz como escritor y mejor como persona.

Siento una profunda gratitud hacia la Convención de Escritores de Bread Loaf, que me sirvió para modificar mi escritura y ampliar mis horizontes. Gracias a Michael Collier y a Jennifer Grotz, y en especial a la serena presencia de Noreen Cargill, con quien tuve la fortuna de trabajar en la parte administrativa durante un par de años. Gracias también a Mike Scalise y a Cara Blue Adams, mis adorados jefes de camareros, y a todos mis colegas camareros de 2011.

Gracias también al Taller de Escritura de Verano de Tin House, al Vermont Studio Center y a la Saint Botolph Club Foundation —organizaciones que me apoyaron y me dieron ánimos cuando lo necesitaba— y al Emerson College, donde cursé el posgrado, y a la New School, donde asistí a mis primeros talleres de escritura.

Mis amigos lo son todo para mí, y me han animado a que me dedicara a la escritura de incontables maneras. Gracias a mi querida amiga Lizzie Stark —la casa de su familia en Cape May inspiró la ambientación de este libro—, y a George Locke, su marido, que me enseñó todo lo que sé sobre *noise music* y pesas rusas. Gracias a Cam Terwilliger, que se pasó meses quedando conmigo todos los días a las seis de la mañana en el Diesel Café de Somerville para escribir; a James Scott y Urban Waite, con quienes ahora mismo me gustaría estar sentado en torno a una hoguera, tomando bourbon; a Laura van den Berg y a Paul Yoon, unos seres mágicos, etéreos; a John Cotter y Elisa Gabbert, que fueron mis colegas miembros de un club de lectura; a Benjamin Allen y Ashley Peterson, con quienes Katie y yo siempre estaremos en espíritu descendiendo el río Deerfield; a Dan Pribble, que siempre será mi interlocutor favorito en las redes, y a Marianna

Hagbloom, que me enseñó todo lo que sé sobre los penes de las ballenas; a Scott Votel (también llamado Gregor Hategood) y Moira Mannix, cuyos serenos consejos nos fueron de gran ayuda durante nuestros primeros meses de paternidad; a Amanda Dykstra, que tiene que seguir escribiendo, y a Greg Esposito, cuya receta para preparar el bacalao ha contribuido a que mi matrimonio se hiciera más sólido; a Sean Lanigan, que también tiene que seguir escribiendo, y a Cami Hennekens, antiguos compañeros de piso muy queridos; a Jaime Clarke y Mary Cotton, los dueños de la imprescindible librería Newtonville Books; a Jennifer Olsen, Christen Enos, Kathleen Rooney y Abby Beckel, que me recibieron con los brazos abiertos en Emerson y han sido buenas amigas desde entonces; a Julia Cadieux, que me informó de que los testículos huelen como la masa para hacer tortitas; a Elizabeth Souder, cuyo sofá me permitió mudarme a Nueva York hace muchos años, y a mis amigos más antiguos, Iain Campbell, Carlos Chavez y Vicky Tsai, que siempre me han querido y apoyado.

Gracias, mamá y papá, por criarme bien y por animarme siempre, incluso cuando mis decisiones no parecían sensatas, y gracias, Wes, mi hermano, por ser mi mejor amigo durante toda la vida, y a mi cuñada, Cindy, y a mis sobrinos, K. C. y Ben. Os quiero a todos.

Gracias, tía Jackie, por tantas cosas, más de las que puedo mencionar aquí.

Y gracias, por último y principalmente, a Katie Hunt, mi esposa, mi amor, y a nuestra hija bebé, Audrey, cuya fecha prevista de parto me proporcionó la fecha límite que necesitaba para terminar este libro. Mis amorcitos, os quiero mucho a las dos.

playboy adinerado, y Alma, la misteriosa y distante hermanastra de Max. La lujosa mansión y el pueblo vacío se convierten en escenario de sus aventuras desenfrenadas, y a medida que se cuelan en segundas residencias abandonadas, salen a navegar, pasean desnudos bajo las estrellas y experimentan con el amor y el sexo, Henry y Effie van dejando atrás la inocencia.

Chip Cheek emerge en el panorama de las letras norteamericanas con una impactante novela sobre la pareja, el amor, el deseo y la traición.

«Una narración magnífica y seductora, y una prosa seca como un Martini que recuerda a lo mejor de James Salter.»

LUCY FOLEY

«Un torbellino de suspense psicológico y reflexiones sobre el matrimonio que nos recuerda a Margot Livesey y Alice Munro. La ambientación de los años cincuenta, una prosa desnuda y una trama que avanza a ritmo vertiginoso hacen que esta primera novela, muy sensual, sobre la ética y el deseo se lea como un clásico.»

Kirkus Reviews

«Esta novela logra traer de vuelta recuerdos que pueden romper de nuevo el corazón —e incluso el alma— en mil pedazos [...]. Vivencias inspiradoras que sustentan un relato despojado e impactante.»

Booklist

«Una prosa sublime, agudeza psicológica y una historia fascinante que una vez empiezas no puedes soltar.»

TEDDY WAYNE, *Lit Hub*

«Un debut sorprendente, con toques de cine negro.»

SHELF AWARENESS

«Un gran regalo para la literatura. Glamurosa, nostálgica y con una gran carga sexual, *Tormenta en Cape May* habla de matrimonio, lujuria y ríos de ginebra en un pueblo costero desierto. Una novela brillante y perturbadora de la que uno desearía no separarse nunca.»

PAULA HAWKINS, autora de *La chica del tren*

Chip Cheek es un escritor estadounidense cuyos relatos han aparecido en *The Southern Review*, *Harvard Review*, *Washington Square Review* y otros periódicos, así como en diversas antologías. Ha recibido el Premio de Artista Emergente de la St. Botolph Club Foundation. Actualmente vive en El Segundo, California, con su esposa y su hija. Su primera novela, *Tormenta en Cape May*, ha sido escogida como uno de los mejores libros de 2019 por la Asociación Americana de Libreros y como uno de los mejores debuts por la *National Book Review*. Aclamada por la crítica y los lectores, está siendo traducida por varias editoriales literarias.

Título original: *Cape May*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2019, Chip Cheek

Published by arrangement with International Editors Co' and Curtis Brown, Ltd.

The moral rights of the author have been asserted.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Mariano Peyrou Tubert, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: John Rawlings, Vogue © Conde Nast

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0743-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Tormenta en Cape May

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chip Cheek

Créditos